A black and white photograph of a man and a woman in a close embrace, about to kiss. The woman's hand is resting on the man's chest. The lighting is soft, highlighting their profiles.

Mitades imperfectas

EBERTH SOLANO



Nova Casa Editorial

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2018, Eberth Solano

© 2018, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Daniel García P.

Portada

Daniela Alcalá

Maquetación

Daniela Alcalá

Revisión

Flor Cortez

Primera edición: abril de 2018

ISBN: 978-84-17142-99-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Eberth Solano

Mitades imperfectas



Nova Casa Editorial

Índice

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO. Café helado

CAPÍTULO 1. Distinta

CAPÍTULO 2. Jodidamente bien

CAPÍTULO 3. No te enamores

CAPÍTULO 4. Compañero indeseable

CAPÍTULO 5. Un desconocido familiar

CAPÍTULO 6. Indomable

CAPÍTULO 7. Sentimiento extraño

CAPÍTULO 8. Peligro

CAPÍTULO 9. Sorpresa y perdón

CAPÍTULO 10. Reconciliación y grandes temores

CAPÍTULO 11. Quédate conmigo

CAPÍTULO 12. Besos robados

CAPÍTULO 13. Sentimiento prohibido

CAPÍTULO 14. Algo más

CAPÍTULO 15. Fantasmas del pasado

CAPÍTULO 16. Incertidumbre

CAPÍTULO 17. Duele mucho

CAPÍTULO 18. Futuro incierto

CAPÍTULO 19. Experto en romper corazones

CAPÍTULO 20. Ángel del infierno

CAPÍTULO 21. Parker Williams

CAPÍTULO 22. Amigo

CAPÍTULO 23. Infierno

CAPÍTULO 24. Tal vez una cita

CAPÍTULO 25. Sentimientos horribles

CAPÍTULO 26. Culpa

CAPÍTULO 27. Mitades imperfectas

CAPÍTULO 28. Completos

EPÍLOGO. Estás en mí

AGRADECIMIENTOS

Escribir esta historia fue para mí más que una aventura, fue el descubrimiento de muchas partes ocultas de mí; fue conocer mis sentimientos y pensamientos más profundos, porque puse mucho de mí en este libro. Cuando comencé a escribir esta historia ni siquiera sabía si tendría fin. Fue como ir escalando una gran montaña. No sabía con qué obstáculo podría encontrarme en el siguiente capítulo.

La novela creció de acuerdo con mis impulsos, mis locuras y también mi propia paciencia. Sin embargo, tengo que agradecer principalmente a mis lectores de Wattpad, ya que me dieron el ánimo, el apoyo y las ganas de seguir hasta el fin, y poder terminarla. Ellos le dieron vida a los personajes, a la historia, a mis letras. Y siempre les estaré agradecida por formar parte de este sueño.

Familiares y amigos cercanos también han formado parte de esto, han contribuido e influido en mí para que este libro haya visto la luz. Quiero agradecer a mi abuela Eberth Cazares, por estar desde el comienzo interesada y pendiente de mí, por ser la persona que creyó en mis sueños y la que disfruta regalarme su tiempo. Gracias por sentirte siempre orgullosa de mí.

A mi madre, Rosenda Solano, por la energía y la emoción que siempre ha puesto al leer mis letras y amarme incondicionalmente. A mi padre, Rigoberto Rodríguez, por la paciencia que me ha tenido, por apoyarme e impulsarme. A mi hermano, Alejandro Rodríguez, porque sé que siempre ha pedido por mí y por mis sueños. A mi hermana, Gabriela Rodríguez, por la compañía que siempre me ha otorgado para que me sienta tranquila y pueda dar rienda suelta a mi imaginación. A Gabriel Aparicio, mi primo pequeño. A mi abuelo Roberto Solano y mis tías Blanca Cazares y Trini Solano, por quererme desde el cielo. Me hubiera gustado que vieran que logré cumplir mi sueño, aunque sé que donde quiera que estén les da alegría verlo. A mis tías, Claudia Solano y Verónica Solano, por cuidarme y quererme como a una hija.

Quiero agradecer a mis amigos más especiales, cada uno ha estado en momentos importantes de mi vida: Selena Ramos, Isabel Medina, Paulina Corona, Guadalupe Sánchez y Edgar Cuadros. También quiero reconocer a un amigo muy especial, que me ha dado muy sabios consejos y que quiero bastante: Doc. Armando Vidals.

Por supuesto que la música y la poesía han influido bastante en mi inspiración para que yo pueda lograr un capítulo más, y mis letras puedan fluir de una manera mágica. Por eso agradezco a la música de José José y Camilo Sesto, que me han dado la motivación exacta para insuflar sentimiento a la historia. Y no podría olvidarme de mi cantante favorito, Manuel José, que ha formado parte del mar de sentimientos que me inundan cuando me dispongo a escribir.

A la música de Kevin MacLeod y Jorge Méndez, sin sus obras de arte mis letras no serían lo mismo. Quiero agradecer a la poesía de Neruda, Becker, Acuña y Pizarnik, por inspirarme y ayudarme a sumergirme en mundos inimaginables.

A Nova Casa Editorial, por creer y confiar en mí y hacer que este sueño ahora sea una realidad palpable. Y, por último, a ti, lector, por permitirme mostrarte lo que hay en mi interior.

A mi abuela Eberth y a mi madre, Rosenda, por tanto.

Tú eres esa piedra fría, dura y tan difícil de roer. Pero que en un segundo es capaz de derretirse a causa de mis caricias. Descúbrete, desnúdate y déjame amarte. Sin más.

PRÓLOGO

Café helado

Annabelle Jones disfrutaba el aroma de su café capuchino mientras su mirada se perdía en la ventana que estaba a su costado y que revelaba el día gris que caía sobre Illinois, Chicago. El cuerpo de la joven tiritó de frío, sacó las manos de los bolsillos de su chaqueta y se las llevó a la boca para proporcionar con exhalaciones un poco de calor.

El clima era helado allá afuera, incluso, ráfagas gélidas se colaban por las rendijas de la ventana, aunque esta estuviera cerrada. Annabelle pensó que debió haber salido otro día debido al mal tiempo, pero su prima Marie le había insistido tanto en verse en aquella cafetería que no pudo negarse ni por asomo.

Y, por supuesto, ella quería salir de casa. Había pasado las últimas vacaciones —después de graduarse con honores en la Universidad de Colorado— encerrada entre las paredes de su habitación, leyendo libros, viendo películas o preparando recetas fallidas con su madre. Los pocos amigos que había forjado estaban lejos o en otras ciudades, aunque en realidad no pudo lograr una amistad de verdad. Tal vez su seriedad, lo reservada y un poco antipática que era habían sido el problema. Sin embargo, ahora mismo deseaba haber actuado de otra forma durante esos años. Incluso, no había tenido novio por lo mismo.

¡Tendría que cambiar! Transformarse en una nueva Annabelle, como era antes, más alegre, más abierta, mucho más aventurada y despreocupada, que tomaba las decisiones impulsivamente y solo quería hacer lo que gozaba y, a pesar de todo, ser feliz. Desde la muerte de su padre ella había cambiado tanto... Consideraba todo, tenía miedo de sus propias decisiones, se había vuelto más evasiva. Imaginaba que si su padre estuviera vivo todavía, no la reconocería.

En la mano recargó su mentón y con un poco de esfuerzo —debido a la lluvia chispeante que nublaba el exterior— admiró el gran edificio que se

alzaba sobre el otro lado de la acera. Se trataba de una prestigiosa empresa de construcción, Brown Infrastructure Operator. Annabelle suspiró tendido, lo que provocó sutiles movimientos en el humo que emanaba de la bebida caliente. Sería un gran sueño trabajar allí.

Por un segundo se imaginó dentro de esa empresa como administradora y sonrió. Definitivamente, le encantaría. Por el rabillo del ojo se percató de la presencia del mesero e interrumpió su ensoñación.

—¿Desea algo más que pueda ofrecerle? —preguntó el joven moreno que se identificaba como Brandon, según las letras bordadas en su uniforme azul marino. Annabelle miró la taza llena de café y negó con un movimiento de cabeza. El muchacho asintió y, sin insistir, se retiró.

La lluvia se había hecho todavía más incesante afuera, por lo que Annabelle podía comprender la tardanza de su prima Marie. Tomó con sumo cuidado la oreja de la caliente taza y bebió un sorbo, el líquido pasó calentando su garganta hasta llegar a su pecho y una sensación de calidez la estremeció.

Pasaron los minutos —silenciosos y gélidos— y Marie seguía sin aparecer. Annabelle comenzaba a preocuparse; ya le hubiera llamado al celular si es que no se le hubiera olvidado en el buró al salir de casa. Sin embargo, siguió tomando pequeños sorbos sin inmutarse. Ya casi terminaba la taza de café.

Estaba ensimismada en sus pensamientos, con la vista clavada en el borde de la taza, cuando un movimiento llamó su atención.

Levantó la mirada hacia la entrada de la cafetería y se quedó inmóvil, sorprendida y al mismo tiempo confundida por la sensación que se produjo en su interior en solo un instante.

Un hombre joven, bastante imponente y llamativo, entró a la cafetería con pasos cautelosos. Llevaba pantalones de mezclilla, una camisa azul y una chaqueta de piel negra. No entendía por qué sus ojos estaban estudiando a ese desconocido detalladamente, sin poder despegarse de él. No supo si alguien más se había percatado de la presencia de ese hombre, pero eso no le importaba.

Con la mano derecha un poco temblorosa —con la que sostenía la taza de café— siguió contemplando al hombre. Su andar era sigiloso y suave. Tal vez era el hombre más hermoso que había visto en su vida. Tenía el cabello un poco húmedo y le caía en varios mechones sobre la frente, intensificando su

mirada. Su perfil era perfecto. El cabello lucía brillante y reluciente, tan negro como el azabache. Estaba recargado sobre la barra del mostrador, tan solo veía su espalda, pero esperaba que se volteara para poder contemplarlo de frente.

Como pudo, dejó la taza de café en la mesa y fijó la mirada en aquel hombre. Una bruma de sensaciones le recorrió las venas de todo su cuerpo; una especie de atracción totalmente desconocida en toda su vida. ¿Qué era aquello? Jamás había sentido algo tan indescriptible, mucho menos mientras tomaba una taza de café. Tal vez las mejores cosas llegan en los instantes más inesperados.

Tenía ganas de levantarse, de pararse de la silla y acercarse a él. Estaba utilizando todo su autocontrol para no hacerlo.

Mírame.

Mírame.

Lo pensó con todas sus fuerzas.

De un momento a otro, mientras el desconocido esperaba su orden en el mostrador, giró un poco su cuerpo y entonces miró sobre su hombro en la dirección de Annabelle.

La miró.

Annabelle casi olvidó cómo seguir respirando. ¿Alguna vez una mirada había provocado un terremoto en su interior? La miraba a ella, primero vacilante y luego fijamente, era casi grosero. Podía ver en su rostro perfecto consternación, incredulidad. Sus ojos azules —intensos como el mar en un atardecer— la penetraron hasta la última célula. Reconoció algo en ellos. Una conexión, una afinidad que indudablemente la atraía. Pero no mostraban ningún estímulo de atracción, todo lo contrario, parecía que estaban viendo su peor pesadilla. También pudo darse cuenta de la frialdad en la mirada de ese hombre; a pesar de ello, ese hielo logró derretirla.

El desconocido parpadeó y se dio la vuelta bruscamente. Le dieron la orden en una bolsa y terminó de pagar. Salió tan rápido que Annabelle casi pensó que lo había soñado todo. Su corazón retumbaba velozmente en su pecho, como gritándole lo que su alma quería decirle.

¿Qué había sido eso?

¿Quién era él?

Necesitaba saberlo. Saber quién era el responsable de semejante reacción en su cuerpo y en su mente. Lo estaba considerando como un ladrón. Un

segundo después de que se marchó no se sentía tranquila. Era como... como si con una mirada le hubiera robado la vida.

Todos sus pensamientos eran redes apretujadas en un solo rostro: él. Se preguntó cuál café habría pedido. Seguramente un café helado, como lo delataba su expresión y la chispa apagada de sus ojos. Ese hombre era calor y frío. Revelación y misterio. Atracción y locura.

Sin verla venir, Marie apareció delante de ella con una mueca de disculpa. Su prima arrastró una silla y se sentó frente a ella.

—¡Ann! Disculpa la tardanza, no sabes —se excusó colocando su bolsa en un brazo del perchero—. El tráfico allí afuera está agobiante y... ¿Ann? —interrumpió al ver que Annabelle estaba en otra galaxia.

Annabelle reaccionó y sacudió la cabeza. Normalizó la respiración y le dedicó una sonrisa temblorosa a su prima favorita. Alejó la atención del desconocido y se concentró en los ojos cafés de Marie.

—Perdón —se disculpó—. Estaba tratando de recordar dónde dejé mi celular, lo olvidé.

Marie alzó las cejas dudando de esa respuesta, pero no insistió. Por supuesto. La vida de Annabelle era tan plana y poco emocionante que su prima Marie no podría considerar que se tratara de suspiros por algún chico. Annabelle sintió un apretón en el pecho. Todos decían lo mismo de ella. Y estaba cansada. Quería vivir, vivir de verdad.

—Bueno —aceptó su prima—. ¡Tengo una excelente noticia!

Annabelle abrió la boca con sorpresa. ¿Ahora qué se le había ocurrido a su prima? La castaña levantó la mano para ordenar su pedido, y uno de los meseros lo anotó rápidamente para después retirarse con sigilo.

—Tú sabes lo difícil que es conseguir trabajo en una empresa prestigiosa, sobre todo, después de graduarte —Annabelle asintió—. Bueno, Jeremy y yo tenemos algo preparado para ti.

Annabelle abrió los ojos como platos.

—¿Qué? ¿De qué se trata? —preguntó con curiosidad.

Marie esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Gracias a algunos contactos... —sonrió aún más—. Estás recomendada para trabajar en Brown Infrastructure Operator. Mañana mismo tienes la entrevista de trabajo.

Annabelle casi tiró las tazas de café de la mesa al saltar de la silla y correr a abrazar a su prima. ¡No podía creer tan gran oportunidad!

—¿De verdad? No puedo creerlo... ¡Gracias! ¡Gracias!

Marie le devolvió la sonrisa y asintió con satisfacción. Annabelle chillaba de emoción. Con esa oportunidad cambiaría mucho su vida. Tal vez era la señal que estaba esperando para hacer un cambio interior y, de una vez por todas, vivir de verdad.

CAPÍTULO 1

Distinta

La entrevista en la empresa Brown había sido todo un éxito. Annabelle estaba viviendo un total sueño, jamás hubiera pensado que trabajaría en aquella constructora apenas después de terminar sus estudios. El logro era para alegrarse.

Por otro lado, todavía no superaba lo que había experimentado en la cafetería en la tarde anterior, ni consideraba superarlo. Lo recordaba y podía sentir su piel estremecerse. Era jodidamente indescriptible lo que había sentido por un total desconocido. Y, sin embargo, quería verlo. Ansiaba verlo de nuevo. ¿Sería de Illinois o un extranjero? Había infinidad de respuestas.

Probablemente ese fuera el amor de su vida, su alma gemela, y el momento se lo había revelado. Ahora ella tenía que buscarlo. Lo que había experimentado se parecía mucho a un relato que había escrito hacía tiempo.

Un segundo en que te miré y tú me miraste bastó para que te amara, y estoy segura de que mil siglos no serán suficientes para olvidarte.

Te reconocí cuando nos miramos; cuando te toqué, vinieron a mi mente recuerdos —sentimientos, sensaciones— olvidados, como fulgores y chispazos de otras vidas.

En su tiempo libre disfrutaba de los versos; leer y escribir poesía era una de sus aficiones favoritas. Pero tal vez estaba exagerando. Lo que había sentido con aquel desconocido no podía ser comparado con lo que escribía, tal vez era una atracción, la atracción más potente de todas. Siempre le había gustado sentirse dueña de sí misma, de sus sentimientos, de su destino; por ello en muy raras ocasiones aceptaba que estaba enamorada, porque, al estar enamorada, ya no era tan dueña de sí misma, mucho menos, de sus sentimientos. Y eso era algo que no pensaba cambiar. Sus sueños más reveladores solo se plasmaban en sus poemas, y ahí los encerraba.

Ann soltó un suspiro y decidió concentrarse en la realidad, si es que quería actuar con coherencia y sentirse todavía dueña de sus pensamientos.

Su tía Amanda y su prima Marie estaban reunidas en su casa, como regularmente lo hacían, aunque en ese momento su nuevo trabajo era el motivo de su visita.

Ann se sentía muy orgullosa por lo conseguido y, por supuesto, muy agradecida con su prima y con su hermano. Aunque tenía que admitir que estaba bastante nerviosa al respecto; sin embargo, se sentía capaz de cualquier cosa. Una de sus cualidades era la confianza que tenía en sí misma en el ámbito laboral.

—Muchas felicidades, Ann, esta es una gran oportunidad en tu vida, debes aprovecharla al máximo —dijo su tía Amanda, la hermana mayor de las Jones. Su madre, Alejandra, era la menor.

—Gracias, tía, así será; no defraudaré a nadie —respondió Ann. Y en verdad que haría que se sintieran orgullosos. Ese nuevo empleo constituía mucho más de lo que su familia pensaba. Estaba dispuesta a ser distinta. Como antes, antes de que la muerte de su padre cambiara drásticamente su vida y su entorno. Ya había pasado así muchos años, era hora de cambiar. Tenía ganas de vivir con intensidad. Y ese nuevo trabajo le daba el impulso necesario. A las personas les costaba hacer un cambio drásticamente, pero ella ya lo había hecho, y ahora lo haría de nuevo. Pensaba que cuando se tiene el suficiente coraje y la ambición de hacer algo, todo es posible.

En su familia todos trabajaban. Alejandra, su madre, laboraba como doctora en un hospital, y Jeremy, su hermano, como abogado en su despacho personal. Tenían un estilo de vida de calidad, no les faltaba nada, al contrario, su vida era acomodada, pero ella jamás lo aparentaba. Con sus ahorros había comprado una vieja camioneta, a pesar de la insistencia de su madre y su hermano en comprarle un auto moderno. Nunca lo aceptaba. Le gustaba ser autosuficiente, ganarse las cosas por ella misma y gracias a su esfuerzo.

Annabelle no conocía al dueño de la empresa, había escuchado que el empresario era hostil y frío con todos sus empleados —un amigo cercano de Jeremy había trabajado en aquella empresa por algún tiempo—. Si su jefe resultaba ser como le habían contado, tendría que controlar su temperamento, si es que quería permanecer dentro de la compañía.

—Me pregunto si el dueño estará tan bueno como dicen... —murmuró Marie lamiéndose los labios. Ann escondió una sonrisa. Ella no era cotilla, y por ello no veía en revistas, foros o periódicos a las personas más importantes

de la ciudad. Ella vivía en su propio mundo. Además, apenas había regresado de Colorado y casi sentía todo como nuevo.

—¿Lo has visto? —preguntó. Su prima sonrió de lado y asintió levemente con la cabeza.

—Por lo que he visto en revistas podría decir que sí, efectivamente, aunque... bueno... Ya lo conocerás tú misma —musitó Marie antes de tomar un trago de agua.

—Cierto —aseguró Ann.

—¿Saben cuál es su nombre? —intervino Amanda con interés en la conversación de las muchachas.

—Peter Brown —respondió Annabelle con recelo. Se lo había dicho su prima. Su tía asintió y siguió comiendo. Durante los siguientes segundos, Ann miró de soslayo a su hermano Jeremy, que parecía el único que no estaba disfrutando de la reunión. De hecho, mantenía una mueca desagradable en el rostro.

—¿Por qué tan serio, Jeremy? —preguntó Amanda frunciendo el ceño. El aludido se revolvió en su asiento incómodo. Se sabía que a él no le gustaban las reuniones familiares, aunque su hermana dudaba que ese fuera el motivo de su actitud.

—Por nada —refunfuñó Jeremy desviando la vista.

Annabelle insinuó por qué estaba así, al recordar que ese mismo día él tendría una cita. Su hermano mayor era todo un rompecorazones que podía conquistar a cualquier chica que se propusiera. Y el muy idiota —según el parecer de su hermana— prefería estar saliendo con chicas al por mayor que convivir con su familia.

—¿No te alegra, hermanito? —preguntó Ann inocentemente. La joven se rio entre dientes al ver la expresión malhumorada de su hermano. Ellos tenían una relación bastante cercana, a decir verdad, por lo que se hacían bromas la mayor parte del tiempo.

—Claro que sí, enana —Jeremy se encogió de hombros—. Pero ya sabes por qué estoy así —se quejó esbozando una mueca. No es que sorprendiera que Jeremy estuviera más preocupado por las chicas que por cualquier otra cosa, ya que tenía veintisiete años, pero su hermana pensaba que iba siendo hora de que sentara cabeza, al menos un poco.

Su familia era bastante tradicional, sus abuelos —ya fallecidos— habían educado a sus hijas con un pensamiento bastante común en su época. Y las

hijas, a su vez, hacían igual con sus hijos. Ann no compartía aquello, pero prefería no discutir, además de que nunca daba motivos, como su hermano.

—Ya tienes veintisiete años, Jeremy, deberías pensar en otras cosas y no solo en qué chica tirarte mañana —dijo Ann en una broma bastante pesada. Su madre la reprendió un poco con los ojos, pero no dijo nada.

Jeremy fulminó con la mirada a su hermana.

—Lo que haga con mi vida es mi problema. ¿De acuerdo? —replicó enojado. Por muy molesto que pareciera, en realidad no daba temor alguno, más bien parecía un niño regañado. Todos soltaron una risita entre dientes.

—Dejen de verme con esos ojos —protestó el muchacho aun con enfado. Annabelle sonrió una vez más negando con la cabeza. Era muy fácil sacar de quicio a su hermano.

Nadie más hizo un comentario al respecto y cada quien prosiguió con su comida. Las hermanas continuaron su plática y pasaron completamente de los chicos.

—Annabelle, creo que te tengo un poco de celos..., tendrás buen sueldo y un taco de ojo todos los días con tu jefe —sonrió Marie jugando con su cabello. La chica volteó los ojos. Su prima seguía insistiendo en lo atractivo que era el empresario, sin embargo, para ella eso no era de gran relevancia.

—Supongo que sí, aunque solo espero que todo salga bien. También estoy considerando llevar mi camioneta al taller —masculló refiriéndose al vehículo que con sus ahorros había comprado. La Suburban, que casi nunca había tenido problemas, últimamente parecía estar queriendo dar su último suspiro.

—Creo que le falta bastante ayuda a esa camioneta —indicó Jeremy, y ocultó una risotada tosiendo un poco. En realidad, la muchacha le había tomado bastante aprecio al auto, por el hecho de que ella misma lo había comprado.

—No es por ofender, pero tu Suburban pasa como el abuelito de mi coche —musitó su prima siguiéndole el juego a Jeremy. Ann soltó un bufido.

—Dejen de criticar mi camioneta, que bastante ha hecho transportándome por cuatro años —refunfuñó Annabelle cruzándose de brazos.

De repente, un *flash* le cegó la vista por unos segundos. Parpadeó enfocando su vista de nuevo y encontró al culpable. Su hermano tenía una sonrisa malévola en los labios.

—Qué linda te ves haciendo pucheros —se carcajeó Jeremy.

Su hermana lo fulminó con la mirada. Luchaba por contenerse y no quitarle el celular o, peor, confesar su mayor secreto, uno muy desagradable.

—¡Bórrala! —exigió Ann a punto de salirse de sus casillas. Su hermano le dedicó una sonrisa burlona.

—Claro que no, la subiré a Facebook para que todos puedan ver cómo...

—¡Oye, Marie!, te diré el secreto más grande de mi hermano, fíjate que hace...

—¡Espera! Está bien, voy a borrarla, ¿vale? —suplicó el joven con el nerviosismo planchado en la voz. Al parecer tenía bastantes ventajas saber el secreto más oscuro de una persona.

—Está bien, pero en otra ocasión no me contengo —le advirtió su hermana con una sonrisa de oreja a oreja. Jeremy le sacó la lengua en un acto propio de un niño de cinco años, aunque, si se ponía a pensar, en realidad su hermano no tenía la madurez de un adulto. Empezando por sus citas nocturnas.

—Me vengaré —dijo Jeremy mirándola seriamente. Su hermana sonrió con suficiencia. Como si supiera de ella todo lo que ella sabía de él. Y lo sabía todo por culpa de los descuidos del joven, por ser un despistado y dejar su celular en cualquier parte o soltar las cosas muy fácilmente.

—Hijo, deja de comportarte de esa manera no propia de tu edad —intervino su madre de repente. Jeremy se levantó de la mesa echando humo. Para nada le gustaba quedar mal frente a nadie.

—Ya vas a empezar —gruñó el aludido antes de subir las escaleras con las orejas coloradas por lo irritado que estaba. Cuando se enojaba las orejas se le ponían realmente rojas, característica heredada de su padre.

—Es mejor así —dijo Amanda a su hermana menor, que luchaba por no levantarse e ir detrás de su hijo.

—Lo hago por su bien. Un joven de su edad debería estar ya más centrado o, por lo menos, pensar en su futuro —siguió protestando Alejandra con enojo.

Ann entendía el pensamiento de su madre, ella siempre les había dicho que quería que fueran unas personas maduras y que ejercieran su trabajo adecuadamente. Su hermano era abogado, aunque en realidad no le ponía mucho empeño, como sí a las chicas. Podría llegar a tener un buen sueldo, pero parecía que no había superado la etapa de la adolescencia todavía.

—Bueno, nos tenemos que ir —anunció Amanda levantándose de la silla—. Que tengas buena suerte mañana en tu primer día de trabajo, y muchas felicidades, hija —animó Amanda a su sobrina.

—Gracias tía, yo también lo espero —ratificó Ann pasándose la mano por el cabello. Comenzaba a sentirse una nueva persona. Viviría su juventud con intensidad, sería feliz, y haría lo que le diera en gana; claro, sin perder su responsabilidad, pero ella anhelaba eso, sentir la vida.

Su madre ese día trabajaba por la tarde en el hospital. Realmente, Alejandra se la vivía en el hospital, amaba su profesión, y, como sus hijos ahora eran mayores, ya no tenía tantas atenciones con ellos. Amanda era contadora. Ellas salieron de la casa y dejaron a las primas solas. Marie se quedaría unos minutos, ya que su novio pasaría a recogerla.

—Hay que ver la tele —sugirió Marie dirigiéndose al sofá, donde se echó cómodamente. Ann se recostó en el otro sillón que estaba al lado y encendió el televisor. Pasó todos los canales con el control remoto, pero ninguno llamaba de verdad su atención. Después de unos minutos que aprovecharon para platicar, escucharon un claxon desde afuera. Seguramente, era el novio de su prima.

—Ya llegó mi novio —se excusó Marie; se levantó y tomó su bolso. La joven se despidió de ella y le deseó buena suerte. Sin embargo, muy dentro de ella, aunque no lo admitiera, sentía envidia de la relación que llevaba su prima con su novio. Ya tenía veintidós años y su vida amorosa era tremendamente aburrida, como todo lo demás. Aunque, claro, eso pronto cambiaría.

Hacía más de tres años que había tenido su último novio —el segundo en toda su vida— y, la verdad, ya empezaba a sentirse más amargada que una señora de la tercera edad. Sentía que le faltaba algo a su vida, más emoción, más cosas por conocer y experimentar; se estaba volviendo ridículamente plana.

Por eso mismo, desde ese justo momento se propondría ser una persona distinta. Ya no quería seguir siendo la misma chica buena en todo, pero temerosa ante cualquier chico que la invitara a salir; quería al menos tener algo qué contar en una plática de chicas, ya que siempre era ella la que menos experiencias exhibía. Tenía anhelos de vivir sin pensar en lo que dijeran los demás. Se arriesgaría, pues era la única forma de tratar de ser feliz. Si seguía así, se arrepentiría más tarde por lo que no hizo cuando tuvo la oportunidad. Y ese no sería su caso.

Cuando Marie se fue, siguió pasando los canales hasta que encontró una película que llamó un poco su atención. Entonces escuchó pasos que provenían de la escalera. Esperaba que ya se le hubiera pasado el enfado a su hermano,

ya que, si no, era insoportable. Jeremy cambiaba muy rápido de emociones, por ello no podía ser estable con ninguna chica.

El muchacho, sin decir nada, se recostó en el otro sofá. Ann no le prestó demasiada atención y siguió con la vista fija en la pantalla, hasta que de pronto una escena de auténtico erotismo comenzó a reproducirse. Era una de *esas* películas. La chica abrió los ojos como platos y su hermano empezó a carcajearse al ver su expresión, convertida en un poema.

—¡No puedo creerlo! No sabía que te gustaba eso, hermanita —se burló Jeremy alzando una ceja. La sangre subió a las mejillas de la joven y buscó con desesperación el control. Cuando al fin lo encontró, apagó la pantalla ignorando la cara de decepción de su hermano. Era un cerdo.

—¡Ay, por Dios, Jeremy! No soy una perversa como tú —reprochó con cierto enfado. En realidad, no le asustaba ver ese tipo de películas, ya que era completamente normal, pero verlas con su hermano era demasiado repugnante.

—Tienes veintidós años, Annabelle. Deberían gustarte esas películas —se burló Jeremy luciendo su perfecto juego de dientes. Su hermana apretó los suyos irritada.

—No todos tienen tu mente perversa, hermano —sonrió Annabelle con burla. Jeremy se encogió de hombros y estiró su cuerpo musculoso. El ejercicio manifiesto en su cuerpo y el rostro bonito que poseía le daban bastante ventaja con las chicas. Su hermano era todo un don Juan. Cómo le encantaría que su hermano encontrara el amor, por lo menos una vez.

—En realidad, todos la tienen, tal vez tú más que yo; ya sabes qué se dice de las...

—Deja de decir tonterías, Jeremy —lo interrumpió su hermana sacudiendo la cabeza con desaprobación.

—¡Venga ya!, admite que también tienes locos pensamientos —dijo el muchacho robándole el control de la tele en un abrir y cerrar de ojos. Aunque ella intentó quitárselo, era inútil, así que regresó nuevamente al cómodo sofá, y tuvo que soportar las escenas explícitas y subidas de tono.

—Ya te dije que no soy como tú, Jeremy —se defendió Annabelle exasperada. Y, sin más remedio, trató de ponerle atención a la película que, más bien, parecía una película sobre puro sexo, sexo y más sexo.

De pronto, algo que ya no había sentido últimamente empezó a ocurrir en su cuerpo. Sus mejillas se iban calentando más conforme las escenas iban

subiendo aún más de tono. Y, aunque no quería admitirlo, comenzaba a gustarle. Era una auténtica vergüenza.

Un torrente de emociones invadía su cuerpo, solo rogaba que su hermano no se diera cuenta de su estado ridículo. Trató de respirar profundo y pensar en otra cosa, mas su mente no dejaba de divagar por escenarios poco agradables. Lo peor era que un desconocido era el protagonista. ¡Maldición! Eso pasaba cuando reprimía sus pensamientos más oscuros todo el tiempo.

—¿Ann, eres virgen? —preguntó de repente Jeremy.

Su hermana entrecerró los ojos sorprendida. Si ya estaba totalmente roja, ahora debía parecer un tomate. Su hermano era un experto en hacerle preguntas incómodas.

Ya no era virgen, pero no pensaba decírselo a su hermano. No tenía por qué enterarse de qué era lo que pasaba en su vida privada. Le gustaba guardar sus propios secretos. Ella era dueña de sí misma, de sus secretos, de sus pensamientos, incluso de sus sentimientos. Aunque no quería reflexionar sobre ello, sabía que temía amar de nuevo por la posibilidad de perder después a una persona querida, justo como su padre. Sin embargo, el deseo sexual era muy diferente, y con ese no podía hacer nada.

—¿A ti qué te importa? —preguntó Ann enojada. Jeremy se encogió de hombros, pero sin dejar de esbozar aquella sonrisa burlona. Se quitó los zapatos y se recostó de lado en el sofá.

—¿Ni siquiera a tu hermano le dirás? —insistió fingiendo un puchero. Si seguía así, faltaba muy poco para sacar de sus casillas a su hermana.

—Eso no te incumbe —Annabelle se cruzó de brazos resoplando con enojo.

—¿Por qué no me lo dices? ¿Hay algo malo con ello? —insistió Jeremy con diversión.

—¡Sí! ¡Hay mucho de malo en ello! ¡Deja de hacer ese tipo de preguntas! —gritó su hermana levantándose del sofá. Subió a su cuarto y cerró de un portazo.



Annabelle terminó de hacer todas sus necesidades antes de irse a dormir, y minutos después ya estaba acurrucada en la cama sin poder pegar un ojo.

Al día siguiente empezaría oficialmente su trabajo y se sentía muy nerviosa, tal vez, demasiado. Recordó los viejos tiempos del instituto, los primeros días de clase. Esa misma emoción la estaba experimentando ahora. Y

después de tanto divagar, finalmente, en medio de las penumbras y unos ojos azules nebulosos, se quedó dormida.

Soy una Annabelle distinta. Social, divertida y atrevida. La chica escondida quedará enterrada para siempre. Ese sería su lema. Vivir o no vivir. Y ella quería gozar.



A la mañana siguiente despertó con el corazón desbocado en su pecho, y es que había tenido un sueño bastante malo. Se levantó de la cama bostezando un poco, para comenzar a arreglarse lo más rápido posible. No quería llegar tarde a su primera jornada de trabajo.

Para ese día había escogido una falda negra, una camisa blanca de manga larga y unas zapatillas negras que no eran tan altas. Se contempló en el espejo. Sus ojos avellana y su cabello castaño contrastaban con su piel blanca. Se recogió el largo cabello en una coleta alta que le hacía sentir un poco sexi.

Sin perder más tiempo, bajó rápidamente las escaleras; su hermano ya estaba desde temprano pegado a la computadora que se encontraba en la sala. Lo miró con desaprobación cuando volvió la vista hacia ella.

—Te ves bien, Ann —la elogió Jeremy con una sonrisa torcida. No pudo evitar sentirse satisfecha con su comentario. Le estaban asustando sus pensamientos, pero realmente ella quería algo diferente, estaba cansada de pasarse las tardes dentro de casa mientras Jeremy era un loco en la calle. Y lo peor era que su madre no veía de igual forma las actitudes de sus hijos, tal vez solo porque él era hombre y ella mujer. Odiaba eso. Le repugnaban esas diferencias.

No era que quisiera volverse una cualquiera, solo quería experimentar más emoción y adrenalina en su vida. Y eso incluiría hacer algo que nunca había hecho antes, si tenía la oportunidad.

Ann se dirigió a la cocina por un vaso de leche antes de irse.

—¡Ya me voy, Jeremy!, y, por favor, vete a trabajar —le sugirió su hermana antes de salir de la casa.

—¡Lo que tú digas! —alcanzó a oír su voz. Con una sonrisa de emoción, Ann se apresuró hacia su camioneta, que esperaba que no le diera problemas en el camino. El tiempo no podría estar mejor, el viento fresco le cortaba las mejillas y el sol comenzaba a alzarse sobre la ciudad.

Annabelle iba manejando por las calles de Illinois, Chicago, apretando demasiado fuerte el volante; incluso sus nudillos se habían tensado hasta el

punto de volverse blanquecinos. No tenía nada qué temer, trataba de convencerse mientras respiraba con inhalaciones prolongadas. Había sido una de las mejores en su universidad, debía estar bien preparada. ¿Por qué se ponía nerviosa? Bueno, no intentaría ser tan dura consigo misma. Después de todo, era su primer día de trabajo. Consideró que era lo suficientemente normal, como para cualquier novato. Y más en su caso, al comenzar su experiencia laboral en una empresa de importancia, una de las mejores del ramo de la construcción en la ciudad. Marie le había contado que se había enterado de una vacante en la asistencia del director general, por lo que no dudó, con la ayuda de Jeremy, en solicitar los requisitos para que ella tuviera posibilidad de presentarse. Ann intuía que seguramente algún tercero tuvo que intervenir en aquello para que le dieran la oportunidad, pero era algo que su prima y su hermano, estaba segura, no iban a decirle.

En el trayecto se preguntó cómo sería el empresario, pero decidió no darle muchas vueltas al asunto. Pudo buscar la noche anterior fotos del director, pero no lo hizo, no le dio gran importancia. Fuera quien fuera, ella pondría su mejor empeño. Llegó al aparcamiento de la empresa y estacionó la Suburban que contrastaba con los lujosos coches que había allí. Podría tener fácilmente un coche mejor, pero, como siempre, todo lo que tenía era con base en su esfuerzo. Le gustaba controlar su vida.

Sin detenerse demasiado tiempo dentro de la camioneta, salió del vehículo con paso firme y se dirigió a la entrada del edificio, donde el nombre de la empresa resaltaba.

Tomó el elevador, y la puerta se abrió en el décimo piso, como estaba indicado en la ficha que en la entrevista le habían proporcionado. Caminó por un largo pasillo y llegó a la recepción donde había dos jóvenes que atendían. Una era rubia de ojos azules, y la otra, morena de ojos acaramelados con grandes anteojos. Caminó hacia ellas con toda la seguridad que pudo reunir. La morena era la que le había hecho la entrevista.

—Buenos días, soy Annabelle Jones —se presentó alzando los hombros.

La muchacha morena asintió y cogió el teléfono rápidamente. Habló con alguien menos de diez segundos.

—Encantada, señorita Annabelle, el señor Brown la espera en su oficina; conversará un poco con usted, ya que será, como le dije ayer, su asistente personal. Buena suerte —comentó la joven con una sonrisa y le señaló el pasillo por donde debía caminar. La muchacha asintió y tragó saliva. Ahora

era el momento cuando los nervios le empezaban a traicionar un poco. Por ello, irguió los hombros y mostró seguridad en su caminar. No era ninguna niña novata.

Avanzó despacio hacia la puerta donde le esperaba el director Brown. Tomó una gran bocanada de aire antes de abrir la puerta y encontrarse con un par de ojos azules totalmente hipnotizadores. E increíblemente parecidos a los de aquel desconocido.

El aire se quedó atorado en su pecho y soltó un jadeo entre los labios carnosos.

Ante ella estaba el hombre impresionante y atractivo que había visto en la cafetería. Y, al igual que aquel día, la atracción surgió como un volcán en erupción en las venas. Esos ojos la recorrieron, reconociéndola, estudiándola seriamente. Como sus capacidades de controlarse y permanecer serena se lo permitieron, se removió un poco y caminó hasta quedar enfrente de él, aunque separados por su escritorio, donde reposaban libros, hojas sueltas, un ordenador y un bolígrafo.

Trató de que al hablar su voz sonara fuerte y segura, y no revelara lo que en su interior se producía absurdamente. La rarísima atracción que no podía controlar.

—Soy Annabelle Jones, señor Brown.

Sus ojos azules le penetraron a través de sus largas y espesas pestañas. Algo en ellos brilló mientras la miraba, con una mirada especial, como si en ella estuviera viendo algo más que solo una muchacha. No podía describirlo con exactitud.

Las piernas le temblaban ligeramente, no lograba comprender por qué ese tío estaba teniendo en ella ese efecto tan desesperado, tan arrebatador y alucinante. El hombre desvió la vista de ella como si mirarla lo afectara de algún modo, y una sonrisa temblorosa apareció en sus labios haciéndola derretir ahí mismo.

—Peter Brown, encantado de conocerle, señorita Jones.

CAPÍTULO 2

Jodidamente bien

Después de decirle al jefe su edad, veintidós años, y él al mismo tiempo decir la suya, veintisiete años, sentada en esa silla, Annabelle no podía estar más nerviosa. Ese hombre que tenía delante era impresionante, algo tenía que desde la primera vez que lo vio no podía quitarle la vista de encima. Y es que la atracción seguía ahí, flotando en el aire que respiraba. Cada vez que él la sorprendía mirándolo, el aludido sonreía levemente y ella desviaba la mirada. Annabelle se aseguraba que él ya estaría acostumbrado y le estaría divirtiendo sobremanera que ella estuviera actuando de esa forma.

—¿Está de acuerdo con el sueldo ofrecido? —preguntó el hombre de exquisitos ojos azules. Bien, la muchacha se rendía con sus pensamientos. La jodida atracción estaba arruinando su presentación. ¿Por qué sentía eso? Había visto en su vida muchos hombres demasiado atractivos e imponentes, y con ninguno se había sentido tan ensimismada, tan perdida y, mucho menos, atraída. Ni siquiera sus antiguos novios alcanzaban ese nivel de atracción que hervía en ella. Estaba tan preocupada que olvidó lo que le había preguntado. ¡Dios! No estaba actuando con normalidad. No era ella. Ese vértigo de emociones nublaba su atención.

—Disculpe, no volverá a pasar. ¿Qué fue lo que me preguntó? —reaccionó Annabelle sin dejar entrever ninguna emoción, hasta donde fue capaz. Esperaba que el hombre no se molestara y ella le diera una mala impresión y, así, acabara rechazándola. La chica apretó los labios en una fina línea, y él alzó una ceja. De nuevo, el hombre posó su mirada en ella, y Ann pudo captar otra vez el brillo que había en sus ojos al mirarla. Pero no era un brillo como de una atracción emergente. Era más especial, como si no la estuviera mirando a ella solamente.

—¿Se encuentra bien, señorita? No la veo muy concentrada —musitó él con la voz aterciopelada.

—Eh, nada, solo que usted no es lo que esperaba, bueno yo... Lo vi en la

cafetería hace algunos días, por eso estoy un poco sorprendida —comentó ella... *¡Cállate de una buena vez, Annabelle! ¡Vas a echar a perder la oportunidad de trabajar aquí como su asistente!*, le gritó su fuero interno. Peter Brown no quitaba su mirada azul de ella y, en realidad, eso no le estaba ayudando demasiado.

—Entiendo. Tampoco usted es precisamente lo que esperaba... —musitó desviando la mirada. Ella no quería seguir con el tema ya que lo más seguro era que le terminaría diciendo todo lo que pensaba sobre él y sus ojos y la atracción que sentía cerca de él. Annabelle ladeó la cabeza, intentando recordar lo que él le había preguntado al principio, lo tenía en la punta de la lengua.

—Bueno, yo... —de repente lo recordó—. *¿Me había preguntado sobre el sueldo?* —preguntó cambiando drásticamente el tema. Él abrió un poco más los ojos y sacudió la cabeza ligeramente. Parecía de pronto un tanto distraído. Se había perdido unos instantes en sus pensamientos.

—Sí, sobre eso, Annabelle —aclaró el señor Brown acariciando el nombre de ella con la lengua. Ann se reprendió a sí misma, ya hasta se estaba creando alucinaciones con ese hombre.

—Estoy de acuerdo, señor Brown.

De nuevo, pudo reconocer en los ojos azules del hombre lo especial que parecía mirarla. Se levantó de la silla. No sabía si eran imaginaciones suyas, pero sin duda sentía que la estaba viendo de una forma intensa y nostálgica, sí. Se sentía expuesta.

—Su oficina es la primera puerta a la derecha. Si necesita algo, llámeme desde el teléfono que está en el escritorio, y cuando yo la necesite, igualmente coja el teléfono con rapidez. Por ahora, tiene pequeños trabajos indicados en su ordenador, trate de hacerlos bien —le explicó con cordialidad. El hombre se levantó también y de nuevo ella se contuvo para no soltar un suspiro delatador. *¿Pero qué tiene ese hombre? ¿Qué come para ser tan jodidamente sexi?* Intentó detener sus pensamientos ante la incoherencia de estos. *¿Acaso la comida te hace sexi?*

Haciendo caso omiso de esas ideas, Ann se dio la vuelta mirándolo por última vez y, antes de que abriera la puerta para salir de aquella oficina, él habló.

—Le deseo suerte, señorita Jones —dijo con una sonrisa en los labios y con las manos metidas en los bolsillos.

—Gracias —murmuró ella sin aliento antes de salir.

Llegó a la pequeña oficina con el corazón desbocado. Abrió la puerta y la cerró tras de sí rápidamente. Annabelle recostó su espalda contra la puerta y se llevó las manos a la cabeza. ¿En verdad estaba sintiendo todo eso? Parecía irreal la atracción que surgía en ella, pero era real. Desde aquel segundo en la cafetería ya estaba perdida. Seguramente era un sueño de ella, ese hombre no podía ser real. Intentó pellizcarse, pero nada. Todo era real.

Con sus palpitaciones más tranquilas, se sentó en la silla y contempló por primera vez su nueva oficina. Era elegante y muy bonita. Las paredes eran de un blanco cremoso, además tenía una enorme vista a la ciudad gracias al ventanal que había en una esquina.

La computadora que utilizaría estaba encendida y ya tenía todas las instrucciones de lo que debía hacer. Recordó que ese era su día de prueba, por lo cual no podía permitirse ningún fallo. Intentó quitarse del pensamiento a ese hombre y concentrarse en el trabajo, pero no resultó tan fácil como hubiera querido.

La joven estaba tan concentrada tratando con un texto que no escuchó la puerta abrirse. Cuando sintió la presencia de alguien levantó la vista y volvió a encontrarse con esos irresistibles ojos azules que, otra vez, parecían estar viendo en ella algo más. Era una sensación bastante extraña.

—Señorita Jones, necesito que envíe este archivo a esta cuenta con estos datos —dijo su jefe extendiéndole un sobre que ella recibió; después apoyó su peso con los brazos en el escritorio.

—Por supuesto, señor Brown, solo hubiera llamado, no se moleste en levantarse —ella trató de ser amable y profesional. No seguía mirándole a los ojos, así podía ser mucho más coherente.

—Podría ser, pero gano mucho con venir —contestó él sin ninguna gracia. Casi se le ocurre abrir la boca para preguntar a qué venía aquel comentario, mas se mordió la lengua.

Sin decir nada, su jefe salió de la oficina. Annabelle se quedó viéndole de espaldas, hasta para caminar ese hombre era sexi. ¿Pero qué carajos le sucedía con él? ¿Por qué su cuerpo lo había elegido como potente pareja sexual? Ella no era de esas personas que sentían afecto al instante por alguien, y ese hombre le estaba provocando otras cosas. Sacudió la cabeza para dispersar sus atontados pensamientos.

Pasó el día en la empresa y tan rápido ya estaba a punto de terminar la

jornada. Dejó todo en orden y salió de la oficina. No sabía si debía avisar a su jefe que ya se retiraba, pero por cobardía, o más bien por nerviosismo, prefirió no hacerlo. De cualquier manera, al día siguiente le informarían si quedaba fija en el puesto. Además, reflexionando sobre la situación inexplicable con sus deseos, no estaba segura de si soportaría verlo todos los días y no sentir ganas de nada indecente.

Annabelle tomó el elevador y, cuando estaba a punto de retomar su camino por el pasillo, se encontró a su jefe caminando frente a ella. Ahora que estaba muy cerca de él, se daba cuenta de que, en realidad, era muy alto.

—Yo... ya me retiraba —comentó la joven con nerviosismo. Él sonrió de lado totalmente relajado, con las manos en los bolsillos.

—Espere, ¿le gustaría ir a cenar conmigo ahora mismo? Para conocernos mejor, nos estaremos viendo todos los días, al parecer —dijo su jefe con amabilidad. Ann abrió los ojos sorprendida. ¿Había escuchado bien? Su corazón no podía estar más desbocado que en ese instante. No entendía el interés de parte de su jefe. Tampoco entendía por qué la miraba de aquella manera tan especial, como si fuera otra persona mucho más cercana.

Lo mejor era aceptar. Estaba por conseguir el puesto y, al parecer, por lo que había dicho su jefe, ya lo tenía en el bolsillo; además, tenía bastante hambre. Asintió con la cabeza esbozando una sonrisa. Su jefe le devolvió el gesto con satisfacción.

La muchacha miró su reloj. Llegaría tarde a su casa, pero no podía perder esa oportunidad tan buena, aunque se extrañaba de que él le hiciera esa petición. ¿Qué era lo que su jefe quería? La curiosidad venció, y por eso terminó por aceptar.

—Por supuesto —dijo Annabelle volviendo a levantar la vista y perdiéndose en esos ojos intensos, al no percatarse de lo cerca que estaban.

El conductor del jefe los llevaba en una lujosa camioneta. Peter Brown le había sugerido a la joven que no era necesario llevar la camioneta de ella, ahí podría dejarla, él la regresaría a la empresa y entonces podría irse a su casa tranquilamente, por lo cual Ann no se preocupó.

Su jefe estaba sentado al lado de Annabelle, era consciente de que su pierna estaba tocando la de ella y eso la estaba poniendo increíblemente nerviosa, y las serpientes devoradoras de besos despertaban en su vientre. Además, una especie de energía parecía recorrer todo su cuerpo. Era una sensación que seguía presente sin ánimos de disminuir.

Cuando llegaron al exclusivo restaurante, se sentaron en una mesa apartada del centro. Annabelle todavía no comprendía en absoluto nada de la situación.

—¿Cómo se siente respecto al trabajo? —preguntó Peter Brown con un dedo en la barbilla. Parecía pensativo.

—Me ha gustado mucho —sonrió la muchacha. Inmediatamente imaginó el doble sentido de sus palabras. Desvió la mirada con vergüenza.

—Me alegra.

Una pregunta rondaba la mente de ella desde el momento en que lo había visto, y no dudó en hacerla. Estaba segura de que él no había construido aquella empresa, pues la constructora llevaba en función muchos más años de los que él tenía.

—¿Puedo preguntarle algo? —inquirió Annabelle. Él se puso en guardia al instante.

—Depende de qué sea lo que quiera preguntarme —advirtió sereno. Se dio cuenta de que la mayor parte del tiempo trataba de no mirarla a los ojos y fijaba la vista en la mesa, la silla o incluso las demás personas que estaban ahí.

—Es una pregunta inocente, pero... ¿cómo se hizo director de la constructora? Sé que la empresa lleva bastante tiempo... —indagó ella alzando las cejas. Él entrecerró los ojos.

—Es un secreto que no se comparte con todos —respondió apretando los labios. Annabelle asintió encogiéndose de hombros, pero cuando volvió a poner su atención en él, lucía bastante pensativo.

Para sorpresa de ella, comenzó a hablar.

—En realidad, la empresa era de mi padre; él dejó a mi hermano a cargo, pero finalmente yo me quedé con ella... —explicó su jefe bajando el tono de voz con indiferencia. Ann no podía estar segura, pero pensaba que él estaría recordando algo desagradable por su expresión antipática.

—¿Qué pasó con él? —preguntó ella sin poder contenerse. Tenía que detenerse. Las palabras salían de su boca sin pensar, aunque era lógico, con aquel hombre no podía pensar. Al instante deseó no haber dicho nada, no quería sonar muy entrometida. Era un defecto suyo ser tan impulsiva y curiosa, decir las cosas sin pensarlas un segundo antes. Su jefe la miró cauteloso por un segundo, pero siguió con el relato para su alivio. También sentía extraño aquello. Estaba comportándose con ella con una familiaridad totalmente sorpresiva.

—Tuvimos problemas —confesó.

—Pero supongo que se siguen viendo —infirió Annabelle. Inmediatamente se dio cuenta de que su comentario fue entrometido. En la mirada de él brilló la furia, pudo verlo, aunque él miraba hacia abajo. Sentía curiosidad por saber qué era lo que había pasado entre los hermanos, pero no le pareció muy buena idea seguir preguntando.

—No —Peter Brown apretó los dientes. Al parecer era algo desagradable para él. De cualquier manera, suponía que debía tener familia, personas con las cuales trabajaba en conjunto en la empresa.

—Pero... ¿tiene familia? —soltó de nuevo. Bien, parecía una entrevista que ella hacía a su jefe. Definitivamente, estaba hablando antes que pensar las cosas. Quiso darse una bofetada. La expresión que puso él fue de pena. Su mirada era lejana, como si estuviera de repente en otro lugar. Sin embargo, al contrario de lo que se reprendía, su jefe parecía estar bastante cómodo con ella.

—Mis padres murieron en un accidente —dijo él sin esfuerzo. La muchacha abrió los ojos con sorpresa, no se esperaba esa respuesta.

—Lo siento mucho.

—Fue hace mucho tiempo —Él trató de quitarle importancia, pero claramente, por el tono de su voz, eso le afectaba más de lo que quería admitir.

Una mesera llegó y recibió la orden de los dos. Cuando hicieron su pedido, se retiró y los dejó nuevamente solos. Se hizo un silencio incómodo, pero Annabelle se sentía más nerviosa por la manera como él seguía mirándola. Tenía ganas de preguntarle qué veía en ella. Era como si quisiera ver más a través de ella. Y parecía que lo estaba logrando.

—Tengo que decirle algo sin rodeos, por eso la invité a venir aquí. No soy un hombre que se acobarda al exponer las cosas claramente.

Annabelle frunció el ceño. Ese tono de voz fue distinto, más abrasador y seductivo. Le estaba poniendo nerviosa, aunque ya se estaba haciendo una idea de lo que sucedía, y el corazón lo sentía casi fuera de su pecho. ¿Y si él también había sentido tal atracción por ella? Era una posibilidad.

—Escuche, generalmente cuando me interesa una mujer le propongo algo... divertido... —musitó él sin quitarle la mirada de encima. Ann estaba totalmente inmóvil, su cerebro se tardaba un poco en comprender el significado de sus palabras. Ella se parecía más a un ratón a punto de ser devorado por la serpiente que a otra cosa.

—Quiero proponerle algo, claro, si está de acuerdo —ofreció él pasándose una mano por el cabello en un movimiento ligero y natural. Ella no lo procesaba, parecía estar pidiéndole la hora.

Annabelle jugó con sus mechones de cabello con nerviosismo. Ya se estaba formando una idea en su mente de lo que quería él. El miedo, la expectación y el deseo se revolvían en su interior. Si lo pensaba de una forma sencilla, sería fácil y divertido dar rienda suelta al deseo hirviente que la consumía, justamente como lo hacía su hermano todo el tiempo y a quien nadie le decía nada, ni siquiera la sociedad.

—¿Sobre qué? —preguntó ella relamiéndose.

—¿Yo le gusto? —preguntó su jefe divertido. Estaba jugando con ella. La sangre corría rápido por sus venas.

—Bueno, yo... Me parece increíblemente atractivo... —dijo Ann casi en un susurro. En el rostro de su jefe apareció una sonrisa triunfadora.

—Todo lo que necesitaba saber. Me preguntaba... si quisiera ser mi compañera en unas prácticas privadas —soltó él de pronto. Así, nada más. La mandíbula de la chica casi cayó al piso cuando su jefe pronunció aquellas palabras. Ya se imaginaba de qué se trataría la petición, pero no con seguridad, y ahora le sorprendía. ¿Le estaba jugando una broma? Pero, por la seriedad de él, a leguas se notaba que lo decía completamente en serio.

—¿Qué?

Él apoyó los codos en la mesa y la miró con diversión y a la vez con expresión serena.

—Solo le estoy proponiendo algo, es muy sencillo. ¿Quiere ser mi amante? Creo que así le llaman... —explicó con naturalidad. La joven parpadeó un par de veces. ¿Ese hombre le estaba diciendo en palabras distintas que la deseaba? ¿Justo como ella lo deseaba? Tembló.

La nueva Ann le decía que aceptara, eso era lo que quería tener, una aventura llena de emoción, adrenalina y vida. Sentir, vivir, experimentar. Al diablo con lo que dijeran los demás, o con las etiquetas. Ahora era una mujer que sabía lo que quería sin importar las opiniones de los demás. La sociedad, en ese caso, le pasaba por donde fuera.

Controló su expresión y suspiró.

Él aguardaba su respuesta en un largo silencio. Cerró los ojos y volvió a abrirlos. Una sonrisa nerviosa se estaba formando en los labios de la muchacha. Esa era ella, al diablo con todos. Era muy joven y tomaba

decisiones conforme a los sentimientos que experimentaba en el momento, fueran buenas o no.

—Primero, explíqueme bien sobre todo esto.

—Bueno, obviamente, vamos a compartir nuestros cuerpos, no es nada del otro mundo, solo le estoy proponiendo placer a cambio de lo mismo. Sin ataduras, sin cambios por esa situación en el trabajo, solo es... simple deseo, porque usted despierta en mí... ciertas cosas... —susurró mirándola con anhelo y también con cierta nostalgia—. No suelo decir esto tan rápido, pero hay algo en usted que me motiva a hacerlo, bastante... —masculló estudiándola con lentitud, como reconociendo en ella mucho más de lo que se podía ver.

Así sonaba fácil y divertido, y las hormonas de la chica brincaban de alegría en ese instante.

Hacía tiempo que no retornaba a su vida sexual, y la verdad es que se moría de ganas de hacerlo, pero sentía esos miedos y nervios como cuando era más inexperta. Después de todo, no podría borrar por completo a la precavida Annabelle.

—Solo piénselo. Es únicamente deseo, no involucro nada más que el cuerpo. Y es justamente equilibrado, placer a cambio de placer. Y si llega a sentirse incómoda, simplemente lo rechaza. Cualquier decisión que tome no le afectará en el trabajo, le aseguro.

—Entiendo, le daré una respuesta cuando vuelva a verlo... —ella solo pudo decir eso. Ya había tomado su decisión en aquel momento, pero únicamente quería que él esperara un poco de tiempo. Era claro que la anterior Annabelle jamás hubiera aceptado algo semejante, pero la joven ya se sentía autosuficiente y mayor para tomar sus propias decisiones sin incumbencias de nadie. Sin rodeos.

Y la juventud y las hormonas más calientes que el fuego en aquellos años jugaban un papel a su favor.

Ann cuestionaba todas las opiniones que etiquetaban a su género por esas actividades. Tal vez esas eran las opiniones de la gente, unas que a ella ya no le importaban. Total, era su vida y ella hacía lo que le pareciera mejor.



Después de media hora, Annabelle ya estaba bajo el techo de su recámara, enfundada en un pijama de colores pasteles, su favorito. Y en la comodidad de su cama podía pensar tranquilamente. Ya no era la chica tímida, callada y

débil de antes, en la que se había transformado después de la muerte de su padre. Ahora tomaba decisiones en cualquier ámbito. No podía contenerse frente a ese hombre, pues le había despertado todo desde el primer segundo en que lo vio. Y, además, le excitaba sobremanera tener una aventura con él. Su fantasía, desde que posó sus pupilas en ese hombre, también quería salir de su aburrida rutina, y lo haría al fin. Esa era su oportunidad de experimentar lo que ansiaba, con él y con la vida misma.

No tendría por qué ser difícil, no es que ella acabaría enamorada o prendada; no, al contrario. Lo que sentía, estaba segura, era solo deseo, uno desesperante y arrebatador. Siempre controlaba sus sentimientos, era algo que había aprendido a hacer después de la muerte de su padre. Le daría placer a cambio de lo mismo, lo justo. No involucraría más que las ganas arrebatadas del deseo.

Tal vez se divirtiera un poco intentando enamorallo, sería como un reto. Nunca pensó que terminaría manteniendo una relación de esa manera, y menos con ese hombre; sin embargo, las cosas debían pasar por algo, suponía la joven.

Entonces, cayó en las sabanas cerrando los ojos con un nuevo reto en su vida que se vislumbraba totalmente alucinante.

CAPÍTULO 3

No te enamores

Annabelle se despertó con un jadeo en la cama. Todavía las imágenes se agolpaban en su mente. Acababa de tener un sueño con Peter Brown. Una gota de sudor escurrió por su frente, y la limpió con el dorso de la mano. No tenía ningún problema con aceptar aquel juego.

Ella nunca había imaginado que terminaría así con su propio jefe. La antigua Annabelle jamás lo habría aceptado y ni siquiera considerado. Pero ahora todo era distinto. Ann era consciente de que jamás le diría a su hermano y a su madre sobre lo que quería hacer, sería lo último que hiciese. Ellos no serían capaces de aceptar aquello; para ellos siempre había sido una buena chica, la Annabelle que nunca hacía nada malo y sacaba las mejores notas, un orgullo para la familia, sobre todo para su madre.

Después consideraría vivir sola si las cosas no saliesen como ella quisiera, tenía el capital suficiente para hacerlo perfectamente. Tenía que hacer su propia vida y, así, no dar explicaciones a nadie. Ya estaba bastante mayor, tenía veintidós años.

Ese día era domingo, por lo que le costó trabajo levantarse de la cama. Se obligó a sí misma a dejarla y se metió a la ducha. El agua caliente siempre era efectiva para relajar sus músculos agarrotados. Después de unos placenteros minutos, salió con mucho mejor humor. Enrolló la toalla a su cuerpo delgado y tomó el peine para cepillar su cabello enredado.

Sobresaltándola un poco, su celular comenzó a vibrar en la cama, donde lo había dejado. Era un mensaje de su jefe, su corazón se aceleró para después volver a su marcha normal.

Buenos días, señorita Jones. ¿Cómo ha amanecido?

Vaya. Le sorprendía la familiaridad que estaba usando su jefe con ella. Como si ya la conociera lo suficiente. Una sonrisa se formó en sus labios sin poder evitarlo. Dejó el peine para contestar.

Muy bien, gracias. ¿Y usted?

Se tomaba del cabello mientras esperaba la respuesta de él. Imaginaba que la invitaría a salir.

Demasiado bien. ¿Tiene planes para hoy?

Una sonrisa iluminó el rostro de la muchacha en cuanto leyó el mensaje, pero se desdibujó cuando recordó lo que le había prometido a su prima Marie para ese domingo. Se suponía que ese mismo día deberían salir juntas en un día de chicas.

—¡Maldición! —masculló.

Definitivamente, la oferta de su jefe era mucho más tentadora que la de salir con su prima, pero no quería quedar mal con ella. No se sintió bien consigo misma, pero el deseo que tenía de estar con él era... incontrolable. Antes de contestarle a su jefe le marcó a Marie. Solo esperaba que su prima estuviera de buen humor para aceptar aquello.

—¿Annabelle? —habló Marie.

—Marie, me vas a matar.

—¿De qué hablas?

Cruzó los dedos llamando la suerte.

—Mira..., me llamaron de mi oficina y quieren que vaya hoy, es algo importante y creo que no podré ir conti...

—¡Pero ¿qué dices?! —gritó en su oído. Annabelle alejó un poco el celular de su oreja para no sufrir daños en los tímpanos.

—Ya sé, pero creo que es algo importante y no puedo faltar, lo siento mucho, Marie —mintió la castaña con voz monótona.

—¡Ann! ¡Hoy era nuestro día de chicas! —lloriqueó Marie al otro lado de la línea. Seguramente esbozando pucheros.

—Lo sé, yo también estaba muy emocionada. En verdad, lo siento mucho... —dijo ahora con real decepción en su voz. Su prima era genial, se divertía mucho con ella, pero ahora mismo tenía otro tipo de intereses.

—Bueno. Es más importante tu trabajo, te comprendo. ¡Pero el otro fin de semana tenemos que salir, Annabelle! —exigió su prima más calmada.

—Muchas gracias, Marie. ¡Te quiero!

La muchacha colgó con un suspiro.

«No tengo nada que hacer, supongo.»

Él contestó rápido.

«Bien, ¿le gustaría salir a comer hoy?»

La emoción no cabía en la muchacha. Estaba sonriendo como una tonta;

recordó las citas de su adolescencia. Aunque seguramente lo que haría con él no era lo de una niña de secundaria.

«Claro que sí. ¿A qué hora?»

Su celular vibró por el nuevo mensaje.

«Pasaré por su casa a las tres de la tarde. ¿De acuerdo? La dirección está en su expediente, llegaré.»

Con una sonrisa la joven tecleó rápidamente.

«Está bien, le espero.»

Su jefe contestó.

«Lo estuve deseando.»

Con una sonrisa en el rostro y el corazón palpitándole fuertemente en el pecho, Annabelle se levantó dispuesta a ponerse su ropa más elegante. No tenía demasiada, pero sí tenía algo que llevar al menos.

Después de que hubo desayunado con su hermano y su madre —la última salió al hospital y Jeremy a una de sus miles de citas— subió a su habitación para alistarse. Ann les había contado una pequeña mentira. Se habían ido con la idea de que saldría con su prima, ellos jamás dudaban de ella, después de todo nunca les mentía ni les ocultaba nada. Pero ya iba siendo hora de que mantuviera su vida privada para ella misma, la muchacha estaba cansada de dar explicaciones sobre hasta el más mínimo detalle.

Eran las dos y media de la tarde, Peter Brown no debería tardar en llegar por ella. Annabelle todavía estaba eligiendo qué ropa ponerse, estaba entre unos vaqueros, una blusa y unas botas negras hasta las rodillas, y un vestido verde escotado que había usado el día de su último cumpleaños.

El vestido verde era demasiado formal, y como solo irían a comer se decantó por los vaqueros ajustados y la blusa blanca. La energía que él generaba en ella le provocaba querer verse bien, sentirse atrayente también.

Terminó dejando sueltos los rizos de su cabello castaño y se maquilló un poco. Un delineador negro que hacía más profundos sus ojos avellana, un poco de rubor y un brillo de labios era suficiente para ella.

Estaba sentada en el sofá esperando a su jefe mordiéndose las uñas por puros nervios. Sin poder evitarlo, se puso a pensar en él, no podía quitarse su imagen de la mente. Era, definitivamente, el hombre más impresionante y atractivo que había visto en su vida y, además, el que más le había atraído. Ni siquiera podía mantenerle la mirada, ya que, por increíble que pudiera parecerle, se sentía nerviosa.

El timbre de la puerta la sacó de sus pensamientos, había llegado. Tomando un gran respiro se levantó y fue directo a abrirle la puerta. La muchacha contuvo un jadeo cuando lo vio parado en su puerta. Lo miró a los ojos azules brillantes. Una sonrisa de lado se formó en los labios de su jefe. Se veía tan absurdo eso para ella.

Un hombre como él en la puerta de su casa.

Lo miró de arriba hacia abajo y sintió un escalofrío. Estaba impresionantemente atractivo. Qué injusta era la vida con la gente que no era guapa ni rica, aunque, por lo general, se recordó a ella misma, la vida solía ser así.

—Señorita Jones, está preciosa —la elogió su jefe con la voz aterciopelada. Dios, hasta su voz era ardiente. El labio inferior de la chica tembló.

—No se queda atrás —contestó ella lo más tranquila que pudo. ¿Él podía imaginarse el grado de atracción que ejercía sobre ella? Su jefe no podía verse más sexi con esos pantalones negros que le caían deliciosamente de la cadera, y su camisa gris arremangada que se adhería a su pecho y resaltaba también sus fortalecidos bíceps. Era atractivo y joven.

Peter Brown tomó su mano y, al instante, una corriente de energía los recorrió a ambos, lo que les hizo soltar el agarre. Con los nervios de punta, la joven caminó a su lado sin tocarlo esta vez. Él también estaba un poco tenso, o tal vez siempre lo estaba, pensó ella.

Se subieron a un coche diferente aquella vez, era un gigante *jeep* negro. El hombre ayudó a subir a la joven tomándola de la cintura y, otra vez, esa corriente los recorrió a ambos. Era algo extraño, era como si sus pieles fueran un imán y reaccionaran automáticamente una a la otra. Annabelle nunca antes lo había sentido con nadie, de eso era más que consciente. Y era totalmente excitante.

Después de un recorrido silencioso —a veces ella podía sentir la mirada de su jefe por el rabillo del ojo—, llegaron a un restaurante lujoso. Se adentraron en el lugar donde estaba la mayoría de la gente, pero una señorita, después de hablar con Peter, los condujo a un lugar más privado y exclusivo. Solo había otra mesa ocupada aparte de la de ellos.

—Supongo que sabe el motivo por el que estamos aquí —dijo Peter Brown rompiendo el silencio.

Ann asintió con total confianza. Aquel juego entre ellos sería en partes

totalmente iguales, eso tendría que dejarlo claro.

—Yo lo he pensado... —hizo una pausa, sus ojos ardían—. Y creo que podría intentarlo —musitó la joven alzando los hombros mostrando su seguridad. No era ninguna niñita que él mangonearía a su antojo, sería en partes iguales.

Su jefe se relajó visiblemente y esbozó una sonrisa torcida. Seguía mirándola profundamente, reconociendo en ella muchas cosas. Se pasó la mano por el cabello —negro y corto— en un movimiento que la dejó con la mirada clavada en él.

—Estoy feliz de su decisión, señorita Jones —Peter ladeó la cabeza—. No sabe cuántas mujeres desearían estar en su lugar...

Claro que podía imaginárselo, por una parte, tenía razón en lo que él le decía. No estaba segura de si a otras mujeres les sucedía lo mismo que a ella respecto a él, pero era algo muy probable. Sin embargo, le parecía bastante altanero. Aunque... ¿quién, siendo como él, no iba a ser arrogante? Decidió hacer caso omiso de su comentario, si es que no quería comenzar una riña ahí mismo.

Entonces recordó algo muy importante que necesitaba saber. La duración de ese *juego para ella*.

—Una cosa... ¿cuánto durará esto? —la joven hizo la pregunta con intriga. Él dejó entrever sus dientes blancos con una gran sonrisa.

—¿Qué le parece... hasta que nos cansemos uno del otro? —preguntó su jefe cruzándose de brazos—. Aunque se puede romper en cualquier instante si alguno de los dos quiere.

Annabelle apretó los labios. Eso sonaba a un reto de egos. Hasta que se cansaran resultaba tentador y divertido. Realmente, no le importaba el tiempo; mientras fuera intenso, a ella le bastaba. Diversión, solo eso significaría para ella. Claro que creía en el amor, por ello escribía poemas; pero antes quería probar las mieles de lo prohibido. Y lo que haría era exactamente eso, placer; de ninguna forma pensaba que pudiera convertirse en algo romántico. Porque consideraba que el amor no podría nacer de una aventura.

—Creo que está bien —sonrió Ann.

La mesera llegó por su orden, les preguntó lo que ordenarían y después se marchó en silencio.

—Aunque tengo que advertirle algo.

—¿Sobre qué? —preguntó Annabelle tomando un sorbo de agua. Peter

entrecerró los ojos.

—Yo no involucro sentimientos, no puedo y no debo. Por eso, no se enamore de mí por ningún motivo —advirtió con un hilo de voz. Annabelle casi escupe el agua por la carcajada que estuvo a punto de soltar. Eso había sido muy chistoso. Él le atraía a niveles inimaginables, por supuesto, pero había una gran distancia a sentirse enamorada.

No podía ser más alto su ego. ¿Acaso siempre daba por sentado que todas se iban a enamorar de él? Al parecer no se había dado cuenta de que ella lo trataría igual que él a ella. Aquello solo sería un juego de diversión para la joven. Por supuesto que enamorarse no estaba en sus planes. Porque para ella el amor, de acuerdo con sus fantasías, debía comenzar diferente... No de esa forma, definitivamente. Pero quién sabe, tal vez hasta él sí que podría enamorarse de ella.

—¿Y si pasara al revés? —no dudó en contratacar sonriendo. Él desvió la mirada recordando algo.

—Eso no pasará. Con nadie —refutó con total confianza en lo que decía.

—¿Por qué está tan seguro de eso?

—Sé lo que le digo, señorita Jones, solo tenga cuidado —replicó Peter con firmeza. Ella apretó los labios algo divertida.

Nadie mandaba al corazón, él podía enamorarse. Annabelle levantó los hombros y sonrió con suficiencia. Estaba completamente segura de que en ella no surgiría ningún sentimiento amoroso, pero por parte de él todo podía pasar. Él alzó una ceja al ver su expresión.

—Hagamos un reto —sonrió la muchacha más abiertamente. Eso que se le estaba ocurriendo sería divertido, justo lo que estaba buscando. Él juntó las cejas con confusión—. Usted dice que no se enamora de nadie, pero si conmigo las cosas no son así...

—Eso nunca pasará —la interrumpió—. No juegue conmigo, que solo terminará dañándose a usted misma —ratificó él pasando su lengua por el labio inferior.

—Ya lo veremos —replicó Ann.

La confianza de su jefe en que nunca pasaría solo le daba a ella más incentivos para intentar enamorarlo y hacer que se comiese sus palabras.

Ella haría que Peter Brown se quitara todo ese estúpido orgullo y cayera a sus pies. Le demostraría que ella sí podría enamorarlo. Y, por supuesto, para lograrlo, no se enamoraría de él. Ella jugaría ese juego mucho mejor.



Se les había pasado el tiempo volando. Ya había atardecido y estaba por adentrarse la noche. Al final el empresario le invitó a la joven unas copas en su casa, aunque los dos ya sabían por qué irían allí, y, en cierto modo, Annabelle estaba emocionada y, tenía que admitirlo, un poco nerviosa. Sería el comienzo de una nueva etapa en su vida, de probar el sabor de lo prohibido, de lo secreto.

Realmente sucedería.

Le molestaba el ego de él, aunque pretendía soportarlo, si era el precio a pagar por ese grado de deseo y peligro en su vida. En cuestión de minutos llegaron a su casa. La muchacha sentía un nudo en el estómago cuanto más pensaba en lo que estaba a punto de suceder. Tenía que relajarse, no podía mostrar ninguna niñería.

Era una hermosa casa de color crema y dorado. Había una enorme puerta de madera, que era la entrada, y varios ventanales. Y una gigantesca piscina de lujo a un lado. La casa era de dos pisos, totalmente hermosa. Era una vivienda propia de una persona muy adinerada, como Peter Brown.

El jardín era interminable y estaba extremadamente cuidado y trabajado. No había nadie dentro de la casa, excepto los que regaban el jardín y los vigilantes, que rondaban por ahí cerca. Además de una señora —de edad un poco avanzada— que le presentó su jefe como su ayudante más fiel; le sorprendió la confianza que le tenía a la mujer. No se comportaba con Andrea, como resultó llamarse, como lo hacía en la empresa. Andrea era regordeta, con canas que invadían su cabello y revelaban su edad, y arrugas en las comisuras de los ojos cuando sonreía.

El interior de la casa era extremadamente lujoso, de ese tipo que solo se veía en las películas. Recorrieron los pasillos con pisos de mármol hasta llegar a una amplia habitación que era hermosa, aunque la joven no pudo evitar que el espacio se sintiera vacío, no parecía tener la calidez de un dueño; era como esas habitaciones de hotel sin personalidad. Constaba de una gran cama blanca, muebles tallados de una madera preciosa, un enorme armario de cedro y un gran espejo; las paredes estaban pintadas de blanco y había un amplio ventanal.

—Es hermoso —admitió Annabelle sin decir lo demás que pensaba sobre esa habitación sin vida.

—Lo sé, pero tal vez no tanto como parece. —el hombre le tomó suavemente la mano a la muchacha y dejó un pequeño beso en el dorso. Annabelle pudo ver cierta melancolía en su mirada, apenas perceptible. La misma que había captado, a veces, cuando la miraba a ella.

Se moría de ganas de saber lo que pasaba con él, pero decidió quedarse callada, no quería incomodarlo con tantas preguntas entrometidas. Cuando él confiara más en ella, él mismo le contaría sus cosas. Si llegasen alguna vez a tenerse un poco de confianza.

Se quedaron ahí parados, uno frente al otro sintiendo nuevamente esa electricidad que emanaba de sus cuerpos. La muchacha sabía que él también podía sentir esa energía.

Entonces, repentinamente, él se posesionó de ella con rudeza, tomó su cabeza entre sus manos y estampó sus labios sobre los suyos, con fiereza y delicadeza a la vez. Su energía la sorprendió, era como si llevase mucho tiempo esperando por ella. Las manos y las demás partes del cuerpo de Annabelle cobraron vida propia con tan solo sentir ese roce.

Era una sensación exquisita la que estaba sintiendo; los labios de su amante eran calientes, suaves y fuertes. Pasó los brazos por su nuca para acercarlo más a ella. Necesitaba más de él. De su calidez y su aliento embriagador.

La pasión vertiginosa los consumía a los dos de la misma manera. Todo el deseo que ella había estado guardando ahora salía a relucir y el resultado era desenfrenado.

Annabelle no supo en qué momento su espalda rozó con las suaves sabanas de la cama, pero ya tenía a su jefe encima de ella. La besaba con fiereza, dejó sus labios y bajó lentamente hasta llegar al hueco de sus dos pechos. Le quitó la blusa de un tirón y la joven solo quedó con el sostén. Las manos masculinas recorrieron la espalda de la chica buscando el cierre del sujetador, y con una habilidad asombrosa se lo quitó con rapidez. Después pasaron largos minutos entre más besos y caricias que prendían como el puto fuego lento.

La castaña quedó totalmente desnuda ante él, del ombligo para arriba. No pudo evitar sonrojarse ante su mirada llena de deseo. Se mordió el labio y antes de que se diera cuenta ya estaba sobre ella acariciando cada rincón de su piel erizada. Ella se arqueaba por el gran placer que sentía.

De repente él empezó a bajar aún más, besó su ombligo. En cuestión de segundos con su ayuda y el apoyo de ella le sacó el pantalón. El cuerpo de la

joven temblaba. Antes de que le diera tiempo a reaccionar, él se quitó la camisa y los pantalones y quedó solo con el *boxer*. El corazón de Annabelle dio un vuelco. Tenía el cuerpo ardiente de su jefe frente a ella.

De pronto, sus brazos la acorralaron e inevitablemente quedó debajo de él. Su jefe sacó un condón de uno de los cajones del buró al lado de la cama y se lo puso en un segundo. Se acariciaron explorando cada uno el cuerpo del otro provocando gemidos y gritos guturales.

Y en algún instante en medio de esos minutos llenos de caricias, él abrió las piernas de la joven y entró en ella de una sola vez. La chica soltó un grito de dolor, que silenció apretando los dientes. Mas, conforme él se fue moviendo, el dolor se convirtió en placer, un placer maravilloso. Su jefe fue aumentando la velocidad hasta que no pudieron más y tocaron el cielo, los dos, juntos.

Quedaron acostados en la cama agotados, con las respiraciones agitadas. Una sonrisa se extendió por todo el rostro de Annabelle y dejó salir un suspiro.

Eso sería divertido.

CAPÍTULO 4

Compañero indeseable

Annabelle Jones abrió la puerta de su casa silenciosamente, se le habían pasado las horas muy rápido junto a Peter Brown. Perdía la noción del tiempo a su lado. Después de comer en un restaurante con él, fue inevitable ir a su casa. Se estaba convirtiendo en su adicción. Annabelle se disponía a subir las escaleras cuando vio una sombra en la sala que la miraba fijamente con ojos muy escrutadores. Era Jeremy con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—¿Dónde estabas, Annabelle? —interrogó su hermano. Le había llamado por su nombre completo, era una señal de que no estaba contento. Pero ella no le tenía miedo, ya estaba cansada de que la tuvieran vigilada. Y simplemente no se iba de su casa porque le preocupaba precisamente él, su hermano, por todas las estupideces que a veces cometía. La chica tragó saliva. Si él podía regresar a altas horas de la noche, ella también era libre de hacerlo.

—No es de tu incumbencia, yo no te digo nada cuando llegas a estas horas —se defendió con brusquedad. Él se acercó lentamente a ella. Sabía que en realidad estaba preocupado, sin embargo, no le gustaba para nada la actitud que estaba tomando.

—Son las dos de la madrugada, Ann, y tú lo más tarde que has llegado es a las diez de la noche. Dime la verdad —contrató Jeremy. Su familia no se podía enterar de su relación con su jefe, mucho menos Jeremy. Si no, la joven ya se imaginaba el drama que harían y, aunque ya era mayor de edad y podía hacer lo que se le viniera en gana, no quería problemas en ese instante.

—Estaba con una amiga —dijo Ann restándole importancia al asunto y sin darle más explicaciones.

Jeremy ladeó la cabeza. En su rostro se podía leer que él no le estaba creyendo, mas rogaba que su hermano no le hiciera más preguntas. Aprovechando su silencio, ella se apresuró hacia su habitación y cerró la puerta con seguro.



El sonido del despertador sacó a Peter Brown del sueño, en el cual la protagonista era, otra vez, su nueva asistente y también amante. ¿Por qué tenía que parecerse a ella? ¡Carajo! No pudo evitar anhelarla en sus brazos, tocarla, besarla, sentir en ella recuerdos del ayer. No pudo evitarlo y no podría nunca. Si tan solo no fuera tan parecida... No podía ser, esa niña se estaba metiendo hasta en sus sueños, en los que él no tenía ningún control. Y es que la noche que pasaron juntos él la disfrutó como un loco. Como hacía mucho tiempo no se había sentido. Recuerdos de aquella mirada vinieron a perturbar su mente. ¿A quién miraba realmente en los ojos de Annabelle? Ya sabía la respuesta.

Eso le incomodaba, pero también era un alivio sentir aquello, era como estar de nuevo cerca de ella, y olvidar un poco su pasado. No podría deshacer lo que había comenzado con su asistente, desde el primer segundo en que la vio en aquella cafetería no tuvo opción. Parecía que la vida le estaba dando una bofetada, con esa chica que le presentaba y le recordaba que estaría condenado a rememorar a su amor y no poder amarla. Sentirla tan cerca y tan lejos.

Miranda.

Se levantó estirando sus extremidades y fue a tomar una ducha. Con el cabello mojado y una toalla cubriéndole la cadera, salió del baño.

Eligió una camisa azul y unos vaqueros oscuros para ese día, y complementó con unos zapatos negros. Le dio tanta pena su reflejo —esa imagen que siempre intentaba mantener ante los demás—, que dejó de contemplarse en el espejo. Él sabía que nada podría hacerle sentir de nuevo, su corazón se había secado y detenido en aquel fatídico día junto con ella. Recogió su celular y salió de la habitación.

Andrea, su empleada desde hacía varios años, aunque él la consideraba mucho más que eso —ya que había estado con él en momentos difíciles—, era prácticamente su única compañía.

Su familia nunca había contactado con él hasta que se había vuelto exitoso con la empresa: primos, tíos y demás, a los que simplemente ignoraba como si no existieran.

La muerte de sus padres era lo único que lamentaba; después creció con sus abuelos, que se habían quedado a vivir en Colorado y él les mandaba dinero, tanto como ellos querían. Después de todo, se los debía.

Ya estaba servido el desayuno sobre la mesa cuando el joven llegó a la cocina.

—Buenos días, niño —saludó Andrea con una sonrisa angelical, de las que siempre le dedicaba. Su rostro cansado y las canas floreciendo en su cabello delataban cuánto había luchado en su juventud.

—Igualmente, Andrea —dijo él sentándose a desayunar. Vio lo que había servido en su plato, eran sus bocadillos favoritos.

Inevitablemente, una sonrisa burlona de un rostro muy parecido al suyo apareció en su mente. Apretó los dientes reprimiendo los recuerdos.

Lamiéndose los labios se levantó de la mesa y salió de su residencia en el *jeep* negro, el auto que escogió para esa ocasión y, también, su favorito. El muchacho llegó en cuestión de minutos a su empresa, saludó al personal que se encontraba en la planta baja antes de tomar el elevador.

—Señor Brown —le recibió Lucía, la recepcionista, casi haciéndole una reverencia. Peter la saludó con un leve movimiento de cabeza y siguió su camino sin más interrupciones. Entró a su oficina y se dispuso a ordenar todos los pendientes. Tenía mucho trabajo que hacer, y tal vez tendría que viajar pronto; los días con Annabelle le estaban distrayendo demasiado, pero había valido la pena, sin duda.

Se abrió la puerta y apareció Edgar Brown, su primo y gerente principal de la empresa. El pelinegro lo saludó cordialmente. Nunca se habían llevado muy bien entre ellos, pero al menos se tenían respeto.

—Buen día, primo —saludó Edgar tendiéndole la mano.

—¿Qué pasa, Edgar? —preguntó Peter sentándose en la cómoda silla del escritorio. Edgar también tomó asiento enfrente de él. Edgar solo era un par de años mayor que Peter, pero parecía que le llevaba más.

—Cité a los mexicanos para la conferencia a las cuatro de la tarde, ¿no tienes ningún inconveniente? —preguntó Edgar pasándose la mano por su cabello ondulado oscuro.

Peter sabía que su primo sentía envidia por todo lo que él tenía, y lo disfrutaba. Realmente lo disfrutaba. Miró el reloj, eran las nueve de la mañana, ese día no podría ver a su asistente por la tarde. Primero era su trabajo, ella podía esperar.

—Está bien, ellos han esperado mucho tiempo por este momento —dijo Peter juntando las manos, cuando Annabelle apareció en la puerta con una sonrisa. No había tocado la puerta, solo había abierto como si fuera su propia oficina, pero él no la reprendió. En lugar de eso, sus ojos la recorrieron

lentamente de arriba abajo sin poder evitarlo. Joder, la miraba a ella y también a Miranda.

El jefe se dio cuenta de cómo los ojos de Edgar se agrandaban al escrutar a la recién llegada. Empezó a sentirse incómodo. No le gustaba que nadie disfrutara viendo lo que ya era suyo, al menos por el momento. Sin embargo, se relajó al pensar que disfrutaría de la vista, jamás la tocaría.

Annabelle avanzó para saludar a su jefe y al gerente. Peter todavía podía notar la mirada de su primo sobre ella, lo fulminó con la mirada, sería mejor que quitara la vista de ahí.

—Señor Brown —saludó ella dándole la mano. En lugar de que Peter le estrechara también su mano, la sorprendió acercándola a él y plantándole un beso en la mejilla.

Peter solo quería darle a entender a su primo que Annabelle no estaba disponible para él. Edgar se percató de su extraño comportamiento y su clara señal. El gerente se acercó a ella.

—Edgar Brown, soy el primo de Peter y gerente general —se presentó dándole la mano. Annabelle le estrechó la mano también.

—Annabelle Jones —respondió la joven mientras el pelinegro le mandaba una mirada de advertencia a su primo. Estaba empezando a fastidiarse. Peter suspiró un par de veces, tratando de controlarse, le molestaba perder el control sobre sí mismo.

Sin decir nada más, Ann se retiró a su oficina con el corazón acelerado. Sentándose en su cómoda silla de cuero se llevó las manos al pecho tratando de estabilizar su respiración. ¿Qué había sido eso? Estaba muy confundida, había sido muy extraño que su jefe le hubiera acariciado frente a otra persona. Se suponía que las expresiones cariñosas delante de alguien más no iban con ellos.

Tratando de despejar su mente, Ann encendió el computador y empezó a ocuparse de sus labores. La empresa de construcción donde trabajaba le agradaba bastante.

Horas después, su estómago rugió de hambre. Salió de su oficina pensando en encontrarse con Peter Brown, pero no estaba. Tenía que estar haciendo muchas cosas, porque él le había dicho que la acompañaría en la hora del almuerzo cuando tuviera tiempo.

Ann caminaba directo hacia la cafetería, cuando se encontró con el gerente en el pasillo. Lo iba a saludar solo con la cabeza y pasar de largo, pero él se

plantó frente a ella bloqueándole el camino con una sonrisa reluciente en sus labios. Esa sonrisa no era bonita, a su parecer.

—Qué bueno que la veo Annabelle. ¿Adónde iba? —preguntó Edgar.

Ann sintió la necesidad de mentirle, pero ese pasillo solo tenía salida hacia la cafetería. No serviría de nada. El gerente le daba mala espina. No tenía nada comparable a su primo.

—Voy a la cafetería —dijo esbozando una sonrisa falsa.

Edgar sonrió abiertamente.

—Yo también iba para allá, ¿vamos juntos? —murmuró invitándola.

La joven estaba a punto de empezar a protestar, pero solo era una merienda, tenía que calmarse, después de todo, él era el gerente y no podía comportarse de manera enfadosa, debía ser cortés. Caminó rendida junto a él.

Antes de sentarse, el hombre corrió la silla educadamente a su acompañante y ella le dio las gracias. Algo había en él que la incomodaba, pero no podía hacer nada al respecto. Pidieron dos cafés simples y unas donas de chocolate, estas últimas para ella.

—¿Y cómo te sientes trabajando aquí? —preguntó Edgar mirándola con sus ojos cafés. Le costaba creer que ese hombre fuera primo de Peter, no se parecían en lo más mínimo.

Annabelle le dio una probada a su café antes de contestar.

—Está muy bien, me gusta mucho —sonrió un poco más relajada.

—Muy bien por ti. Tener chicas tan lindas como tú es necesario en una empresa —dijo Edgar con una sonrisa torcida. Annabelle se revolvió en su asiento incómoda. No, por favor no. Quería que terminara aquella charla lo más rápido posible.

—Gracias —respondió.

—Solo digo la verdad —sonrió—. Y cuéntame más sobre ti...

La chica tomó aire. Únicamente le diría lo necesario, no hacía falta darle explicaciones y detalles, no necesitaba saber nada más. Ahora no quería un pretendiente no deseado, cuando estaba empezando la aventura más enigmática que pudiera tener.



Peter Brown caminaba hacia su oficina después de una junta pendiente con unos clientes. Pero se desvió hacia la cafetería porque tenía ganas de un café y un bocadillo. También le podría comprar a Annabelle su almuerzo, y pasar a dejárselo. Realmente, aunque le recordase a Miranda, ella, la propia Ann, le

agradaba. Ya que le estaba brindando lo que él quería, podría al menos ser educado. Traspasando la puerta de la cafetería, su cuerpo se congeló al ver a los dos en una mesa, sentados conversando animadamente.

Annabelle tomando café con su primo. Entrecerró los ojos. Al parecer a Edgar no le había quedado claro que Annabelle, por el momento, era suya, y claramente no podía cortejarla ni usar ninguna de sus artimañas con ella.

CAPÍTULO 5

Un desconocido familiar

Con la ira recorriéndole las venas y el ceño fruncido, Peter Brown se acercó a ellos. Su mirada se encontró con los ojos avellana de Annabelle.

—Peter, ¿gustas un café con nosotros? —preguntó Edgar al verlo de pie enfrente de ellos. Él no podía estar soportando eso, ella solo estaba con él; sabía cómo era Edgar y qué intenciones tenía, ningún otro podía pretenderla, menos su primo. El pelinegro le contestó tratando de controlarse. Tampoco debería sentirse tan enfadado. Solo estaban tomando un café. Ciertamente, pero Ann le despertaba emociones que estaban enterradas con el recuerdo de Miranda.

—No, gracias, ya he desayunado.

Pudo ver que Annabelle estaba bastante incómoda en esa situación, mas, aun así, la miró con cara de pocos amigos. A su jefe no le agradaba la idea de que otro pudiera simpatizarle.

—¿Por qué no se sienta? —preguntó ella señalándole la silla, intentando quitarle tensión a la situación. Él soltó un bufido, no podía ocultar su enfado.

—No tengo tiempo, tengo cosas que hacer. Es más, tiene que apresurarse, señorita Annabelle, está trabajando —contestó su jefe y, ante la mirada confundida de ella, se marchó rápidamente.

En el camino, comenzó a reprocharse lo idiota que había sido. No podía tratar a sus empleados de esa forma, después de todo, fuera de lo que tuvieran entre ellos, Annabelle seguía trabajando en su empresa, y debía respetarla. Cerró los ojos y recordó la noche que pasó con ella... Dioses, fue lo mejor que pudo sentir en mucho tiempo, tal vez porque una parte le recordaba a Miranda, pero la otra, y él lo sabía muy bien, era a lo ardiente que era esa mujer.

Recordó cuando la vio por primera vez en la cafetería, por unos segundos había pensado que era Miranda, su cabello café ondulado, sus ojos avellana,

su mirada inocente y al mismo tiempo seductora hicieron acorde para ver en ella a su antiguo amor. Sin embargo, después se dio cuenta de que era otra mujer. Una que le movió el pellejo desde ese momento. Era, definitivamente, hermosa. Y no pudo evitar sentir la atracción que lo jaló hacia ella, aunque, claro, solo podría sentir eso, deseo. Los sentimientos se habían ido de su corazón el mismo día en que su vida se destruyó, jamás volverían a resurgir, y el peso de la culpa nunca lo dejaría volver a amar. Simplemente, él no podía amar.



El aludido estaba recargado en su escritorio con los brazos cruzados, cuando su asistente entró a la oficina. Ella se veía malditamente sexi, tanto que quería hacerla suya en ese instante. Que alguien lo exorcizara porque definitivamente sus pensamientos hacia esa mujer eran del mismo demonio.

—Tiene que ser más responsable, Annabelle —dijo recriminándole. Ann caminó hasta acercarse a él lo suficiente como para besarla.

—¿Por qué me habló así? —preguntó la joven sin mirarlo a los ojos. Ni siquiera él sabía la maldita respuesta, por eso se fue por la tangente.

—¿Acaso le preocupa lo que él piense? —discutió él alzando una ceja. Ella negó con la cabeza, pero seguía con la molesta mueca dibujada en su rostro.

—En absoluto, pero fue grosero conmigo y le exijo una disculpa —ella se cruzó de brazos desafiándolo. Peter Brown tenía que admitir que, aunque no le gustaba que lo cuestionaran, en ella era excitante. Le gustaba el desafío. Levantó la barbilla de la muchacha con la yema de sus dedos. Sus labios se entreabrieron.

—Yo puedo decirle lo que quiera —susurró él mirando los labios llenos de la joven. Y la besó bruscamente. El primer instinto de ella fue apartarse.

—Cuando no se sienta el dueño del mundo, tal vez le hable, señor Brown —rezongó ella alejándose y dejándolo petrificado y sorprendido. Ann estaba a punto de darse la vuelta cuando su jefe la tomó del brazo con firmeza, ella le lanzó una mirada envenenada. Peter descubrió que le gustaba enojada, se veía adorable... Tan adorable como...

—Suélteme —Annabelle gruñó. Él le dedicó una sonrisa traviesa.

—Perdóneme —La acercó a él. Sintió esa palabra extraña en sus labios. ¿Desde cuándo no decía aquello? Tal vez la última vez que lo había hecho había sido en un cementerio.

—No está acostumbrado a que le rechacen, ¿verdad? —murmuró ella más calmada. No siempre había sido así, pero él negó con la cabeza.

—No, pero me gusta enojada.

Annabelle alzó una ceja con burla.

—Entonces tendré que enojarme más seguido —ella sonrió, y cuando el aludido escuchó el sonido de su voz, supo que lo había perdonado. La tomó de la cintura y unió sus labios con los de ella.

Empezó a bajar la mano por su espalda apretándola más contra él. Rápidamente el calor entre los dos comenzó a encenderse como el chocolate a fuego lento. Él la cargó tomándola de la cintura y la dejó suavemente sobre el escritorio, al mismo tiempo que las piernas de la muchacha rodeaban su cintura.

Se estaba volviendo loco con esa mujer.

—Peter, no es momento... —farfulló ella con la respiración agitada.

Él soltó un gruñido.

—Le deseo tanto...

—Sí, pero alguien puede vernos, y no quiero exponerme, ¿de acuerdo? —explicó Annabelle mientras se separaba de él.

Peter Brown la soltó con brusquedad, odiaba que truncaran sus deseos. Hacía mucho tiempo que nadie lo hacía, y ella lo estaba llevando a cabo. Aunque presentía que con ella sería diferente todo. Estaba furioso por la pasión que tenía que contener. Una pasión demente, desmedida. ¿Eso era normal?

—La puerta está con seguro, nadie nos verá —respondió él sacudiendo la cabeza.

Annabelle bajó los ojos y acarició con las yemas de los dedos las líneas marcadas del pecho de su jefe, mandando una descarga eléctrica a su cuerpo. Él sujetó su mano con fuerza, no quería más tortura. No lo soportaría. Era como si alguien le enseñara un dulce para dárselo, y después cambiara de opinión.

—No tiene idea de cómo lo deseo, pero ahora no —sonrió ella mientras él esbozaba una mueca, no demasiado contento.



Después de que Annabelle se alejó de su jefe, regresó a su oficina dispuesta a terminar todo lo que tenía encargado. La tarde pasó sin incidentes

y pronto llegó la hora de irse. Recogió todas sus cosas antes de salir. En el camino a su casa, Marie la llamó por teléfono.

—¿Marie?

—¡Annabelle! ¿Estás ocupada? —preguntó su prima con la emoción contenida. La joven echó un vistazo a su reloj, eran las cinco de la tarde y no tenía nada que hacer por el resto del día. Además, esa noche no podría pasarla con Peter por trabajo de él.

—No, nada. ¿Por qué?

—Me acaban de invitar a una fiesta, ¡y, pues, quiero que vayas! —suplicó.

A Annabelle casi no le gustaban las fiestas —solo a veces iba a las reuniones que organizaba su hermano con sus amigos—, pero Marie llevaba tiempo queriendo salir con ella y esa era la oportunidad. Su prima siempre había sido agradable con ella, se lo merecía.

—Sí, claro que sí. Es de noche, supongo.

—Sí, empieza a las nueve de la noche y termina en la madrugada —explicó Marie.

—¿Y de quién es la fiesta?

—De un amigo de mi novio y de tu hermano. Alexander, creo que te lo presentaron una vez.

Ann no lo recordaba, pero asintió entusiasmada.

—Está bien, vienes en tu coche a recogerme a las ocho, ¿vale?

—¡Vale! ¡Te arreglas bien! ¡Debemos estar hermosas!

Llegando a casa, Ann subió rápidamente a su habitación para arreglarse. Su madre todavía no regresaba de trabajar en el hospital y Jeremy estaba un poco deprimido por lo que pudo notar en su semblante; después hablaría con él.

Ya se había bañado y estaba indecisa sobre qué ponerse. Su primera opción era un vestido negro entallado que llegaba por encima de las rodillas —le hacía lucir un cuerpo envidiable—, combinado con unas zapatillas negras mate. El otro era un vestido largo, de color verde esmeralda, sin tirantes, y utilizando las mismas zapatillas.

Al final optó por el vestido negro. Con su larga cabellera castaña se hizo un lacio perfecto. Su cabello era ondulado y un poco rebelde, eso lo dificultó un poco, pero no lo impidió, por suerte.

Su hermano seguía sumido en su computadora cuando ella bajó las escaleras. Y su madre regresaba de trabajar a las diez de la noche, por lo que

le avisó a él antes de salir de casa. Jeremy solo asintió sin interrogar, lo cual le pareció extraño. Debía estar bastante sumergido en sus pensamientos.

Caminó hasta llegar al coche de Marie que estaba estacionado enfrente de su casa. Abrió la puerta del auto blanco. Marie la saludó con una reluciente sonrisa. Estaba realmente hermosa.

—Qué hermosa estás, Ann —la elogió su prima ganándole las palabras.

La muchacha cerró la puerta y se hundió en el asiento del copiloto.

—Gracias, tú no te quedas atrás —contestó. Marie había optado por un vestido largo de color canela; además, su cabello no parecía el suyo, lucía unos hermosos rizos provenientes de la cascada que sujetaba su cabello.

Marie encendió el motor del coche y lo puso en marcha. La casa en donde se realizaba la fiesta no era demasiado grande, pero era realmente bonita. Era de color azul crema, con tonos más oscuros, y tenía dos pisos. La protegía un portón negro y poseía un jardín muy grande y bien cuidado. Había una cabaña aparte de la misma casa, donde se suponía que era el bar.

Había mucha gente, la mayoría eran jóvenes, no pasaban de los treinta, bailaban en una pista en el centro del jardín, donde la música hacía que dolieran los oídos. Las dos fueron bien recibidas por el novio de Marie y unos cuantos más jóvenes y señoritas.

—Te ves hermosa, mi amor —dijo Jace, el novio de Marie. El castaño tenía los ojos color miel y su cuerpo era fornido; lucía bastante bien. Annabelle lo conocía desde hacía un año. Marie le dio un fugaz beso—. Tú también, Ann —musitó Jace sonriéndole de oreja a oreja; ella le devolvió la sonrisa.

Jace era simpático y amable. Él y Marie formaban una pareja perfecta. Al menos Annabelle lo veía así.

—¡Venga, chicos! ¡Vamos a bailar! —gritó un amigo de Jace que estaba presente.

Se metieron entre el gentío que empujaba y agitaba los brazos como si de una protesta se tratase. La joven no tardó en sentirse cómoda en aquel ambiente —cosa que era extraña en ella, pero no en la nueva Ann—. Pronto empezó a bailar divirtiéndose como nunca junto a Marie y los jóvenes que acababa de conocer; a algunos otros los identificaba.

Un extraño quiso sobrepasarse tocando su trasero y entonces ella le dio una cachetada, el pobre tipo estaba cayéndose de borracho. De pronto, la

música cesó y las luces artificiales de la fiesta iluminaron a una sola persona. El festejado.

Annabelle no podía distinguirlo bien debido a que estaba a una considerable distancia. Solo podía ver su brillante chaqueta roja. El joven empezó a hablar dirigiéndose a todos.

—¡Quiero agradecer a todos por acompañarme en este día tan especial! Espero que la pasen superbién chicos. Venga, no voy a aburrirlos con un discurso, ¡vamos a divertirnos! —terminó de decir el joven y también se mezcló con el gentío.

Todo el mundo agradeció que no hubiera dicho un largo discurso. Ann siguió divirtiéndose, aunque después de varios minutos los pies le empezaron a doler debido a la altura de las zapatillas y sintió la necesidad de descansar un poco. Eso pasaba cuando no era habitual usar ese tipo de zapatos.

—¡Marie! ¡Voy por una copa! —le gritó a su prima entre todo el ruido. Marie solo asintió sonriéndole, demasiado entretenida con su novio. La castaña se acercó al bar y pidió una cerveza al joven que atendía.

Mientras estaba sentada en la barra y tomaba tranquilamente su bebida, un joven se le acercó y pidió una copa también. Era el de la chaqueta roja, lo reconoció, el festejado.

El muchacho se sentó a su lado y volteó a mirarla. Inmediatamente a ella le pareció familiar aquel rostro que contemplaba. El joven, de unos treinta años —no le calculaba más—, tenía ojos azules, de una tonalidad opaca, y el cabello oscuro. Tenía unos rasgos definidos y bonitos. Era muy guapo, en realidad.

—¡Hey! ¿Tú eres Annabelle? —le sonrió aquel extraño. De alguna forma le pareció haber visto a ese muchacho antes. Esa fue su primera impresión.

—Sí. ¿Cómo sabes quién soy? Bueno, tú me pareces conocido, pero...

—Mi nombre es Alexander. Creo que eso se debe a que soy amigo de tu hermano, Jeremy; ya nos hemos visto una vez —se presentó él con una sonrisa pícaro.

Annabelle sonrió —trayendo a su mente un recuerdo fugaz de él—, y chocaron sus copas.

—¿Y sigues en la universidad? —preguntó él enarcando las cejas.

—No, ya terminé la universidad —hizo una pausa—. Estoy trabajando en una empresa.

En sus ojos azules brilló la curiosidad.

—Ya veo, eso es genial —dijo con su melosa voz. Ese chico tenía algo que le parecía sumamente familiar, aunque no lograba identificar qué era.

—Vamos a bailar —pidió el joven casi suplicándole.

Era el homenajeador y no podía ser grosero. Además, no tenía nada de malo, no era como si estuviera traicionando a Peter. Él solo era su compañero de prácticas privadas, no tenían una relación comprometedoras. Se adentraron entre todas las parejas que bailaban al son de la música romántica.

La luna brillaba y lucía hermosa encima de sus cabezas. Después de bailar con aquel joven de ojos azules, Ann fue a sentarse en una mesa, donde estaban Marie y otros chicos.

Conforme se fue acercando, divisó un rostro conocido entre los que estaban en aquella mesa y se encontró con un par de ojos familiares. Soltó un jadeo, al tiempo que los latidos de su corazón aumentaban su ritmo.

¿Qué estaba haciendo Edgar Brown en esa fiesta?

Edgar la miró sorprendido. Inmediatamente, ella se alejó de Alexander. La cabeza no paraba de darle vueltas. Edgar no dejaba de mirarla fijamente, sin apartar su atención de ella. Era horripilante ese hombre.

De pronto, Annabelle quería irse lo más pronto posible de esa fiesta. Se sentó al lado de Marie mientras trataba de controlar sus emociones.

—¡Brown, ven aquí! —gritó un muchacho desde otra mesa. Edgar y Alexander voltearon, pero fue Alexander el que se levantó. Eso la desconcertó.

—Marie, ¿cuál es el nombre completo del festejado? —preguntó a su prima. Ella la observó un poco confundida. Contestó después de tomar un trago.

—Alexander Brown, ¿por qué?, ¿algún problema? —inquirió Marie mirándola con extrañeza.

Los recuerdos y la información golpearon su mente al instante. Y entonces comprendió, no podía creer que no se hubiera percatado antes. Por eso aquel joven le parecía tan familiar, porque era el hermano de Peter, su jefe. Era lo más seguro. Se parecían y tenían el mismo apellido. Y Edgar no era más que el primo de Alexander. Estaba segura.

CAPÍTULO 6

Indomable

Annabelle no estaba completamente segura de si debía contarle lo sucedido en la fiesta a Peter. Ya lo había intentado —recordaba la escena mientras cerraba los ojos.

—No quiero parecer entrometida, pero... La otra vez algo que dijo me causó curiosidad... Era sobre su hermano.

Su jefe inmediatamente se había tensado y sus ojos se habían vuelto sombríos.

—No es un tema del que me guste hablar, Annabelle —el joven había contestado dándole la espalda a la chica.

—¿Tan malo es?

Peter Brown apretó la quijada.

—Más que eso. No me interesa hablar sobre él ni sobre nada que tenga que ver con ese desgraciado. Así que, por favor, no lo hagas.

Annabelle desvió la mirada preocupada. Eso significaba que si le contaba que ella ya conocía a su hermano, seguramente le traería problemas con él, así que lo dejó pasar, sin más.

—Y, por cierto, deja de llamarme de usted, creo que ya tenemos suficiente confianza entre nosotros... ¿No te parece?

Annabelle solo pudo sonreír ante tal muestra de confianza, la primera.



—Annabelle, te siento un poco callada —susurró Peter mientras le acariciaba el abdomen después de una noche placentera. La chica mantenía la cabeza sobre su hombro desnudo. Abrió los ojos y se encontró con su quijada y su mentón duro y cuadrado. Apenas un rastro de vello comenzaba a nacer en la barbilla. No se cansaba de admirarlo. Ese hombre, que increíblemente estaba desnudo con ella, era, sin duda, bello.

—Estoy pensando en lo afortunada que soy —respondió ella acomodando sus piernas hasta quedar encima de él. Su jefe esbozó una sonrisa torcida, una

que a ella ya le encantaba contemplar.

—Eres tan hermosa... —masculló él mientras la muchacha se acercaba a él y lo besaba con lentitud. Peter cada vez podía mirar más a Annabelle que a la mujer de su pasado. Despacio, casi sin percatarse.

Estaban en pleno proceso de las caricias, cuando el celular de Peter sonó. Molesto se acercó donde lo había dejado y atendió al celular. Annabelle se cruzó de brazos haciendo una mueca, odiaba que los interrumpieran cuando justamente estaban por dar un paso más.

—¿Qué pasa, Edgar? —preguntó.

La joven se tensó al momento de escuchar ese nombre. Un nudo se incrustó en su garganta. Esperaba que Edgar no tuviera lengua larga, o tendría problemas.

—Demonios. ¡Cómo se me pudo olvidar! —gritó Peter levantándose de la cama. Acto seguido buscó una camisa. La joven suspiró de alivio, al menos no era lo que por un momento había temido.

Peter revolvió en su ropero hasta encontrar un pantalón negro. Después se giró hacia la joven que aún permanecía acostada en la cama entre las sábanas. El aludido apretó los dientes. Se estaba debatiendo entre salir deprisa o terminar lo inconcluso. Gruñó y se quitó la camisa que ya se había puesto. Lo primero era lo primero.

Ann sonrió ante su reacción. Peter se metió en la cama con ella y reanudaron lo que no habían terminado. Annabelle esbozó una sonrisa triunfante.



Más tarde los dos habían llegado a la empresa en el *jeep* a una velocidad endemoniada. Durante todo el viaje, Annabelle se la había pasado aferrada al asiento del auto, rezando porque no se estrellaran y se convirtieran en desechos. Ya en su oficina, estaba mucho más tranquila. Su celular vibró.

—Ann, olvidaste tu maquillaje; me lo prestaste y ya no te lo devolví —dijo su prima Marie al teléfono.

Enseguida la joven se acordó de eso, era una descuidada.

—Ahora me acuerdo, puedes...

—Ya voy en camino al trabajo, si quieres te lo puedo dejar, ya que me queda de paso —se ofreció amablemente.

—¡Qué linda! Muchas gracias, prima. Sube al décimo piso y pregunta por mí.

—De nada, en un momento llego —y colgó.

Annabelle suspiró y empezó a hacer trabajos en la computadora. Se abrió la puerta y entró su jefe con el cabello despeinado. Se veía terriblemente sexi, como siempre. Su camisa tenía los dos primeros botones abiertos. La muchacha se preguntó si él lo hacía para provocarla, sonrió ante la probabilidad de que así fuera, y se relamió. Dios, no podía ser posible que lo deseara todo el tiempo, a toda hora.

—Déjame revisar tu ordenador, te enseñaré algo —le ordenó acercándose a ella. Annabelle le dio espacio para que pudiera utilizarla, no sabía a qué venía eso.

Buscó con rapidez en el navegador, y segundos después le señaló las imágenes que en la pantalla aparecían. Eran fotos de coches últimos modelos y demasiado ostentosos. Dignos de una persona como él.

—¿Qué significa esto? —preguntó confundida.

—¿Cuál te gusta más? —respondió él con otra pregunta. Ella lo miró aún más confundida, frunció el ceño volviendo la vista a la pantalla.

—¿Adónde quieres llegar?

—Bueno, pensé que un coche con buena velocidad te facilitaría muchas cosas, ya que tu Suburban, bueno... —comenzó a decir y el corazón de la joven dio un vuelco. No podía ser cierto. No aceptaría algo como eso, no tenía derecho. Nunca.

—¿Quieres comprarme un coche? —la joven alzó las cejas con molestia. Peter sabía que era de mucha ayuda para ella, considerando el estado de su camioneta, pero ella no podía permitirle eso. Con sus ahorros podía comprarse ella misma un coche económico y estable. No aceptaría autos de él; si no aceptaba de su propia familia, mucho menos de él. Se sentía realmente incómoda respecto a lo que él deseaba darle, siempre había sido muy independiente con sus cosas y nadie la cambiaría.

—Sí —él se encogió de hombros como si fuera lo más normal del mundo.

—Es demasiado caro... No puedo aceptarlo —protestó. Él no lo entendía, comprendió ella por la expresión en su rostro, aunque, seguramente, para una persona rica como él, regalarle un convertible era como darle un simple dulce.

—Acéptalo, por favor —Peter se levantó para rodearla con sus fuertes brazos, recargando su cabeza en su hombro.

Aunque a la muchacha no le gustaba para nada que le dieran cosas gratis, era consciente de la punzada de emoción que sentía en su interior —tal vez

porque era fan de coches de ese tipo como su hermano—. Aun así, la tentación no la vencería.

—Es demasiado. Y sinceramente no me sentiría cómoda con eso. No me gusta que me regalen ese tipo de... cosas... —dijo señalando el ostentoso coche de la pantalla.

—No es demasiado. Demasiado es lo que tú haces por mí —susurró él en su oído. La espina dorsal de la joven sufrió un escalofrío. Él no entendía que para una persona como ella, ese tipo de regalos eran una barbaridad. Después de todo, ella no encajaba en su mundo. Él era de la más alta sociedad, como pocos en la ciudad, y ella una persona bastante normal; aunque tampoco sufría ninguna carencia, no se comparaba. Él era importante y ella no entraba en esa categoría ni de broma. Y, sobre todo, tenían una relación de placer, nada más.

—No lo aceptaré, Peter, entiende, no va conmigo. No tenemos ningún compromiso más allá del que hemos estipulado —objetó. Su jefe frunció el ceño. No había pensado que sería tan estricta.

—Entonces, tendré que convencerte —Peter tomó su rostro para posar sus labios sobre los de ella, a lo que Ann respondió con desesperación, olvidando sus anteriores objeciones. Siempre que sus labios entraban en contacto, parecía que para ella el mundo se detenía y solo existían ellos dos.

Solamente.

Hasta que alguien interrumpió y no era exactamente una persona de la planta.

CAPÍTULO 7

Sentimiento extraño

Annabelle se separó bruscamente de Peter al ver a Marie con la boca abierta, como si no creyera lo que veía. Gruñó para sus adentros, había olvidado ponerle seguro a la puerta. Aun así, ¿que no podía tocar? Aunque, bueno, Marie seguramente pensaría que no era necesario avisar para entrar a la oficina de su prima, y, obviamente, no se imaginaría que ella estaría besándose con su jefe.

Peter había guardado la compostura mientras Ann seguía petrificada. Su prima acababa de descubrirla. Saliendo de su trance, Ann tartamudeó. No esperaba que Marie se enterara de su relación, pero comprendió que, de cualquier manera, no era incumbencia de su prima.

—Hey, Marie —saludó Annabelle, pero Peter interrumpió comenzando a avanzar hacia la puerta. La miró un poco apenado.

—Tengo que retirarme —anunció él antes de salir de la oficina.

Él sabía que Marie era alguien importante para ella y por eso mismo le había dado espacio, además de que no tenía que quedarse a escuchar. Annabelle ya le había contado sobre su familia y también le había dicho que no quería que su familia se enterara de su relación.

Marie estaba frunciendo el ceño con los brazos cruzados.

—¿Pasa lo que creo que pasa? —preguntó entre dolida y sorprendida. Annabelle siempre le contaba sus secretos a ella y viceversa. Pero ahora era diferente, ya no le agradaba estar ventilando su vida, ni siquiera con su familia.

—Depende de lo que creas —Annabelle se encogió de hombros. No quería darle demasiada importancia. Marie se acercó hasta quedar frente a ella.

—¿Estás saliendo con Peter Brown? No puedo creerlo. Ann, estás con un empresario bueno y podrido de dinero.

En realidad, ella no estaba saliendo con compromiso con él, solo era su

compañero de placer, como ella era para él. Pero no sabía cómo explicarle eso a su prima. Marie, como todos, sabía que ella no era así.

—Bueno... Somos algo así como amigos con derechos —dijo Ann rascándose la nariz y mirándola fijamente. En realidad, ahora se daba cuenta de que no le importaba si todos se enteraban, que pensarán lo que quisieran. Era su vida y podía hacer lo que quisiese.

—No lo puedo creer, pero... ¿por qué no me habías dicho? —la reprendió Marie.

—Era un secreto, lo siento, Marie... —balbuceó Ann y alzó las cejas.

Fuera un secreto o no, estaban acostumbradas a decirse todo la una a la otra. Eran como hermanas. En la mirada de Marie había una leve chispa de decepción.

—No puedo creer que me lo has ocultado, sabes que puedes confiar en mí, Ann... —murmuró Marie con un hilo de voz.

Annabelle sabía que iba a pasar un buen tiempo para que su prima regresara a la normalidad con ella, sobre todo para que volviera a confiarle sus secretos, ya que ella le había ocultado algo muy grande. Sacudió la cabeza y la tomó por los hombros.

—Escucha, Marie, no es porque no te tuviera confianza, simplemente esto es diferente.

Marie suspiró y la miró resignada.

—Solo porque eres tú, te perdono, Ann. Aunque, sinceramente, jamás imaginé que hicieras algo como esto —observó todavía con incredulidad. La joven frunció los labios.

—Es mi vida, Marie, y no me parece malo —se defendió.

—Tienes razón. Pero tendrás que explicarme absolutamente todo de ese empresario bueno y tú —dijo ella con una sonrisa torcida. Annabelle sabía que la curiosidad de su prima dominaría sobre su orgullo.

Ann terminó de contarle lo de su relación con su jefe. Marie se sorprendió demasiado, casi no lo podía creer. Ella lo esperaba, siempre había sido bastante reservada en todo, mucho más con los hombres.

—Lo admito, está buenísimo tu jefe, pero aun así sigo incrédula. Ha salido tu «yo» interior, prima —Marie rio entre dientes. Ann asintió con la cabeza mostrando una sonrisa ladeada.

—Nunca había tenido tanta emoción en mi vida, Marie. Es... No sé... —dijo la castaña mordiéndose el labio inferior. Su prima se empezó a reír

concordando con ella.

—Tengo que admitir que es excitante estar de amante con un hombre, y más con Peter Brown. Tienes mucha suerte, Ann, incluso te tengo un poco de envidia —admitió ella con los ojos brillantes.

Annabelle también tenía que admitirlo, había tenido algo de suerte. Aunque inmediatamente su orgullo apareció. También él había tenido suerte, por supuesto.



Después de unos minutos, Marie se había ido y su jefe había regresado. Le preocupaba un poco la privacidad de él, no quería chismes entre los demás empleados. Por eso, ella tenía que decirle que Marie no era como su hermano y su madre.

Su jefe le había dicho que no quería que nadie se enterara, ya que podía haber algún lengua floja y terminarían saliendo hasta en los medios de comunicación. Después de todo, las relaciones del empresario Peter Brown nunca pasaban inadvertidas. Aunque respecto a que supiera su familia, no había puesto objeción.

—¿Qué pasó? —Estaba sentado en un sillón de piel, con los brazos cruzados y los ojos escrutadores.

—Se dio cuenta —respondió Ann con seguridad ante su mirada azul—. Tu privacidad está bien guardada, no te preocupes. —se rio suavemente. Él parecía relajado.

—Confío en ti, aunque quisiera no hacerlo —musitó él suspirando. Ella entrecerró los ojos confundida.

—¿Por qué?

—Olvida eso. Por cierto, quisiera saber más de tu familia.

La joven guardó silencio durante algunos segundos, pero después continuó la charla.

—Son un poco sobreprotectores; digamos que soy la hija educada y seria de la que se sienten orgullosos... —esbozó una mueca—. Aunque a veces no los soporto, me molesta que se entrometan tanto en mi vida. Ya sé que se preocupan por mí, pero... Es un poco frustrante a veces.

—Interesante, aunque veo que no eres lo que ellos creen ¿me equivoco? —insinuó él con apenas una imperceptible sonrisa en los labios. Ann ladeó la cabeza divertida.

—Deberías conocer a mi hermano, seguramente te patearía el trasero — dijo ella pasando por alto su comentario con una risotada.

—¿Interrumpo? —escucharon la voz de Edgar, que acababa de entrar a la oficina.

Annabelle suspiró con frustración. Desde el día de la fiesta, el gerente no había parado de molestarla y cortejarla en cualquier momento que pudiera.

Edgar habló con Peter sobre unas ventas y otras cosas pendientes. Cuando el empresario no prestaba atención, Edgar la miraba de reojo y le guiñaba el ojo.

Annabelle sentía repugnancia.

Terminó el día sin ningún incidente, lo único lamentable era que ella se sentía muy mal, débil y la temperatura le había subido un poco. Peter se ofreció a llevarla al médico. Al principio ella se negó, pero, por tanta insistencia, terminó aceptando.

Llamó a su madre para avisarle que iba a llegar tarde, y que no se preocupara. No quería posibles interrogaciones.

Annabelle estaba recostada en una camilla, con el rostro pálido y el rubor —que frecuentemente adornaba sus mejillas— desaparecido. También tenía pequeñas gotas de sudor en la frente.

Peter estaba sentado al lado de la camilla, con sus manos entre las de ellas. Se sentía preocupado y un poco ansioso, tenía que reconocer —sentimiento que rara vez sentía por alguien—. Muy profundamente comenzaba a ser consciente de que algo en él estaba cambiando. Tal vez era por la cercanía de Annabelle, que se parecía tanto a ella...

—¿Qué tiene? —preguntó Peter al médico, que no debía tener más de treinta años.

—Solo tiene fiebre, no hay de qué preocuparse. Pero debe guardar reposo —dijo tocando con su mano la frente de Annabelle.

Ese gesto le hizo sentir algo incómodo. Ya sabía que era un simple médico haciendo su trabajo, pero Annabelle —aun enferma— lucía hermosa, y él conocía muy bien la mirada que tenía el tal doctorcito.

Annabelle miró a su jefe suplicante. Quería que la llevara a descansar lo más pronto posible.

El médico rápidamente se apresuró a darle una receta con algunos medicamentos.

—¿Es su amiga? —preguntó el joven médico en voz baja a Peter.

El muchacho percibió la esperanza que tenía aquel hombre de escuchar una respuesta positiva. Lo miró desafiante, se suponía que era un médico profesional. Annabelle estaba tan cansada que no se percató del duelo entre esos dos.

—Nos la pasamos muy bien juntos. ¿Eso es suficiente? —respondió Peter esbozando una sonrisa burlona.

El médico suspiró derrotado.

Sí, hombre, esa mujer jamás será tuya.

Dios, un sentimiento demasiado extraño —o tal vez no— le estaba carcomiendo por dentro. Y algo dentro de sí comenzaba a preocuparle. ¿Era el parecido con Miranda lo que estaba ocasionando aquello?

—Es usted muy afortunado —dijo el médico sonriéndole a Annabelle. Ella parecía confundida por las miradas que le lanzaban los dos.

Ann quiso levantarse de la camilla y el médico se movió rápidamente para ayudarle.

Quita tus asquerosas manos de ella.

—Yo la ayudo —soltó Peter seriamente, y pasó su brazo por los hombros de la muchacha. Acto seguido, le pagó al médico antes de que tratara de hacer algún otro movimiento.

—Cúidense mucho —habló el descarado (según la percepción de Peter), y por fin salieron de ahí.

La llevó hasta el estacionamiento cargada como a un bebé y se subieron al *jeep*. No quería que ella hiciera ningún esfuerzo. Se veía débil.

—¿A tu casa, verdad? —preguntó él mirándola. Ella asintió, con los brazos cruzados y los ojos entreabiertos. El joven encendió el auto y lo puso en marcha.

—Gracias por esto, Peter —susurró ella débilmente con un matiz de vergüenza.

—No es nada —respondió él rascándose la nuca de lo nervioso que se sentía. No entendía por qué estaba reaccionando de ese modo tan infantil.

—¿Te sientes bien? Te siento un poco raro —apuntó ella riéndose, mirándolo por el rabillo del ojo.

—Perfectamente —dijo él sacudiendo la cabeza. La miró y en esos ojos cafés había diversión, que en segundos pasó a ser sobresalto.

—¡Mira la carretera! —lo regañó, y él volvió la vista al camino. Estaba

demasiado confundido y no dijo nada; ella tampoco. Reinaba el silencio.

La miró de reojo, ella parecía ahora pensativa.

—¿En qué piensas?

—Me preguntaba... si algún día me dirás qué pasó con tu hermano — murmuró Annabelle cuidadosamente. Él frunció el ceño y negó con la cabeza. El simple hecho de que mencionara a su hermano hizo que se pusiera de mal humor.

—¿A qué viene tu interés? —inquirió él confundido. Su pregunta lo puso a pensar, y la verdad era que no sabía dónde estaría su hermano. Tal vez ya hasta había muerto. La última vez que lo había visto había sido aquel fatídico día en que una gran parte de él había muerto. Esbozó una mueca al sentir una punzada de dolor finísimo.

—Solo quiero saber más de tu familia —susurró ella. Sin embargo, él sentía, no sabía por qué, que le ocultaba algo.

Asintió con la cabeza y guardó silencio —no quería hablar más del tema —. Después de diez minutos llegaron a la casa de Annabelle.

—¿Te sientes un poco mejor? —preguntó Peter una vez más, acariciando su mejilla. La corriente eléctrica que unía sus cuerpos los estremeció a los dos.

—Creo que sí, no te preocupes —ella le sonrió. Sabía que tenía que bajarse, aunque no quería hacerlo. Comenzaba a ser consciente de que cada vez que se separaba de él experimentaba una sensación que no le gustaba.

Antes de que ella abriera la puerta del *jeep*, él se acercó y la besó suavemente. Ella rodeó con sus manos el cuello de su jefe por debajo de la camisa.

Recuperando aire se separaron.

—Gracias —musitó Annabelle y salió del *jeep* antes de que las ganas de no salir se hicieran más fuertes.



Annabelle cerró la puerta tras ella. Su corazón todavía seguía acelerado por el beso de Peter. Podía pasarse toda la vida besándolo y no se cansaría.

Ordenando sus dispersos pensamientos, entró a la sala. Jeremy estaba viendo la tele y Marie le estaba haciendo compañía. Saludó a los dos.

—Al fin llegas, Annabelle —dijo Jeremy con cierta molestia. Le estaba cansando que se metiera en donde no le incumbía. Lo ignoró.

—¿Qué haces aquí, Marie? —preguntó ella entrando a la cocina por un vaso de agua.

Marie se levantó y la siguió.

—Estaba sola en mi casa y vine a pasar el rato con tu hermano —dijo su prima tomando una manzana y dándole un mordisco. Ann asintió y se dirigió a su cuarto con Marie pisándole los talones.

—Cuéntame sobre ya sabes quién —suplicó su prima con intriga. Ann se sentía cansada y un poco débil, aunque tenía fuerzas para sonreír.

Entraron a la habitación y encendieron la luz antes de recostarse en la cama.

—Me llevó al doctor porque me dio fiebre —dijo Annabelle reparando en ese momento en el detalle. Sentía que él se había preocupado más de lo debido y eso la hacía sentir de una forma especial.

—Debes importarle para que él mismo te llevara.

En realidad, Ann no quería engañarse, ni suponer ni quería pensar que él se preocupaba de verdad por ella. Porque después de todo solo compartían el cuerpo, solo eso, debía recordárselo. Detuvo sus pensamientos cuando estos comenzaron a tomar otro rumbo. No debía ni podía desear más. Era su juego, de ella.

—No quiero pensar en otras posibilidades, ya que, después de todo, solo somos amantes —dijo ella suspirando, cuando los ojos de Marie se abrieron como platos mirando detrás de ella. Confundida, Annabelle volteó y se encontró con su hermano con el rostro convertido en un poema.

—¿De quién eres amante? —la voz de Jeremy retumbó en sus oídos.

CAPÍTULO 8

Peligro

El corazón de Annabelle Jones empezó a martillar dentro de su pecho debido a la sorpresa. El enfado comenzó a correr por sus venas. La pregunta de Jeremy todavía seguía resonando en sus oídos. Estaba cansada de que él se inmiscuyera en su vida —como casi siempre lo hacía—; solo era su hermano, no su padre.

Jeremy la miraba echando chispas por los ojos —él no podía pensar alguna cosa así sobre su hermana, a sus ojos ella seguía siendo su hermana pequeña—, con los puños apretados. Ann se levantó de la cama y quedó frente a él. Respiró profundo tratando de controlar su acelerado corazón.

—¿Y a ti qué te importa lo que haga en mi vida? Jeremy, no eres mi padre, y tú no eres su suplente para mí, aunque él ya no esté aquí —se defendió la joven apretando los dientes.

Lo que había dicho solo hizo que el coraje de su hermano aumentara. Él esbozó una sonrisa burlona, no podía evitar querer proteger a su hermana, aunque tal vez esa no fuera la mejor manera de hacerlo, y terminó hiriéndola ante la incapacidad de explicar sus temores.

—Me da igual con quién te vendas, pero no pensé que mi hermana fuera tan fácil —la acusó. Las lágrimas de rabia llenaron los ojos de la muchacha (una debilidad que la atacaba cuando estaba demasiado enojada) y corrieron por su rostro, y, sin que él lo viera venir, ella le dio una bofetada. Jeremy se llevó la mano a la mejilla donde su hermana le había propinado el golpe y la miró con más furia si cabía, aunque se podía percibir un ligero aire de culpabilidad.

—No me estoy vendiendo, no soy ninguna prostituta... Y aunque lo fuera... ¡Es mi jodida vida! —contestó ella alzando la voz, y salió corriendo de la habitación.

Bajó rápidamente las escaleras conteniendo los gritos de rabia que le quemaban la garganta, y salió de su casa —el cielo estaba oscuro y el frío le

caló los huesos, pero no hizo que retornara— dándole la espalda a los gritos desesperados de Marie. No quería hablar con nadie en esos momentos. Se sentía totalmente furiosa, no quería verle la cara a su hermano.

Empezó a alejarse de la casa sin rumbo fijo. Había muy pocos carros transitando por las calles y casi nadie caminaba por las aceras. Odiaba que la vieran llorar, tenía la costumbre de hacerlo cuando el enfado que sentía era muy grande. Y, además, era una humillante costumbre.

Secándose las últimas lágrimas se dio cuenta de que ya se había alejado demasiado —los letreros de la calle en donde estaba indicaban eso—, pero por suerte había traído el celular consigo.

No le importó que estuviera en plena noche en una ciudad llena de peligros, era mucho mejor que regresar a su casa en ese instante. Jeremy nunca le había hablado de esa manera y sus palabras hirientes todavía seguían perforando su pecho, hiriéndola. El cielo oscuro tronó por encima de la ciudad de Chicago, lo más probable era que se avecinara una tormenta. El frío del viento heló sus huesos y se envolvió con sus propios brazos ya que no tenía con qué cubrirse. Había dejado su chamarra sobre el perchero.

En el silencio sepulcral, escuchó de repente pasos detrás de ella —apenas perceptibles—. Su corazón empezó a acelerarse, mas trató de tranquilizarse. Siguió caminando un poco más rápido hasta notar los pasos más lejos de ella. Lo peor que podría seguirla sería un ratero o un...

Llenándose de valor, la joven echó una ojeada por encima de su hombro —el aire se quedó atrapado en sus pulmones a causa del miedo— y se encontró con dos sujetos de negro que la seguían a unos cuatro metros. Volvió la mirada al frente con la piel de gallina y no precisamente de frío. Su instinto de supervivencia le pedía a gritos que corriera. Sin embargo, no lo hizo; podría ser su fin.

Volvió a mirar por encima de su hombro y se relajó un poco al notarlos más alejados, pero eso no disipó su temor. Sacó disimuladamente el celular de su pantalón y marcó el primer número que aparecía en la pantalla. Peter Brown.

Su mano temblaba cuando se llevó el teléfono al oído. Al primer pitido él contestó, para su alivio.

—¿Annabelle?

—¡Peter! Creo que estoy en peligro —susurró la joven con la voz temblorosa del miedo que carcomía sus entrañas. Nunca se había sentido así,

la adrenalina corría rápido por sus venas.

—¿Dónde estás? ¡Qué pasa! —gritó él desesperado al otro lado de la línea. Annabelle escuchó el sonido del motor arrancar a través de la línea.

—Me alejé caminando de mi casa... y dos hombres me están siguiendo —respondió ella con la voz entrecortada y llena de pánico. Peter no le pidió explicaciones, no había tiempo.

—¡Alguna señal de donde estés! —gritó encolerizado. Un letrero de un bar llamó la atención de ella.

—Solo veo un bar llamado Barrote —contestó ella con la voz entrecortada —. ¿Lo conoces?

—No trates de correr, solo sigue caminando —gruñó él.

Annabelle le hizo caso y obligó a sus pies a no comenzar a correr, eso provocaría su propio fin. Tenía que resistir hasta que llegara Peter. Sin contenerse, volvió a mirar atrás sobre su hombro y se dio cuenta de que solo había un hombre siguiéndola. Y el...

El otro hombre la esperaba al final de la cuadra. Estaban jugando con ella, uno detrás, ella en medio y otro esperándola justo en la esquina. Se sintió en verdadero peligro, sin escapatoria.

El peligro era real y lo único que pudo hacer fue correr hacia la otra acera de la calle. Tan rápido como se movió ellos corrieron tras ella. Los dos venían directamente hacia ella, trató de correr cuesta arriba, pero, para su mala fortuna, tenía que tropezarse.

Lágrimas de rabia y miedo se apoderaron de la joven. No quería acabar así, en manos de dos desconocidos. Pronto no tuvo dónde esconderse ni hacia dónde correr, y ya los tenía frente a ella. Los dos desconocidos sonrieron de oreja a oreja.

—Qué linda nena atrapamos —se carcajeó uno tocando el cuello de la chica. Annabelle apartó su rostro de esas asquerosas manos temblando. Iban a violarla o alguna cosa peor y no podía hacer nada.

Estaba perdida.

CAPÍTULO 9

Sorpresa y perdón

Justo en el momento en el que Annabelle creyó que iba a ser violada y que la policía encontraría su cadáver en la acera haciendo escándalo, las luces de un coche derrapando en la acera iluminó la calle. Los atacantes se separaron un poco de ella y centraron su atención en el hombre que estaba bajando del *jeep*.

Lágrimas de alivio rodaron por sus mejillas al reconocer a Peter. Pero pronto el alivio se transformó en terror al ver que tenía un arma en la mano y los ojos inyectados de furia. ¿Qué carajos hacía? Los dos hombres se dieron cuenta de que estaba armado y empezaron a retroceder con las manos alzadas.

—¿Siguen intentando hacerle algo? —amenazó Peter con la voz fría como el hielo y con la pistola apuntando. La chica estaba con la boca abierta por el giro que había tomado la situación. Ahora los que estaban en peligro eran los dos desconocidos que hacía unos minutos lucían tan intimidantes, y su salvador estaba a punto de convertirse en un asesino. No, no podía dejar que ocurriera una locura. No quería que Peter se manchara las manos, no delante de ella. Se acercó corriendo hacia él mientras todavía mantenía la pistola apuntando.

—¡Deja el arma, por favor! —gritó la joven cerca de él. Los dos hombres aprovecharon la situación para escapar, pero Peter apretó el gatillo y soltó un disparo que no dio en su objetivo por el repentino golpe de la joven en su hombro, que desvió la dirección de la bala.

Peter Brown intentó apuntar por segunda vez a los hombres, pero estos ya se habían escabullido y desaparecido en la calle solitaria.

—No podías hacerlo —suplicó Annabelle, a la vez que él volteó a mirarla incrédulo.

—Cómo puedes ser capaz de decir eso cuando... —susurró él apretando los dientes.

—No podías mancharte las manos por mi culpa —interrumpió Ann con

voz ansiosa. Peter la miró un segundo y bajó el arma, sus ojos volvieron a la normalidad pero aún mantenía los dientes apretados.

—Ojalá no los vuelva a ver, porque te juro que si vuelvo a encontrarlos, no tendrán tanta suerte conmigo —rugió.

Annabelle asintió, todavía con el pulso acelerado.

Con Peter tomándole la mano llegaron al *jeep*. Él le abrió la puerta del copiloto y posteriormente se subió al otro lado y arrancó el coche con una sacudida. Las llantas rechinaron al dar la vuelta en una esquina y tomaron velocidad rápidamente. Peter aún tenía las manos crispadas en el volante, sus nudillos estaban blancos por la tensión que mantenía. Parecía que la rabia no se le había pasado. Annabelle lo miró de reojo y notó tensa su mandíbula.

De pronto, el coche se detuvo; estaban a mitad de una calle solitaria. Ella lo miró confundida.

El muchacho suspiró profundamente cerrando los ojos, y los abrió para encontrarse con los de ella. Los ojos azules de Peter lucían desesperados. Desde la primera vez que lo vio, Ann nunca le había notado esa mirada.

—¿Estás bien, Annabelle? —preguntó él más tranquilo. El corazón de la muchacha todavía no se recuperaba de la situación que acababa de pasar hacía cinco minutos. Generalmente era temerosa de las cosas que se salían completamente de sus manos, pero tampoco quería extremar su preocupación.

—Sí —mintió. Él le miró atentamente negando con la cabeza.

—¿De verdad? —levantó una ceja.

—En realidad, no —admitió ella apretando los labios. No estaba del todo bien, pero él parecía mucho peor que ella.

—Gracias —dijo Peter con ojos tristes. Annabelle frunció las cejas ante su comentario.

—¿De qué? Tú me salvaste —apuntó confundida. La mirada de su jefe era melancólica.

—Si no me hubieras detenido... Yo hubiera disparado... —susurró asqueado y con notable culpa en su voz.

Ann sabía que en su interior él no quería hacerlo, pero la furia en ese momento casi hizo que perdiera el control. Después de todo, él no era una mala persona. Sintió el impulso de abrazarlo, pero se contuvo por miedo a incomodarlo.

—No eres una mala persona, Peter —lo animó entrelazando su mano con la suya. Sus manos encajaban perfectamente.

Inmediatamente él se relajó con ese contacto. Sonrió de lado, pero la alegría no le llegó a los ojos.

—Tal vez no soy lo que piensas —musitó al mismo tiempo que arrancaba el auto. Parecía que había algo más detrás de esas palabras, algo que estaba pasando por alto. La chica tenía curiosidad por saber de qué se trataba, era de esas personas que no aguantaban los misterios.

—¿Por qué lo dices? —preguntó intrigada. Peter negó con la cabeza. Su vista estaba fija en la carretera mientras ella lo perforaba con la mirada.

—Es... complicado —admitió él. Annabelle se mantuvo en silencio mientras esperaba una respuesta.

—Está bien —se encogió de hombros.

El auto se detuvo enfrente de su casa. El estómago de la chica dio un vuelco, todavía no estaba preparada para enfrentar a Jeremy. Después fue consciente de que debió haberlos preocupado y revisó su teléfono. Como lo esperaba, tenía diez llamadas perdidas y mensajes de Jeremy y Marie. Peter la miró preocupado por su inminente nerviosismo.

Él no sabía la historia completa.

—Por cierto, Annabelle... ¿qué hacías caminando por las calles sola? —preguntó frunciendo el ceño. Ella se mordió el labio sin saber qué contestar.

—Iba a comprar algo —mintió tratando de sonar convincente.

Peter alzó las cejas incrédulo.

—No te creo —acusó.

—Tuve un problema con mi hermano, pero no te preocupes. Ya lo solucionaré —dijo ella agachando la cabeza con vergüenza. Suspiró, y cuando levantó la cara, el rostro hermoso de su jefe estaba a centímetros del suyo.

—Debes confiar en mí —susurró él antes de estampar sus labios contra los de ella. Los labios de su jefe eran suaves y carnosos, disfrutaba muchísimo besándolo. Cuando Peter la besaba, encendía algo que había escondido en ella.

Separaron sus bocas jadeando. Era hora de bajarse del auto.

—Gracias, nos vemos el lunes —sonrió Annabelle antes de abrir la puerta.

—Por favor, toma los medicamentos y no vuelvas a salir así —ordenó más seriamente.

A la chica le pareció oírle decir algo más, aunque ya no lo escuchó.

Después de que cerró la puerta detrás de ella, se enfrentó a su suerte.



Jeremy estaba parado con los brazos cruzados en lo alto de las escaleras. La miraba entre preocupado y enojado. Annabelle lo fulminó con la mirada y trató de pasar de largo, pero su hermano la sostuvo por el brazo.

—Ann... —dijo él con tono de arrepentimiento. La joven trató de zafarse, pero sus brazos parecían de hierro.

Se dio la vuelta para encararlo. En los ojos llorosos de su hermano vio dolor. Ver de esa manera a su hermano siempre había sido su debilidad. Pero ahora no se merecía que lo perdonara. No cuando la había lastimado. A él no le incumbían los asuntos de su vida privada y tenía que comprenderlo.

—Mañana hablamos —musitó ella cortante, y tragándose el nudo en la garganta subió a su cuarto. Se lanzó a la cama con la almohada tapándole la cabeza. Haber salido a la intemperie con fiebre le afectaría, así que tomó el medicamento antes de tomar una ducha caliente y dormirse.



El sonido de una moto pasando por la calle la despertó. Abrió los ojos lentamente mientras su vista se iba aclarando. Bostezó y estiró sus piernas antes de levantarse. Ese día era domingo, no había mucho que hacer.

Los recuerdos de la noche regresaron a su cabeza. Peter había ido a dejarla después de su loca aventura por la ciudad. Recordó a los hombres que querían hacerle daño y sintió un escalofrío. No quería encontrarse todavía con Jeremy y su madre, ya que ese día no trabajaba, así que optó por darse una ducha.

Pronto no tenía nada que hacer en el baño para demorar más el tiempo, incluso después de secarse y cepillarse el cabello. Se puso unos cómodos pantalones con una camiseta morada y sus tenis. Antes de salir de su cuarto se prometió no dirigirle la palabra a Jeremy. Realmente, todavía seguía enojada con él por meterse en su vida privada. Ann bajó las escaleras sin hacer mucho ruido. Jeremy yacía en el sofá viendo la tele.

Sus ojos hicieron contacto con los de su hermano. Él parecía nervioso por algo. Annabelle apartó la vista y avanzó a la cocina sin dirigirle la palabra, tal como se había prometido. Su madre aún no se levantaba; generalmente los domingos para ella significaban dormir, comer sin salir de casa y quejarse de que al día siguiente sería lunes. Típico.

Abrió el refrigerador y sacó la leche. Tomó un tazón para servirse el cereal y se sentó en la pequeña mesa de la cocina. Masticaba su desayuno con calma mientras pensaba en los ojos, la voz, la personalidad de su sexi jefe.

Esos ojos azules hipnóticos hacían que, cada vez que ella los miraba, sintiera una sensación extraña en el estómago y en todo el cuerpo. Cada vez que la muchacha lo besaba creía que nunca iba a poder parar. Lo necesitaba tanto...

Ann sacudió la cabeza tratando de despejar esos pensamientos de su mente. No podía pensar de esa manera en él, solo era su amante y punto. Para ella de eso se trataba, de un juego; de hecho, para los dos. No era como que él se enamoraría de ella ni viceversa. Se reía ante la posibilidad.

No quería estar todo el día encerrada en la casa, por eso tomó un suéter — hacía un poco de frío— y se dispuso a salir para comprar un helado. Pero algo llamó su atención después de cerrar la puerta tras de ella, una reluciente motocicleta roja con un enorme moño blanco estaba en el patio.

Se acercó confundida a la preciosa moto y se dio cuenta de la carta que descansaba en el asiento. Tomó la hoja y solo había dos palabras escritas.

¿Me perdonas?

Estaba desconcertada. Las emociones se encontraban en su interior, entre ellas, la sorpresa y la incredulidad. La reluciente moto seguía ahí, para ser admirada —lo que sin duda estaba logrando—. Era una maldita moto de carrera. Miró otra vez la nota. Indudablemente, era la letra de su hermano. Pero la joven no entendía de dónde había sacado tanto dinero, si es que no le había pedido a su madre. Jeremy no tomaba en serio su trabajo. Esas cosas no costaban barato.

—Ann... —la llamó Jeremy detrás de ella. Ella volteó a encararlo y descubrió un enorme arrepentimiento en el rostro de su hermano.

—¿De dónde sacaste esto Jeremy? —preguntó ella señalando la moto. Él se encogió de hombros. Ann no pudo evitar que la mirada triste de su hermano la derrumbara. Su enojo cesó y sus defensas cayeron. Jeremy era su maldita debilidad.

—Yo... —empezó a decir él—. Lo que te dije... —suspiró—. Fue la mayor estupidez que he dicho en mi puta vida. Prometo ya no entrometerme en tus asuntos.

Y ella corrió para abrazarlo traicionando su propia promesa. Se envolvió entre los cálidos brazos de su hermano, enterrando la cabeza en su hombro mientras respiraba su olor tan característico. Él le dio golpecitos en la cabeza antes de soltarla.

—¿Me perdonas, hermanita? —suplicó mientras la tomaba por los hombros.

Ella no dejó espacio a la duda.

—Claro que sí, solo porque eres el estúpido de mi hermano —le sonrió aliviada. Jeremy le devolvió una reluciente sonrisa mostrando su juego perfecto de dientes. Sus ojos cafés claros brillaron de felicidad. Era muy fácil contentar a Jeremy.

—No volveré a meterme en tu vida —prometió él tocándose el corazón como señal de promesa. Su hermana asintió sonriendo. Annabelle se acercó a la motocicleta y acarició el asiento de piel.

—¿Ahora podrías decirme cómo demonios conseguiste esto? Tú no trabajas en serio —le interrogó alzando una ceja. Jeremy se mordió el labio con la mirada juguetona.

—Tengo mis secretos, nena —dijo dejándola con la duda. Annabelle frunció el ceño. No valía la pena discutir con él, cuando de todos modos no le iba a decir. Pero le sonrió agradecida, la verdad la motocicleta era una barbaridad.

—Gracias, Jeremy, la moto es increíble —sonrió subiéndose al asiento. Él le lanzó las llaves.

Annabelle sabía cómo conducir una motocicleta. Años atrás su hermano y ella habían sido fanáticos de las motocicletas de carrera. La encendió, a lo que el motor rugió. Esbozó una sonrisa de oreja a oreja ante la sensación indescriptible.

—Ponte el casco —advirtió su hermano dándole uno de color negro. Ella se peleó con el casco, pero logró ponérselo. Estaba ansiosa por conducir.

—Ten cuidado —le recordó Jeremy serio. Ella le sonrió para despreocuparlo.

—Mejor cuídate tú, Jer —soltó antes de arrancar la motocicleta. Pronto estaba conduciendo a toda velocidad por una avenida. El viento cortaba su cara, sus cabellos revoloteaban y la adrenalina corría por su cuerpo como un torrente. El júbilo era inigualable.

—¡Wooo! —gritó sintiéndose como en una montaña rusa.

Tomó una carretera no muy transitada y aumentó la velocidad.

Después de los veinte minutos más emocionantes de su vida regresó a casa. Estacionó la moto con cuidado y se quitó con cuidado el casco.

Alzó la mirada y se quedó pasmada.

Su hermano estaba de pie muy sonriente con tres boletos en mano. Pero eso no fue lo que la dejó con la boca abierta.

Era *Alexander*. Que estaba justo al lado de su hermano con la mirada fija en ella.

CAPÍTULO 10

Reconciliación y grandes temores

Annabelle no podía pronunciar palabras, no entendía qué hacía Alexander en su casa —pareciendo tan desinteresado—, pero después recordó que era amigo de su hermano.

—Él es Alexander, un amigo... ¿Ya te lo he presentado antes? —preguntó Jeremy a su hermana. Ella asintió aún sorprendida con su presencia.

—Sí, creo que sí...

—Hola, Annabelle, qué gusto verte de nuevo —dijo Alexander con una sonrisa y acercándose a ella. La muchacha instintivamente retrocedió un poco. Por alguna razón no quería intimar con la persona más odiada de su jefe.

—Igual... —respondió ella.

Annabelle no sabía si era buena idea o no que Alexander estuviera ahí; por un lado, podía ayudarla a descubrir qué había pasado entre los dos hermanos para que Peter lo odiara de ese modo, y, por otro, no quería tener problemas o malentendidos con su jefe, además... si Peter no lo podía nombrar siquiera, tenía que ser por algo, y eso no le daba buena espina.

—Vamos a divertirnos, hermanita —intervino Jeremy con la emoción reflejada en sus brillantes ojos.

Eran boletos del parque de diversiones. Mierda, su hermano la conocía muy bien. Los juegos peligrosos siempre habían sido una de las adicciones de la muchacha.

Annabelle y su hermano se fueron en la moto nueva, y Alexander en la propia. La joven sentía inmensas ganas de interrogar a su hermano sobre su amigo, pero eso tendría que esperar un poco más. Ann no sabía si Alexander estaba enterado de dónde estaba ella trabajando o si sabía de la relación que estaba manteniendo con Peter, y eso la ponía nerviosa.

No quería que Alexander fuera a pedirle algo, no quería ser ningún tipo de

intermediaria en los problemas que tuvieran ellos. Por eso trataría de ser prudente con el amigo de su hermano, y no acercarse más de lo debido.

El primer juego al que subieron dejó un poco mareada a la muchacha. Era de esos que daban vueltas a una velocidad de vértigo. Después decidieron comprar un par de sodas para el calor.

—¿Quieres ir a la casa del miedo? —sonrió su hermano maliciosamente.

Ella lo fulminó con la mirada. Era el único juego al que no entraba ni drogada. Le encantaba todo lo relacionado con las alturas, pero era una cobarde para esas cosas de espantos.

—Ni de broma, Jeremy —negó sacudiendo la cabeza.

—No tengas miedo; si quieres, yo te cuido —intervino Alexander, y ella no pudo evitar mirarlo con mala cara. Su hermano solo se rio.

—Vamos, Ann, eso déjaselo a los niños —se carcajeó Jer.

—Sabes que no me gusta —se defendió ella cruzando los brazos. Jeremy entrecerró los ojos pensando en cómo convencerla. Chasqueó los dedos.

—Si entras, te diré cómo conseguí la moto —dijo con una sonrisa torcida. La joven tenía que admitir que era una propuesta tentadora. Demonios.

Echó un rápido vistazo a la mansión tenebrosa que se alzaba ante ella. Se le revolvió el estómago. Era demasiado arriesgado para ella. Le daba pánico con solo ver la entrada oscura, como la boca del lobo. Su fobia provenía de una tarde espantosa que vivió cuando era una niña.

—Pero... promete que no me jugarás una broma ahí dentro —le advirtió alzando el dedo meñique. Su hermano entrelazó su dedo con el de ella.

—Prometido —masculló él, y la llevó casi a rastras al juego, con Alexander caminando detrás. Su miedo era ridículo, cualquier niño se reiría. Hicieron fila detrás de un par de novios besándose.

Los pensamientos de Ann volaron inmediatamente hacia Peter y no pudo evitar ruborizarse tan solo de recordarlo. Aunque también sintió una punzada de tristeza al comprender que jamás surgiría algo más entre ellos. Asustada, detuvo sus pensamientos, aquello no debería causarle ningún desánimo. Estaba disfrutando del deseo y eso era lo único que aprovecharía.

Había sido algo acordado entre los dos, los sentimientos no deberían importar nada. Era su juego. El que tenía más probabilidades de enamorarse era él, se decía a ella misma.

—Annabelle ¿por qué te sonrojas? —preguntó Alexander de repente. La muchacha volteó hacia él sorprendida. No le gustaba la intensidad con que la

miraba, como si supiera de ella mucho más de lo que aparentaba. Lo miró frunciendo el ceño.

—Por nada —desvió la vista de su mirada acusadora.

Pronto se estaban acercando a la entrada del juego. Se le revolvió el estómago a la joven, intentó reprimir las ganas de vomitar.

—Estás pálida, Ann —se burló Jeremy tocándole las mejillas. Debía parecer poco más que un fantasma.

—Estoy bien, Jer, de verdad —mintió ella con el nudo en el estómago. Diablos, debía relajarse o podría terminar desmayada.

La señorita de la taquilla le dijo algo a Jeremy que su hermana no escuchó, al mismo tiempo que Alexander pagaba los boletos. Se adentraron caminando por los pasillos oscuros de la gran casa. Ann iba prácticamente pegada al cuerpo de su hermano como una estampa.

Después de los minutos más horribles de su vida, por fin se acabó el horrendo juego de miedo. Annabelle estaba segura de que esa noche iba a soñar con bastantes espectros. Jeremy la miraba burlón mientras se alejaban de la casa de miedo.

—Al menos no te desmayaste como había previsto —comentó él con una sonrisa torcida.

—Deja de burlarte —reprendió ella dándole un leve golpe en el hombro.

La muchacha se percató de que Alexander —hasta ese momento— la miraba muy persistentemente; su hermano no se había dado cuenta, y ella empezaba a sentirse incómoda.

Ante ellos se alzaba la enorme montaña rusa. La emoción la invadió repentinamente; en cambio, Jeremy soltó un gemido de frustración. Era el único juego que a él no le gustaba y al cual su hermana podía subir sin problemas. Annabelle sonrió abiertamente y jaló del brazo a su hermano, dejando atrás al amigo de este.

—Vamos, pequeño cobarde —lo animó acercándose al juego. Él se detuvo antes de entrar.

—Mejor sube solo con Alexander —intentó hacerle cambiar de opinión. Ella sonrió con maldad.

—No puedo creer que le tengas miedo a este juego, Jeremy. ¿Acaso no eres hombrecito? —susurró Ann para que la gente no escuchara y para no ponerlo en evidencia. Aunque una niña pequeña que estaba delante de ellos soltó una risilla. Jeremy se ruborizó.

—No tengo miedo a esto, solo tengo hambre —dijo despreocupado; pero su hermana podía ver el miedo en sus ojos. Le volvió a sonreír burlonamente.

Minutos después los tres ya estaban en los asientos con los cinturones de seguridad protegiéndolos. Jeremy tenía la cara verde.

—No vayas a vomitar —Annabelle hizo cara de asco. Su hermano refunfuñó. ¡Odiaba esos juegos!

Y de pronto el juego comenzó.

La chica amaba la adrenalina que ahora mismo estaba corriendo por sus venas, la sensación de estar volando le hacía levantar los brazos y gritar a todo pulmón. Solo en un momento volteó a ver a Jeremy y él parecía que estaba tratando de no llorar. Sus gritos y los de ella se mezclaban entre todo el ruido. Muy pronto, para su disgusto, el juego terminó, pero el corazón de la joven seguía retumbando en su pecho a causa de la emoción. Jeremy parecía perdido cuando los tres salieron del juego. Su hermana le tocó la mejilla.

—Ya acabó, Jeremy —sonrió. Él la miró con el ceño fruncido y después rio nervioso.

—No estuvo tan mal —fingió a leguas. Ella puso los ojos en blanco y Alexander soltó una risita.

—Vamos a comer —sugirió la muchacha dirigiéndolos a las pizzas.

Después de una tarde llena de emociones, que más bien fue una reconciliación entre Jeremy y su hermana, llegaron a la casa por la noche. Alexander igualmente detuvo su motocicleta y se acercó a los dos hermanos.

—Estuvo divertido, Jer, gracias por la invitación, ojalá se repita pronto —se dirigió a su amigo. Este le dio una palmada en la espalda y asintió.

—Ya está, ahí me llamas.

—Y Annabelle... —Alexander miró a la muchacha—. Fue un gusto haber pasado la tarde contigo, ojalá pronto nos volvamos a ver...

Ann solo asintió sin ninguna expresión.

—Vale.

El joven volvió a su motocicleta y, con un rugido de esta, desapareció en la calle. La muchacha soltó un suspiro.

—¿Qué fue eso? —le preguntó a su hermano. Él se encogió de hombros.

—Tal vez le gustas... Pero no te recomiendo nada con él, yo lo conozco, y no... No es buena idea.

—Tienes que platicarme todo de él.

—¿Por qué? ¿Te gusta...?

Ann negó con la cabeza.

—No. Es solo curiosidad, ya sabes.

Era domingo, por lo que no le extrañó que el coche de su madre estuviera en el garaje. Ya dentro de la casa, Ann recordó algo.

—¿Cómo conseguiste la moto? —preguntó a su hermano. Él solo sonrió de lado.

—La robé.

Empezó a reírse a carcajadas por la cara que su hermana puso.

—Soy un abogado hermanita, y aunque no trabajo mucho, no estoy tan muerto de hambre —le recordó. Annabelle le sonrió y lo abrazó agradecida.

—Aunque eres muy tonto, eres el mejor hermano del mundo. ¿Lo sabes? —lo alabó, a lo que él enrojeció.

—Y tú, la enana más insoportable —se carcajeó cargándola y dando vueltas. Después la depositó en el piso y se dirigió a la cocina.

Cuando estaba por seguirlo, le llegó un mensaje a su celular. Era de Peter. Ridículamente, la joven se descubrió emocionada y nerviosa al leerlo. No tenía juicio.

«Ya ansío verte.»

Ese hombre podía derretirla en cualquier lugar y en cualquier momento. Jeremy —que venía saliendo de la cocina— la observó y alzó las cejas desde el marco de la puerta, pero ella no le prestó atención, estaba absorta en el celular.

«Yo también deseo verte.»

Estaba descubriendo que cada vez se sentía más confiada y segura con él. Y tal vez eso era malo. Bajo la mirada acusadora de Jeremy, guardó el celular en el bolsillo de su pantalón.

Caminó hacia la sala y encontró a su madre y a su prima sentadas allí. Le pareció extraño que Marie estuviera en su casa a esa hora. Parecía que las dos habían estado discutiendo. Annabelle miró a su madre y supo que algo no andaba bien, la cara de Marie era la viva imagen de la preocupación.

—Quiero hablar contigo a solas, Annabelle —dijo su madre fríamente; se levantó del sillón y subió las escaleras.

Ann frunció el ceño mirando a Marie en busca de una explicación. Ella le hizo señas que Ann no entendió y no le quedó más que seguir a su madre. Entraron a su cuarto, la chica cerró la puerta detrás de ella. Su madre estaba

plantada con los brazos cruzados y la mirada decepcionada. El ambiente se volvió tenso entre ellas.

—¿Me puedes explicar qué rayos haces con tu jefe por las noches? — preguntó con voz de hielo.

Ann soltó un suspiro. No entendía cómo su madre se había enterado, pero ya lo sabía, de una forma u otra. Y se preparó mentalmente para no enojarse más de la cuenta. Su madre ya no podía recriminarle nada, no tenía derecho. Y si ella tomaba decisiones precipitadas, la joven lo tomaría con calma. Creía que había llegado el momento de salir de casa. Entendía que su madre quería lo que ella consideraba mejor, pero ya estaba bastante grande para tomar sus propias decisiones. Era independiente totalmente, como Jeremy. Pero estaba segura de que los prejuicios de su madre no la dejarían razonar.

—Estoy manteniendo una relación con él —confesó Annabelle con un hilo de voz, sin inmutarse. Su madre sonrió, no era una sonrisa de alegría.

—¿Relación? Yo sé que eres su amante —apuntó con los ojos envenenados. Annabelle apretó los labios en una línea recta. Su pulso comenzó a acelerarse y su garganta deseaba expulsar palabras para defenderse. Se relamió.

Estaba esperando ese momento.

CAPÍTULO 11

Quédate conmigo

La madre miraba a su hija con los ojos verdaderamente envenenados. En ellos destellaba la furia, la decepción.

—Ya no es de tu incumbencia, mamá. ¡Es mi vida! Tienes que dejar de ver por mí, ya no soy una niña —chilló la muchacha con la voz encolerizada. Su madre la miraba con los ojos muy abiertos, sin poder creer las palabras que salían de la boca de su hija.

¿Cuándo había cambiado tanto su hija sin que ella se diera cuenta? Ella no solía ser así, siempre tan disciplinada, haciendo al pie de la letra todo lo que su mamá le indicase —sin protestar jamás—. Y ahora ya no era ni la sombra de aquella chica.

La señora abrió su bolso dispuesta a sacar las evidencias que alguien le había dado sobre eso, pero se detuvo. Era claro que era cierto, a juzgar por la razón de su hija.

—¿Cómo puedes hacer eso? ¿No te importa venderte? —preguntó su madre histérica. No podía permitir que su hija estuviera en ese rumbo, no cuando ella se había esforzado tanto en darle una educación ejemplar a sus dos hijos. La mujer echaba chispas por los ojos.

El rostro de Annabelle se descompuso —casi soltaba un par de lágrimas—. Le dolía que su madre, sin siquiera escuchar las explicaciones de su hija, creyera lo peor de ella. Por supuesto que no se estaba vendiendo por dinero; sin embargo, explicarle en ese momento a su madre sería imposible. No la dejaría.

—Piensa lo que quieras mamá, sé lo que hago, y no, no es algo malo para mí —atacó la joven.

—No te conozco ahora, Annabelle. Esta no eres tú —replicó la mujer con la voz dura y temblorosa. La joven cerró los ojos tratando de pensar con claridad y decir bien las cosas.

—Escucha. Ya soy una adulta y lo que haga con mi vida es mi problema,

no tienes por qué decirme qué hacer y qué no, como antes. Siempre lo has hecho y estoy cansada. Estoy cansada de que me trates así mientras que mi hermano puede hacer lo que se le venga en gana sin recibir reproches.

Cuando Annabelle estuvo a punto de levantar la mirada, su madre hizo algo que nunca había hecho antes con ella. La abofeteó. La muchacha se llevó la mano a la cara y una lágrima escurrió de sus ojos avellana. Su cuerpo temblaba.

De decepción, tristeza y furia.

—Te lo advierto, Annabelle, o renuncias a ese trabajo o te vas de la casa —masculló la mujer saliendo del cuarto y dando un portazo.

Estaba claro, se iría de la casa. Tenía dinero ahorrado, además de que podría vender su camioneta y así no tendría problemas. Ann no lo comprendía, si todavía fuera menor de edad podría votar en favor de su madre. Pero ya no más. Se había acabado.

Salió de esa habitación y se dirigió a la suya cerrando con seguro. Sin quitarse la ropa ni los zapatos se recostó en la cama. Al día siguiente ya tendría tiempo de hacer sus maletas y conseguir un departamento donde viviría desde ese momento en adelante. Y así, con el corazón herido y triste se quedó dormida.



Cuando Annabelle salió de su cuarto —ya habiendo puesto sus maletas sobre la cama y todas sus cosas en orden, con la idea de que después regresaría por ellas, cuando tuviera asegurado el lugar donde viviría—, se dio cuenta de que no había nadie en casa. Su madre y su hermano ya habían salido a trabajar. Al parecer Jeremy no estaba enterado de lo que había pasado la noche anterior. Soltó un suspiro de resignación, de alguna forma ya sabía que todo acabaría así.

Tan solo esperaba que su madre pudiera algún día comprenderla y escucharla. Por otro lado, no sabía cómo era que su madre se había enterado de su relación con Peter. ¿Había sido su hermano o Marie? Tendría que ser alguno de los dos.

Pero lo dudaba, su prima siempre le había guardado secretos sin traicionarla jamás, y su hermano ya le había pedido disculpas. Algo no estaba bien. ¿O tal vez alguien de la empresa ya lo sabía y así se había creado un chisme?

La joven dejó todos esos pensamientos cuando salió de su casa dispuesta a subirse en su camioneta para ir directo a la empresa. Pero alguien le llamó la atención.

Abrió los ojos sorprendida.

Alexander estaba recargado en su moto con la mirada puesta en ella. Annabelle frunció el ceño, no esperaba ver al amigo de su hermano ahí y menos a esa hora.

—Hola, Annabelle... —la saludó el muchacho acercándose a ella—. Supongo que estás sorprendida de verme.

Ann asintió analizándolo, podía notar el evidente parecido de Alexander con su hermano.

—Sí... ¿Buscabas a mi hermano?

—No, en realidad venía a verte a ti.

—¿A mí? —la joven ladeó la cabeza.

—Sí.

—Bueno, soy toda oídos —dijo la joven intrigada por lo que pudiera querer Alexander.

—Yo... quiero que me ayudes a... reconciliarme con mi hermano después de todo este tiempo que hemos estado separados por grandes malentendidos... Sé que tú trabajas en su empresa y por eso... —el joven la miró suplicante—. Quería tu ayuda.

Annabelle se quedó inmóvil, sí que le había tomado por sorpresa. No sabía absolutamente nada del porqué de la desunión de Alexander y Peter, pero al parecer ahora podía tener respuestas.

Aunque, por otro lado, ella no estaba segura de cómo precisamente podría ayudar a que ellos se reconciliaran —sabiendo del odio que tenía Peter hacia su hermano—, como Alexander se lo pedía. Su jefe ni siquiera le había hablado nada del problema con su hermano; sobre eso no había más que puro silencio.

—Sí, cuando te vi intuí que eras el hermano de mi jefe, se parecen. Pero... yo no sé cómo podría ayudarte con esto, no toco temas personales de ningún tipo con mi jefe —trató de explicar.

Alexander apretó los labios para después mirar su reloj con premura.

—Tengo una idea de cómo podrías ayudarme... Mi hermano no quiere saber absolutamente nada de mí y, obviamente, no puedo simplemente llegar con él y hablar, no me escucharía. Pero estaba pensando en que si yo te diera

una carta a ti para él y tú la pusieras disimuladamente donde la pueda coger, sería de mucha ayuda.

Annabelle frunció los labios.

—Si no es mucho atrevimiento, antes quisiera saber el porqué de este gran problema entre ustedes —dijo Ann precavida. Ya sabía de la inmensa repugnancia que Peter sentía hacia su hermano, no tenía que confiarse con Alexander.

El muchacho se revolvió incómodo.

—Es complicado, en realidad es algo muy largo y... no me gusta hablar mucho de ello, es realmente horrible... —Alexander adoptó una mirada ausente. La joven se arrepintió un poco y decidió dejarlo ahí. Pensaba en que si se disponía a ayudar a Alexander como él se lo pedía, podía descubrir qué había pasado entre ellos realmente y, además, tal vez contribuyera en algo bueno. Porque una reconciliación entre hermanos siempre tenía que ser algo bueno.

—Está bien, no es necesario que me lo digas... —cortó Ann—. Y sí, trataré de ayudarte, tú me dirás cuándo me das tu carta y yo me encargo...

Alexander sonrió de lado.

—Pensé que sería más difícil convencerte, eres genial —la alabó—. Dame tu número y yo te llamaré luego.

Intercambiaron sus números y después el muchacho le dedicó una sonrisa. La forma como sonreía era parecida a la de Peter, por lo que le dio una sensación de familiaridad, aunque el color azul de sus ojos era pálido y no intenso como en los de su hermano. Ann no podía comprender cómo dos hermanos podrían odiarse. Para ella Jeremy era gran parte de su vida, no podía imaginarse tan distanciada de él. Aunque, claro, todas las vidas eran diferentes.

—Muchas gracias, Annabelle —dijo con alivio—. Estaré en contacto contigo, pero, por favor, no menciones a Peter nada sobre esto. No quiero que tú tengas problemas por ayudarme.

—Confía en mí.

El muchacho asintió y después de una seña de despedida con la cabeza, se dio la vuelta para subir a su motocicleta.

Annabelle soltó un suspiro largo. No sabía cómo terminaría todo eso, pero al menos tenía la esperanza de que funcionara para algo bueno. Ella solo podía

hacer eso por Alexander, ya que si le hubiera dicho que tendría que hablar con Peter directamente e interceder por él, lo hubiera rechazado.



Peter Brown permanecía sentado en su asiento de piel revisando unos correos importantes. Dio una mirada al reloj, ya tendría que haber llegado Annabelle. Sin poder evitarlo empezó a ponerse nervioso —después de lo que acababa de pasar con esos putos hombres—, su preocupación por que ella estuviera bien había aumentado. Era algo extraño en él en los últimos años.

Ese sentimiento comenzaba a invadirlo y no sabía si indicaba algo precisamente bueno. Sentía que una parte de él estaba despertando gracias al gran parecido de la chica con Miranda, era como autoengañarse con que ella estaba ahí, de nuevo con él. Y que ese fatídico día nunca había existido. Y eso era como un consuelo, un regalo por tanto sufrimiento por años, por tanta culpa y remordimiento.

Volviendo a la realidad, Annabelle, y no Miranda, abrió la puerta dejando ver la maravillosa mujer que era. Eran parecidas, pero muy distintas. Ann era mucho más impulsiva, a veces era dulce, en realidad era como un libro abierto, en el cual podía ver a la mujer que era, cada día un poco más. Y esa era la mayor diferencia. Miranda siempre había sido un cofre que nunca dejaba abrir. Por el cual terminó perdiendo la batalla y provocando su mayor castigo.

Se relamió, esa mujer era un tesoro, distinto, y uno que empezaba a apreciar. Ella estaba haciendo con él algo que no entendía —o tal vez sí, y luchaba por ignorar— y, la verdad, comenzaba a asustarlo. Él no podía.

—Llegas tarde —le reprochó Peter levantándose. La tomó de la cintura, esa hermosa cintura, y la besó suavemente. Los labios de la joven le eran tan cálidos y suaves.

—Lo siento —se disculpó Ann. Sus ojos avellana parecían tristes y preocupados. De inmediato él se percató de que algo andaba mal con ella. La tomó de las manos mirándola a los ojos avellana tan llenos de vida, abiertos, sensibles, sin secretos.

—¿Qué pasa? —preguntó Peter acariciando su mejilla. Annabelle cerró los ojos.

—Mi mamá —admitió—. Tengo que decirte algo importante Peter.

Él frunció las cejas. La tomó de la cintura y la subió a la mesa de cedro.

—Te escucho.

—Mi mamá se enteró de lo que tenemos, no me dejó explicarle nada, aunque de cualquier manera no hubiera servido de mucho; como siempre, pensó lo peor —soltó la joven. Peter ya sabía que su hermano y su prima estaban al tanto de su relación, mas en realidad eso le parecía lo de menos. Así que él no entendía la gravedad de lo ocurrido con la madre de Ann.

—¿Tú le dijiste? ¿Qué fue lo que pasó exactamente? —quiso saber su jefe. Annabelle le relató toda la situación brevemente mientras él la escuchaba con atención.

—No sé si fue mi hermano o mi prima... Pero de cualquier manera, tengo que conseguir un departamento con urgencia, no puedo seguir en mi casa —acabó con su explicación.

Algo dentro de Peter de pronto se iluminó al imaginársela en su cama todas las noches. Sonrió. Era una idea tentadora.

—No tienes que buscar un departamento, te quedarás conmigo —dijo él rozando sus labios. Annabelle se echó para atrás consternada.

—No quiero abusar, Peter. Por mis propios medios yo puedo conseguir dónde vivir, no debes preocuparte.

—Pero yo quiero que por ahora vengas a vivir conmigo, no es abuso; en realidad, me harías un favor, sé que esto no está estipulado en lo que acordamos tú y yo, pero, si lo piensas, nos facilitaría mucho las cosas... ¿No crees? —insinuó cerca de su oído.

Ann esbozó un puchero, aunque la verdad la idea de Peter no le disgustaba. También le tentaba, ciertamente. Los ojos azules de su jefe brillaban de pura emoción. Aceptaría aquello, mas cuando consiguiera un espacio o arreglara las cosas con su madre, se mudaría. No quería formar lazos tan unidos con su jefe, ya que, como muy bien estaban de acuerdo, solo estaría con él por deseo.

—Bueno, eso tiene sus ventajas —añadió ella antes de besarlo.



Peter Brown estaba en una junta importante, por lo que Annabelle estaba laborando en su oficina. Estaba tan concentrada en los gráficos de la computadora que no se dio cuenta de que habían abierto la puerta.

—Hola.

Alzó la vista y se encontró con el primo de Peter. Estaba sonriente y relajado. Tenía un traje gris con unos zapatos negros relucientes. También se dio cuenta de que se había cortado el cabello, y lo había dejado casi al ras del cráneo.

—¿Qué desea? —Annabelle no se esforzó por parecer amable. Edgar tomó asiento frente a ella. Sus ojos claros le daban escalofríos a la joven. No resultaban agradables, eran cínicos, devoradores.

—Quería invitarte a comer —confesó él guiñándole el ojo. Ella suspiró pesadamente. Otra vez volvía a insistir. Estaba cansada, ya le había dejado claro en varias ocasiones que no podría tener nada con ella, y él no se detenía.

—Me temo que no es posible —contestó. Él se rio divertido, negándose a ser rechazado. Cada vez le caía peor.

—¿Por qué, acaso estás con alguien? —sonrió burlonamente. Annabelle soltó un bufido.

—Eso no te incumbe —contestó al mismo tiempo que Peter entraba a la oficina de la muchacha. Edgar se levantó y lo saludó con la mano.

—¿Qué se te ofrece, Edgar? —preguntó Peter con las manos en los bolsillos acercándose a ellos. Annabelle miró atentamente a su jefe, en realidad era muy atractivo, y ahora se daba cuenta de que mucho más que su primo y su hermano. Ese traje negro que llevaba puesto resaltaba sus ojos azules. Todavía no podía acostumbrarse a la belleza de ese hombre que, en parte, era suyo.

—Solo venía a saludar a la señorita —contestó Edgar.

—Annabelle es una mujer encantadora, pero no creo que quiera recibir halagos mientras está tan ocupada con su trabajo, y... conmigo —dijo él posesivamente. La chica se ruborizó de placer. Edgar se volvió hacia ella alzando una ceja divertido.

—No sabía que estabas con ella, es magnífico. Se ven bien —sonrió mirando a Annabelle con recelo. Ella apartó la vista asqueada.

—Lo sé —afirmó Peter. Edgar salió de la oficina malhumorado. El muchacho se acercó a ella, atrayéndola hacia él.

—Tengo que dejar en claro que no estás disponible para alguien más —susurró Peter en su oído. Ann se estremeció. Le estaba pareciendo sumamente extraño el comportamiento de su jefe, y todavía más extraño cómo reaccionaba ella a eso.

—¿Vamos a casa? —preguntó él. Esas palabras se escucharon muy raras, incoherentes, fuera de lugar entre ellos, pero por un segundo se los imaginó siendo una familia. La imagen llegó sin llamarla.

La joven asintió con la cabeza borrando sus alborotados pensamientos, antes de que fueran más absurdos. En su fuero interno crecía la necesidad de

saber más de él, de conocerlo, pero sabía que solo se limitaría a conocer su cuerpo.



Annabelle ya sabía de la enorme riqueza de Peter, pero aun así no dejaba de sorprenderle su vivienda. Solo eran él y Andrea —la mujer que él consideraba casi como su madre— y aun así la casa tenía más de cuatro baños, pensó con ironía. Una imagen de Peter y ella besándose en el porche de la casa mientras dos niños corrían por el jardín pasó por su cabeza en un segundo. Fue una ensoñación borrosa que se fue desdibujando conforme pasaron los segundos.

Suspiró y después sacudió la cabeza.

Él le estaba sirviendo una copa de champán. Estaban en su habitación. Peter le tendió la copa.

—Salud —dijo él chocando su copa con la de ella. La joven bebió un trago, estaba exquisito. A pesar de que solo compartían el deseo, ahí estaban, los dos, como cualquier pareja que quiere pasar una velada juntos. Y se sentía tan natural, sin ningún desencanto ni contratiempo, se sentía como si siempre hubieran estado juntos. Ann apretó los párpados, a veces tenía bastantes divagaciones.

Pasaron parte de la noche platicando y riendo como críos enamorados, en medio de champán, besos y miradas hirvientes. Sin embargo, eran cosas triviales, ninguno de los dos pasaba la barrera de lo personal. A pesar de eso, Peter se sintió bien, hacía mucho tiempo que no hablaba con tal grado de soltura sin temer qué decir o qué error podía cometer para que Miranda se marchara de su vida. Y así, entre el calor y el fuego consumidor que los recorría siempre a los dos, los besos y las caricias se hicieron llegar, y ella quedó solo con la ropa interior y él con unos *boxers*. Después encendieron una llama que no pudieron apagar. Peter besaba y exploraba cada parte de su cuerpo, con ganas, con deseos de estar con Ann, y así fue como, entre gemidos, besos y pasión, olvidó a quien le recordaba esa mujer.



Annabelle se despertó con un sobresalto. Los brazos de Peter le estaban rodeando la cintura, él parecía todavía dormido. Se acomodó de una forma en la que pudiera contemplarlo. Le acarició suavemente el cabello negro. Se veía tan inocente y angelical dormido, sin la máscara de preocupación o seriedad

que solía tener siempre. Su cabello negro le caía de una forma graciosa en la frente y sus musculosos brazos le cortaban el aliento.

La chica se levantó de la cama y se puso sus pantalones —recordó que tenía que ir por sus maletas—; sin embargo, su blusa de gasa estaba casi hecha jirones y se tuvo que poner una de las camisas de su jefe. Olían a él, a su colonia limpia y varonil. Se sentía demasiado sexi enfundada en ella, le hacía recordar las novelas que leía en algunas ocasiones. Se rio entre dientes.

—Buenos días, hermosa —susurró Peter abriendo los ojos. Ella volteó a verlo con una sonrisa coqueta. El muchacho se levantó de la cama e igualmente empezó a vestirse.

—Mi camisa te queda de ensueño —señaló él mordiéndose el labio.

—Gracias.

Bajaron a la cocina a desayunar. Andrea ya tenía preparada la comida. Todo estaba delicioso.

—¿Te acuerdas del *préstamo* que quería hacerte? —preguntó Peter antes de introducir un pedazo de pan en su boca. La castaña negó con la cabeza y él sonrió.

—El coche convertible, por el cual protestaste demasiado —le recordó. Los ojos de la joven se abrieron como platos.

—Con mi camioneta estoy bien —hizo una pausa—. Además, ya tengo una moto.

Peter alzó las cejas interesado.

—No me habías dicho —frunció el ceño—. Tu camioneta está en las últimas y además... una moto es peligrosa —refunfuñó él. Ella sonrió divertida.

—Sé utilizar una moto —aclaró Annabelle tomando un sorbo de agua. Con Jeremy y su padre solía ir a ver carreras de motocicletas y usarlas de vez en cuando. El recuerdo de su padre le entibió el corazón.

—Como sea, tu nuevo auto *prestado*, no regalado, te está esperando afuera —dijo él levantándose de la mesa. Annabelle frunció los labios. Peter no entendería, y dudaba que lo hiciera. Pero como ya que estaba tan encaprichado, tal vez lo usaría prestado y solo durante el tiempo en que tuvieran aquel juego.

—Está bien, ya que insistes tanto. Pero te lo digo —levantó la mirada—: el préstamo se acaba cuando se acabe lo nuestro.

Peter cambió su expresión de repente. Ann guardó silencio y reflexionó

sobre sus palabras. ¿Por qué habían sonado un poco duras? Esa era la verdad. Sin ver la reacción de su jefe para no confundirse más, salió de la casa.

Ante ella estaba su préstamo casi obligado. Peter estaba detrás de ella en silencio, sin decir nada a lo que había soltado Ann. Por cierto, el auto *blanco* era verdaderamente espectacular.

—No está tan mal —susurró ella atónita. Al parecer Peter se había esforzado por elegir un auto a su medida, lo agradecía, aunque seguía molesta por eso. Annabelle suspiró. Tal vez el sacrificio de utilizarlo valdría la pena.

CAPÍTULO 12

Besos robados

Peter Brown sonreía de oreja a oreja —olvidando el manajo de emociones que le generaron las palabras de Ann— mientras ella admiraba el Porsche blanco. Realmente le gustaba —era uno de esos autos por los que su hermano moriría—, no era demasiado ostentoso. Por otro lado, ya se sentía mejor, pues le había recordado a su jefe que los préstamos no eran parte de los pasatiempos que ellos se habían propuesto. No préstamos, no *sentimientos*, ninguna cosa de esas.

Además de que su orgullo simplemente no podía aceptarlo.

—Peter, gracias —suspiró y prosiguió—. Pero pensándolo bien, no puedo aceptar esto ni siquiera como préstamo, lo siento.

—Ni una palabra —le interrumpió él, se acercó a ella para abrazarla por la cintura—. Es mío, pero te lo presto, de verdad, no te sientas comprometida —susurró en su oído. La chica se estremeció al sentir su aliento. Tragó saliva mirando el coche. ¿Por qué sus encantos debilitaban tanto sus convicciones? No quería tener otra debilidad.

—No quiero nada prestado —protestó entrecortadamente. Volvió a sentir su aliento en la oreja, cosa que le produjo un cosquilleo.

—No lo rechaces tan fríamente, Annabelle, no es un regalo... —refunfuñó el muchacho—. Por favor, y no aceptaré un *no* por respuesta.

Suspiró derrotada. Demonios, cómo hacía para que cayera en su juego. Si lo pensaba de forma distinta, tampoco estaba tan mal, después de todo era lógico que obtuviera algunos beneficios al tener un tipo de *relación* con tal hombre. Pero su único interés era el deseo incontrolable que compartía con él. Y si aumentaban los intereses, comenzaría a desnudarse, y no físicamente.

—Está bien, pero de ningún modo me regalarás la gasolina ni nada que requiera el auto mientras yo lo utilice prestado... —La chica cruzó los brazos volviéndose hacia él—. Que de cualquier manera no será por mucho tiempo.

Otra vez había sonado dura. O al menos así lo había sentido. Peter bajó la

mirada como si ella le hubiera dado una mala noticia. Ann comprendió de inmediato lo que significaban sus palabras y se arrepintió un poco, aunque la reacción de él la dejó confundida, había dicho la verdad, los dos lo tenían claro. Peter se quedó callado por un momento.

¿Acaso él no era consciente de lo que ellos tenían? No sería para siempre, los dos lo habían dejado claro desde el principio. Y, definitivamente, Annabelle no quería extender demasiado el tiempo juntos, pues no quería que su corazón sufriera las consecuencias.

—Gracias por aceptarlo —murmuró él en voz baja.

Annabelle se acercó a él —sin saber bien el motivo por el que lo hizo— y pasó sus manos detrás de su nuca para besarlo.

El cuerpo de Peter respondió en automático y sus brazos rodearon la cintura de ella con prisa, mordió levemente su labio inferior, a lo que la muchacha soltó un gemido. Una de sus manos dejó su mejilla para ir bajando por la cadera de la chica hasta llegar a su trasero. Sus cuerpos empezaron a aumentar de temperatura como si de fuego consumidor se tratase.

—Para, alguien nos puede pillar —jadeó Annabelle refiriéndose a las personas que rondaban la casa haciendo diversos quehaceres. Él soltó una risita, pero se controló.

—Tienes razón, en la oficina podemos continuar —sonrió Peter pícaramente. La castaña lo miró alzando las cejas.

—Trabajo y sexo no combinan.

—Excepto en mi caso —protestó él tomándole de la mano. La chica puso los ojos en blanco. Subieron a la habitación de él para cambiarse de ropa, ella tuvo que usar una playera que mandaron a comprar con uno de los empleados. Annabelle comprendió que si iba a permanecer en esa casa por un tiempo, tenía que quedarse en otra habitación, además de que sus gastos se los pagaría ella. No actuaría como si fuera su novia o algo más allá de lo que tenían, pues temía que sin darse cuenta comenzara a apegarse demasiado.

Pero, eso sí, en cuanto ella encontrara un buen lugar para vivir, se marcharía y, quién sabe, tal vez por ese tiempo ellos terminarían ese pequeño juego. Aunque, la verdad, Annabelle no estaba segura de quién daría el primer paso para terminar aquello. La palabra *terminar* no le gustó...

Los dos acabaron de cambiarse entre besos robados. Y así, sin que ninguno se percatara o pensara en ello, el ambiente entre ellos cada vez se volvía más ligero y mucho menos estático; la naturalidad y la confianza

comenzaban a nacer en proporciones irremediables, y el deseo seguía presente, convertido por ellos en el motivo principal, todavía.

Annabelle volteó a verlo y el aire se quedó en sus pulmones. Él ya se había puesto unos pantalones negros que le caían deliciosamente de la cadera y una camisa azul oscuro remangada a la altura de sus codos. Aún no se acababa de creer que alguien tan sumamente atractivo se hubiera fijado en ella. Aunque, en realidad, ese no era el caso. Después de todo, él solo la veía atractiva físicamente, como ella a él. La descubrió observándolo.

—Ya sé que estoy violable, pero no me comas con los ojos, Ann —se burló él lanzando una carcajada. La chica abrió la boca intentando decir algo, pero se detuvo. Él le había llamado con su diminutivo *Ann*. Vaya, era la primera vez que lo hacía.

Él salió y ella lo siguió por las escaleras. Antes de salir Annabelle sonrió a la señora que hacía la comida. Peter se volvió hacia ella y le tendió las llaves del auto *prestado*.

—Tú conduces —dijo él subiéndose en el lado del copiloto. La chica rodeó el coche hasta llegar a la puerta. Se introdujo con un poco de dificultad en ese pequeño espacio. Casi parecía que el coche rozaba el piso. Se puso el cinturón de seguridad antes de encender el auto. Y finalmente, después de algunos intentos, con un suave rugido este se puso en marcha.

Annabelle apenas tocaba el acelerador con la punta de su pie y ya el auto salía disparado. Dio unos frenazos, no estaba muy acostumbrada a ese tipo de carros. Peter estaba sonriente y parecía disfrutar de la situación.

—No aprietes con mucha fuerza el acelerador —le aconsejó él divertido. Salieron de la gran casa para incorporarse a la carretera. Ella estaba un poco nerviosa, más por sí misma que por el coche. Después de varios minutos pudo darle estabilidad al auto. Sonrió satisfecha y los nervios fueron disminuyendo para darle paso a la diversión.

—Esa es mi chica —sonrió Peter claramente aliviado.

Llegaron al estacionamiento del edificio más rápido de lo que Annabelle pensó; ese coche sería de gran ayuda para ella y su impuntualidad, a decir verdad, aunque extrañaría su camioneta, esa que se había quedado en casa de su madre.

Bajaron del auto, ella tomó su bolso y guardó las llaves en una bolsita interna. Peter rodeó el auto hasta llegar a la joven y tomarle de la mano, Ann lo miró frunciendo el ceño.

—¿Te molesta? —preguntó él estudiando su reacción. La joven le apretó la mano suavemente y le sonrió cálidamente.

Estaba confundida, últimamente él parecía comportarse de manera distinta, cada vez había más atenciones, más halagos... Imperceptiblemente la idea de que él de verdad empezara a enamorarse se coló por su mente, mas antes de llegar a ese punto, lo desechó. No podía pensar en eso, ni creerlo, pues había algo en ella que le gritaba que era lo único que necesitaba para realmente expresar todo lo que sentía en su interior. Y no.

Debía estar confundiendo la simple amabilidad y cortesía.

Caminaron hasta el interior del edificio y tomaron el elevador. Las puertas se cerraron y volvieron a abrirse cuando llegaron a su piso. Annabelle le soltó la mano antes de que dieran otro paso más; él, sin embargo, posó su mano en su cintura.

Saludaron a la joven que estaba en recepción, ella los miró con el ceño fruncido y Annabelle vio en su mirada una nota clara de incredulidad.

Para disgusto de Ann, Edgar apareció por el pasillo caminando hacia ellos. Todavía la mano de Peter la tocaba y Edgar se dio cuenta.

—Te están esperando, primo, el presidente de la empresa mexicana —informó Edgar a Peter con un leve rastro de molestia en su voz.

—Tendrás que encargarte tú en esta ocasión, Edgar —contestó Peter. Edgar alzó las cejas sin entender y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Te vas a hacer cargo de la constructora por tres días, venía a informarte —explicó él dejando no solo a Edgar confundido, sino también a su acompañante.

—¿Por qué? —preguntó Edgar juntando las cejas mientras paseaba su mirada amenazante entre Peter y la chica.

—Me voy de viaje —respondió Peter sonriéndole. Edgar miró a la castaña con una mirada que ella no supo interpretar.

—No te entiendo. ¿Adónde? —interrogó el hombre recargándose en la pared. Miró a Peter esperando una explicación.

—Tú solo encargarte de la empresa. Es algo privado —atinó él con voz demasiado autoritaria. Dejaron a Edgar de pie en medio del pasillo echando humos y entraron a la oficina.

—¿Qué estás tramando? —preguntó Annabelle apenas cerraron la puerta. Él la tomó de las manos con una sonrisita.

—Quiero pasar unos días contigo, completamente solos —susurró él con

voz aterciopelada. El corazón de la chica empezó a latir demasiado rápido. Estaba empezando a creer que tal vez él sintiera algo por ella, sus acciones casi lo indicaban.

Yo no involucro sentimientos, no puedo y no debo.

Recordó las palabras de su jefe.

Sacudió la cabeza, seguramente quería relajarse solamente. Para una persona con tanto dinero no debía resultar algo significativo.

—Pero... ¿por qué? —preguntó ella entrecerrando los ojos. Sus lagunas azules la perforaron. Había algo nuevo en ellos. Un brillo que la joven nunca había visto, y que también hizo latir su corazón. Se estaba dando cuenta de que la mirada nostálgica, la que intentaba ver algo más en ella, poco a poco se ausentaba más, y la de ahora era más sincera y anhelante.

—Me importas más de lo que quisiera, Annabelle, y eso me está empezando a afectar... —admitió Peter. Tomó su cara entre sus manos y la besó con fuerza, con necesidad. No con un simple deseo de recibir placer, parecía que necesitaba de ella. Y ella le respondió con la misma necesidad. Se separaron un poco.

—Además, siento que debes relajarte —acentuó él. La muchacha simplemente sonrió, sin saber dónde exactamente se estaba metiendo.



Peter la dejó sola por un momento, ya que tenía que ordenar y realizar cosas pendientes para poder realizar el viaje. Annabelle estaba sentada en su silla de piel con la cabeza recostada. Eso parecía un sueño, no sabía adónde la iba a llevar y eso hacía aún más grande la incertidumbre. Miles de sentimientos se entremezclaban en su interior, algo le decía que se negara, que sería lo mejor, sin embargo, no podía esconder que estaba feliz. Feliz de verdad.

De pronto Annabelle se acordó de su celular y para su horror descubrió miles de mensajes de su hermano Jeremy. Diablos, se había olvidado de él. Peter le hacía olvidarse del resto del mundo; cuando estaba con él no era capaz de pensar en otra cosa más que en su presencia. Se sintió culpable por no pensar en Jeremy. Marcó el número de su hermano y al primer sonido le contestó.

—¡Annabelle Jones, me puedes decir dónde diablos te metiste! —gritó lastimando sus tímpanos; separó un poco el celular de su oreja.

—¡No grites, Jeremy, me vas a dejar sorda! —protestó.

—¿Dónde estás? ¿Por qué no me contestas los mensajes? —le preguntó su hermano con más calma.

—Escucha, Jeremy, no te alarmes. Estoy con una amiga... —mintió tratando de sonar convincente.

—¿De verdad? O estás con... —él dejó la frase sin terminar.

—Sí, estoy con él —se quedó en silencio, por lo que ella prosiguió—. Mamá no quiere saber nada de mí, y no tengo adónde más ir, pero estoy segura. De verdad, Jeremy —trató de convencerlo.

—Te entiendo, Ann, pero vas a regresar, ¿cierto? —parecía a punto de echarse a llorar—. No quiero perderte.

La presión en el pecho comenzó a aumentar al oír la voz rota de su hermano.

—No es para siempre, Jeremy, te lo prometo —masculló. Jeremy siempre hacía que se pusiera terriblemente sensible. De pronto recordó lo del viaje. Le gustaría decirle, pero no quería preocuparlo y alarmarlo más, aunque, después de todo, no sería el primer secreto que le guardaría para mantener su tranquilidad. Escuchó abrirse la puerta.

—Tengo que colgar, Jeremy, te quiero mucho, recuérdalo siempre —dijo ella apresuradamente.

—Yo más, Ann... No importa lo que suceda —respondió él y cortó la llamada. Annabelle no podía deshacer el nudo que tenía en la garganta. Respiró hondo antes de voltear. Pero no era Peter, era Edgar.

—Venía a despedirme —musitó él acercándose a la mesa—. Tengo que decírtelo antes de que te vayas... Me gustas mucho, Annabelle —soltó de golpe. La tomó por sorpresa, pero la chica solo sintió asco. Había algo en él que nunca le dio confianza. Le daba repugnancia, por completo.

—No puede haber nada entre tú y yo, Edgar, nada —recalcó la castaña negando con la cabeza. Él apretó los puños encolerizado.

—¿Por qué? Peter solo tiene mujeres pasajeras, pero nunca te va a querer de verdad, él ya no quiere así. Te vas a arrepentir de rechazarme, ya lo verás —bramó tomándola del brazo. De pronto ella sintió miedo.

—Vete de acá —le exigió tratando de sonar firme, sin conseguirlo.

—Ya veremos si te quedas con él... —sonrió endemoniado y salió dando un portazo. La joven se apoyó en la mesa mientras la cabeza le daba vueltas. Parecía que la había amenazado. No sabía cómo podía ser primo de Peter y trabajar para él.

Estaba loco. Aunque le dolió que le dijera que Peter nunca la iba a querer. Eso no debería dolerle, no indicaba algo bueno. Y sentía una gran incertidumbre por lo que había querido significar Edgar cuando dijo que Peter ya no quería de verdad... ¿Qué era eso? Ella sabía que lo que tenían acabaría, y era muy consciente de eso. De pronto, una sensación desagradable le recorrió el cuerpo al imaginarse tal cosa.

También fue consciente de que en realidad no conocía a Peter, al verdadero Peter, y ello le causó un terrible desánimo; esperaba conocer al menos un poco más de él mientras durara aquel juego, y no había sido así. Ann cerró los ojos. ¿Pero qué pensaba? ¿Para qué quería saber más de él?

Sin querer darle más vueltas al asunto —por temor a encontrar la verdad en su interior— trató de no pensar más en eso.



Ya estaban nuevamente en la gran casa haciendo las maletas, más bien las maletas de Peter. Y como ella aún no recogía sus cosas, no tenía ropa, y era imposible volver a su casa por no encontrarse con su hermano y preocuparlo, su jefe había mandado a comprar varias prendas. La muchacha no protestó —pues lo necesitaba con urgencia—, pero cuando vio todo lo que habían comprado solo para ese pequeño viaje se sintió de nuevo mal. Él exageraba. Aun así, no pudo evitar pagarle a Andrea —sin que Peter se diera cuenta— al menos la mitad de todo lo que se había gastado en ella.

Cada prenda era de alta calidad. Todo lo que Peter le contestó cuando empezó a protestar fue *te viene bien lo mejor*. Lo dijo de una manera que hizo que la chica se ruborizara.

Subieron todas las maletas en el *jeep* de Peter. Él todavía no le quería decir adónde iban, pero la joven sí sabía que sería una playa, ya que le compró varios trajes de baño.

No entendía por qué ponía tanto empeño en ella. Estaba pasando el límite, y ella no quería sentirse importante para él, no quería confundir falsas señales y desorientar su corazón.

Además, Ann no había aceptado aquel juego con él por su dinero; para ella sería mejor que no tuviera tanto, que estuvieran más equilibrados. Estaba con él porque desde el primer instante transformó su interior, desde el primer segundo le causó un terremoto en su mente, con una sola mirada. Un deseo apabullante que nació en ella.

Cuando llegaron al aeropuerto no tuvieron que esperar demasiado por el vuelo, afortunadamente para ella, que odiaba las esperas.

—¿Adónde vamos? —preguntó con curiosidad. Él pasó un brazo por los hombros de la chica mientras le daba pequeños besos en la coronilla.

—Hawái —sonrió Peter con emoción. Ann se alegró, nunca había ido a esa isla y había escuchado que era hermosa.

Más tarde el avión despegó dejando atrás Chicago, con todos los problemas familiares de Ann esfumándose de sus pensamientos. Sin embargo, para Peter Brown no era el caso. Tenía que poner a prueba su corazón y desengañarse de una vez por todas. Y, en verdad, esperaba no encontrar lo que más temía, pues eso simplemente no podía suceder.

Él no tenía derecho de amar.

Nunca lo *tendría*.

CAPÍTULO 13

Sentimiento prohibido

Annabelle Jones se había pasado prácticamente todo el viaje durmiendo, y cuando llegaron Peter tuvo que zarandearla un poco para despertarla. Bajaron del avión y se subieron a un coche negro que ya estaba ahí aparcado cerca. Al parecer, Peter lo había rentado temporalmente, tenía todo planeado minuciosamente, ella pudo darse cuenta. Los dos jóvenes iban abrazados en la parte de atrás tratando de no sobrepasarse con los besos y no asustar al conductor. Aunque realmente no importaba.

La muchacha sentía el corazón casi fuera del pecho, aquello parecía un sueño. Una pequeña voz dentro de ella le advertía que era peligroso sobrepasar la fina línea que se había impuesto desde el primer día, sin embargo, era imposible pensar justo en el momento. Lo que estaba sintiendo no se parecía en absoluto al *juego* o pasatiempo que los dos habían acordado.

Aunque todo el viaje Annabelle se la había pasado dormida, se sentía agarrotada y cansada. No pudo apreciar el hotel al que llegaron ya que era de madrugada. Aunque podía asegurar que era un paraíso de Hawái. Tanto era su cansancio y su flojera por caminar que hizo que Peter la llevara cargada por todo el hotel como a una niña, y, por supuesto, él estaba más que dispuesto.

Enrojeció un poco al ver de paso la cara de burla y ternura de una de las empleadas. Después perdió la cuenta de las miradas de envidia que recibió por parte de chicas de servicio. Al parecer, Peter frecuentaba mucho aquel lugar —que tuviera un departamento dentro del hotel lo indicaba—. Sonrió tontamente pensando una cosa.

Es mío, perras.

Aunque en su interior esas palabras no tenían exactamente ese significado, se recordó.

Mío, pero temporalmente.

Trató de no pensar más en eso. No quería escarbar en algo que podría ser peligroso e incómodo.

Annabelle no se dio cuenta de nada más hasta que sintió el suave roce de las sábanas acariciando la piel de su espalda. En cuanto él la depositó en la cama se hizo bolita, pero —sin saber la razón— esperó despierta hasta que él también se tumbara con ella. La muchacha adormilada, sin mucha conciencia de lo que hacía, entrelazó sus piernas con las de él, apoyó su cabeza en su pecho y finalmente se durmió de nuevo, con la respiración acompasada.

Peter Brown estaba en una batalla consigo mismo, mientras que la joven causante de aquello dormía plácidamente sin problema. Su corazón latía desbocado —los latidos los sentía en la cabeza— y sus pensamientos eran un torbellino de contradicciones.

Se estaba inundando de una paz exquisita, desconocida, *prohibida*. En medio de la penumbra del cuarto, sus sentimientos se fueron desnudando, mientras él todavía luchaba por mantenerlos resguardados, sin éxito.

Aquella joven no solo le despertaba la piel, también le nublabla la mente y le endulzaba el alma. Y él, jodidamente, no podía contra ello, era demasiado tarde para proponérselo. El muchacho apretó los ojos queriendo apagar todo lo que ardía y bullía en su interior, aunque las llamas cada vez más se propagaban por todo su ser, en serio descontrol.

Al final comprendió que había perdido.

Estaba sintiendo lo mismo; *no*, eso era diferente. No se comparaba con nada, y por eso mismo era malditamente más infernal. ¿Es que acaso ese era su castigo? ¿Enamorarse tan fácil, tan sencillo, tan desquiciante...? Cuando ella... Cuando a Miranda, él...

Una lágrima rodó por su mejilla al evocar su recuerdo, y una punzada de culpa y dolor le atravesó el pecho. Aquella daga en el corazón nada podría sacársela, nada podría hacerle perdonarse nunca.

Y por eso mismo tenía que liberarse. De ese *juego*. De ese castigo que lo había tomado tan desprevenido y ahora lo tenía atrapado en sus redes. De ese *amor* que le carcomía la voluntad.



El ruido de las olas del mar fue lo primero que Annabelle percibió cuando se despertó. Peter no estaba en la cama. Abrió los ojos frunciendo el ceño, pero se relajó al verlo salir del baño con una toalla envolviendo su cadera. No pudo evitar morderse el labio al ver su pecho desnudo. Él esbozó una sonrisa cálida mientras se acercaba a ella y le daba un corto beso en los labios.

El corazón de Annabelle tartamudeó. Aquel beso había sido demasiado dulce.

—¿Cómo amaneciste? —le preguntó él dulcemente, atrapando un mechón de su cabello rebelde para acomodarlo detrás de su oreja. La chica enrojeció de placer.

—Bien, y más porque tú estás —murmuró ella recorriendo con su mano esos abdominales perfectos. Peter se estremeció bajo sus dedos, a lo que la castaña sonrió, le gustaba cómo reaccionaba ante sus caricias.

—Yo digo lo mismo —rio él entre dientes mientras la ayudaba a levantarse. Annabelle se tambaleó un poco, pero él estaba ahí para ella.

Annabelle avanzó hacia el espejo y una mueca se dibujó en sus labios al contemplarse. Su cabello se parecía mucho a la melena de un león y su rostro era algo que tenía que arreglar urgentemente. Lo miró avergonzada antes de recoger un traje de baño, una playera de franela y un *short* corto y entrar al baño.

—Siempre estás preciosa, Ann —le escuchó decir soltando una risita al cerrar la puerta. Escuchar que le decía *Ann* de nuevo, hizo que su corazón se acelerara, y una onda de extraña calidez le recorriera el cuerpo. Abrió el grifo de la regadera y esperó unos minutos a que calentara el agua. Cuando estuvo suficientemente caliente se adentró en la regadera. El agua siempre había sido un buen método para relajar sus músculos.

Trató de no pensar en Peter, ya que si no tendría que empezar de nuevo el proceso de relajación. Se secó con una toalla y se puso el bikini. Era de un color azul con líneas blancas. Tenía que admitir que le encantaba cómo se le veía. La hacía parecer más sexi de lo normal. Optó por no ponerse la ropa que iba encima si iba a pasar el día en la playa. Se cepilló el cabello húmedo antes de salir del baño. Ya estaba largo y le llegaba casi por la cintura.

Cuando salió vio a Peter con un *short* de baño y el pecho desnudo, él la vio y sus ojos cobraron un brillo de orgullo y admiración. El joven estaba prácticamente con la boca abierta. Annabelle sonrió ante su reacción; la verdad, no era para menos. Aunque él también estaba demasiado guapo, como siempre.

—Estás muy hermosa, te van a ver demasiado —la elogió encantado y un poco celoso.

La chica sonrió rodeando su cuello con los brazos.

—No te preocupes, que nadie más que tú puede tocarme —susurró ella

mientras acercaba sus labios a los de él y lo besaba. Peter le respondió el beso con demasiado ímpetu, sus respiraciones se aceleraron y se separaron un poco para tomar aire. Él la empujó contra la pared y siguió besándola con pasión. Parecía querer robarle más que el aliento en aquel beso. La chica, frenética, enroscó sus manos en su cabello mientras lo acercaba más a ella.

Pero el estómago de Annabelle rugió rompiendo el hermoso momento. Peter separó sus labios sonriendo.

—Tienes hambre. —No era una pregunta. La muchacha recordó que el último bocado que había probado había sido exactamente un día antes.

Se colocó las sandalias antes de salir de la habitación. Los dos solo iban en ropa de baño, pero no les importaba. Annabelle notó lo lujoso que era el hotel, aunque, por supuesto, ya lo esperaba. También se dio cuenta de que estaban al menos en el décimo piso. Los empleados pasaban junto a ellos vestidos muy formalmente. Esperaron el elevador con las manos entrelazadas, como una pareja perfecta de novios. Pero no era del todo el caso, se recordó de nuevo la castaña.

Llegaron al primer piso, donde había mucha más gente. Chicas con bikinis y otras con muy poca ropa se paseaban entrando y saliendo del hotel. Al menos ella no era la única. También había hombres muy guapos, pero el más guapo e impresionante estaba con ella.

Peter ordenó que les trajeran el desayuno al lado de la playa. Al parecer tenían uno de los servicios más exclusivos, ya que incluso había una camita blanca en su pequeña palapa y también una mesa y varios sofás. Se sentaron en la mesa cuando les trajeron el desayuno. Annabelle sentía deliciosa la brisa del mar y el suave ruido de las olas mientras desayunaba, con su arrullo creaban una armonía perfecta. Y como a veces le sucedía, le dio un ataque de inspiración y quiso escribir un fragmento sobre lo que admiraba. Tomó su celular y escribió:

Las personas son mares, algunos tranquilos; otros, estremecedores, violentos; los hay cautelosos; existen portentosos; así como fríos o calientes. Son mares distintos y aún así comparten el mismo sosiego, el mismo alimento, la misma agua que los desborda por igual.

Suspiró sonriendo y guardó ese texto en sus notas. En casa, en hojas sueltas o en su mismo celular, tenía letras y versos que a veces le pedían nacer, escribirse.

Peter mandó a traer una pequeña bocina que reproducía música suave

mientras se relajaban en uno de los sofás junto a la playa.

Cuando pasó el suficiente tiempo como para meterse al mar, Annabelle le pidió a él que pusiera bloqueador en su espalda y en todo su cuerpo. Ella se acomodó bocabajo mientras esos dedos largos recorrían su espalda y su cuello con la crema. Solo estaba aplicándole bloqueador en la piel y ella ya estaba comenzando a estremecerse. Si supiera todo lo que le provocaba... No, eso no era posible. No podía olvidarse de lo que habían acordado desde el principio; no, si no quería perder, como siempre.

Cuando él terminó de ponerle bloqueador entrelazaron sus manos —pese a la voz que protestaba en la cabeza de ella— y se acercaron al mar. Annabelle sintió en sus pies el primer contacto del agua increíblemente cálida. Sonrió con diversión.

De pronto, Peter —aprovechando el despiste de ella— la cargó entre sus brazos y dieron vueltas como niños pequeños. Entonces él —en medio de los juegos—, tuvo la idea de subirse a una moto acuática.

Peter tenía que ir a pedirla y Annabelle no quería salirse del mar, aunque permanecía en la orilla, al no ser una experta en el nado.

—Iré a pedirla, pero ten cuidado, por favor, no te alejes de la orilla — indicó él dándole un beso para después salir del mar corriendo.

Annabelle se quedó suspirando como tonta mientras lo veía alejarse. El agua le llegaba a la cintura, miró a varias personas que estaban un poco más al fondo y que parecían disfrutarlo. Sabía que no era una buena nadadora —en realidad era malísima—, pero desafiante, como siempre, empezó a caminar un poco más al fondo para probarse. Quería experimentar un poco. No podía resultar tan fatal.

El agua ya le llegaba hasta los pechos y, de pronto, al avanzar un poco más, ya sus pies no tocaban la arena. Trató al instante de regresar unos pasos, mas una ola la empujó de nuevo hacia al fondo. Una vez más volvió a intentarlo, pero pasó lo mismo. No sabía muy bien flotar y eso le estaba empezando a afectar. Pataleando con desesperación trató de regresar otra vez, pero solo lograba introducirse cada vez más.

Empezó a sentir que se sumergía y no dudó en comenzar a gritar y pedir ayuda.

—¡Auxilio! ¡Auxilio! —gritó con el aire que le quedaba en la garganta; el agua le pasaba la nariz mientras estiraba los brazos y pedía ayuda. El agua la tragó de golpe y trató de aguantar el poco aire que le quedaba en los pulmones.

En medio de su desesperación fue consciente de unos brazos rodeándola y sacándola a la superficie.

Alguien la recostó en la arena de la playa. Quería hablar, pero no podía. Le apretaron el pecho con fuerza por lo que empezó a toser un chorro de agua. Cuando sus pulmones quedaron limpios, la chica inhaló con fuerza, asustada. Abrió los ojos pensando en encontrarse con Peter, pero era un rostro diferente. Un joven moreno de ojos verdes la estaba sosteniendo junto a su cuerpo.

—¿Estás bien? —preguntó ese extraño chico. Tenía la voz ronca y atrayente. Annabelle parpadeó un par de veces consternada por todo lo sucedido. Ese muchacho había acabado de salvarle la vida. Tosió un poco antes de responder.

—Sí. Sí estoy bien, muchas gracias... Dios, pensé que iba a morir —balbuceó con lágrimas en los ojos—. ¿Quién eres? —preguntó mientras él seguía sosteniéndola.

—El salvavidas. Me llamo Parker, Parker Williams —le sonrió el muchacho mostrando sus relucientes dientes blancos.

De pronto, Ann vio que Peter venía corriendo hacia ellos, con una expresión de enfado y confusión. Entonces fue consciente de lo cerca que estaba de ese joven. Apenada trató de separarse de él intentando levantarse, pero se tambaleó y Parker la sostuvo.

—Yo le ayudo —espetó Peter mientras la sujetaba y la atraía hacia él. El joven Parker pareció confundido.

—¿Es tu novio? —le preguntó solo a ella. Annabelle asintió con la cabeza. No había tiempo ni necesidad para explicar lo que ellos en realidad tenían. Creyó ver en sus ojos un atisbo de decepción.

—Ese soy yo. Ahora dime qué estabas haciendo tan cerca de ella —gruñó Peter con los músculos tensos.

—Peter... Él me salvó la vida —intervino ella tratando de controlar la situación. Eso lo tomó por sorpresa y abrió mucho los ojos. La miró con el ceño fruncido.

—Yo me adentré demasiado en el agua y... él me salvó —tartamudeó la joven. En sus ojos azules apareció la preocupación y después un terrible enfado y un miedo insano, que no logró ocultar.

—¿Estás loca!? ¡Te dije que no te alejaras de la orilla! —exclamó con los ojos desorbitados.

—No te enojas con ella, agradece que está con vida —interrumpió Parker

mirándolo con enfado. Peter cerró los puños encarándolo con una rabia que era desproporcionada y hasta ajena a la propia situación. La joven supo que todo podía descontrolarse si no lo detenía. Instintivamente, lo abrazó por la cintura y pudo sentir cómo él se relajaba un poco.

—Gracias —masculló Peter alejándose y llevando a la chica con él. Annabelle le dio una última mirada de agradecimiento a Parker y este le devolvió una sonrisa. Llegaron a su espacio, ella se sentó en el sofá y Peter se paró frente a ella.

—Annabelle... —suspiró—. ¿Eres consciente del riesgo que acabas de correr, verdad? Maldita sea. ¿Te das cuenta de lo que acabaría de suceder? —preguntó con la voz ahogada. Sus ojos reflejaban un sufrimiento tortuoso, de desesperación absoluta, algo que Annabelle veía extraño, pues el accidente no había llegado a mayores.

Annabelle al notarlo se levantó y lo abrazó con fuerza para calmarlo. Estaba un poco molesta con él por su reacción, pero aliviada también, porque al parecer sí le importaba más de lo que se imaginaba.

Peter le devolvió el abrazo con fuerza.

—Nunca vuelvas a hacerlo, ¿vale? —le rogó el muchacho acariciando su mejilla.

—Perdóname, Peter —musitó Ann abrazándolo y disolviendo con ello todo atisbo de ansiedad o temor en él.

Cuando todo se calmó regresaron al hotel. Al final, ya no se subieron a la moto acuática, lo dejarían para el día siguiente. Se sentaron en una mesa del restaurante y pidieron algo ligero para cenar.

—¿Así que te gustó el salvavidas? —preguntó Peter con diversión, pero con los celos latentes en su mirada. Al parecer no iba a poder superar que otro le hubiera salvado la vida y no él. Annabelle sacudió la cabeza con desaprobación.

—No digas tonterías, el único que me gusta aquí eres tú. ¿De acuerdo? —aclaró la muchacha mientras él suspiraba de alivio. Cuando terminaron su cena regresaron a la habitación. Ahora la joven la pudo apreciar más, era demasiado grande. Parecía una pequeña casa, tenía dos habitaciones, una cocina pequeña y una sala. Y tenía una maravillosa vista al mar, por supuesto. Lo primero que quería era darse un baño.

Peter se acercó a ella sonriendo seductoramente. La abrazó por la cintura pegándola a su cuerpo con ansias y a la vez con delicadeza. Annabelle estaba

notando un extraño apego por parte de él, le producía una sensación rara, que no podía descifrar por completo.

—Señorita Annabelle, ¿le gustaría darse un baño conmigo? —susurró él en su oído, produciendo en ella un cosquilleo.

—Será un placer... —aceptó Ann encantada, antes de entrar al mismo paraíso juntos, y el que más tarde no querría abandonar.

CAPÍTULO 14

Algo más

Oscuridad era lo único que Annabelle podía ver, estaba siguiendo un camino sin saber adónde la llevaría. ¿Dónde estaba? De repente vio una luz clara, lejana, con la cual se fue formando la figura de una persona. Annabelle entrecerró los ojos hasta que pudo apreciar el rostro de su hermano, él la miraba, ella comenzó a caminar hacia él, sin embargo, cuando casi lo alcanzaba, Jeremy se desvaneció entre sus dedos.

Con un jadeo la joven se despertó. Había sido un sueño rarísimo, y más porque le había dejado un sabor amargo en el pecho.

—¿Ann? —escuchó decir a Peter mientras la abrazaba. La chica enterró la cabeza en su duro pecho. Alzó la cara y se encontró con esos hermosos ojos azules, parecidos al color del mar en un atardecer.

—Un sueño... —murmuró ella con la voz ronca. Él levantó su mentón buscando algún mal signo.

—¿Algo feo? —preguntó.

—No —dijo la joven volviendo a recostar la mejilla sobre su hombro. Conversaron relajados sobre trivialidades hasta que decidieron levantarse para desayunar.

Annabelle prefirió comer en la habitación, por lo que Peter tuvo que bajar por el desayuno. El joven no quiso pedirlo directamente por teléfono, se sentía mucho mejor haciéndolo él para ella. Ella le sonrió agradecida cuando él se negó a la primera opción.

Mientras Annabelle contemplaba el mar desde el balcón de la habitación, su celular empezó a sonar sobre la mesita. La muchacha lo tomó esperando que fuera su hermano.

No era así, era un mensaje que le enviaba Alexander.

«Espero que todavía recuerdes en lo que habíamos quedado, claro, si tú sigues dispuesta. En pocos días te llamaré para vernos y darte mi mensaje para mi hermano. Cuídate, Annabelle. Y gracias por todo...»

Ann contestó con rapidez.

«Claro. Estaré esperando tu llamada.»

Annabelle apretó los labios, había olvidado ese pendiente con Alexander. Se puso algo nerviosa. La verdad es que no sabía cómo tocar el tema con Peter, sabiendo el repudio que le tenía a su hermano. Ni siquiera habían hablado de eso, y cuando la muchacha le había preguntado, Peter se había quedado en silencio, mostrando que no quería hablar de ello. Es más, ni siquiera habían tenido alguna charla que involucrara cosas personales. Hasta ahora seguían teniendo un límite, y así debería seguir. Pero ella se moría por saber todo de él. Hasta de su propia alma.

Por otro lado, tampoco le parecía mal la idea de Alexander de querer enviarle un mensaje a su hermano para reconciliarse con él. Annabelle no tenía idea de qué era lo que había pasado entre ellos, sin embargo, creía que tal vez lo que haría podría servir para ayudar. Y si no, no volvería a aceptar hacer otro favor a Alexander.

Ann no sabía cómo decirle a Peter todo aquello. Y, después de mucho pensarlo, decidió que no le diría nada, no fuera a ser que estropeará el plan de Alexander. Cuando tuviera en sus manos lo que Alexander le entregaría, ella le diría a Peter.

La puerta se abrió sacándola de sus pensamientos; guardó apresuradamente el celular en su bolsa. Peter esbozó una sonrisa cuando sus miradas se encontraron. La joven tuvo el impulso de ir a besarlo, pero se detuvo, no le gustaba demostrar en gran manera sus sentimientos. Aún se resistía a aceptar lo que estaba naciendo en su interior.

La señorita de servicio que venía con Peter apareció con sus desayunos, los dejó sobre la mesa y se retiró apresuradamente. Parecía torpe y Annabelle se rio con disimulo. No la culpaba, teniendo cerca a un hombre como Peter, incluso ella se ponía nerviosa.

Peter se sentó a su lado con una sonrisa. Annabelle lo sentía demasiado contento y cariñoso con ella, y eso provocaba tensión en su estómago. No quería que él la confundiera, los dos sabían que solo era un juego, sin embargo, a esas alturas parecía todo menos eso. Y Annabelle no quería actuar igual que él —aunque se moría por hacerlo—, puesto que no deseaba que Peter se diera cuenta de sus sentimientos y terminara con todo aquello, y la lastimada fuera ella.

—Cada día te veo más linda —susurró en su oído. Ella soltó una risita

entre dientes.

La chica comenzó a devorar los huevos fritos que le quemaban la boca, en realidad tenía mucha hambre.

—Por cierto, ¿qué soñaste anoche? —preguntó Peter tomando un trago de jugo. Ella se quedó muda, pensaba que él ya lo había olvidado.

—Bueno, soñé con mi hermano... Él estaba ahí, y fui hacia él, pero de pronto se desvaneció... —contó la muchacha mientras se servía más jugo.

—Oh, supongo que es un poco raro... —murmuró con tranquilidad. De pronto la joven tuvo el impulso de querer preguntarle más de él; a decir verdad, quería conocerlo, saber todo de él.

—Oye... No me has contado mucho sobre tu familia —dijo ella con tono de voz suave, esperando que él no se intimidara o incomodara. Para su sorpresa, Peter asintió y sus ojos cobraron un brillo lejano, como si de pronto estuviera en otro tiempo.

—Ya te había contado que mis padres murieron cuando yo era un niño... No tengo demasiados recuerdos de ellos, no tan nítidos, pero lo que sí se quedó bien en mi memoria es el olor de mi mamá... —apretó los labios bajando la mirada—. Mi padre era muy duro conmigo, a diferencia de con mi hermano. En realidad, la empresa la impulsó mi padre, el plan original no era que quedara precisamente en mis manos... Y, bueno, nunca tuve demasiado contacto con mis primos, a excepción de Edgar, hijo del hermano de mi padre, ya fallecido también. Yo solo de vez en cuando iba a visitar a mis abuelos maternos, los únicos con los que tengo buena relación ahora. Ellos viven en Colorado.

Peter levantó la mirada volviendo al tiempo actual. La chica no dejó de advertir la omisión que Peter hizo respecto a su hermano, así que infirió que realmente él aún no estaba listo para hablarle de Alexander...

—Entonces, cuando murieron tus padres..., ¿tú te quedaste con tus abuelos? —se atrevió a seguir preguntando ella.

Peter volvió a desviar la mirada, intentando ordenar sus ideas. La joven intuyó que le dolía hablar sobre su pasado, al ver cómo se nublaba su mirada.

—Técnicamente sí... Antes de que mis padres murieran yo solo vivía con ellos; mi padre mantenía a mi hermano en otra parte, casi nunca estuve con él, ya que estaba en el internado más exclusivo de la ciudad, para que Alexander pudiera seguir correctamente sus pasos y ser el heredero de la empresa, por lo que cuando ellos ya no estuvieron conmigo, tuve que irme con mis abuelos.

—Pero tu hermano no se quedó con la empresa, evidentemente... —susurró Annabelle sabiendo que estaba entrando al tema que quería.

Peter cambió su expresión de repente, ahora se veía incómodo al tener que responder sobre ese asunto en particular.

—No, por azares del destino terminó en mis manos —explicó él para después tomar un trago de agua—. ¿Quieres ir a la playa? —le preguntó a la muchacha dando a entender que hasta ahí llegaba esa conversación. Annabelle no se opuso, estaba complacida de que él ya se hubiera abierto más con ella.

Cuando terminaron, Peter llamó por teléfono a la señorita de servicio para que se llevara los platos e hiciera la limpieza. Salieron a nadar, pero esta vez a la piscina. Era muy lujosa y grande.

Annabelle se decidió entre uno de los muchos bikinis que tenía —una tarea nada fácil—. Eligió uno negro mate con puntitos blancos, le quedaba de maravilla. Peter solo usó un *short* azul, con el torso descubierto. En la alberca había demasiadas chicas bellas, de esas que bajaban la autoestima en segundos, por lo que Ann se sintió un poco decepcionada. Entendió en ese momento que Peter podía buscar a alguien mejor que ella, sin problemas.

Además, algunas culebras no le quitaban el ojo y a ella la miraban con superioridad.

Dentro del agua Peter la cargó sobre sus hombros ignorando los gritos de la muchacha. Annabelle le cogió gusto y terminaron haciéndolo varias veces, aunque en una de esas, al caer, la chica terminó encima de un joven. Le pidió disculpas, mas el infortunado la fulminó con la mirada.

Después de estar aproximadamente dos horas dentro del agua, Annabelle sintió que necesitaba un pequeño descanso. Se dirigieron a la barra por unas bebidas y pidieron dos cervezas. Tanto Peter como Annabelle comenzaron a platicar animadamente con otra pareja de novios que procedían de Inglaterra. Peter entabló conversación con el chico y ella con la chica.

—Me encantaría ir a Londres —admitió Ann mientras tomaba un trago. La joven se llamaba Olivia, era muy agradable. Era rubia pálida, con ojos marrones y pecas en las mejillas; también bastante delgada.

—Y tú, ¿de dónde eres? —preguntó la rubia sonriendo. Antes de contestarle, Annabelle pidió otra cerveza.

—De Illinois, Chicago —respondió ella elevando la voz ya que habían puesto música electrónica. Peter y Colton, el novio de Olivia, desaparecieron

diciendo que iban por algo, lo cual las confundió a ambas; de todas formas, no le dieron demasiada importancia.

Olivia y Annabelle decidieron, mientras tanto, dar un paseo por la playa. La castaña traía en su bolsa dos gafas de sol, por lo que le prestó una a su compañera, la otra la dejó en su bolsa —la usaría después—. Hablaron sobre el lugar donde vivían, sus familias, gustos y demás. Annabelle estaba sorprendida, ella no era de esas personas que iban contando su vida a quien fuera, pero Olivia al instante le cayó bien.

Sin darse cuenta, el tiempo se le pasó volando, llevaba cerca de una hora caminando sobre la suave arena. Ya era la hora de cenar, pero con tantas cervezas había perdido el apetito. Tampoco sabía dónde se había metido el novio de Olivia y su... amigo, o amigo amante.

—Dijeron que iban por unas cosas, ¿no? —preguntó Olivia mientras las dos regresaban a la barra.

—La verdad, no lo sé —musitó la muchacha mordiéndose el labio. Alguien las llamó por detrás, era una voz conocida a los oídos de Annabelle. Se dio la vuelta y, efectivamente, era Parker, el joven que le había salvado la vida el día anterior.

Parker estaba con el torso desnudo —musculoso y muy bronceado—, parecía agitado y se apoyó en las rodillas. Traía en una de las manos las gafas de la joven.

—Hey, esto es tuyo —dijo él recuperándose. Se las dio con una sonrisa que ella no pudo evitar devolver.

La muchacha no había tenido tiempo de estudiarlo la última vez, pero el chico era realmente atractivo. Era alto y fornido, tenía la piel morena y enormes ojos verdes. Le calculó unos veinticinco años.

—Eh... Gracias, eres muy amable —murmuró Annabelle agradecida. Y en verdad que lo era. Esas gafas eran muy costosas (las había comprado Peter), y cualquier persona se las quedaría si llegara a encontrárselas.

—De nada, linda —sonrió Parker de oreja a oreja. La joven le dio una última mirada de agradecimiento y se dio la vuelta. Olivia y ella empezaron nuevamente a caminar hacia la barra que estaba junto a la alberca.

—¡Espera! —escucharon gritar a Parker. Las chicas se volvieron hacia él de nuevo.

—¿Puedo... hablar contigo un momento? —preguntó Parker rascándose la nuca. Miró incómodo a Olivia. Ella comprendió y le hizo señas a su

compañera de que la esperaría en la barra.

—¿Y bien? —Ann lo miró curiosa. El chico parecía un poco nervioso.

—No me has dicho tu nombre —dijo él haciendo una mueca graciosa con los labios.

—Soy Annabelle, un gusto —sonrió ella dándole la mano. Él le sostuvo la mano por un momento y después la retiró.

—Bonito nombre para una chica como tú —puntualizó mirándola. Ann alzó una ceja, entre incómoda y avergonzada. La sangre subió a sus mejillas.

—Gracias...

La chica sabía que debía irse ya, pero se sentía en deuda con él por lo del rescate.

—Yo soy de Estados Unidos, Chicago. Pero trabajo aquí desde hace un año y tú eres de... —indagó Parker esperando una respuesta de ella. La agarró sorprendida.

El joven se removió incómodo por su silencio.

—Yo... también soy de Chicago —dijo Ann con balbuceos. Por el rostro de Parker pasó la sorpresa que se convirtió rápidamente en alegría. Él tampoco lo esperaba.

—¿En verdad? Wao, no lo puedo creer —masculló el joven con un brillo en los ojos. El celular de Annabelle comenzó a sonar interrumpiéndolos. Lo sacó de su bolsa y contestó.

—Annabelle, ¿dónde estás? —habló Peter un poco preocupado. La joven miró el mar buscando una respuesta rápida y convincente. No quería decirle precisamente que estaba con Parker, si deseaba evitarse algún tipo de celos por parte de Peter.

—Estaba con Olivia, pero tuve un problema con un vendedor de la playa y... ya voy para la barra —contestó ella tratando de sonar lo más sincera que pudo.

—Está bien, aquí te espero —dijo y colgó. Parker tenía una expresión seria cuando lo miró por el rabillo del ojo, pero sonrió cuando ella puso toda su atención de nuevo en él.

—¿Era él, verdad? —preguntó el chico bajando la mirada. La muchacha no supo por qué de pronto se sintió mal por Parker, su instinto quiso consolarlo, pero no era una opción.

—Bueno, yo... —No sabía cómo terminar la conversación.

—Está bien —sonrió Parker con los ojos brillantes—. No te preocupes.

—Se acercó un poco a ella—. Espero volver a verte pronto, Annabelle — susurró él besando su mejilla. Se quedó estática, él se separó de ella con una risita y después se echó a correr adentrándose más en la playa.

Annabelle jaló aire y se encaminó hacia la barra.

Peter estaba junto a Olivia y Colton, y suspiró de alivio en cuanto la vio. Y cuando Ann miró sus ojos azules se olvidó de lo que acababa de pasar con Parker y sonrió abiertamente.

La noche caía sobre ellos conforme la gente se iba. Olivia y Colton ya se habían retirado a su habitación después de despedirse. Por lo que Peter y Annabelle regresaron a la suya después de unos pocos minutos. Ann veía algo nervioso a Peter —por los gestos de su cara y sus torpes movimientos.

Subieron por el elevador hasta llegar a su habitación. Antes de abrir la puerta con las llaves, Peter la miró dulcemente y abrió la puerta. Ella fue la primera en pasar y la primera en maravillarse.

¿Qué era todo eso?

Peter lo había decorado todo, había velas por doquier, rosas sobre la cama y sobre el piso, un aroma suave y delicioso llenaba toda la habitación. Era lo más bonito y romántico que habían hecho por ella en toda de su vida. Entonces comprendió que su ausencia por la tarde había sido para preparar todo eso. A punto de las lágrimas volteó a verlo. Él parecía superfeliz. Las cuestiones de la joven podían esperar, ese momento solo podía disfrutarlo. Después reflexionaría sobre todo lo sucedido y las consecuencias que pudiera tener.

Sin decir una palabra se acercó para besarlo. Peter la levantó como si no pesara nada y la depositó en la cama suavemente, dispersando las rosas. Sus ojos azules estaban oscurecidos reflejando el más puro deseo.

Los minutos siguientes se llenaron de besos, caricias, palabras susurrantes, pasión y amor, amor en todas sus dimensiones, que provocaron la unión de dos cuerpos que parecían encajar a la perfección. Annabelle vivió algo parecido a un sueño, y Peter sentía una gran euforia en su mente y, sobre todo, en su corazón, que ya no soportaba las barreras y caía rendido por ese sentimiento.

En esa línea delgada entre la conciencia y el sueño, Annabelle comprendió algo. Esa vez las cosas habían resultado diferentes porque no solo habían tenido sexo.

Peter le había hecho el amor.

CAPÍTULO 15

Fantasmas del pasado

Jeremy tomó un trago de la copa que tenía en mano. La amistad con Alexander había surgido cuando se encontraron en un bar hacía dos años. Eran buenos amigos, aunque Jeremy poco sabía de él. El castaño no tenía idea de quién era en realidad Alexander, mucho menos la relación que tenía con el dueño de la empresa donde laboraba su hermana.

—Él es mi primo Edgar —dijo Alexander cuando Edgar entró a la sala donde ellos estaban sentados; este saludó a Jeremy antes de recostarse también.

—Un gusto —le saludó Jeremy. Edgar asintió con una sonrisa.

—Por cierto... ¿Y tu hermana? No la he vuelto a ver —comenzó a decir Alexander, reclamando la atención de Jeremy.

El joven apretó los labios —imaginaba a su hermana en manos de ese hombre y no le agradaba mucho— mientras buscaba una respuesta. Sabía que ella estaba con su jefe, aunque le disgustara.

—No lo sé, ella tuvo discusiones con mi madre y decidió irse de la casa —contestó Jeremy encogiéndose de hombros. Alexander alzó las cejas.

—¿Algo tiene que ver el trabajo que yo te recomendé? —preguntó el hombre interesado en la situación. Alexander había sido el que había contactado el trabajo para posteriormente sugerírselo a Jeremy para su hermana. La verdad era que ese trabajo era la causa del disgusto de Annabelle y su madre, aunque a Jeremy no le gustaba dar tantos detalles.

—Ella no me ha querido decir, supongo que después lo hará —dijo el castaño al mismo tiempo que se levantaba del sillón. El muchacho miró la hora en su reloj con el ceño fruncido, se le había pasado el tiempo volando, y tenía que ver a Andrea, la chica con la que empezaba a salir—. Tengo que irme, Andrea me está esperando —musitó dándoles la mano en despedida.

—Esa chica te trae un poco loco —se rio Alexander. Su amigo rodó los ojos, aunque en el fondo sabía que así era.

—Más de lo que me gustaría —contestó Jeremy de mala gana.

Cuando Jeremy salió de la casa, Alexander soltó un suspiro.

—Creo que la primera parte del plan ya está más que concretada —dijo Alexander mirando con una sonrisa a su primo. Edgar asintió devolviéndole la sonrisa.

—Creo que sí, todo está resultando justo como lo queríamos... Al parecer el corazón de tu hermano no estaba muerto del todo...

Alexander se relamió pensando en Annabelle. Por supuesto que su hermano caería rendido ante esa muchacha, él ya lo sabía, ella era tan parecida a Miranda... Por eso mismo, en cuanto conoció a la hermana de Jeremy no dudó en cambiar sus planes y utilizar diferentes cartas a su favor.

—Te lo dije, Edgar... Mi hermano siempre tratará de encontrar a su querida Miranda, y qué mejor que en una casi como ella...

—Bueno, viéndolo así, lo que pasará le dolerá un poco a tu hermano... ¿En serio serás tan cruel? —preguntó Edgar con diversión. Alexander juntó las manos con la mirada seria.

—Sufrirá lo que merece, por ser un hombre tan débil. Y por quitarme lo que por derecho propio era mío —masculló Alexander con los músculos tensos. Le había dejado su paraíso a su hermano por muchos descuidos, sin embargo, planeaba recuperarlo a como diera lugar. Y él sabía cómo hacerlo, mucho mejor que nadie.



Peter Brown tomó su mano, incrédulo de que la estuviera viendo, pero al mismo tiempo con el corazón desbordado de felicidad. La tenía frente a él, de pie junto a ese árbol —su favorito de aquel parque— con una hermosa sonrisa y los ojos nublados de felicidad.

Él alzó su mano para tocar su mejilla, era tan suave su piel. Esos ojos avellana, esos labios rojos y dulces lo tenían anonadado, pero entonces ese rostro comenzó a cambiar. Ya no era ella. La mirada cambió y así, sutilmente, también cambiaron los rasgos, hasta que alguien más estaba ahí, era Annabelle...

Peter abrió los ojos hasta que parecieron desorbitados, y con el corazón un poco acelerado tardó unos segundos para volver en sí y percatarse de dónde y con quién estaba. El cuerpo caliente de Annabelle estaba suavemente pegado al suyo, y la respiración de la muchacha le hacía cosquillas en la piel.

Annabelle dormía plácidamente. Él no pudo evitar ponerse a contemplarla. Intentaba hallar algún rastro de Miranda en ella, pero no pudo por más que buscó. Comprendió que eran diferentes y que tenía que dejar de hacer aquello, si no quería volverse loco.

Apretó los ojos un tanto desesperado. Tenía un remolino de emociones en su interior. Por un lado, el recuerdo de Miranda y, por otro, la dulce ilusión que comenzaba a sentir por Annabelle. Aunque había algo más grande: la culpa que le sujetaba el corazón y no le permitía amar por completo a la mujer que tenía a su lado.

¿Qué estaba haciendo? La comprensión llegó a su mente, tenía que ser sincero consigo mismo, no podía autoengañarse. Y la jodida verdad era que siempre que miraba a la chica que estaba a su lado el recuerdo de Miranda se disolvía cada vez más. Y eso no podía ser. Si lo permitía rompería lo que juró nunca volver a hacer y, sobre todo, no podía permitírselo, por mucho que quisiera, pues vivir de nuevo el amor ya no era una opción para él...

Sin dar aviso, una lágrima fría y amarga se deslizó por su mejilla. Estaba naciendo una inmensa desesperación y desgarró en su alma. Porque, por más que lo anhelara, no podía amar a Annabelle como quisiera, como soñaba. No podía...

Entendió que necesitaba detener todo aquello, porque si seguía con ese amor que le estaba removiendo todo en su interior, terminaría más lastimado de lo que alguna vez lo estuvo. El único consuelo que le quedaba era que ella no sufriría, no tanto como él, pues, seguramente, Annabelle no había caído en las redes tan fácilmente como para enamorarse de él. Y de alguna forma... Ella le había demostrado deseo, tal vez cariño, pero amor... De ese amor del que ya no se vuelve, ella no lo había demostrado. Y eso era un alivio, pues Peter no se imaginaba tener que romperle el corazón sabiendo que los dos sentían exactamente lo mismo. Ya entendía lo que tenía que hacer.

Pero ese no era el problema, su verdadero problema era si él sería capaz de hacerlo, si tendría la fuerza suficiente para condenar su propio corazón.

Con aquellos pensamientos tan amargos, Peter apretó el cuerpo de Annabelle y con el dolor ya en el corazón y en la piel, la abrazó y de nuevo se quedó dormido.



Con una sonrisa en el rostro, Annabelle se despertó. El brazo de Peter seguía rodeando su cintura, podía sentir su calor corporal. Había sido una

noche demasiado buena y especial. Nunca en su existencia la muchacha había vivido un momento tan intenso como aquel que él le había regalado.

Peter la había tratado diferente en esa ocasión, le había preparado todo un escenario como en las películas. Nunca pensó que él podría llegar a tener un lado tan romántico, tan diferente a la faceta con la cual lo había conocido.

Y ahora —aunque fuera todavía difícil aceptarlo— su corazón se desbordaba de alegría, y en un rincón muy profundo mantenía la convicción de que él pudiera estar enamorado de ella. Lo sintió removerse entre las sábanas, se había despertado.

El brazo que rodeaba su cintura la estrechó más contra él, la joven sintió su aliento en la oreja que le provocó un cosquilleo.

—Buenos días —canturreó él en su oído haciéndola estremecer.

Annabelle se volvió hacia él y quedaron frente a frente. Él estaba hermoso, como siempre, su cabello negro lucía despeinado y le caían mechones en la frente. Sus ojos brillaban de un modo que la muchacha nunca le había visto, sus mejillas estaban un poco sonrojadas y qué decir de su boca. Con las yemas de los dedos la joven recorrió suavemente el contorno de sus labios, prosiguió acariciando su mejilla y su mentón. Peter apartó su mano suavemente para empezar a besarla. Esta vez fueron más delicados.

Annabelle sentía que podría pasarse toda la vida besando a Peter sin parar, pero, desgraciadamente, eran humanos y no vampiros, tenían necesidades. El estómago de la muchacha gruñó y los dos rieron entre dientes. El día pasado ella se había saltado la comida por culpa de las cervezas. Peter se levantó de un salto de la cama totalmente desnudo, sin vergüenza alguna, lo cual a ella le causó gracia.

Annabelle se levantó con la sábana envolviendo su cuerpo. Él ya se había puesto unos bóxer cuando volteó hacia ella. Peter levantó una ceja al ver cómo caminaba con la sabana.

—¿Escondiéndote de mí? —Peter se rio acercándose a ella.

—Conozco muy bien tu cuerpo, Annabelle, no sirve de nada —sonrió él quitándole la sábana que sostenía. Quedó totalmente desnuda delante de él, el calor no tardó en llegar a sus mejillas.

Los ojos de Peter la recorrieron de abajo hacia arriba con un deseo casi tortuoso en la mirada, ella se sintió cohibida. La atrajo hacia él besándola con suavidad. Se separaron jadeando, ella trataba de controlar sus latidos.

Interrumpiendo el momento, alguien tocó la puerta de la habitación. Peter

bufó, debía ser el servicio de limpieza.

—Ahora no —Annabelle escuchó decir a Peter. En el momento en que estuvo distraído, ella ya se había puesto unos *pants* y una camiseta.

Cuando él regresó, esbozó una mueca al verla ya vestida. El celular de Annabelle empezó a sonar dentro de su bolsa tomando a los dos por sorpresa.

Era su prima Marie. Annabelle sentía que habían pasado siglos desde la última vez que había hablado con ella. Peter se quedó mirándola con gesto expectante. Contestó.

—¿Marie?

—¡Annabelle, qué bueno que me contestas! —su voz sonaba demasiado ansiosa—. Siento lo que te voy a decir... —susurró Marie con la voz rota. Inmediatamente, Annabelle se alarmó, eso no sonaba bien. Peter se acercó a ella con expresión preocupada.

—¿Marie? Dime qué ha pasado... —ordenó Ann con miedo en la voz. Oyó un fuerte respiro al otro lado de la línea.

—Jeremy tuvo un accidente, y él... está muy grave —soltó ella finalmente. *Jeremy tuvo un accidente, Jeremy tuvo un accidente*, las palabras resonaban en su cabeza. Se quedó quieta y sin habla, mientras iba comprendiendo lentamente.

—¡¿Annabelle?! —chillaba Marie con la voz cada vez más lejana del oído de la joven. Peter tuvo que tomar el teléfono ya que Ann estaba en estado de *shock*. Él habló rápidamente hasta que colgó. La miró a los ojos con pena, con dolor.

Peter se acercó a ella muy despacio, temiendo hacer un movimiento brusco y la rodeó con los brazos. En cuanto ella sintió su calor rompió a llorar. Las lágrimas escurrían sin parar de sus ojos y el dolor dentro de su pecho se hacía más grande. *Él está grave...*

No podía pasarle nada a su hermano, nada...

Peter no hablaba mientras la joven mojaba su torso con sus lágrimas calientes, ella levantó un poco la mirada esperando que él le dijera que todo iba a ir bien, que a Jeremy no le había pasado nada.

—¿Qué te dijo? —preguntó Annabelle con la voz estrangulada. Peter guardó silencio, en sus ojos vio la respuesta. Algo muy malo había sucedido. La joven sintió como si le hubieran cortado las entrañas por dentro.

—¡Dime qué paso! —rogó ella mientras le pegaba en el pecho. Estaba descontrolada, su cuerpo y su mente parecían desconectados. Tragó saliva

ruidosamente y paró en seco cuando él habló.

—Él está... en coma —susurró Peter sin emoción en la voz. Sus ojos habían perdido ese brillo característico. Fue lo último que vio Annabelle, un dolor agudo nació en su cabeza antes de que todo se volviera negro.



Cuando la muchacha abrió los ojos estaban a bordo en un avión. Los recuerdos de lo que había pasado la golpearon como una puñalada o peor. *Jeremy tuvo un accidente* parecía una canción en su cabeza. Notó que tenía una sábana tapándola, la quitó de un jalón y se incorporó. Peter estaba a su lado con los ojos expectantes. Parecía muy preocupado, no lo culpaba, su aspecto debía ser horrible. Dos pequeñas lágrimas resbalaron por sus mejillas y Peter las enjugó con sus dedos. Le sonrió a medias y la atrajo hacia él.

—Ten calma, Ann, se pondrá bien, te lo prometo —murmuró él con voz tranquilizadora. Minutos después, Annabelle no supo en qué momento se quedó dormida entre sus brazos.



Peter tuvo que despertarla cuando llegaron finalmente a la ciudad. Annabelle sentía que no tenía fuerzas para caminar, por lo que Peter la llevó cargada al coche que los esperaba en el aeropuerto.

Él ordenó ir lo más rápido posible al hospital. Cuanto más avanzaba el coche, más crecía la ansiedad de la castaña. La imagen de su hermano medio muerto en una camilla era una de las que pensó nunca vería.

Tan preocupada estaba que no se dio cuenta de qué ropa llevaba puesta, solo traía un pans y una playera sencilla. Peter estaba más presentable con un pantalón negro y una camisa blanca, aunque poco le importaba su aspecto. La joven no esperó a que él le abriera la puerta para salir disparada hacia el hospital, Peter corría detrás de ella. Pasando nerviosamente las manos por su cabello, Ann esperó a que el elevador estuviera disponible.

Por fin las puertas se abrieron y fue Peter el que puso el número de piso, ya que Marie se lo había dado. Annabelle nunca había sentido que un elevador se tardara tanto; al final —suspiró de alivio— se abrieron las puertas. Había muchas enfermeras y doctores caminando por los pasillos apresuradamente. Demasiada gente llorando o consolando en la sala de espera.

Annabelle tenía tiempo que no iba a un hospital, a pesar de que en él trabajaba su madre, por lo que se le hizo un nudo en la garganta. Marie estaba con su madre en un rincón de la sala. Miró a Peter preocupada, no era buen

momento para presentárselo a Alejandra. Él entendió lo que ella quería decirle, por lo que le sonrió y se fue a sentar a un lugar más apartado. Entonces su madre y Marie se percataron de su presencia.

Annabelle pensó que su madre la iba a estrangular o empezar a gritarle cosas, mas hizo todo lo contrario, la abrazó bruscamente y soltó a llorar en sus hombros. No pasó demasiado tiempo para que las lágrimas de Annabelle también empezaran a salir de sus ojos.

Su madre se talló los ojos apenada y le sonrió con tristeza.

—Perdóname, hija, fui demasiado dura contigo, cielo —musitó con la voz rasposa.

Ella asintió con la cabeza. La muchacha quería darle de besos y abrazos, pero no podía. Jeremy ocupaba toda su mente.

—Quiero ver a Jeremy, mamá —rogó Ann en un susurro. Una enfermera la condujo hacia la habitación donde se encontraba Jeremy. Fue sola, únicamente quería estar con su hermano.

La enfermera le señaló la entrada cuando estuvieron cerca, ella le agradeció con la mirada antes de abrir la puerta. Su hermano estaba en una camilla sin poder moverse, hablar o siquiera abrir los ojos. Annabelle se acercó a él y tomó una sillita para sentarse a su lado. Le tomó la mano mientras lo observaba a punto de las lágrimas.

Una gasa envolvía la cabeza de Jeremy dejando descubierta solo su cara, parecía una momia. Tenía una cortada en la ceja y rasguños en las mejillas, además de un golpe en la boca.

En sus manos había muchos rasguños y parecía haberse fracturado un dedo, ya que este estaba envuelto con algo blanco. Annabelle sabía lo que era estar en coma, no se sabía cuándo la persona iba a reaccionar. ¿Y si no reaccionaba nunca? Era su pensamiento más oscuro. Sacudió la cabeza en negación y pequeñas lágrimas escaparon de sus ojos ante la posibilidad.

—Jeremy... —murmuró—. Tienes que ser fuerte, ¿vale? Debes despertar, sé que puedes hacerlo —su voz se iba confundiendo con sus sollozos.

Nada, ni una señal de que él la escuchaba. Ella no supo cuánto tiempo permaneció ahí, junto a su hermano, hablándole como si él la escuchara. La enfermera entró y le dijo que debía salir del cuarto. Antes de salir, Annabelle abrazó a su hermano con cuidado, prometiéndole que no tardaría en volver y estar junto a él.

Cuando Ann caminaba con la cabeza gacha, se dio cuenta de que eran ya

las once de la noche —había un enorme reloj en la pared—. Con el viaje y todo el estrés la chica había perdido la noción del tiempo.

Vio a su madre durmiendo mientras Marie le velaba su sueño. La muchacha sonrió. Después vio a Peter al otro lado con los ojos increíblemente cansados. Había olvidado que él había sido el que menos había dormido. Se acercó a él con cuidado.

—Puedes irte, Peter, no es necesario que te sacrifiques... —se sentó junto a él—. Yo ya he dormido mucho —trató de convencerlo. Peter frunció el ceño.

—No quiero dejarte sola, no tengo sueño... —habló muy despacio, y bostezó contradiciéndose. Ann negó y alzó una ceja.

—Puedo dormir aquí —Peter ladeó la cabeza y señaló a su madre. Annabelle rodó los ojos. Era muy lindo que él quisiera quedarse con ella, pero él no era una máquina que no dormía. Dos hombres de seguridad, que venían con ellos en el auto desde que habían salido del aeropuerto, estaban ahí parados sin hacer nada. Ann se acercó a ellos.

—Llévenlo a su casa, por favor... —les rogó. Ellos se miraron entre sí y al final se encogieron de hombros. Cuando voltearon los tres hacia Peter, él ya estaba dormido, con la cabeza ligeramente recargada en la pared. Annabelle se rio entre dientes. Los hombres le hicieron caso y se llevaron a Peter casi arrastrándolo. Él se removió gruñendo aunque no quiso despertarse.

Ann los vio por última vez cuando doblaron la esquina del pasillo y desaparecieron. Ahora ella tenía que enfrentarse a esa situación sola. Y tenía que ser fuerte.

Solo le pido al cielo que traiga de vuelta a mi hermano, pensó ella cerrando los ojos.

CAPÍTULO 16

Incertidumbre

Había pasado una semana exactamente desde que Peter y Annabelle habían vuelto de Hawái. Su hermano aún seguía en coma y cada día que pasaba era un auténtico calvario para ella. Le habían dicho que las personas en coma podían tardar semanas, meses e incluso años en despertarse; algunas no lo hacían nunca. El panorama no le gustaba en absoluto.

Como su madre se lo pidió, en esos últimos días había vuelto a vivir en su casa —después de bastantes ruegos por parte de Alejandra—. Peter se entristeció, pero no puso ninguna objeción. Él también permitió que Ann faltara al trabajo últimamente, mas la joven sabía que tenía que regresar pronto, aunque Peter literalmente le había prohibido la entrada al trabajo —y le pagaba como si ella fuera—. Estaba muy preocupado por ella.

Por otro lado, su madre tenía la suerte de ser doctora y trabajar en el mismo hospital donde estaba Jeremy internado, y se estaba encargando de todos los gastos, aunque Peter también quiso ayudar con una parte. Podía ser un largo tiempo que Jeremy estuviera ahí y los gastos no se detenían.

Annabelle estaba infinitamente agradecida con él, sorprendida por el cuidado que le estaba poniendo y cómo la estaba apoyando. Cada vez se sentía más segura de los sentimientos de él hacia ella, ya no solo los intuía, ahora podía sentirlos.

Peter solo iba por las tardes al hospital, ya que no podía dejar de lado su empresa, pero aun así se la pasaba mandándole mensajes al celular. Eso la distraía un poco de pensar que su hermano estaba inmóvil en una camilla.

Andrea Powell, una muchacha con la que salía Jeremy hacía como dos meses antes del accidente, no había faltado ni un día desde que Jeremy estaba en el hospital. Ella iba a verlo desde la mañana y se iba por la tarde, pues trabajaba en las noches. Era la única de las muchas *amiguitas* de Jeremy que se había preocupado por él.

Annabelle podía ver en sus ojos cafés que también sufría, la notaba nerviosa cada vez que preguntaba por algún avance de Jeremy. Indudablemente, esa muchacha estaba enamorada de su hermano, la castaña lo sabía. Hablaba de Jeremy con ternura, con amor. Y cada vez que entraba a ver a su hermano se le llenaban los ojos de lágrimas. ¿Así se veía una persona enamorada? Se preguntaba Annabelle. De pronto se preguntó cómo reaccionaría si Peter llegara a estar en una situación similar. Sacudió la cabeza sin ser capaz de evocar eso, era inconcebible.

Las dos se encontraban sentadas en un pequeño sillón haciéndole compañía a Jeremy. Él simplemente parecía estar en un sueño profundo, tranquilo y en paz.

—¿Cómo lo conociste? —le preguntó Annabelle.

Andrea la miró con los ojos brillantes mientras recordaba. Una sonrisa se curvó en sus labios.

—Como ya te había dicho... yo trabajo en una discoteca. —se pasó la mano por el cabello—. Una noche se acercó a la barra y me pidió una bebida. —sonrió.

Ya se imaginaba a su hermano tratando de ligarse a esa chica.

—Me dijo su nombre y yo a él, el mío, parecía interesado en mí. Hasta me pidió mi número y me aseguró que regresaría al día siguiente —sus ojos estaban clavados en un punto fijo como si no estuviera ahí. Había adoptado un gesto ausente—. Por una extraña razón estaba ansiosa por verlo de nuevo. Cuando ocurrió, hablamos abiertamente y poco a poco lo fui conociendo más. Iba todos los días a la misma hora solo para encontrarse conmigo.

Hablaba con melancolía, como si Jeremy hubiese muerto. Ann sintió un escalofrío ante esa idea.

—Entonces me di cuenta de que él no solo era un amigo para mí, yo lo veía como algo más. Jeremy me cortejaba, pero podía percibir su miedo a sentir por mí... algo más que una simple atracción —suspiró.

Ann permanecía callada, imaginándose todo lo que le contaba. Su hermano nunca le había hablado sobre ella.

—Después empezamos a salir; ya no solo nos veíamos en la discoteca —prosiguió Andrea con amargura, bajando la mirada un poco—. Un día me invitó a salir, pero... —una lágrima corrió por su mejilla, perdiéndose en la barbilla.

Ann estaba a punto de interrumpirla, pero ella siguió hablando.

—Otra chica, de las muchas con las que él salía, nos encontró y le gritó a él todo tipo de barbaridades y a mí me ofendió diciéndome que era una zorra por meterme con su *novio*. —Se podía ver el esfuerzo en su rostro por no demostrar demasiado.

A la castaña se le formó un nudo en la garganta al comprender cómo se habría sentido. Su hermano había jugado con sus sentimientos y ahí estaba ella, a su lado.

—Entonces comprendí que él era de esos hombres que nunca andaría solamente con una persona, me entristeció mucho y le dije que no quería volver a verlo —hizo una pausa para tomar aire y prosiguió—. Pero cuando le dije que lo dejaba, pude ver un enorme dolor en su rostro. Me aseguró que no sabía lo que sentía por mí y que se sentía muy confundido. Me dijo que nunca le había pasado con nadie —sorbió por la nariz—. Cuando pasaron unos pocos días, al ver todos los esfuerzos que hacía porque yo lo perdonara y volviera con él, supe que estaba enamorado de mí y no se había dado cuenta. Cuando quise ir a verlo me informaron que... —esbozó una mueca y después apretó los labios para controlarse. Ann ya sabía el resto de la historia.

La abrazó cariñosamente mientras se unía a su dolor —igual de grande y diferente al mismo tiempo—. Esa chica de verdad que estaba enamorada de su hermano y algo dentro de ella le decía que Jeremy sentía lo mismo por Andrea.

Cuando su hermano había encontrado finalmente el amor —después de tantas cosas estúpidas que había hecho—, le había tenido que pasar eso. Qué injusto era para él.

Andrea se apartó de ella secando sus lágrimas con el dorso de su mano. Ann la contempló a ella y después a su hermano, y se dio cuenta de que hacían una hermosa pareja. Tan hermosa como ella y...

No continuó, últimamente su cerebro se empeñaba en reproducirlos a Peter y a ella. Y aunque no lo admitiera, comenzaba a sentir miedo. No sabía exactamente a qué le tenía miedo. ¿A que él le hiciera daño? ¿A que él no le correspondiera? Dudas de temor no le dejaban ver lo que estaba claro.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó Annabelle, escapando de la batalla de sus pensamientos.

—Veinticuatro —contestó. Andrea solo era dos años mayor que ella—. ¿Y tú?

—Veintidós —respondió Ann.

Una enfermera entró al cuarto —con un carrito que contenía varios materiales— para comprobar que todo estuviera bien con Jeremy. Su madre apareció en la puerta saludándolas con una sonrisa, aunque la felicidad no llegó a sus ojos. Avanzó hacia su hijo para ayudar a la enfermera. Debía sentirse muy diferente atender a pacientes desconocidos que atender a un propio hijo, se decía Andrea.

—Pueden ir a desayunar chicas, yo estaré aquí —recomendó la mujer. Annabelle apenas caía en la cuenta de que se sentía terriblemente vacía del estómago. Andrea tampoco había comido. Le hicieron caso y se dirigieron a la cafetería del hospital. Las dos iban caminando por un pasillo cuando el celular de Ann sonó en su bolsillo.

Debía ser Peter, por lo que se apresuró a contestar sin ver el número.

—¿Peter?

—Soy Alexander —escuchó decir a la otra voz. Alzó las cejas con sorpresa. No comprendía para qué le llamaba, aunque después recordó lo que había acordado con él.

La joven se alejó de Andrea haciéndole señas —con la mano— de que la esperara, ella comprendió.

—¿Y bien?

—Ya tengo lo que necesito que le des a mi hermano Ann... No sé si sea mucha molestia vernos en algún café para dártelo.

La joven lo pensó unos segundos, si fuera así, no le quedaría otra cosa que desayunar donde fueran.

—Sí, está bien... Pero tendrá que ser rápido, mi hermano está internado en el hospital y no quiero separarme mucho tiempo. ¿No lo sabes?

—No, para nada. ¿Qué le pasó?

—Allá te explico. ¿Dónde te veo? —preguntó Annabelle mirando su reloj. Al parecer era buena hora, todavía faltaba un poco de tiempo para que Peter llegara al hospital.

—En el café que está enfrente de la empresa de mi hermano, ¿lo conoces? Annabelle asintió.

—Por supuesto. Te veo.

Y colgó la llamada.

Las palmas de la mano le sudaban un poco, por alguna razón se sentía nerviosa. Era consciente de que entregarle aquel recado a Peter de parte de su hermano no sería una tarea fácil. No sabía nada del problema de ellos, su

pasado ni ningún dato que pudiera servirle como escudo. Aunque esperaba que eso pudiera ayudar a arreglar las cosas entre ellos, no era de su incumbencia; mas si podía hacer algo al respecto, lo intentaría.

La joven se volvió hacia Andrea apenada.

—Andrea, tengo que ir a ver a un amigo... ¿No te molestas?

—No, no hay problema... —la muchacha sonrió—. Bueno, iré a ver qué hay —señaló la cafetería con un movimiento de la cabeza. Annabelle suspiró y se encaminó hacia el estacionamiento, donde estaba su camioneta. Le había dejado el auto *prestado* a Peter, ya que se sentía demasiado incómoda con toda la ayuda de él y aparte tales *préstamos*, aunque aún tenía las llaves.

Llegó a la camioneta y salió del estacionamiento. Sus nervios iban en aumento —sin saber la razón— conforme se alejaba del hospital con la incertidumbre de qué era lo que pasaría.

CAPÍTULO 17

Duele mucho

La muchacha, sin percatarse, apretaba el volante ligeramente más de lo adecuado. Trataba de comprender cada frase de la canción que resonaba en el interior del auto, pero las preguntas de la voz en su cabeza eran cada vez más insistentes.

¿Cómo le explicarás a Peter todo este caso? ¿Cómo reaccionará él? ¿No deberías rechazar la petición de Alexander?

La joven sacudió la cabeza. No entendía por qué de pronto tenía temor, si ella no estaba haciendo nada malo. Era cierto que no sabía el problema entre los hermanos, y no estaba muy segura de que Peter reaccionara bien ante la idea de que ella ya conocía a Alexander, sin embargo, por pura buena intención hacía aquello.

Y si Peter llegara a molestarse por lo que ella haría, no le concedería más favores a Alexander, no, si no quería tener problemas con él.

Annabelle bajó de la camioneta con el pulso más acelerado de lo normal. Al entrar empezó a buscarlo con la mirada, pero aún no lo encontraba. Caminó entre las mesas esperando visualizarlo, sin éxito. Cuando ya estaba a punto de desistir e irse, una voz habló a sus espaldas.

—Hola, Annabelle —dijo Alexander, quien estaba sentado en una de las mesas de la última esquina. La joven volteó a mirarlo y alzó las cejas al ver su atuendo, él vestía todo de negro.

—Hola... —lo saludó Ann acercándose a él y tomó asiento—. No te encontraba.

Alexander le sonrió.

—Tal vez es porque hoy vengo más oscuro de lo normal —se rio. La joven captó enseguida el sonido, y se dio cuenta de que era muy similar a la risa de Peter, aunque él no tenía ese tono sexi de su hermano.

—Sí, es lo que veo —reafirmó.

Alexander sacó un sobre sellado de su chaqueta y lo dejó sobre la mesa. El joven la miró con ojos tristes, y ella se sintió un poco incómoda, algo no le estaba dando buena señal.

—Primero que nada, gracias por hacerme este favor, Ann... —bajó la mirada y con una de sus manos comenzó a jugar con el sobre—. No sabes lo que significa para mí, sobre todo porque desde aquel día yo perdí cualquier confianza en toda persona.

Eso distrajo a la muchacha. Parecía tener relación con el problema con Peter.

—¿Aquel día? —indagó.

—Sí... Mi hermano y yo tuvimos un enorme desacuerdo y por eso mismo ahora no puede ni verme... He tratado de buscarlo, pero jamás ha querido que me aparezca delante de él, por eso te he pedido este favor.

—¿Y qué fue lo que pasó? —preguntó la muchacha.

—Hace años... Los dos trabajábamos en la empresa de mi padre... Él me la legó principalmente a mí, pero mi hermano también estaba muy pendiente de todo. Yo empecé a juntarme con malas amistades y eso llegó a los oídos de Peter... —Alexander narraba mientras Annabelle lo miraba atenta—. Él era un niño bueno, jamás andaba en malos pasos, pero también ya desconfiaba de mí, de su propio hermano...

Alexander suspiró largo y sus ojos comenzaron a volverse llorosos. Annabelle no sabía qué hacer, tan solo escuchaba imaginándolo todo.

—Un lamentable día... Todo coincidió de extraña manera... un problema que yo tenía con algunos amigos y el accidente de mis padres... A mí me tenían amenazado porque debía enormes cantidades de dinero y no tenía cómo pagarlas... Me habían amenazado con matar a mis padres si no lo hacía... Eso llegó a los oídos de Peter... Y entonces sucedió el accidente, y mi hermano, sin más, creyó que había sido por mi culpa. Pero en realidad, ellos en el accidente no tuvieron nada que ver... Fue un hecho desafortunado.

Era demasiado para la joven. Apenas podía procesar esa información. ¿Por eso Peter le tenía tanto rencor a su hermano? ¿Acaso nunca le había dado el beneficio de la duda?

Alexander se veía triste.

—Y bueno, después sucedieron muchas cosas. Yo decidí desaparecer de la vida de mi hermano y le dejé la empresa... Todo para que no me odiara más... He intentado contactarlo y explicarle todo, pero ha dejado en claro que no

quiere volver a verme. ¿Me comprendes, Annabelle? Yo solo quiero reconciliarme con él.

La muchacha miraba hacia un punto fijo sin saber qué pensar. No esperaba que Peter pudiera actuar de esa forma, por mucho que su hermano pareciera el culpable. Él no actuaría sin pruebas. ¿Algo le estaría escondiendo Alexander?

Ann miró al hombre que tenía enfrente y cayó en el sentimiento. Alexander se veía realmente triste y perdido en sus propios pensamientos, hasta logró vislumbrar un parecido en aquella expresión con Peter, y eso bastó para que se estrujara su corazón.

Tomó el sobre sellado entre sus manos.

—Muy bien, yo se lo daré... Y espero que esto sirva para que ustedes se reconcilien...

—Es lo que más deseo, Annabelle.

La joven asintió.

—No sé cómo reaccione él, pero espero que no sea un problema...

Alexander la miró agradecido, mientras que por dentro se deleitaba con el placer de saber lo que eso causaría en Peter.



Llamada perdida de Annabelle.

Peter estaba desesperado por verla. Le tenía preparada una cena sorpresa en su casa. Con todo el estrés con el que ella había estado lidiando en el hospital, quería darle un poco de tranquilidad.

Ya no se podía mentir, no le quedaba más remedio que ser sincero consigo mismo. Annabelle se había estado metiendo en su corazón poco a poco, sin que él se percatara. Al principio había caído en la atracción porque no podía evitar vislumbrar a Miranda en ella. Cuando la besaba, la tocaba, sentía que encontraba un poco de su antiguo amor. Sin embargo, la huella de Miranda se fue borrando sin darse cuenta; cada día que pasaba se olvidaba de buscar a Miranda en ella y cuando hacía aquello, encontraba a Annabelle y no le desagradaba. Cada vez más era Annabelle, y ya no había ninguna intervención de Miranda cuando la miraba, cuando la tocaba, cuando la besaba.

Y así, esa joven se había colado en su corazón de acero. De una manera tan sencilla, tan genuina, sin ningún esfuerzo, había sido capaz de eliminar el dolor de él, incluso la culpa esa tan grande que pensaba nunca se marcharía.

Ahora no sentía culpa de darse cuenta de ello. Era cierto, había amado a Miranda como a nadie en su pasado, y la culpa de aquella tragedia le había

perseguido por los años, y eso le había causado un enorme remordimiento, hasta tal punto de no permitirse nunca volver a amar, porque no lo merecía. Y ahora...

Por más increíble que pareciera, él se sentía capaz de amar a Annabelle, porque ya lo hacía. Ya lo hacía y no había marcha atrás. Ya la culpa y el miedo de amar de nuevo habían desaparecido. En la mirada y en la sonrisa de Annabelle había vuelto a descubrir el cuento de amor que una vez se manchó con sangre.

En ese instante su único temor era que Annabelle no lo amara, y por eso estaba dispuesto a confesarle a la muchacha todo lo que sentía, no lo podía ocultar por más tiempo.

Peter manejaba directo al hospital sumergido en sus pensamientos, cuando recibió una llamada al celular. Era su primo Edgar. Contestó enseguida.

—¿Qué sucede?

—Peter, tal vez no te guste demasiado lo que tengo que decirte...

El joven frunció las cejas.

—¿Qué pasa?

—Estaba saliendo de la empresa cuando decidí ir a comprar un café, y bueno, tal sorpresa que me he llevado...

—¿Qué demonios sucede? —preguntó Peter con los dientes apretados.

—Vi a tu asistente Annabelle con tu hermano, Alexander, y creo que sigue allí dentro.

Peter redujo la velocidad del auto. Eso no podía ser, debía estar equivocado.

—¿Qué? ¿Estás... estás seguro? —preguntó completamente confundido.

—Por completo, por eso te llamo. Ven, tienes que verlo.

Peter colgó la llamada y sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo. Nada de eso tenía sentido, debía ser una broma de mal gusto. Sentía las palpitaciones más fuertes en su pecho.

Edgar debía estar equivocado, no había otra opción. Con el corazón ya casi fuera de su pecho, cambió la dirección del auto y fue directo a encontrarse con su peor pesadilla. La esperanza de que fuera una mentira, una confusión, lo persiguió hasta el último segundo. No quería pensar en nada, el deseo de que no fuera cierto lo mantenía todavía con tranquilidad.



Después de cortos minutos, Peter entró al estacionamiento de la cafetería. Entonces le fue fácil distinguir la camioneta de Annabelle. Un espasmo le recorrió el pecho, ya sentía morir antes de tiempo. Estacionó el auto y bajó con los músculos tensos, sin querer caminar para no encontrarse con la escena que le partiría la mente y el alma.

Pero el joven no tuvo que esperar demasiado. Vio a Annabelle saliendo de la cafetería, sola. Un rayo de esperanza cruzó por su mente al no verla junto a Alexander. Ella lo vio y comenzó a caminar hacia él —con sorpresa de verlo ahí—, traía un sobre en la mano.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Annabelle con extrañeza. Peter negó con la cabeza sin decir nada.

—Solo quería comprar... una bebida... —arrastraba las palabras. Ann no lo veía bien, algo extraño tenía y se reflejaba bastante.

—¿Qué es eso? —preguntó él. Annabelle iba a empezar a buscar una excusa, sin embargo, él ya se lo había arrebatado. Ann reaccionó y trató de quitárselo. Primero tenía que explicarle todo, antes de que leyera el remitente de aquel mensaje.

—¡Espera! No lo abras.

Peter entrecerró los ojos —sin estar dispuesto a hacerle caso— y la miró con desconfianza.

—¿Por qué? ¿Es algo importante? —preguntaba aquello mientras abría el sobre. La joven negó preocupada, mientras se reprochaba por no esconderlo de su vista hasta que llegara el momento adecuado.

Pero Annabelle no esperaba ver esa expresión en el rostro de Peter al abrir aquel sobre, en realidad no esperaba verlo así jamás. Le dio escalofríos...

Peter tomó las fotografías con el corazón encogido, con el dolor atravesándole el pecho, desgarrando todo lo bueno que aún mantenía en su interior. Ahí estaban Alexander y Annabelle. Y no era solo una, eran varias. Y una nota...

«Te presento al amor de mi vida, Annabelle, ¿verdad que está muy linda? ... Y es muy inteligente, tan inteligente como para ser capaz de engañarte, de enamorarte sin que lo sospeches... Siempre estaré detrás de ti, no dejaré por ningún motivo que seas feliz. Por mí perdiste a tu primer amor, y ahora también por mí perderás a tu nuevo amor. Lo siento, hermano. Y no tengas duda de que no descansaré, no lo haré, hasta que seas tan infeliz como te lo

mereces, por quitarme lo que era mío y que, algún día, recuperaré... Te lo juro.

Alexander.»

—No quería que te enteraras así, Peter, lo siento... Te voy a explicar todo, pero por favor, no...

—No digas nada más —habló él con la voz tan fría como el hielo—. No quiero escucharte.

La muchacha se quedó atónita con esas palabras y cuando él dejó caer los papeles que tenía sobre el asfalto, todo se le vino abajo, así, de la nada.

—Pero... ¿Qué?

¡Había sido una jodida trampa! Eso no era lo que Alexander tenía que haber mandado, no... Annabelle sintió ganas de llorar, no sabía qué hacer, Peter la estaba mirando como si fuera la mujer más asquerosa del mundo.

—Peter, escucha... —Annabelle trastabilló al tratar de acercarse a él. Pero el joven retrocedió, con el dolor, la furia, la humillación llenándole las venas.

Justo en ese momento Alexander estaba saliendo de la gran puerta de la cafetería. Volteó a mirarlo con odio puro, por haberle tendido aquella asquerosa trampa.

Peter se sentía debilitado, lo único que sentía era la muerte. Era demasiado, era tan espantoso como aquellos minutos del pasado. Parecía estar todo repitiéndose, pero en esta ocasión la traición de Annabelle era verdadera.

—Annabelle, vete —rugió. Su voz sonó tan dura como la piedra. Los ojos de la joven dejaron escapar lágrimas. *¿Todavía se atrevía a llorar?*

—¡Peter! ¡Es una trampa! —gritó Annabelle enloquecida—. Por favor, déjame explicarte... —susurró con la voz rota. Eso no podía estar sucediéndoles a ellos.

Él la miró, y en ese momento deseó matarse por ser tan débil, tan ingenio, tan estúpido. Su alma sangraba, y la herida del pasado se abría y ahora mucho más, arrollaba todo.

—¡Peter! ¡No es lo que tú estás pensando! —rugió Annabelle con los puños apretados. Sin embargo, él no la escuchaba, el dolor le nublabla la mente. ¿Por qué se empeñaba en negarlo? ¿Acaso quería seguir disfrutando de sus beneficios con él? ¿Tan cínica era?

—Vete, no te atrevas a decir nada más, solo vete con ese diablo —repitió

encolerizado, mientras se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano.

—No puedes hacerme esto, no puedes... Te está engañando, él me engañó, por favor... —su voz era rasposa, débil.

—¡No digas más mentiras! ¡No sigas! —gritó Peter enfurecido—. No sabes cuánto odio haberme enamorado de ti, cuán estúpido pude ser... Vete con ese maldito, no quiero volver a verlos jamás, no se aparezcan, porque no sabes de lo que soy capaz, Annabelle...

La joven lo miraba en *shock*, se sentía desprendida de la realidad. Era una horrorosa pesadilla. Pero aun con todo el dolor, la confusión, la furia que sentía, no permitiría que le pisotearan la dignidad.

—Si no quieres escucharme, está bien, piensa lo peor de mí. Pero cuando descubras la verdad, entonces... no te atrevas a buscarme, no lo hagas... —susurró con la voz entrecortada. Y sin ser capaz de seguir allí parada, en medio de aquel tormento, echó a correr lejos.

Y en un abrir y cerrar de ojos Annabelle salió de su vista. Alexander tampoco estaba, se había ido en algún momento sin que se diera cuenta.

Sus rodillas chocaron contra el asfalto. Todo lo que veía era un fondo negro. Si su corazón nunca había sido tan herido, tan humillado, ahora lo estaba. Y dolía...

Dolía mucho.

CAPÍTULO 18

Futuro incierto

Eso no podía estar sucediendo de verdad, tenía que ser una pesadilla. Las lágrimas calientes corrían por las mejillas de Annabelle. Su cerebro todavía estaba procesando todo. Los coches pasaban rápidamente a su lado — estaba manejando demasiado rápido— como borrosas manchas. No podía creer que Peter no la hubiera dejado hablar y no le hubiera dado tan siquiera el beneficio de la duda.

Comprendía que lo hubiera malentendido al ella nunca haberle hablado del favor que le haría a su hermano y sobre que ya lo conocía... Si tan solo la hubiera escuchado y... Quería regresar el tiempo y nunca haberle hecho caso a Alexander, pero, después de todo, ella nunca había sospechado de Alexander. Lo había creído arrepentido, ansioso de arreglar las cosas con su hermano... Y ella, al pensar que podría servir de algo para que ellos volvieran a unirse...

Había sido una tonta, se reprochaba. Pero... También le dolía que Peter hubiera sido capaz de creer tal cosa, sin antes dejarla hablar, explicarle... Se había cegado por completo sin pensar en otras posibilidades. A la joven le dolía el alma.

De dolor y decepción... ¿Acaso no le había demostrado a él la clase de mujer que era? ¿Acaso no le había dado algo más que el cuerpo? Dolía... Dolía como un demonio. De rabia, mucha rabia. Contra Alexander, contra Edgar —seguramente estaba involucrado—, contra Peter...

Las palabras de él resonaban una y otra vez en su mente sin parar.

No sabes cuánto odio haberme enamorado de ti, cuán estúpido pude ser... Vete con ese maldito, no quiero volver a verlos jamás, no se aparezcan...

¿En verdad él se había enamorado? Ella no lo creía. Si así fuera le hubiera dado la oportunidad de hablar, hubiera creído en su palabra antes que en las falsas evidencias de Alexander... Si él la amara, no hubiera dudado tan fácilmente de ella. No, no la amaba.

Y saber aquello le producía un dolor amargo en el pecho. Recordaba cómo la miraba... Tan lleno de odio, de repugnancia hacia ella. Le dio otra vez escalofríos. Se preguntaba si él quisiera escucharla o tan siquiera pudiera soportar verla de nuevo. Dudaba de eso. Más lágrimas silenciosas corrían por sus mejillas.

No podía volver en ese estado al hospital, por lo que se dirigió a su casa. Cuando bajó del coche el nudo en su garganta se hizo aún más grande. Apenas abrió la puerta fue directo a su pieza. Se acurrucó en la cama envolviendo sus rodillas con los brazos. Le dolía la cabeza, todo se le estaba avecinando de golpe. Su hermano, ahora Peter...

Cerró los ojos y solo pudo visualizar su rostro, y esa mirada que le había dado mucho, mucho temor —por primera vez.

El rostro hermoso descompuesto por la rabia. La infinita repugnancia de sus ojos azules al mirarla. Las palabras hirientes que habían dejado golpes en su corazón. Pero lo que más le dolía era que había caído en el juego de Alexander —sin darse cuenta— y, lo peor, Peter había dudado de ella, así, sin más.

Un impulso imploraba llamarle a Peter, explicarle cómo pasó todo. Decirle que su hermano a ella le había jugado una trampa. Pero ahora él no querría escucharla, y tal vez nunca. Había visto en su mirada que había creído esa falsa prueba, pasando por alto su confianza, su cariño. Pasando por alto todos los momentos que habían vivido y que ella consideraba suficientes como para no creer en la primera evidencia que se le presentara. Él ni siquiera le había dado la oportunidad de hablar. Su corazón le decía que no se quedara sin hacer nada, que arreglara las cosas costara lo que costara. Pero ¿realmente él querría verla? ¿Tan siquiera la escucharía? Ya sabía la respuesta.

Lágrimas silenciosas seguían escapando de sus ojos sin control, le dolía bastante que una persona tan querida —demasiado— hubiera creído lo peor de ella. ¿Es que la creía capaz de hacerle algo así? ¿Que no la conoció bien? ¿Que no le había demostrado a cada segundo su verdadera persona? A pesar de que solo era un juego entre ellos...

Juego.

Ahora esa palabra sonaba absurda para ella, no había sido un juego, había sido mucho más que eso. Y el dolor en su interior lo reafirmaba.

Pero, por otro lado, su orgullo estaba herido. No podía soportar que Peter la hubiera tratado de esa forma sin más pruebas para acusarla. La rabia por

ese desgraciado de Alexander era casi la misma que la que sentía por Peter por haber desconfiado de esa forma. Trató de ponerse en el lugar de él, pero había una diferencia.

Nunca habría dudado de Peter a la primera muestra de traición o infidelidad que se le presentara. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué había dado por sentado que ella estaba involucrada con su hermano? ¿Ya se lo habían hecho antes?

Cierto, Peter no sabía que ella conocía desde antes a su hermano y que, de hecho, era «amigo» de Jeremy. Ahora entendía que todo había sido una estrategia de Alexander. Tal vez Jeremy fue el conducto que había utilizado para llegar a ella. ¿Por qué a ella? No lo entendía.

El celular en el bolsillo de su pantalón le gritaba que llamara a Peter. Lo sacó venciendo su cobardía. Pero... ¿Y si no quería volver a verla? ¿Tan siquiera trataría de escucharla? Haciendo caso omiso de sus preguntas marcó su número.

Dos, tres tonos. Llamada perdida.

Suspiró y volvió a marcar. Llamada perdida. Bien, ni siquiera quería escucharla. Sabía que debía hacer algo al respecto, al menos intentarlo, y si no resultaba... Entonces se resignaría. No podía dejar que Alexander se saliese con la suya. Esperaba conservar esa valentía para el día siguiente. Entonces iría a verlo y lo haría escucharla aunque fuera a la fuerza. La joven se negaba a que todo acabara de esa manera por una estupidez, por una asquerosa trampa. Porque eso era, una estupidez.

El hambre hizo que Annabelle se levantara de la cama. Fue a la cocina a prepararse algo sencillo. Mientras masticaba un pedazo de carne su celular vibró en su bolsillo. Rápidamente lo sacó esperando que fuera Peter. No lo era.

«Gracias, Annabelle.»

Era Alexander. Apretó los dientes y trató de tranquilizarse para no aventar el teléfono.

Estaba disfrutando de lo que había causado entre Peter y ella. Y algo le decía que no había terminado. Sin duda, ahora estaba segura de que Alexander, al igual que Peter, odiaba realmente a su hermano. Y le frustraba no saber cuál era el problema, el pasado de ellos.

El miedo creció en su interior. Sabía que hacía todo eso por lastimar a Peter. Pero ¿qué le había hecho Peter a su hermano? ¿Por qué ese odio tan

grande entre ellos? Debía ser su dinero, la empresa.

De repente, sin verlo venir, le entraron unas ganas enormes de vomitar. Salió disparada hacia el baño y abrió rápidamente el váter. El vómito quemaba su garganta a su paso, se apartó el cabello de la cara.

Le bajó a la palanca antes de lavar su cara y enjuagarse la boca. Se secó con una toallita toda la cara. Escrutó su rostro en el espejo del baño y concluyó que sus mejillas estaban más pálidas de lo normal. Aparte de eso, todo estaba bien.

Tal vez tantas emociones habían hecho efecto en ella. Después de recostarse en el sofá de la sala llamó a su madre y le explicó que se había sentido repentinamente mal y que por eso había regresado a casa. La mujer se mostró un poco preocupada, pero no hizo muchas preguntas al respecto. Annabelle indagó sobre Jeremy, a lo que su madre respondió con desgana que todavía no había ninguna señal.

Mientras su madre lo decía, una lágrima corrió por su mejilla. Ese día estaba siendo uno de los peores de su vida, todo estaba mal. Después de limpiar la cocina se acurrucó en el sofá con una manta cubriendo su cuerpo. Se sentía sola, necesitaba platicar. Invitó a su prima Marie. Tal vez un par de risas con ella ayudaría a despejarle un poco la mente y, además, ya tenía tiempo que no charlaba con su prima. Marie apenas había regresado de vacaciones con su novio, por lo cual la joven tampoco la había visto por el hospital.

Para su alivio, no tuvo que esperar mucho tiempo. Marie llegó casi al instante de haberla llamado. Su prima estaba emocionada porque creía que su novio le pediría la mano en esos días.

—Jace me llevó a comer a un restaurante carísimo, e incluso me tocó la canción que compuso para mí —se veía tan feliz que Annabelle sintió una punzada de celos.

—Lo debes tener loco. —sonrió—. Tienes suerte de encontrar un chico así.

—Seguro. Al principio era más tímido conmigo, incluso en el sexo. Pero como fue avanzando el tiempo me fue mostrando su interior, y es realmente maravilloso... —confesaba mientras jugaba con su cabello.

Ann trató de mantener una sonrisa en su rostro, escondiendo su tristeza.

—No me has contado cómo vas con Peter... —Marie la miró con expectación. La joven desvió la mirada.

—Pasa algo malo, ¿verdad? —se podía percibir la decepción en su voz. La aludida asintió con la cabeza.

—Sí, pero... ahora no quiero hablar de eso, después te lo contaré todo —comentó Annabelle con seriedad.

A petición de su prima, Marie dejó de lado ese tema y empezaron a platicar sobre otras cosas. Incluso acabaron viendo una película de comedia que las hizo llorar de la risa. Era una de las pocas películas que habían logrado hacer reír a Ann hasta derramar lágrimas.

Después de algunos minutos de haber terminado la película —ya se había hecho tarde—, Marie tenía que irse.

—Annabelle, por cierto. ¿No tendrás unas pastillas para el cólico menstrual? —le pidió antes de irse. Por suerte, Annabelle tenía algunas.

—Gracias por venir, Marie. Me la he pasado muy bien —habló con sinceridad. Había logrado olvidarse de sus problemas por al menos dos horas.

Su prima le dio un abrazo de despedida.

—Sabes que puedes contar conmigo prima. Sabes que por mi trabajo me es difícil ir muy seguido al hospital, pero trataré de estar ahí... Jeremy tiene que despertar, no pierdas la fe... —sonrió y salió de la casa. Annabelle se quedó recargada en la puerta hasta que el coche de su prima se perdió en la esquina de la calle.

El que Marie le haya preguntado sobre esas pastillas le recordó algo que había pasado completamente por alto. Con tantos problemas en la mente no se había dado cuenta de una cosa. Su periodo se había atrasado una semana si no le fallaban las cuentas.

Un pensamiento se le vino a la cabeza de forma inmediata. No, definitivamente no podía estar embarazada. La última vez que había tenido sexo con Peter había sido en Hawái... y ahora recordaba que no se había cuidado. Como siempre lo hacía, comenzó a preocuparse.

Trató de tranquilizarse, no podía entrar en un estado de ansiedad, a veces su periodo era irregular. No se preocuparía, aunque si su periodo seguía sin aparecer, tendría que pensar al respecto. Apagó todas las luces y subió a su cuarto. El dolor en su pecho hizo acto de presencia en cuanto tocó la cama. Tenía miedo de lo que pasaría si las cosas salían mal.

Y mientras la muchacha trataba de explicarse por qué se sentía tan mal con el panorama que se imaginaba —sin Peter—, comprendió una cosa, que en ese instante estaba más que clara. Por inseguridades y por propias precauciones

no lo había querido ver, ni siquiera darlo por hecho. Pero esa noche, acostada hecha un ovillo en su cama, la certeza le aplastaba la mente y el corazón, como nunca antes. Y justo entonces se desnudaba ese sentimiento, irónicamente, cuando el futuro era incierto.

Nunca había visto a Peter como un simple amante, como un compañero que solo le diera placer y nada más. Desde el primer momento, aquella tarde en la cafetería, le había robado los días y las noches y, con ello, su corazón. Nunca tuvo opción cuando la miró. Él había sido siempre algo más.

Se había enamorado de él.

Había perdido su propio juego de no enamorarse, de no involucrar el corazón. Ahora era demasiado tarde para arrepentirse.



Su cabeza era una tormenta de emociones. Odio por el bastardo de Alexander. Tristeza y rabia por Annabelle. Le había engañado vilmente. Todo era un complot entre ella y Alexander.

¿Cómo no pudo verlo? ¿Por qué había sido tan estúpido para caer enamorado de ella? ¿Por qué no se dio cuenta antes? ¿Por qué se enamoró?

Alexander de nuevo le estaba jodiendo la vida. Había jugado con él, por segunda vez. Y estaba seguro de que no lo dejaría en paz hasta que lo destruyera por completo. Aunque ya lo había hecho, su alma estaba desgarrada. Solo quedaba la sombra de lo que alguna vez había sido.

Y ahora nada podía rescatarlo del letargo oscuro que le quedaba. Sus ojos se fueron cerrando poco a poco, para alivio de él. El sueño era el único lugar donde podía estar tranquilo. El sueño, el único lugar donde las tribulaciones del alma quedan atrapadas y por falsos infinitos se es feliz. Pero antes de caer en la inconsciencia, supo que todavía amaba a Annabelle. El amor que le tenía a esa mujer era más grande que el odio que podía reunir contra ella por haberlo engañado.

Y ese amor estaba sujeto a su alma, indispuesto de borrarse alguna vez. Cerró los ojos y rezó por no soñar con ella. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, cuando la manta oscura cayó sobre sus párpados, terminó soñando con unos ojos color avellana, una vez más.

CAPÍTULO 19

Experto en romper corazones

Annabelle Jones estaba mirando el reloj incrédulamente. Se suponía que debía levantarse a las siete y ya eran casi las diez de la mañana. Intentó mover los pies fuera de la cama, pero esta se sentía tan cómoda... fue una misión difícil para ella. Cuando lo logró, lo primero que decidió hacer fue darse un baño. El agua caliente le relajaba bastante y ahora lo necesitaba.

Incluso después de cepillarse y secarse el cabello, pronto no tenía nada más que hacer en el baño. Trató de mantenerse tranquila al vestirse con unos vaqueros y una blusa sencilla. Ese día no tenía ganas de ponerse tacones altos, por lo que eligió sus tenis favoritos.

Después de terminar todo ese proceso, se sentó al borde de la cama. No podía aplazarlo más tiempo, debía pensar sobre qué iba a pasar con Peter. Primero debía ser sincera consigo misma. ¿Estaba realmente enamorada de él?

La respuesta llegó por sí sola.

Ni siquiera había que formularla.

Cuando pensaba en él, no podía pensar en otra cosa más que en sus bellos ojos azules, su voz, su personalidad, incluso su olor. Ya no importaba si intentaba ocultarlo todavía, siempre había tenido la respuesta.

Pero ahora... Todo estaba acabado. Por una asquerosa maldad de Alexander, él seguramente la odiaba. Tal vez había llegado a quererla; sin embargo, con lo que había sucedido ayer, seguramente se había esfumado cualquier cariño hacia ella.

Y eso le dolía.

Y también le daba rabia, pues no había sido culpa de ella... Los ojos se le empezaron a empañar de agua al recordar la escena del día anterior. Lo hubieran engañado a Peter o no, lo cierto es que la había humillado, dejándola

como la peor persona del mundo. Y ese resentimiento le estaba arañando el corazón.

Mas, aun con el orgullo herido, le era imposible imaginar una vida sin él. ¿Cuándo es que se había vuelto él tan indispensable? Sin darse cuenta, se fue acostumbrando a él, y poco a poco se convirtió en una parte esencial de su vida. Y ahí fue cuando se dio cuenta de cuánto significaba Peter para ella.

Se levantó de la cama y salió del cuarto. De sobra sabía que su madre seguramente ya se había ido al hospital con su hermano —por más que le rogaba que descansara un poco más—, por lo que ya no entró a su habitación. Tomó un vaso de leche para no irse con el estómago vacío. Tuvo que tomar el transporte público, ya que su madre se había ido en su camioneta, pues su auto tenía una falla y la moto —seriamente dañada— estaba en el taller.

Conforme iba dejando las calles de su casa, acercándose más a su destino, los nervios que azotaban su estómago aumentaron. Incluso unas pequeñas gotas de sudor cubrían su frente. Estaba decidida a intentar arreglar las cosas, no dejaría que su orgullo fuera más fuerte... Sin embargo, si las cosas salían mal...

Cerró los ojos con fuerza.

Entrando al estacionamiento de la empresa su corazón parecía querer salir de su pecho literalmente. Esa sensación le recordó su primer día de trabajo, pero con la diferencia de que los motivos eran completamente distintos.

La ansiedad la embargó cuando empezó a mover los pies hacia la entrada. Sentía las piernas cada vez más pesadas y temía que le fallaran en cualquier instante. Cuando entró finalmente, volvió a tomar otro respiro antes de subir en el elevador.

Estaba luchando por no empezar a morderse las uñas mientras esperaba a que subiera el ascensor. Las puertas se abrieron, todo estaba como siempre. Tragó saliva y caminó hacia la señora que estaba en el recibidor. La miró sorprendida.

—Annabelle —saludó.

Sonrió a medias.

—¿Está el señor Brown? —preguntó secamente. La mujer miró hacia la puerta nerviosa.

—Sí... claro que está —afirmó. La joven comenzó a avanzar hacia la oficina, pero la recepcionista la llamó de nuevo.

—Ten cuidado, Annabelle, no está de muy buen humor —le avisó. Volteó

hacia ella encogiéndose de hombros, indicándole que eso no era problema.

Había llegado el momento de traspasar esa puerta. Respiró hondo antes de entrar a la oficina y enfrentarse con él.

Peter estaba de espaldas, lo que fue un alivio para ella. Parecía estar contemplando los edificios de la ciudad que se veían perfectamente a través de una gran ventana. Su escultural cuerpo lucía perfectamente —como siempre—, ceñido por el traje oscuro.

La joven sabía que él era consciente de su presencia, pero aun así no se daba la vuelta. No le temblaron las piernas cuando avanzó hacia su escritorio, corrió silenciosamente la silla y tomó asiento.

Seguía pensando en qué decir, ya que al parecer él no le iba a dar la cara. De repente Peter cruzó los brazos que antes permanecían a sus costados. El aire se quedó atorado en sus pulmones.

Entonces se dio la vuelta y fue como encontrarse con una persona completamente distinta. Sus ojos azules no tenían esa calidez que los caracterizaba, ahora estaban fríos y cautelosos, incluso más que antes. No reflejaban nada y, lo peor, no notaba su alegría al verla.

En ese momento Annabelle se sintió realmente incómoda, casi arrepentida de haber ido. Apartó la vista de él, no le gustaba lo que leía en su mirada.

—¿Qué quieres? —le habló con indiferencia. ¿Qué? Eso no le estaba gustando, estaba mal.

—¿Qué te pasa? —se arrepintió en el momento que soltó esas palabras, aunque no pudo evitar mirarlo para ver su reacción: los labios esbozaron una sonrisa, sin embargo, la felicidad no le llegó a los ojos.

—Dime, Annabelle. ¿Qué quieres? —preguntó pasando por alto su pregunta. Ese era el momento de hablar. Fijó la vista en los rascacielos que se podían ver por los ventanales.

—Yo sé cómo te sientes por todo este malentendido y comprendo que estés así, pero tienes que escucharme, tienes que saber la verdad. Primero, quiero que sepas que nunca te he engañado con nadie como ahora mismo piensas. Yo conocía a tu hermano, pero no lo ubicaba... Y en una fiesta donde mi prima me invitó lo reconocí y supe que era tu hermano. —tomó un suspiro antes de proseguir—. No te había contado sobre eso porque no quería incomodarte con ese asunto, además de que siempre evadías ese tema... Él me pidió hacerle un favor, aprovechándose de mi ignorancia del problema de ustedes... Pero fue una trampa, todo lo maquinó perfectamente bien para que los dos cayéramos...

—una lágrima rebelde se escurrió de sus ojos, la limpió con el dorso de la mano.

Estaba doblegando su propio orgullo, pero tenía que escucharle.

—No más mentiras, Annabelle. Ya estoy enterado de que fue Alexander quien solicitó a mi empresa darte trabajo, algo de lo que no me percaté por pendientes... Obviamente, tú tendrías que saber de eso. Dime de una vez, ¿quieres dinero? ¿Él no te pagó lo suficiente para romperme el corazón? —sus palabras fueron como cuchillos atravesando su pecho.

Annabelle se quedó estática. ¿Alexander le había ayudado con el empleo? ¿Cómo era eso posible?

—Eso no es cierto, Peter. Yo no sabía en absoluto de tu hermano cuando entré a trabajar aquí... No, algo está mal.

Pero él no le creía. La miraba sorprendido de la capacidad que tenía ella para mentirle en su cara.

—¡Te estoy diciendo la verdad!, Peter. Él te odia y quiere hacerte daño, no sé el porqué. ¿No te das cuenta? —gritó sobresaltada levantándose de la silla.

Sus ojos azules por un momento chispearon de impotencia para luego regresar a su máscara inescrutable.

—Basta, Annabelle. Si lo que quieres es dinero con todo esto solo dilo; estoy dispuesto a darte lo que quieras con tal de que no vuelvas a cruzarte en mi camino.

Y eso la derrumbó. ¡Eso no estaba dispuesta a tolerarlo! Su única reacción fue levantarse de la silla y dar dos pasos atrás, lo desconocía, no podía creer las palabras que escuchaba. O, tal vez, nunca se había dado cuenta de quién era él en realidad.

Él apoyó las manos sobre el escritorio y bajó la vista por un momento. Parecía estar queriendo ocultar sus verdaderas emociones. Volvió a levantar la cabeza mirando en cualquier dirección menos a ella. Tenía los músculos de su espalda y sus brazos increíblemente tensos.

—Entonces supongo que esto es todo... Nunca me conociste de verdad, Peter, y ahora mismo ya no me importa lo que puedas pensar de mí. No hay forma de que cambies la mierda que hay en ti, y que te ciega por completo. No sabes cuánto me arrepiento de haberme cruzado en tu camino. Pero... Si algún día logras saber la verdad, no te atrevas a regresar ni pedir que te perdone —estaba sorprendida de que su voz sonora tan tranquila, como si no fuera tan grave lo que estaba pasando. *Lo que se acababa antes de comenzar.*

Clavó su mirada en esos ojos azules. Los ojos fríos de Peter ahora tenían una expresión de tortura.

Su corazón estaba siendo apuñalado, herido de verdad. Sin embargo, no se iría sin hacerle saber sus sentimientos, porque de alguna manera las verdades se revelaban tarde o temprano, y quería que cuando él lo descubriera, sufriera con sus palabras, tanto como ella.

—Aunque tengo que decirte que... Tenías razón al pedirme que no me enamorara de ti... Al decir que eres un experto para romper corazones. Aunque no lo creas y pienses que tengo algo que ver con toda esa mierda, me he enamorado de ti. ¿Y sabes? Me arrepiento tanto por haberlo hecho, pero ten por seguro que me sacaré todo esto.

Sacó las llaves del auto blanco y las dejó sobre el escritorio. Quería salir lo más rápido posible de ahí para nunca volver. Retrocedió un paso y justo antes de dar media vuelta para irse le pareció ver un destello de una lágrima en sus ojos. Sin embargo, no se volvió para comprobarlo.

Abrió la puerta y la cerró de un portazo. Pasó prácticamente corriendo por el recibidor ignorando a las personas que se le quedaron mirando. Pronto ya estaba fuera del edificio sintiendo la realidad quemando su pecho.

Caminó por la acera tratando de asimilar lo que había pasado. Sabía que todo había acabado, pero aún su corazón no se lo creía. Por suerte, estaba pasando un taxi, por lo que hizo la parada. La joven subió al coche con prisa. Le esperaban unos quince minutos de recorrido para el hospital.

Apoyó su cabeza en la ventanilla del coche mirando las nubes grises de aquel día. Al hacerlo, pudo notar la forma de un corazón en el vidrio —hecho por la persona que anteriormente ocupó el taxi—, y eso le provocó una punzada en el pecho.

Ya había comenzado a lloviznar y las gotas resbalaban por la ventana. Podía sentir sus ojos hinchados a causa de las lágrimas. Los recuerdos del tiempo en el que había sido feliz —sin percatarse— pasaban como una película por su mente. Cada beso, cada palabra, cada mirada, cada caricia que recordaba seguían torturándola... Era increíble cómo las palabras tenían el poder de destruir y crear, sanar y matar.



En un abrir y cerrar de ojos ya estaba en el hospital. Le había marcado a su madre que la esperara en la entrada del hospital ya que no quería más miradas incómodas sobre ella. Y en cuanto bajó del taxi, pudo verla de pie

aguardando, con el estrés plasmado en su rostro. El estado de su hijo —con toda razón— estaba haciendo mella en ella. Jeremy...

Cuánto daría por poder platicar con su hermano en esos momentos, cuánto desearía que la rodeara con sus cálidos brazos. También se sentía culpable por sentirse miserable por otra cuestión que no fuera él, cuando él debería ser el centro de su atención.

Sintiendo las lágrimas antes de llegar hasta su madre, lo único que pudo hacer fue abrazarla para intentar borrar todo. Ella la estrechó entre sus brazos —acariciando su cabello castaño— mientras Annabelle intentaba olvidarse a toda costa de su dolor, que parecía correr por todas sus venas.

CAPÍTULO 20

Ángel del infierno

Annabelle Jones sentía sus párpados demasiado pesados. La luz le dio de lleno en los ojos cuando por fin pudo abrirlos, no sin cierto esfuerzo. Lo primero que vio fue el rostro preocupado de su madre.

De repente cayó en la cuenta de que yacía en una camilla. ¿Qué le había pasado? ¿Por qué estaba allí? Trató de recordar lo que había pasado, pero lo último de lo que fue consciente fue de la calidez de los brazos de su madre y, a partir de ahí, nada más.

—Mamá —dijo tratando de incorporarse. Se sentía muy incómoda. Su madre la ayudó a sentarse en la camilla. La cabeza todavía le daba vueltas levemente—. ¿Qué me pasó?

—Sufriste un desmayo. ¿Cómo te encuentras hija? —preguntó su madre.

Se llevó una mano a la cabeza y descubrió lo despeinada que estaba, aunque eso era lo de menos. La joven se encogió de hombros.

—Estoy bien —asintió con la cabeza.

La mujer suspiró de alivio, pero todavía seguía la preocupación pasmada en su rostro. Algo le estaba perturbando.

—¿Qué pasa? —preguntó la muchacha mirándola fijamente.

—¿Por qué llorabas? —inquirió su madre frunciendo el ceño.

El dolor en su pecho hizo acto de presencia al recordar el motivo. Recuerdos invadían su mente, pero aun así trató de parecer tranquila frente a su madre. No quería que ella tuviese una preocupación más; ya tenía suficiente con Jeremy.

—Estoy bien —mintió—. Solo que tantas cosas que han pasado... —farfulló.

La mirada de su madre le decía que no estaba convencida, pero, para su alivio, no insistió.

—Te hicieron unos estudios. Es muy extraño que tú te desmayes, nunca te

ha pasado —musitó ella con la voz cansada.

Annabelle se dio cuenta de que su madre no había dormido mucho más que ella, que se la había pasado llorando en su casa, mientras su madre había tenido que lidiar con su trabajo y el cuidado de su hijo. Ella no la estaba ayudando. Se sintió mal. Aunque afortunadamente su madre había conseguido ayuda del hospital —en el que llevaba trabajando más de veinticinco años—, por lo que los gastos de su hermano ya estaban prácticamente cubiertos.

—No tenías por qué hacerlo, mamá. Solo es por la situación que estamos viviendo, seguramente —sonrió a medias—. Además, tienes que descansar, mamá. No eres una máquina que no duerme —apuntó Ann con preocupación.

Su madre tenía enormes sombras moradas debajo de los ojos. La mujer negó con la cabeza, vacilante.

—No es nada. Tu hermano no me deja dormir... —susurró con tristeza.

Inmediatamente la joven sintió ese molesto nudo en la garganta avisándole que las lágrimas no tardarán en salir de sus ojos. Bajó la mirada a sus manos.

—Ten fe, mamá. Jeremy despertará —murmuró Ann débilmente. Alzó la vista hacia los ojos nebulosos de su madre. No entendía de dónde su madre había sacado toda esa fuerza, que no sabía que tenía, para sobrellevar toda esa situación.

—Tu hermano no ha dado señales de volver en sí, yo... —tragó saliva audiblemente—. Ya no sé qué hacer, mi amor. Si tu hermano no despertara nunca... —no logró terminar la frase, pues empezó a sollozar.

Ann la atrajo hacia sus brazos mientras intentaba consolarla, aunque ella también necesitaba ser consolada. No supo cuánto tiempo pasó abrazándola, mas al menos su madre se había desahogado un poco y ella estaba un poco más reconfortada. Tuvo casi que rogarle para que fuera a descansar a la casa. Después de tanto protestar, su madre acabó rindiéndose. Le concedieron fácilmente el descanso a su madre, ya que estaba atentando incluso contra su salud. Además de que no podía atender a los demás enfermos cuando estaba luchando apenas por caminar.

El coche de su madre se había descompuesto hacía varios días, aunque gracias a la camioneta de Annabelle no tuvieron problemas con el transporte. Ann esperaba que su madre no notara la ausencia de Peter —que había estado yendo regularmente—, no quería hablar del tema con ella para mantenerla tranquila.

Tuvo que quedarse el resto de la tarde con su hermano. Andrea —el amor

de Jeremy— ya se había marchado, por lo que estaba sola. Esa noche la pasaría en el hospital ya que no quería dejar solo a su hermano. También esperaría los resultados del estudio —innecesario— que le había hecho un doctor.

La joven estaba sentada al lado de la camilla de su hermano, por lo que recostó la cabeza en su estómago, que bajaba y subía al ritmo de la respiración.

Jeremy parecía estar sumido en un profundo sueño. Ann se preguntaba si todo ese tiempo —ya casi un mes y medio desde que regresó de Hawái— la había pasado perfectamente en blanco, sin enterarse de nada. Contemplar el rostro de Jeremy le ayudaba bastante a no sentirse tan devastada.

Anhelaba los consejos de su hermano en ese momento de su vida. Intentaba imaginarse su reacción si se hubiera enterado de lo que había pasado. Seguramente hubiera ido directo a golpear a... No se permitió ni siquiera pensar su nombre. Cerró los ojos con fuerza.

Los esfuerzos por no pensar en él —siempre desistiría— parecía que no iban a valer la pena. Las oleadas de dolor se alzaban persiguiéndola. Irremediamente, lágrimas salieron de sus ojos, sus mejillas y se perdieron en el final de su mandíbula. Al mismo tiempo, una rabia nacía en su pecho, al recordar las palabras de él.

Cuánto anhelaba dormir, era la única forma en la que podía estar tranquila. Sin ese maldito dolor en sus entrañas. Y, finalmente, su cuerpo cansado hizo caso de sus deseos.



Annabelle escuchó una voz que le llamaba esfumando su placentero sueño. Abrió los ojos y se encontró con una enfermera frente a ella.

—Señorita, perdón por despertarla. Pero el doctor West quiere hablar con usted —dijo disculpándose.

Ella le sonrió, apenas perceptiblemente, indicándole que no se había enojado.

—Está bien, gracias —murmuró Annabelle levantándose.

—La espera en su consultorio. Es el doctor Sergio West. Está a mano derecha subiendo las escaleras —le señaló la enfermera amablemente. Ann asintió con la cabeza.

Miró por última vez el —aparentemente dormido— rostro de su hermano antes de salir de la habitación.

Mientras caminaba por los pasillos del hospital sacó el celular del bolsillo de su pantalón para comprobar la hora. Ya era casi medianoche. Pero ese hospital tenía la misma actividad como que si fuese pleno día. Ahora comprendía por qué llegaba su madre tan agotada a la casa.

Cuanto más avanzaba hacia el consultorio, una sensación incómoda se metió en su pecho. Se estaba poniendo nerviosa sin razón alguna. Luchó contra sí misma hasta llegar al consultorio del doctor. Abrió la puerta.

Se encontró con un señor —de unos cincuenta años— muy concentrado en su computadora. Al sentir su presencia alzó la vista. Sus ojos eran grises.

—Siéntese, por favor, señorita Jones —saludó sonriendo.

La joven tomó asiento frente a él y se removió inquieta, estaba demasiado nerviosa. El doctor se puso sus anteojos antes de revisar atentamente unos papeles. Ann esperó pacientemente.

—¿Al parecer todavía no lo sabe, verdad? —preguntó mirándola por un momento con ojos expectantes. Ann ladeó la cabeza, frunciendo el ceño. No le entendía. Su corazón empezó a acelerarse.

—¿Todavía no sé qué? —preguntó.

—Felicidades, señorita Jones —musitó el doctor con las comisuras de sus labios ligeramente curvados.

La muchacha juntó las cejas hasta tal punto que casi se tocaban.

—¿Por qué me felicita? —preguntó entrecortadamente. Juntó sus manos con nerviosismo mientras esperaba la respuesta.

—Usted está embarazada —le informó con una sonrisa torcida.

La joven palideció. No daba crédito a lo que escuchaba.

—¿Qué? —la voz se quedó atorada en su garganta.

El doctor puso cara de preocupación al ver su expresión. La sangre había dejado completamente sus mejillas.

—Está esperando un bebé —dijo confirmando lo que habían oído antes sus oídos.

La cabeza le daba vueltas. Las lágrimas no tardaron en aparecer. No sabía si se sentía triste o feliz. Solo supo que el mundo se le venía encima.



Peter Brown llevaba más de una hora acostado en su cama sin poder dormir. Es que los malditos recuerdos no lo dejaban. ¿Por qué tuvo que meterse tan dentro de su corazón? Había sido un maldito estúpido al haberse permitido tal cosa.

No solo traicionaba a Miranda, también a él mismo. Él ya no tenía ningún derecho de enamorarse después de lo que había hecho con Miranda. Y lo había hecho. Y ese era su castigo, y tal vez se lo merecía.

Trató de cerrar los ojos y olvidarse de todo, pero los cálidos ojos de Annabelle lo perseguían, y él no estaba haciendo nada por apartarlos. Recordó inevitablemente la última vez que la vio. ¿Por qué tuvo que pasar todo aquello? ¿Por qué no lo vio venir desde el principio?

Definitivamente, todo había acabado con ella, todo había sido una trampa de ella y su hermano. Pero algo en él todavía se resistía a aceptarlo, peor aún, a creerlo. Su mente sabía que debía dejar de amarla, o al menos no volver a buscarla, sin embargo, lo cierto era que su alma la necesitaba y la amaba. Le dolía el tiempo y cómo este se vislumbraba gris y sombrío.

Tantos recuerdos se entretrejan en su memoria, y otros tantos se desvanecían. Tantas noches de ayer que extrañaba y tantos días infinitos que detestaba. Tantos olvidos que duelen.

No podía comprender cómo había llegado a confiar —en muy poco tiempo— en Annabelle tan ciegamente. Era un ángel del infierno. Ni siquiera le creía que estuviera enamorada de él —después de lo que había descubierto—, era impensable.

Una lágrima se derramó por su mejilla y la limpió violentamente. Odiaba llorar. Pero lo cierto es que Annabelle llevaba tiempo provocando ese tipo de cosas en él.

De pronto el sonido de su celular rompió el silencio. Molesto se levantó y fue a descolgarlo.

—¿Diga?

—Tanto tiempo, Peter —se tensó de inmediato al escuchar esa voz. Maldito bastardo.

—Solo quiero que sepas que Annabelle lo hace mucho mejor que Miranda. ¿No te parece?

—Maldito hijo de puta.

Aventó el teléfono contra la pared. Le importaba una mierda que se rompiera. En lugar de dormir, lo único que pudo hacer fue atascarse de licor. Las botellas vacías rodeaban el lugar donde estaba sentado, en el maldito piso frío de su habitación. Ese sentimiento parecía no querer irse nunca, y ni siquiera todo el licor que tomó podía apartarlo. En ningún momento. Lo que sí comprendió es que Annabelle era su ángel del infierno.

¿Por qué? ¿Por qué tenía que doler tanto?

CAPÍTULO 21

Parker Williams

Annabelle estaba en una silla en el cuarto de su hermano cuando se despertó. Le dolía el cuello por la mala posición en la que había dormido. También sentía los ojos hinchados por todas las lágrimas que había derramado.

Tampoco se le quitaba la imagen de un bebé, Peter y ella. No podía ni imaginarlo, todavía ni lo creía. Llevó las manos a su vientre mientras una lágrima resbalaba por su mejilla. Ahora no sabía qué iba a hacer. Peter no quería saber nada más de ella, él le había demostrado claramente que ya no le importaba creyendo que era capaz de lo peor.

¿Podría ir a decirle que estaba esperando un hijo suyo? No lo aceptaría, ni siquiera creería que era suyo. Pensaba en no decirle, pues no quería nada que proviniera de él y pudiera recordárselo.

Recostó la cabeza en el respaldo de la silla y cerró los ojos. Dios, por qué le tenía que pasar eso. Recordó con nostalgia la última vez que compartieron sus cuerpos, y algo más que eso... No se protegieron, y a ella se le olvidó tomarse la pastilla por el impacto del accidente de su hermano. En su mente aparecía un niño de ojos azules y cabello negro corriendo en algún jardín. ¿Qué debía hacer?

Había descartado la opción del aborto. Jamás le quitaría la vida a un ser inocente. Además, era su hijo, pensó incrédula. Todavía le costaba trabajo creer que dentro de ella se estaba desarrollando una vida. Un bebé. Pero no solo era su hijo, también era de Peter. El hijo de Peter. Pero... ¿creería que es su hijo? No, era lo más seguro. Entonces ni siquiera le diría nada, nunca. Su hijo crecería sin padre, pero ella le daría todo lo que necesitara.

La joven seguía rodeando su vientre con las manos sin quitar la imagen del niño de ojos azules de su cabeza. En medio de toda la tristeza y preocupación que sentía, sin embargo, las comisuras de sus labios se curvaron. Cuanto más

pensaba en el bebé, más lo quería. Sentía una calidez que llenaba su interior y que nunca había sentido.

—Buenos días, hija —escuchó la voz de su madre.

Abrió los ojos y se encontró con sus ojos cafés. Tenía el ceño levemente fruncido.

—Mamá... —logró decir con la voz ronca, por lo que se aclaró la garganta—. ¿Por qué has venido tan rápido? —preguntó enojada, alejando todos los anteriores pensamientos de su cabeza.

La mirada de su madre viajó hacia la camilla donde estaba su hermano, inmóvil. Suspiró.

—Tu hermano nos necesita —murmuró ella con tristeza.

Annabelle miró a su hermano con melancolía. Demasiados cables conectaban su cuerpo con unas máquinas. Su cabello estaba muy opaco, había perdido su brillo. Sin embargo, aun con todo eso, seguía conservando su belleza. Su hermano no se parecía mucho a ella, pero Ann siempre había pensado que, sin duda, él había tenido más suerte que ella en el agraciado físico.

—¿Cuándo despertará mamá? —preguntó con voz monótona.

Su madre tomó asiento a su lado, sus ojos estaban llorosos, pero ninguna lágrima había derramado todavía.

—No lo sé... Pero tengo esperanza de que despierte pronto. —Su voz se quebró.

Ann recargó la cabeza en el hombro de su madre. ¿Por qué todo eso le tenía que pasar? Su hermano en coma, su relación con Peter se había terminado de la peor manera y ahora un bebé —de quien su padre seguramente nunca sabría— crecía dentro de ella.

Pensó en contárselo a su madre, mas lo descartó rápidamente. No quería que se preocupara por ella también. Sería su secreto, por el momento. Al menos por un tiempo. Ya después, cuando no pudiera ocultar el evidente embarazo, hablaría con ella. Incluso, había hablado con el doctor para que no le dijera nada a su madre por los momentos.

Estuvieron ahí sentadas contemplando a Jeremy inmóvil, con la pequeña esperanza de que de repente abriera los ojos. Su madre se levantó después de unos minutos.

—Tengo que seguir trabajando, hija —le sonrió débilmente.

—Está bien, yo cuidaré de Jer —musitó Ann.

—Ya viene la enfermera que cuida a tu hermano, tú tienes que ir a desayunar —ordenó su madre elevando la voz.

Ahora que ella lo decía, se daba cuenta de que sentía el estómago vacío.

Ahora no solo comes tú, le dijo su conciencia.

Asintió con la cabeza y se levantó con torpeza. Bostezó y estiró un poco los brazos. Su madre le dio un abrazo y besó la frente de su hermano antes de salir del cuarto.

Dos minutos después una enfermera —de unos cuarenta años— entró para revisar a su hermano. Ann fue hasta donde Jeremy para darle un beso en la frente —al igual que su madre— y salió dirigiéndose al comedor. Bajó por las escaleras ya que el comedor solo estaba una planta más abajo. Cuando iba a dar la vuelta para caminar por el pasillo angosto, chocó con alguien provocando que los libros que traía esa persona cayeran al piso blanco y pulcro.

Avergonzada, se agachó para recogerlos, pero otras manos también se movieron rápidamente. Con un libro en la mano la joven se levantó para dárselo. Y entonces se encontró con un joven bastante familiar.

Sus ojos verdes la escudriñaron. Los recuerdos de su viaje a Hawái llegaron rápidamente a su cabeza. De pronto, lo recordó. Era Parker, el salvavidas.

Se quedaron mirando sorprendidos. Ella fue la que habló primero.

—¿Tú... eres el chico que conocí en Hawái? —preguntó alzando las cejas. Él esbozó una sonrisa mostrando el perfecto juego de dientes. Sí, sin duda era él.

—Sí, el mismo. Y tú la chica a la que salvé —rio entre dientes.

Ann asintió, recordando el incidente con una sonrisa.

—Y... ¿cómo es que estás aquí? Tú trabajabas en Hawái, ¿no? —preguntó Annabelle.

De pronto la joven fue consciente de lo cerca que estaban, por lo que dio un paso atrás y se sintió más cómoda.

—Bueno, pues, obviamente tuve que tomar un avión y después... —empezó él a bromear.

Annabelle lo miró divertida.

—¡Ya está! Eso es obvio —dijo negando con la cabeza.

Parker soltó una carcajada.

—Y, bueno, todo lo demás quiero hablarlo tranquilamente. ¿Gustarías ir a desayunar conmigo? —le pidió con un brillo intenso en los ojos.

Ann aceptó porque tenía muchas preguntas en su mente. ¿Qué hacía en el hospital?

Dejó de pensar cuando empezaron a caminar, pues se mantuvo riéndose con las ocurrencias del chico. Se sentaron en una pequeña mesa de dos personas. Él solo pidió un café y un pan. Ella, en cambio, pidió un desayuno completo y un café. Annabelle era consciente de que estaba hablando prácticamente con un desconocido, solo lo había visto un par de veces. Pero había algo en él que le inspiró confianza desde el momento en que lo vio, suponía que era un buen chico.

—Llegué a Chicago hace dos días —contestó Parker a una pregunta que ella había formulado.

Ann asintió mientras pensaba en su próxima pregunta. Tomó un sorbo de café antes de hablar.

—Ya me habías dicho que eres también de Chicago, pero... ¿alguien de tu familia está enfermo? O... ¿Por qué estás aquí? —preguntó mientras tomaba otro sorbo de café.

A propósito bajó la mirada ya que él no dejaba de verla y se sentía un poco cohibida a causa de eso.

—No, solo que mi padre es médico y trabaja aquí. Aunque yo tengo una tienda de artículos para playa y todo eso —sonrió él y al fin bajó la vista hacia su café dejando de mirarla.

—¿En serio? —indagó Ann antes de meter un pedazo de comida en su boca.

Le sorprendió el hambre que tenía; ahora entendía por qué las embarazadas siempre estaban comiendo algo. Él asintió con la cabeza mientras tomaba un sorbo de su café caliente. Sus ojos verdes atraparon la mirada de la muchacha nuevamente haciendo que ella bajara la vista avergonzada.

—Y... ¿por qué estás en este hospital? —preguntó el muchacho después de varios minutos.

Inevitablemente, la sonrisa en el rostro de ella desapareció. Los ojos verdes de Parker lucían preocupados.

—Bueno... Mi hermano está en... —suspiró antes de pronunciar la razón —. Está en coma.

Bajó la cabeza ya que no quería que él viera su rostro tan deprimido.

—Lo siento mucho —le oyó susurrar.

Ella asintió levemente y volvió a concentrarse en la comida. Para su buena suerte, lograron entablar conversación sin tocar ningún tema que le desagradara. Al final y para su sorpresa, Ann terminó pidiendo una pequeña porción más. Parker se sorprendió también.

Todo parecía perfecto antes de que él pronunciara esas palabras que taladraron su corazón.

—Y... ¿todavía sigues con tu novio? —preguntó Parker mientras los dos caminaban hacia el cuarto de Jeremy.

Annabelle guardó un minuto de silencio antes de contestar con voz monótona.

—Ya terminé con él —musitó encogiéndose de hombros. La joven tenía las manos en los bolsillos de su suéter mientras estudiaba la reacción de Parker. Él se pasó la mano por el cabello castaño y corto despeinándolo un poco, y una sonrisa asomó en sus labios.

—¿Qué debería decir? ¿Qué estúpido por perder a una chica como tú? —sonrió de lado.

Negó con la cabeza divertida.

—No sé cuál es el motivo de su ruptura, pero sin duda que dejó escapar a una gran chica —dijo riéndose entre dientes.

Ella se unió a sus risas. Bromear con él era agradable y natural. Se la pasaron platicando mientras estaban al pendiente de Jeremy. Aunque él aún no daba señales de movimiento, los milagros podían pasar en cualquier momento.

—Deberías ir a clases de natación —se burló Parker.

Lo miró frunciendo el ceño.

—Nunca terminaría de aprender —dijo con voz seca.

Parker se la pasó contándole todas las anécdotas que le habían ocurrido en su estancia de trabajo en la playa, en Hawái. Como una vez que rescató a un hombre joven que se estaba ahogando en una alberca. Por causas extrañas, él terminó encima del hombre aparentando otra cosa. Cuando se iba a alejar apareció el novio del que había salvado. Y lo peor fue que era un hombre negro como de dos metros, que pretendía golpearlo. Por el miedo que le invadió empezó a correr como loco alrededor de la alberca y terminó empujando a una anciana a esta. Todo un desastre.

La chica no paraba de reír a carcajadas cuando Parker se lo contó. Tanto así que las propias enfermeras tuvieron que llamarles la atención.

Por increíble que pareciera, por todo un día logró pasarlo bien. Fue como

quitarse un peso de los hombros. Por ahora.

Sin embargo, el día tenía que acabar. Parker le había dicho que estaría yendo al hospital durante esos días, ya que tenía un nuevo motivo. Ann sonrió ligeramente. Solo quería pasársela bien con él, sin llegar a incomodarse.

Su madre le ofreció que esa noche durmiera en la casa, ya que ella tendría trabajo de noche, por lo que accedió. Cuando llegó a su casa el silencio — amargo y doloroso— la engulló. Se sentía raro estar sola, sin escuchar las estupideces que decía su hermano y que ahora rogaba escuchar. Se dio cuenta de cuánto extrañaba a Jeremy. Y también —con cierto dolor— era extraño no sentir las miradas intensas de Peter sobre ella, ni sus caricias ni sus cuidados un tanto exagerados.

No soportaba el silencio y los gritos de su alma que se entremezclaban en él diciéndole todo aquello que callaba. Era estremecedor. La tristeza abría sus alas y pretendía abrazarla hasta el cansancio. Ahora se daba cuenta de que no sería fácil volver a ser la misma. El dolor que la consumía hasta el borde de la locura no solo era emocional, también físico, apretujaba su pecho y un peso agotador le sepultaba los hombros.



Tratando de alejar lo más posible los recuerdos tormentosos, se puso a hacer algo que nunca había hecho, aunque sí tenía la receta en la cocina. Trató de hacer un pastel de chocolate, pero, claro, obviamente no resultó nada bien. Ni siquiera estaba segura de que fuera comestible.

Cuando no tuvo otra cosa qué hacer más que ir a la cama y dormirse, fue por sus audífonos y el reproductor de música; también por unas hojas y un bolígrafo. Escribir siempre le daba un poco de consuelo. Antes de acurrucarse en la cama, entreabrió un poco la ventana de su cuarto. Le gustaba ver el exterior, la noche que era como una manta para sus sueños. Después de poner un poco de música cogió la hoja y la pluma. Y entonces comenzó a verter en letras lo que había en su interior:

*El brillo de mis ojos ha ido menguando,
muriendo como la noche antes del amanecer,
dejando de lado la vida junto con los pájaros,
quedando tan grises como una tormenta fría.
Mi canto triste llora en todo tu recuerdo,
se rompe al ritmo del piano solitario y abandonado,*

*se va volviendo bajo conforme pasa el tiempo,
volviéndose al final en una ráfaga muy amarga.
Mis ayeres esta noche duelen como témpanos,
quemando toda la alegría que en mi alma había,
marchitando con su peso la vida que respiraba,
doliendo tanto que me va matando en lento suspiro.*

Una lágrima corrió por la mejilla de la muchacha. Se había enamorado, tal vez desde el primer momento, y no quiso verlo. Y ese era el resultado: palabras despojadas y desnudas.



Los huevos fritos quemaban su garganta mientras los masticaba. Su humor y su aspecto estaban por los suelos en ese momento.

Hasta Andrea —la mujer que era como su segunda madre— se daba cuenta. Ella había sido la primera que había trabajado en esa cocina y hasta la fecha. Lástima que sus padres hubieran fallecido cuando él era muy chico, le hubiera gustado que todavía los tuviera consigo, especialmente ahora. Sus ojos cafés lo miraban con preocupación mientras fruncía el ceño.

—¿Qué te pasa, niño? No pareces tú en lo más mínimo —murmuró con desaprobación.

Tenía razón, no parecía él mismo. El muchacho se encogió de hombros mientras tomaba un sorbo de leche.

—No lo sé —dijo mintiendo.

—¿Es por la muchacha? —preguntó con su voz ronca.

Sus ojos reflejaban verdadera preocupación por él. Un dolor que no podía explicar atravesó el pecho de Peter. Negó con la cabeza débilmente. Se sentía mal por preocuparla de ese modo. Aunque, ¿qué podía esperar después de tomar tanto licor y permanecer casi sin dormir? Seguramente nada bueno.

—Veo en tus ojos que estás completamente perdido, hijo —dijo Andrea con las palabras exactas. Él sonrió con tristeza y siguió comiendo en silencio mientras la escuchaba—. Te puedo decir algo, solo escucha tu corazón con atención, Peter. Ahí encontrarás la verdadera respuesta —murmuró sonriéndole maternalmente.

Le devolvió la sonrisa con cierto esfuerzo. *Escucha tu corazón.* ¿Qué se suponía que tenía que escuchar? ¿Y cómo? Había sido una trampa asquerosa contra él.

Cuando terminó su desayuno se levantó de la mesa tambaleándose un poco. La cabeza seguía dándole vueltas. Sentía muy pocas fuerzas en el cuerpo y, en consecuencia, solo pudo recostarse en el sofá de la sala, observando las chispas de la chimenea. De pronto empezó a sentir frío, demasiado. Era como si un camión lo hubiera arrollado. Aparte de todo eso, se sentía hecho una mierda. Se estaba dando cuenta de que estaba muy solo, y eso comenzaba a doler de verdad. Antes la soledad no había dolido tanto como ahora. Y entonces comprendió que el dolor de la ausencia es equiparado a la felicidad de la presencia.

La temperatura empezó a aumentar en su cuerpo con cada minuto que pasaba. Andrea intentó bajársela por todos los medios, pero parecía una tarea imposible. Estaba ardiendo en fiebre.

—Tendré que llevarte al hospital —fue lo último que la escuchó decir, antes de caer en un profundo sueño.

CAPÍTULO 22

Amigo

U nos murmullos lo despertaron. Abrió los ojos con dificultad y descubrió que su vista era un poco borrosa. Poco a poco se fue aclarando, reconociendo su entorno. Entonces fue cuando pudo distinguir a Andrea — quien lo había acompañado— platicando con un señor con bata blanca. Observó a su alrededor y comprendió que estaba en un hospital. Trató de recordar por qué estaba ahí, pero no lo consiguió. Hizo el esfuerzo de hablar, pero solo salió un sonido indefinible de su boca. Andrea se volvió hacia él.

—Ya has despertado —murmuró sonriéndole.

La miró con un gesto confundido.

—¿Por qué me trajiste aquí? —preguntó con la voz débil.

Ella se acercó y tomó su mano entre las suyas. Se sentía bien.

—Tenías demasiada fiebre —le explicó. Él asintió con la cabeza pensando que era una exageración haberlo traído hasta el hospital, aunque se lo agradecía—. Ya te debes sentir mucho mejor —agregó Andrea sonriendo un poco.

El muchacho sentía el cuerpo un poco cansado, pero no tanto como para no poder caminar por sus propios medios. Andrea intercambió palabras con el doctor y después suspiró aliviada.

—Ya estás dado de alta —dijo ella dirigiéndose a él.

—Está bien, gracias.

Ya quería salir de ese lugar, no le agradaban mucho los hospitales. Eso le trajo un pensamiento. Seguramente el hermano de ella... aún seguiría internado. Sintió un nudo en la garganta, no quería —y a la vez su corazón lo deseaba— encontrarse con ella. No sería bueno.

La razón, la realidad de lo que había sucedido le confirmaba la culpabilidad de Annabelle, sin embargo, una parte de él todavía no lo creía y confiaba en ella. Con la ayuda innecesaria de Andrea, se levantó y tomó sus pertenencias, que estaban en un pequeño mueble al lado de la camilla.

Sabía que ese era el mismo hospital donde estaba internado el hermano de Annabelle, por lo que solamente quería salir de ahí. Le dolería verla. Para su mala suerte, Andrea le avisó que entraría a la cafetería por un aperitivo. Él la esperaría mientras tanto en el estacionamiento. Ella asintió y Peter siguió su camino, sumido en sus pensamientos, cuando de pronto unos ojos avellana lo sacaron de su ensoñación. Se paró en seco. Los ojos de ella, que también había detenido su marcha, estaban clavados en los suyos. No decían nada expresamente, sus miradas lo decían todo: amor, dolor, reproche.

Se empezó a formar un nudo en su garganta cada vez más grande cuanto más la miraba. Ella traía en la mano unas hojas. La expresión de sus ojos había pasado de la sorpresa a la confusión y al desconcierto... Por un momento fue como si pudiera ver a través de ellos su alma. Y podía sentir que ella estaba viendo lo mismo en él.

Desviando con dificultad su mirada, Annabelle parpadeó un par de veces y dio un suspiro antes de empezar a caminar de nuevo. Cuando pasó al lado de Peter, el muchacho por instinto la tomó del brazo. Era increíble como ese toque —diminuto— le había llenado de dicha, fue como emerger del pozo oscuro donde estaba sumido. Annabelle giró su cabeza para verlo y sin expresión alguna en sus ojos, musitó con voz dura:

—Suéltame.

Sus dedos seguían firmes alrededor de su brazo, negándose a dejar escapar lo que habían encontrado. ¿Por qué simplemente no la dejaba ir? ¿Por qué la detenía? Ella era la que lo había engañado, la aprovechada. Y, aun así, no quería —casi ni podía— pensar eso de ella. Se obligó a él mismo a hablar. Había una duda que le rasguñaba el corazón. Sí, ella, con Alexander, había jugado con él, pero quería saber si había logrado sentir algo cuando estuvo con él, dejando de lado sus verdaderos intereses desde el comienzo; aunque, cualquiera fuera la respuesta, no cambiaría nada.

—¿No sentiste nada, verdad? —preguntó él con la voz apagada. Ella soltó una risita de amargura.

—Eso mismo te pregunto a ti... ¿Qué demonios haces? Si está claro que ahora me odias —espetó Annabelle con la voz llena de dolor y furia.

Las simples palabras —*te amo tanto que soy capaz de perdonarte todo*— que una parte de su ser ansiaba decir, no salían de su boca. Y Peter nunca permitiría que salieran. Era una jodida mierda. Tenía que resignarse a que

siempre le dolería, que jamás la olvidaría. Y tenía que aprender a vivir con ello.

—Tienes razón, no mereces siquiera que te detenga, después de todo, no vales nada —susurró con la voz fría, al tiempo que la soltaba.

Antes de que fuera consciente de otra cosa, sintió un golpe que impactó contra su mejilla. Annabelle no era demasiado violenta, aunque tanta furia y dolor solo podían ser expulsados de esa forma. Su mano voló hacia su mentón tratando de apaciguar el ardor que había comenzado a sentir. Le había golpeado con fuerza. Antes de que pudiera decir algo, vio que de sus ojos avellana escapaba una lágrima. Entonces ella echó a correr y desapareció de su vista. ¿Por qué se sentía como una mierda por haberle dicho eso? El malestar en su pecho parecía no irse nunca. Y todo era porque deseaba con fuerza odiarla y así despojarse del gran amor que le tenía.

Se dio cuenta de que varias personas habían presenciado la escena. Un poco avergonzado por lo ocurrido, reanudó su camino. Esa vez su cabeza era un hervidero de emociones y contradicciones contra él mismo. Llegó al coche y Andrea ya estaba esperándolo.

Peter trataba de controlar las ganas de ir a buscarla, de perdonarle todo, de olvidarse de lo que ella había hecho y rogarle que volviera. Y, maldición, las ganas eran demasiado fuertes. Casi del mismo tamaño que sus ganas de poder odiarla sin éxito. Tenía que resignarse de una vez. Obligarse a él mismo.

Mientras miraba las calles que pasaban —puesto que Andrea manejaba—, se juró una cosa a él mismo, y no era olvidarla, ya que sabía que estaba fuera de sus opciones. Pero no volvería con ella. Aunque la amara, aunque pudiera perdonarle, no podía pedirle que volviera.

Una pregunta llegó desde lo profundo de su ser. ¿Era feliz? No, definitivamente sentía todo, menos felicidad. Entonces comprendió que su futuro estaría lleno de soledad, que sería monótono y sin sentido. En pocas palabras, una mierda.



La joven todavía podía sentir el corazón acelerado por el encuentro con Peter hacía unos minutos. Sin embargo, por mucho que le doliera volver a verlo, se sintió completa por unos instantes. Fue como encontrar la luz en la oscuridad en la que había estado sumergida.

Aunque no lo aceptara, se sentía feliz por haberlo visto, y se odiaba por ello. Ahora sabía que solo podía sentir ese sentimiento hermoso cuando lo

veía, y de ninguna otra manera. Las lágrimas corrían silenciosamente por sus mejillas. Se había quedado sentada en uno de los peldaños de la escalera con las hojas dispersas en el piso. Su mentón estaba sobre sus rodillas.

Verlo solo había despertado lo que más le dolía confirmar. Estaba —y seguía— enamorada de él, como nunca lo había estado de nadie y como, probablemente, no volvería a estar. Sus manos acariciaron su vientre. Él nunca lo sabría, nunca, después de lo que había dicho. Sus palabras seguían perforando su corazón, provocando dolor y furia en su interior.

Recordar cada beso, cada caricia, cada momento, le partía el corazón en mil pedacitos. Pero ya no importaba, ya estaba destrozado. Se enjugó las lágrimas con los dedos y respiró profundo un par de veces para controlar su respiración agitada. Escuchó unos pasos a sus espaldas. Alguien se sentó a su lado y recogió las hojas que estaban tiradas.

Se giró para ver quién era y se encontró con unos ojos verdes. Él veía las hojas con el ceño fruncido. Ann no tuvo ganas ni de quitárselas, daba lo mismo. Parker negó lentamente mientras leía lo que estaba ahí escrito:

«Y los atardeceres se vuelven tan fríos como mi corazón.

Mi memoria reclama tus caricias, pero estas no vuelven.

Mi vida se escapa en la lágrima más amarga.

Y tú no vuelves.

Mi olvido no es tan fuerte para olvidarte.

Y yo sigo amándote.

¡Ah!

Qué cansada estoy de mis recuerdos.

Que quisiera venderlos a la noche tranquila.

Pero eso no pasa.

Están tatuados en mi alma.

Y me hacen llorar.

Y me hacen morir.

En esta noche tan calmada.

Como lo eran tus besos.»

El muchacho dejó escapar un suspiro. Aquellas palabras estaban escritas con dolor indudablemente y, aun así, le parecían muy bellas. Y sabía muy bien a quién estaban dedicadas: él. Eso le provocó desánimo y resignación, porque esa chica nunca pudiera fijarse en él más allá que como un amigo.

—Perdón por entrometerme pero... ¿te encuentras bien? —susurró cerca

de su oído.

Ann trató de esbozar una sonrisa —no sin cierto esfuerzo—. No pareció muy convencido.

—¿De verdad? —volvió a preguntar.

Ella asintió encogiéndose de hombros. Parker esbozó una mueca sacudiendo la cabeza.

—No sirves para decir mentiras —dijo riendo entre dientes.

En cuestión de minutos, Ann se sintió con confianza en su compañía. De alguna manera ese chico parecía preocuparse de verdad por ella y eso lo agradecía. Se dio cuenta de que en verdad le agradaba estar con él.

Él alzó su brazo para, claramente, pasarlo por sus hombros; vaciló un momento antes de hacerlo. Ann pensó en evadir su abrazo, pero no lo hizo. Tal vez lo necesitaba.

—¿Es por él verdad? —preguntó con tono bajo.

Ann asintió de nuevo. Su mano sobó su hombro dándole seguridad. Annabelle lo miró por el rabillo del ojo. ¿Por qué ese muchacho se preocupaba por ella?

—Él no te merece, Ann. Hombres como él no merecen tu tristeza y mucho menos tus lágrimas; es más, nadie las merece. Puedes confiar en mí —musitó con clara sinceridad.

La muchacha recargó su cabeza en el hombro de Parker. Ya había tomando confianza con él y esperaba que no se molestara por ese acercamiento. Desde ya podía considerarlo un amigo.

—Eres buen amigo, Parker —admitió con una media sonrisa.

La joven sintió su brazo tensarse en torno a su hombro. Levantó el mentón para verlo. Él miraba hacia otro lado impidiéndole estudiar su expresión.

—Tú también, Annabelle, tú también...

Suspiró y volvió a verla. Sus ojos verdes parecían estar derritiéndose. Sonrió con una abierta sonrisa.

—¿Quieres ir al cine? —se levantó de un salto—. Necesitas despejarte un poco —sonrió de oreja a oreja.

Antes de poder evitarlo, Annabelle ya le estaba devolviendo la sonrisa.

—De acuerdo —aceptó.

Tenía que seguir adelante, al menos intentarlo, y así poco a poco dejar que la herida sanase, aunque dudaba que algún día lo hiciera. Nunca. Estaba completamente segura de que lo que había sentido con Peter la primera vez

que lo vio, no sucedía dos o más veces en la vida, solo una. Únicamente pasaba con un amor, y eso era verdad. Los versos que leía, que escribía, lo decían. Sin embargo, ese no era motivo para llorar toda la vida.

Se levantó y él volvió a pasar su brazo por los hombros de la chica. Ann no sentía que eso estaba mal, lo sentía fraternal, como algo normal. Como era de esperarse, él tenía auto, por lo que no se preocuparon por caminar. Se dirigieron al cine más cercano al hospital. En el camino iban discutiendo sobre qué película ver.

—¡No te gustan los *zombies*! —gritó Parker llevándose una mano al corazón, exagerando un poco.

Era cierto. A ella le parecían criaturas atemorizantes, veía una película de esas y tenía taquicardia por imaginarse que la perseguían a ella. Negó con la cabeza fuertemente y se llevó un dedo a la barbilla.

—Mmm... ¿Qué te parece la película nueva de vampiros? —preguntó emocionada. Él puso los ojos en blanco.

—No te gustan los *zombies*, pero sí los vampiros, y para mí los dos son similares. —Negó con la cabeza divertido.

—Siempre amaré los vampiros —admitió riendo entre dientes.

—Está bien, lo que tú digas —aceptó Parker con resignación.

La joven sonrió triunfante. Al comprar los boletos, Parker insistió en pagarlos, pero ella protestó con que no era una cita, por lo que debía pagar su parte. Sobre las palomitas y refrescos que compraron, aunque ella quiso, no pudo discutir que él pagara todo.

En el cine había demasiadas parejas acarameladas y una de ellas estaba en los asientos de al lado. Ann podía escuchar los besos y hasta las palabras que se murmuraban. Rápidamente se sintió algo nostálgica. Pero se tranquilizó al volver a prestar su atención en Parker.

Recordó que las personas tenían derecho a ser felices; el que ella no lo fuera, no era problema de ellos. Tratando de ignorar aquello, comenzó a comer lo que habían comprado de botana, lo que ocasionó prácticamente que terminaran las palomitas antes de comenzar la película.

La película, interesante, empezaba a gustarle; mas, después de la mitad, comenzaba a tener una trama diferente y se convertía en un cursi filme de amor. Esperaba ver más acción y peligro que, aparte de ser sus géneros favoritos, no le recordaban cosas desagradables. Conforme más avanzaba la

película, la sensación de incomodidad aumentaba. Sin embargo, decidió quedarse.

Aunque parecía que absolutamente todo se lo recordaba, tenía que enfrentarlo, y superarlo. Tenía que recuperar su vida. Por su madre, su hermano y su hijo. Y por ella misma. Parker se dio cuenta de su estado y se acercó a ella.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ann asintió solemne.

—Perfectamente.

Al final terminó la película —un poco fastidiosa para ella— y la muchacha suspiró aliviada.

—¿Quieres ir por un helado? —preguntó Parker cuando salían del cine.

Ann sonrió con ganas y aceptó. Los dos pidieron helado de chocolate. Antes de marcharse, decidieron ir a la pequeña tienda de artículos de playa de Parker que se encontraba cerca de la plaza. Él contestó a una pregunta que su amiga formuló.

—Por ahora tengo vacaciones, después tengo que regresar a Hawái. Y mi madre se encargará de la tienda, aunque ella ahora está en España —aclaró.

Annabelle tenía que aceptar que esa respuesta no le agradó mucho. Parker en algún momento tendría que irse y ella no tendría con quién salir a distraerse. Era una egoísta por pensar solo en sí misma. Él era su salvavidas —irónica coincidencia con su trabajo— y lo quería retener a su lado. Sus ojos verdes chispeantes se iluminaron al verla.

—Pero, sabes, tengo razones más fuertes para permanecer en Chicago. Creo que renunciaré a Hawái —dijo envolviéndose los brazos. Había comenzado a hacer frío y él solo llevaba una camiseta.

Una sonrisa asomó en las comisuras de los labios de Ann.

—¿Cuáles son esas razones? —preguntó alzando las cejas, aunque ya intuía la respuesta. Él le sonrió.

—Ya las descubrirás —se carcajeó.

Sin darse cuenta habían pasado más de una hora platicando dentro de la tienda. Era obvio que se refería a ella al decir aquello, y un sentimiento de culpa comenzó a inundarla, no podía visualizarse —ni siquiera era una opción— con alguien más. Parker se estaba convirtiendo en un buen amigo, y no quería que se arruinara.

Annabelle había quedado con Parker en ayudarlo en la tienda en sus

tiempos libres. Tenía que distraerse con algo y no estar sumida en el hospital. Y aquello les pareció buena idea a los dos. Por supuesto, Parker le pagaría a su amiga.

Los días pasaron sin más complicaciones. Se había convertido en una especie de rutina para ella. Cuidar a su hermano —Andrea siempre estaba y a veces se presentaban Marie y su madre—, estar en la tienda con Parker e irse a casa a descansar.

El tiempo pasaba en un abrir y cerrar de ojos. No perdonaba. Y marchaba infinitamente, ignorando lo que provocaba. A veces más dolor, alivio e, incluso, olvido. Las noches eran lo que Annabelle más detestaba, ya que no tenía ocupaciones. Su alma le pedía a gritos escribir y, con eso, expresar toda su tristeza y volcarla en letras. Solo le quedaba hundirse en el dolor de su corazón, que aún no menguaba. Tenía que admitirlo. La poesía era el remedio más certero para acariciar con ganas la tristeza. Sus poetas favoritos eran Neruda, Becker, Acuña, y Pizarnik. Al igual que dos poetas más contemporáneos: Ligia García y Alex Grawoosky. Desde niña siempre había sentido una conexión especial con los versos envainados con amor, dolor y un millón de sentimientos.

Por otro lado, había descubierto que cuando estaba junto a Parker el dolor parecía apaciguarse; no borrarse, solo calmarse. Tal vez ocurría porque lograba entretenerla y, entonces, por momentos olvidaba el tormento que sentía, como si fuera el antídoto contra su dolor. Sin embargo, no era el antídoto perfecto. Ese era el amor, el amor de él, y ningún otro.

Su embarazo todavía no se notaba, ni siquiera se podría sospechar; sin embargo, los sueños con un niño de ojos azules y cabello negro como el azabache se hacían más y más frecuentes. Seguía siendo su secreto, ni siquiera le había dicho a Parker. Todavía no estaba preparada para decírselo.

Aunque, en medio de todo el dolor y el vacío que sentía, su corazón empezaba a sentir que un nuevo amor comenzaba a llenar un hueco que se engrandecía cada vez más. Era el amor que crecía por su hijo o hija. Ahora era la persona más importante para ella; esa pequeña criatura que todavía no conocía y era tan parte de sí.

A pesar de eso, tenía que admitir que una gran parte de su ser anhelaba ver otra vez a Peter. La última vez había sido hacía semanas y por un lapso muy breve. No se acostumbraba a que él ya no formara parte —a excepción de su corazón— de su vida.

Tal vez comenzaba a sentirse un poco resignada, pero el dolor —la nostalgia amarga— nunca se iba por completo. Siempre estaba ahí, esperando el momento adecuado para torturarla sin piedad.

Todavía —en algunas ocasiones— despertaba con la almohada mojada, a causa de las lágrimas. De tanto soñarlo su almohada ya susurraba su nombre.

Por las noches, muy frecuentemente, él aparecía en sus fantasías. A veces deseaba no haberlo tratado nunca, mas una parte de ella estaba satisfecha, pues había conocido el verdadero amor. Y aunque había sido tan corto, tan fugaz, tan impredecible, el dolor era lo único que le confirmaba que había sido real.

Y si ese era el precio —por vivirlo—, no le importaba pagarlo. Ahora tenía una gran razón más para seguir adelante. Annabelle cerró los ojos y abrazó su almohada, y así, poco a poco, fue conciliando el sueño.

Al final cayó dormida con la visión de un pequeño niño —de ojos azules como el mar— que le llamaba *mamá*.

CAPÍTULO 23

Infierno

Peter Brown intentaba explicarse a sí mismo por qué estaba conduciendo rumbo al hospital. Su absurdo pretexto era que uno de los trabajadores de su empresa había caído gravemente enfermo y, como buen jefe, iba a visitarlo. ¿Desde cuándo era tan solidario con las personas? Absurdo.

La verdad es que no podía aguantar un día más sin verla, a ella, a Annabelle, completamente estúpido. Sus sentimientos le impedían odiarla — como debería— y, en lugar de eso, la extrañaba como un loco. Nunca había sentido algo como eso por otra mujer, ni siquiera por la mujer que él había amado en el pasado, y vaya que lo había hecho. Todo daba vueltas en su cabeza sin detenerse ni un instante.

Pero no podía seguir amándola. Y como se había prometido, si no se podía sacar ese amor del pecho, entonces no lo buscaría. Y así, pasando el tiempo, tendría que acostumbrarse a vivir con la herida. Mas —pese a todo— si quería hallar una respuesta a lo que estaba haciendo ahora, era simple: quería verla.

Extrañaba demasiado ver sus ojos —que hablaban—, escuchar su voz, y lo que le partía el alma era recordar cada beso, cada vez que hicieron el amor... Eran como cuchillos que se clavaban en su pecho y se quedaban ahí, desangrándolo. No entendía cómo ella había logrado una maldita erupción de sentimientos dentro de él. No quería ser débil. Podía ser cualquier cosa, menos débil. Porque ser débil significaba ser destruido. Y por eso mismo se había vuelto fuerte; de otra forma no hubiera sobrevivido en el pasado.

Trató de concentrarse —y engañarse— en la visita al trabajador. Incluso llevaba un pequeño regalo para el muchacho enfermo. Dios, ni siquiera sabía su nombre. Intentaba recordar cuándo había hecho eso: nunca. Se estacionó y bajó del auto.

Empezó a caminar hacia la entrada del hospital. Lo primero que hizo fue dirigirse al cuarto donde tenían internado al joven. Cuando llegó, toda la

familia del enfermo estaba ahí. Saludó amablemente. Ellos todavía no salían de su asombro.

—Gracias por venir, es muy amable —agradeció la madre. Le devolvió una sonrisa y le entregó el regalo que traía. Se sentía un poco culpable, ya que ellos pensaban que iba porque se preocupaba por la salud del joven; si supieran sus verdaderas intenciones...

Se quedó un rato con la madre platicando sobre la salud de su hijo. Era muy buen mentiroso. Mantenía el rostro con la máscara de preocupación, sin embargo, en realidad no prestaba atención a lo que la señora le explicaba. Su mente estaba en otra parte. Cuando lo consideró oportuno se levantó para salir de ahí, pero la señora estaba reacia a soltarlo.

—Creo que es momento de que me vaya —dijo con una falsa sonrisa. La señora se levantó también.

—Cómo cree, déjeme seguirle explicando cómo pasaron las cosas, que valga la pena que haya venido —suplicó la señora. Apretó los dientes. Se obligó a aceptar, pues no podía ser grosero.

—De acuerdo.

—¿Quiere un café? Venga, seguiremos hablando en la cafetería —sonrió la señora tomándole del brazo. Peter se sentía incómodo. La señora lo volvió a mirar y este asintió con la cabeza fingiendo otra sonrisa.

Mientras caminaban hacia la cafetería la señora no paraba de hablar. No se esperaba que fuera tan empalagosa. Se la pasó el camino contestando con monosílabos, tenía que bastarle eso. Su voz solo era un sonido de fondo en su mente.

Por otra parte, se percataba de una que otra mirada femenina sobre él. Aquel día iba vestido completamente de negro, incluso llevaba unas elegantes gafas del mismo color. Suponía, por lo mismo, que debía tener un aspecto misterioso. Entraron a la gran cafetería —un poco ruidosa por los murmullos, cubiertos y platos— y tomaron asiento en una mesa pequeña. Había uno que otro interno en sillas de ruedas.

Minutos después pidieron sus respectivos cafés. Peter dejó enfriar el suyo un poco, no le gustaba muy caliente. Con la mirada, fingía mantener el interés, mientras la señora le contaba cómo sucedieron los hechos en el accidente de su hijo. Él solo contestaba cuando era necesario.

Llevaban en la cafetería alrededor de diez minutos cuando él la vio entrar. Tenía casi un mes que no la veía. La reconoció fácilmente, lucía hermosa —

ahora con la mirada más serena— como siempre. Tan embobado se quedó al mirarla de nuevo que no se percató enseguida del joven que la acompañaba y que creía haber visto antes.

No, lo que veía no podía ser cierto. Aquel hombre era el mismo que había visto en Hawái. ¿Acaso ellos ya se conocían desde antes? ¿Acaso mantenían una relación? ¿No solo había sido con Alexander? ¿Qué más secretos le había estado ocultando ella?

Empezó a apretar los dientes con más fuerza. Se dio cuenta de la sonrisa en sus labios contestando algo que le había dicho él. Ella no lo había visto, ninguno de los dos. Los vio caminar —con mucha confianza entre los dos— hasta sentarse en una mesa del centro.

Annabelle le daba la espalda, solo podía ver el rostro del chico. Recuerdos —ahora muy lejanos— le estallaron en la mente.

Annabelle estaba recostada sobre la arena de la playa y un hombre estaba cerca de ella, demasiado cerca para su gusto. Con el enojo floreciendo en su interior, comenzó a correr hacia ellos. Él empezó a ayudarla a levantarse.

—Yo le ayudo —espetó mientras la levantaba y la atraía hacia él. El joven se apartó, más le valía.

—¿Es tu novio? —le preguntó él a ella. Le estaba comenzando a sacar de sus casillas. ¿No se daba cuenta de que estaba ahí?

—Ese soy yo. Ahora dime qué estabas haciendo tan cerca de ella —bramó apretando los puños.

—Peter... Él me salvó la vida —susurró Annabelle tratando de controlarlo. Eso lo tomó por sorpresa. No entendía nada.

—Yo... Me adentré demasiado en el agua y...

Empezó a sentir una opresión en el pecho que casi le impedía respirar. Era muy probable que ellos ya se conocieran. Todo encajaba. Ahora recordaba que ella le había preguntado —unas cuantas veces— sobre su hermano y su vida privada. Tal vez intentando obtener información. Aquellas fotos con Alexander en varios lugares. Y lo que la sentenciaba era que Alexander, sin que él se hubiese dado cuenta antes, era el que había mandado la solicitud de trabajo para Annabelle. Dolía, pero era cierto. Ella lo había engañado. Por lo mismo no debería amarla con todas sus fuerzas.

Y, por lo que veía, aquel chico parecía ser algo más. Sintió una rabia casi incontrolable, deseaba levantarse y partirle la cara por estar tan cerca de ella.

Estaba tan adentrado en ese extraño sentimiento que se olvidó por unos segundos de la presencia de la señora. Esta lo miraba con el ceño fruncido.

—¿Está bien, señor? —preguntó totalmente ajena a lo que él estaba sintiendo. Con mucho esfuerzo apartó la vista de ellos y la miró fijamente. No tenía idea de cómo luciría su rostro, mas, por la expresión desconcertada de la señora, no debía ser muy bueno.

—Claro —respondió tratando de relajarse. Los músculos de su cuerpo no respondían a la orden y seguían tensos.

Era imposible apartar la vista de ellos, eso lo estaba matando. Vio que el joven estiró su mano y tocó el rostro de Annabelle, ella le apartó la mano con diversión. Rechinó los dientes. Tenía miedo de que en cualquier momento fuera incapaz de controlarse. De pronto, ellos se levantaron y fueron a la caja para pagar lo poco que habían consumido. Entonces su instinto fue más fuerte que su voluntad. Volvió su atención hacia la señora que no entendía lo que sucedía con él.

—Lo siento, pero tengo que retirarme, fue un gusto platicar con usted. — Se levantó y sin esperar respuesta empezó a seguir a Annabelle y al chico que ya habían salido de la cafetería.

Caminaba a una cierta distancia detrás de ellos sin saber qué más hacer. No entendía nada, sus acciones estaban totalmente en contra de lo que debería hacer. *¿Acaso estaba perdiendo la cabeza? Le había robado el corazón. ¿También le robaría la mente?*

Las preguntas en su mente desfilaban una por una sin encontrar una respuesta lógica.

—¡No tienes que hacer eso! —chilló Annabelle. Su voz causó estragos en él. Oírla de nuevo...

—Solo son carreras Ann, no es cosa del otro mundo, lo he hecho con mi padre —rio el muchacho.

—Pero... es peligroso, y me asusta que te pueda pasar algo —murmuró Annabelle dándole un golpe amistoso en el hombro. Eso era demasiado.

Parecían llevarse más que bien. Las ganas de partirle la cara a ese muchacho no se le habían ido en lo más mínimo.

—Vamos, Ann, no seas así —extendió los brazos hacia ella.

En cuanto vio sus intenciones de abrazarla y de que ella estaba dispuesta a aceptarlo, su cuerpo se desconectó de su mente y perdió los estribos. Sin pensarlo se interpuso entre ellos y empujó al joven hacia la pared. Este cayó

estrepitosamente al suelo. Annabelle lo miraba con los ojos desorbitados. Por esa pequeña distracción recibió un empujón.

—¡Qué diablos te pasa! —gritó el muchacho con furia. Peter lo fulminó con la mirada y le dio un puñetazo en la cara. Parker comenzó a sangrar por la nariz, su mirada estaba inyectada en furia, y entonces brilló el reconocimiento al evaluar a su agresor. Era el hombre que Annabelle amaba.

—¡Detente! —gritó Annabelle con pánico.

Parker intentó pegarle un puñetazo, pero Peter lo esquivó y lo derribó — de nuevo— al suelo, y antes de que pudiera levantarse volvió a pegarle. Peter no supo de dónde el chico sacó fuerzas para conseguir levantarse y clavarle un puñetazo en el ojo.

Ahora era Peter el que estaba en el suelo. Visualizó un puño directo a su rostro, pero no llegó el golpe.

—¡Por favor, Parker, no lo hagas! —rogó Annabelle.

Con una mano cubriéndose el ojo herido pudo ver que el hijo de puta se estaba tranquilizando. Se levantó mirándolo con odio, y después su mirada se encontró con los ojos de Annabelle llenos de lágrimas. El hijo de puta aprovechó la situación y la abrazó. Se controló solo por ella. No se reconocía en ese momento, estaba actuando por mero impulso, sin pensar en nada, absolutamente nada.

Se quedó ahí parado, deseando ser él el que pudiera rodearla con sus brazos. Podía deducir que ellos tenían algo. En los ojos de ese desgraciado se podía ver que efectivamente así era, sin embargo, no podía descifrarla a ella.

Ella se tranquilizó y rompió el abrazo para alivio suyo.

—Parker, por favor, espérame en el cuarto de mi hermano —susurró Annabelle. Este asintió sin decir nada, aunque le lanzó una mirada de advertencia a Peter antes de darse la vuelta.

Peter tenía los puños apretados cuando Annabelle clavó su mirada en él. Sus ojos avellana parecían estar furiosos y a la vez tristes. Quería hablar, pero no encontraba las palabras.

—¿Qué quieres? —preguntó ella con amargura. Ni siquiera él tenía respuesta.

—Necesito una explicación... —dijo por fin. Una sonrisa curvó sus labios, no era de felicidad—. ¿Estás con él?

—¿De verdad, Peter? ¿Acaso te importa mi vida? Ya todo esto acabó —masculló la joven sin quitarle la vista de encima.

Esas palabras llegaban a sus oídos llenas de una lógica absoluta. Ella tenía razón, sin embargo, él en ese momento —ni desde que se separaron— no estaba pensando. Nunca pensaba con claridad cuando se trataba de ella. Por eso estaba actuando estúpidamente con la traidora.

—Solo contéstame eso, ¿estás con él? —rogó con voz débil.

Annabelle parecía no comprenderlo en absoluto, él estaba igual que ella. La joven afirmó con un movimiento de la cabeza, lo que confirmó sus temores.

Estaba formando una nueva vida, una vida donde él no existiría. En realidad, en su vida él nunca tuvo cabida. Lo hubiera engañado o no, le dolía de la misma manera. Y entonces comprendió que no le importaba, todo dejaba de tener sentido cuando la miraba a los ojos. Ya había perdido la cabeza.

La verdad de sus pensamientos fueron como un balde de agua fría para todo su ser. Las lágrimas luchaban por salir y él por contenerlas. Era una mierda amar a la persona que se suponía debía odiar.

Recordar que ella alguna vez dijo que lo amaba le hizo sentir un poco más fuerte, aun cuando era consciente de que todo había sido un vil engaño. No quería creer que ella no hubiera sentido —aunque fuera un poco— cariño por él.

—Tú dijiste que me amabas... También fue mentira —dijo negando con la cabeza.

—Tú crees lo peor de mí. ¿Ahora qué buscas? No entiendo, Peter. Solo no vuelvas a buscarme, ya no quiero verte —musitó atrapando una lágrima que se escapaba de sus ojos.

—Yo tampoco me entiendo, Annabelle —susurró acariciando su nombre. No podía resistirse a ella, era un jodido sentimiento que no podía controlar, menos suprimir. Aún podía sentir la electricidad que emanaba cuando estaba cerca de ella.

Sin pensarlo demasiado —haciéndole caso a sus instintos más profundos —acortó la distancia que los separaba y estampó sus labios —ansiosos— con fuerza sobre los suyos. Sus labios estaban estáticos, pero segundos después también se dejó llevar. Fue increíble cómo se sintió con ese beso. Fue como salir a la superficie, se sentía más vivo. Disfrutó como nunca mientras duraron los segundos más eternos de su vida. Su mano acercaba su rostro más a él y la otra en la parte baja de su cintura la pegaba a su cuerpo.

Los labios de la joven le respondían con la misma pasión y fiereza. Sus lenguas exploraban sus bocas como si no hubiera un mañana. Cuánto había

extrañado Peter besar esos labios, que encajaban perfectamente con los suyos. Sus respiraciones seguían agitadas cuando se separaron. El deseo era palpable entre los dos. Pero pronto él volvió a la realidad.

Que ella le hubiera respondido de esa manera no significaba nada, antes ya lo había hecho, mintiéndole. ¿Por qué la había besado? Maldita sea.

Sus ojos avellana fueron perdiendo poco a poco la lujuria. Y le substituyó la serenidad. Sin embargo, el brillo de sus ojos seguía ahí. Ella retrocedió dos pasos lejos de él.

—¿Por qué lo hiciste? Tú me odias —susurró con la voz rota.

—No lo sé, pero supongo que, a pesar de todo, me has dejado jodido por completo, y aunque debería odiarte, aún te amo —respondió con la voz apagada. Sin decir nada más se dio la vuelta y comenzó a alejarse.

La joven dejó escapar una lágrima.

—No, Peter, tú no me amas. Las personas confían en los que aman, y tú, definitivamente no lo haces.

Peter Brown salió del hospital sintiéndose como una mierda. Se subió a su coche y sacó su furia golpeando el volante con fuerza. Necesitaba un respiro. Ir directamente a la empresa a atender reuniones, pendientes, no le ayudaría en nada. Había dejado a Edgar a cargo.

Recostó la cabeza en el respaldo del asiento tratando de no pensar en nada y relajarse. Pero la imagen de ese desgraciado y Annabelle juntos no se escapaba de su mente. Cerró los ojos con fuerza evitando las lágrimas que querían salir de sus ojos. ¿Por qué mierda no podía evitar llorar? Pensando en eso, hacía mucho tiempo —siete u ocho años— que no resbalaba ninguna lágrima por su mejilla, hasta que la conoció.

Y ahora se daba cuenta de que él no quería perderla, a pesar de todo lo que había hecho. No entendía cómo demonios podía suceder eso, cuando ella debería ser una de las últimas personas que quisiera recuperar. Sin embargo, ahora que lo pensaba, ¿por qué estaba llorando cuando lo besó? ¿Por qué parecía tan sincera y frágil? Quería creer que ella nunca tuvo nada que ver con toda esa mierda, mas todo demostraba lo contrario. Su celular comenzó a sonar de repente. Descolgó con desgana.

—Peter Brown —habló firme.

—¿Peter? Soy Simon —dijo una voz alegre muy conocida. Era un viejo amigo, y habían pasado unos cuantos meses desde la última vez que le había visto.

—Sí, soy yo. ¿Cómo estás? —preguntó.

—Estoy en Chicago por las vacaciones. Acabo de ir a tu empresa, pero no estabas... ¿Dónde andas?

—Estoy manejando, y, bueno, tú dime.

—¿Quieres venir a tomar unas copas? Necesitamos hablar, hombre. Ha pasado un siglo desde que hablamos —se rio entre dientes.

—¿Dónde quedamos?

—¡Ahora mismo! Ya estoy en el bar.

—¿Cuál bar?

—El de siempre. ¿Recuerdas, no?

—Sí, claramente lo recuerdo. Estoy ahí en minutos —dijo antes de colgar. Tomó un gran suspiro. Simon era el único amigo, de años, que tenía. Se conocieron siendo jóvenes, aunque ya no se frecuentaban tanto debido a que Simon ahora vivía en otra ciudad.

Condujo rápido hasta su destino. Había un poco de gente en el bar, todavía era temprano, por lo que no le costó trabajo encontrar a su amigo. Simon se levantó y lo abrazó dándole golpes en la espalda. Lucía bastante bien.

—Ya te extrañaba, hermano.

—Lo mismo... Al fin te acordaste de mí —dijo Peter por encima de la música del local. Se sentaron en la barra y pidieron un par de copas.

—El trabajo y mi matrimonio, ya sabes... Ya no es como antes —dijo tomando un trago. Peter sonrió negando con la cabeza.

—No te quejes. Eres afortunado, haces lo que te gusta y amas a tu pareja.

—Sí, diseñar vestidos siempre ha sido lo mío —contestó muy orgulloso.

—¿Todavía trabajas como abogado?

—También me gusta, pero por ahora estoy más centrado en lo otro —admitió. Simon pidió dos copas más para los dos.

—¿Y cómo vas con eso? Ya... ¿Ya estás mejor?

Peter sabía a qué se refería. Soltó un bufido. Ahora su problema —en realidad— era otro.

—No, ahora ya no es eso.

Simon frunció el ceño.

—¿Cómo? ¿Por fin... por fin lo superaste?

El joven negó con la cabeza.

—Dudo que algún día pueda superarlo, pero ahora, cuando lo recuerdo... Ya no duele. Ni siquiera ya me siento culpable.

—A ver, dímelo todo.

Peter tomó un gran trago y pidió otra copa antes de proseguir.

—Un amor logró sanar lo que más me dolía, y ese mismo amor me volvió a dejar como la mierda, ahora peor. Sí, mucho peor —tenía la mirada perdida—. Tal vez es un castigo, de ella, de Miranda.

Simon carraspeó.

—¿Qué pasó?

Peter tomó una gran bocanada de aire para comenzar a hablar. Le contó todo en cuentas resumidas con amargura.

—¿Qué le vas a hacer a Alexander?

La mirada de Peter era de auténtico odio.

—Si lo vuelvo a ver, cerca o lejos, acabaré con él. Y de hecho, estoy esperando ese momento.

Simon negó preocupado por su amigo. Sabía que él era incapaz de llegar a matarlo; Alexander, por el contrario, sí que lo era.

—Y sobre la chica, a pesar de todo... ¿La sigues queriendo?

—Como un enfermo.

—Pero no puedes volver con ella.

Peter negó.

—Y aunque quisiera. No me ama, nunca lo hizo.

Su amigo frunció los labios.

—Quién sabe. Tal vez y...

—No, Simon. Ya descubrí todo... Por más que quisiera no creerlo, te lo juro, es la realidad. Ya está, no hay marcha atrás —su voz se quebró—. Ahora solo me queda la soledad, como siempre he vivido.

Y así, cuanto más licor y horas perdidas, logró olvidarse un poco del dolor que lo estaba consumiendo.

Como un *infierno*.

CAPÍTULO 24

Tal vez una cita

Era sábado. Se podría decir que era el día en que Annabelle descansaba de todo, por lo que Marie había ido a su casa para una pequeña pijamada, tratando de que su prima se sintiera mejor. Aún mantenía la esperanza de que su hermano abriera los ojos pronto, nunca se acostaba a dormir sin haber imaginado un milagro.

Estiró su cuerpo removiendo las sábanas con el movimiento. Había tenido un sueño con Peter. Pero esa vez había sido diferente.

El que la hubiera besado había causado efectos en ella. Le hizo recordar la electricidad entre ambos cuando estaban cerca, y supo que extrañaba mucho eso, que la estaba atormentando y que no había mejorado desde que se separaron. Se odiaba a sí misma por no poder olvidarlo, por extrañarlo y por pensar siempre en él. ¿Es que tanto había calado él en sus sentimientos?

Sabía que estaba enamorada de Peter, pero sentía que ese sentimiento era mucho más que eso, el amor la eligió a ella, nunca tuvo opción cuando lo vio entrar a la cafetería. Y estaba segura de que, aunque viviera mil años con alguien más, no sentiría lo que sintió por Peter en un segundo. El amor elige y punto. No se podía hacer nada. Era como un texto de Kahlil Gibran que había leído hacía tiempo: *Es un error pensar que el amor viene del compañerismo y largo cortejo perseverante. El amor es el fruto de una afinidad espiritual, y a menos de que la afinidad se creara en un momento, no se creará durante años o incluso generaciones.*

Y cuando sucedía aquello de lo que hablaba ese texto, no había vuelta atrás. Por eso, aunque cada día luchaba por pensar menos en él, y trataba de olvidarlo con distracciones, no podía. Tal vez nunca lo superaría, tal vez tenía que conformarse con vivir solo con la mitad de su vida, porque la otra mitad no había creído en ella, la había dejado, lastimado sin más. La había creído capaz de aquello de lo que la acusaba, y eso no podía perdonarlo. Aunque más

que eso, ella tenía la certeza de que él en realidad no la amaba, lo había demostrado. Y le dolía como el demonio.

Y ahí era cuando se ponía a pensar en por qué la había besado. Tal vez extrañaba cómo era ella con él, las noches que pasaron juntos, y por eso la buscaba, aunque siguiera creyendo que ella era culpable. Y eso la hacía enfurecer todavía más. Si él había creído aquello de ella sin darle oportunidad de hablar, no permitiría que volviera de esa manera con ella. No debió haberle devuelto el beso.

Pensaba una sola cosa: *Tengo que olvidar, intentar al menos, apartar de mi mente a Peter Brown*. Tenía que sacarlo de su vida tal y como él lo había hecho al creerla culpable. Costara lo que costara, tenía que, al menos, intentarlo, aunque pasara una eternidad.

Se levantó de la cama y se dio cuenta de que Marie ya no estaba a su lado durmiendo, seguramente —con lo mañanera que era— ya estaría desayunando. Caminó hasta su espejo.

Ya se le notaba algo el embarazo si se alzaba la playera. Tenía poco más de dos meses. En realidad aún no era algo que se pudiera apreciar a simple vista, pero sabía que crecería mucho más. Se puso a pensar sobre qué pasaría si Peter se enterara. Le dio un escalofrío al imaginar su rechazo hacia el bebe, peor, no le creería, pensaría que era de otro, de Alexander tal vez.

Pero al menos sí podía decírselo a Parker; él era un amigo en el que podía confiar, aunque también le preocupaba cómo reaccionaría. Tenía que contárselo a alguien, tenía que desahogarse.

También se le pasó por la mente contárselo a su prima Marie, sin embargo —a ella ya le había contado todo lo que había pasado con Peter—, no quería preocuparla más. Después se lo confesaría.

También estaba su madre, mas tenía tantas preocupaciones que si se lo decía... temía por su salud.

Trató de dejar de pensar en todo eso para concentrarse únicamente en esa tarde. Parker la había invitado a salir. Intuía que él la invitaba por otros motivos, y eso no le agradaba, no en ese momento. Tal vez estaría imaginándose cosas y estaba siendo demasiado dramática. Esperaba que solo fuera su imaginación, ya que jamás podría corresponderle a Parker, eso creía ella. Él no se merecía a alguien como ella. Alguien que nunca podría dedicarle sus pensamientos por completo.

Bajó las escaleras y fue a servirse el desayuno. Su prima comía cereal con

leche, cuando la joven se sentó a la mesa.

—¿Amaneciste bien?

—Sí, creo que sí —sonrió Annabelle.

Marie terminó su plato y frunció los labios, le dolía que su prima estuviera así y le enfurecía lo que le había hecho ese hombre. No se quedaría así; aunque no se lo dijera a Annabelle, pondría las cosas en su lugar con aquel.

—Ya no estés así por eso Ann, tú no te mereces esto... Con tu hermano ya es suficiente, no gastes más lágrimas en él.

La joven negó.

—Ya no lo hago, ya no lo haré. Y hablemos de otra cosa, no quiero recordarlo.

Las dos muchachas terminaron conversando más animadamente, para después despedirse con un abrazo fuerte, que Annabelle necesitaba.

—Te quiero.

—Yo igual, Marie, diviértete.

Annabelle agitó la mano despidiéndose hasta que el coche de su prima desapareció de su vista.

Mientras la joven esperaba a Parker, se acurrucó en el sofá con la televisión encendida. No dejaba de imaginarse a su hijo o hija, aunque tenía que admitir que tenía la sensación de que iba a ser un niño. Un niño perfecto de ojos azules. Si bien no lo aceptaba, esperaba que sacara todos los rasgos de su padre.

Recostada en el sofá, pasaba los canales de la tele con el control. Paró en uno que le llamó la atención. Parecía una película de acción y sin el horrible romance. Pero poco le duró el gusto, ya que resultó otra típica historia de amor. Aventó el control enojada, pero después reflexionó y fue a levantarlo sintiéndose estúpida por sus reacciones. Al final terminó por ver un programa de humor que le sacó varias lágrimas de la risa.

Más tarde, su madre llamó para preguntarle si estaba bien. Le explicó sobre la salida con Parker, a lo que su madre lo tomó bien, sin protestar.



Ya faltaba menos de una hora para que Parker pasara por ella, por lo que la joven subió a su cuarto para cambiarse. Eligió una blusa holgada, azul, y unos *shorts* que dejaban al descubierto sus blancas piernas y que era bastante cómodo.

Se puso unos zapatos casuales y de su cabello hizo una media coleta. Ya le había crecido más y le llegaba por debajo de los senos. Terminó de pintarse sin sobrecargar el maquillaje y salió del cuarto; antes comprobó con una ojeada al espejo que todo estuviera perfecto.

Mientras bajaba las escaleras tocaron el timbre. Sonrió y fue a abrir. Él ya estaba ahí. Parker tenía el rostro serio, mas, en cuanto la vio, se formó una sonrisa en sus labios. Sus ojos verdes brillaban. La saludó con un beso en la mejilla y un abrazo.

Después caminaron hacia el coche de Parker mientras él le tomaba la mano. Ese gesto se estaba volviendo natural para ellos, sin que denotara un significado más allá que el de amigos. Subieron al coche y se dirigieron a un restaurante. Parker estaba estacionando el automóvil.

—No es necesario que vengamos a este lugar, Parker —protestó Annabelle avergonzada. El restaurante tenía pinta de ser lujoso, por lo que se sentía incómoda, no quería que fuera demasiado formal su salida, de *amigos*.

Él le sonrió pícaramente.

—Déjame consentirte una vez —le guiñó un ojo con diversión. Ann alzó una ceja y soltó una carcajada.

Él se acercó —con acecho— a ella y le empezó a hacer cosquillas. La chica se revolvió en el asiento mientras intentaba alejar sus manos de su vientre. Él terminó por dejarla en cuanto le empezó a faltar el aire.

Bajaron y entraron al lujoso restaurante. La señorita que los atendió los llevó a una mesa en una esquina. En ese lugar no estaba tan ajetreado y podían platicar con tranquilidad. La joven sabía que tenía que decirle a su amigo sobre su embarazo, mas no sabía cómo sacar a relucir el tema. Esperaría el momento indicado para contarle. Una señorita les tomó la orden con rapidez, sin demasiadas pausas.

—Parker, ¿extrañas Hawái? —preguntó Annabelle rompiendo el silencio.

Había un ventanal al lado de ellos que daba a un parque a lo lejos, lleno de niños jugando por doquier y personas leyendo o caminando. Él miraba hacia afuera.

—No demasiado —suspiró volviendo la vista a ella—. Aunque todavía no me acostumbro mucho a Chicago —agregó riéndose.

—Extrañas Hawái. —No preguntó, lo afirmó. El joven se rindió y asintió con la cabeza.

—Podría decir que sí, la vida de allá era más... —hizo una pausa.

—La vida en la ciudad es un poco más... complicada —interrumpió Ann pasándose la mano por el cabello. Estaba de acuerdo.

—Se podría decir que a veces extraño las olas del mar, la brisa fresca y todo lo que allí había... —recordó Parker con cierta melancolía—. Aunque estoy bastante feliz aquí por...

La señorita que los atendía llegó con su orden interrumpiendo la conversación. Puso los platos de comida sobre la mesa con un servicio cordial. Estos tenían una imagen apetitosa y atrayente. La boca se le hizo agua a la muchacha.

Parker se rio de su expresión —hambrienta— y después comenzaron a comer. A ella no le sorprendió pedirse un plato más, pero a Parker sí.

—Veo que, en realidad, eres de muy buen diente —se burló Parker terminándose su porción mientras ella comenzaba con el segundo. Ann esbozó una mueca.

—No te burles, solo tengo hambre —lo regañó antes de concentrarse en su comida.

Parker esperó pacientemente a que ella terminara por completo antes de pagar la cuenta. Les devolvieron el cambio y salieron del restaurante.

—Muchas gracias, Parker —le agradeció Annabelle dentro del coche. Él se volvió hacia ella.

—De nada —ronroneó.

Terminaron por ir al parque porque Ann creía que era el lugar perfecto para confesarle su embarazo. Llevaban dando dos vueltas alrededor cuando se sentaron en una banca a comer unos helados que habían comprado. El de ella era de chocolate, y el otro, de fresa.

Estaba bastante nerviosa por lo que tenía que decir. Parker le estaba contando algo gracioso que le pasó en Hawái cuando se dio cuenta de que la mente de la joven estaba en otro lado.

—¿Qué pasa? —preguntó frunciendo el ceño. Ann juntó sus manos con nerviosismo.

—Tengo que decirte algo importante, Parker... —susurró levantando la vista al cielo, que se adornaba con las copas de los árboles. Él parecía no entender nada.

—¿Es algo malo? —preguntó él, asustado de repente.

Le sonrió para tranquilizarlo, y negó con la cabeza. El muchacho guardó silencio para que ella hablara. Reunió valentía y por fin pudo decirle.

—Parker, estoy embarazada... de él... —confesó mirándolo fijamente a los ojos verdes.

Parecía que él no comprendía, pero como fueron pasando los segundos se fue dando cuenta de la realidad, y su entendimiento se aclaró. Su mirada era de desconcierto y evidente sorpresa. Le dio tiempo para que lo asimilara. Después de unos minutos volvió a mirarla.

—¿Desde cuándo? —preguntó con la voz débil.

—Poco más de dos meses... —susurró con timidez. Él bajó la mirada a su vientre y se forzó a sonreír.

—Ya decía yo que estabas empezando a engordar —dijo tratando de hacerla reír. Ella sonrió.

De pronto, el muchacho frunció el ceño.

—¿Él ya sabe? —preguntó. Annabelle bajó la mirada a sus manos y negó con la cabeza. Cuando levantó la vista, Parker se pasaba las manos por la cabeza.

—No puedo creerlo, ese hijo de puta...

—¡Parker! —lo interrumpió—. Es mi culpa —admitió con los ojos llorosos.

La mirada verde del muchacho mostraba un mar de emociones. Había tristeza, preocupación, enfado, frustración, todo revuelto en sus pupilas dilatadas. La miró con dolor.

—¿Y les vas a decir? —preguntó. La joven suspiró.

—No pienso decírselo, no cambiaré nada.

—¿Y siempre lo mantendrás en secreto?... ¿Qué pasará cuando él o ella pregunte por su padre? —musitó Parker tomando sus manos entre las suyas. Ann sintió una daga recorrerle el pecho al pensar en ello. Eso sería inevitable. ¿Qué le diría? Que había muerto, que estaba lejos o que no creyó que fuera su hijo. Se mordió el labio con estrés.

—Ya no sé qué puedo hacer —lo abrazó, él la rodeó con sus brazos reconfortándola, aunque no tan bien como lo hacían otros brazos. Soltó un sollozo—. Estoy perdida —dijo con la voz quebrada mientras las lágrimas manchaban su camisa.

Él besó su frente mientras acariciaba su espalda. Tener a esa muchacha en sus brazos le gustaba tanto... Parker miraba con tristeza su cabellera. Si tan solo hubiera llegado antes a su vida...

—Mientras me tengas a mí, Annabelle, nunca te sentirás perdida —susurró

enterrando su cabeza entre su cabello.

La joven no supo cuántas lágrimas derramó mientras lo abrazaba, pero sabía que estaba mucho mejor después de habérselo contado. Se había quitado un peso de encima.



Marie esperaba sentada con ansiedad al responsable del sufrimiento de su prima. Annabelle, al contarle lo sucedido, se había más que cabreado.

Todavía no le había aclarado todo a Ann porque no quería que fuera a decirle aquello a Peter; él de nuevo no le creería, según le había contado su prima que ocurrieron las cosas entre ellos. Así que Marie se lo diría primero a él antes que a nadie. Sobre todo, porque sabía que Annabelle no tenía nada que ver con lo que Peter la culpaba. Y ella se lo iba a contar.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre entrando, por fin, a su oficina. Recorrió el espacio hasta sentarse en su silla y mirar de frente a aquella muchacha, que parecía que ya había visto antes.

—Soy la prima de Annabelle y estoy aquí para patearte el trasero.

Peter se levantó de la silla poniendo las manos sobre el escritorio.

—¿De qué hablas?

Marie se cruzó de brazos.

—Voy a aclararte que eres un idiota por hacerle eso a mi prima.

—Esto no te incumbe —comentó.

La joven asintió sin dejar de mirarlo fijamente.

—Quiero decirte algo, tal vez esto te aclare unas dudas —la muchacha se levantó y casi quedó a la altura del joven por lo alta que era—. Annabelle no tiene ningún tipo de relación con Alexander, mucho menos fue parte de un plan de él contra ti.

—¿Vienes a convencerme de lo contrario? Lo sé todo. Conozco las evidencias, aunque me sea imposible aún creerlo.

Marie curvó una sonrisa.

—Jeremy, el hermano de Ann, conocía a Alexander desde hace tiempo, y yo, un día que estaba con Jer en un bar, conocí a Alexander. Lamentablemente no sabíamos el tipo de hombre que era, y menos Jeremy, que desconoce todavía por completo las verdaderas intenciones de él.

Peter entrecerró los ojos, poniendo atención en lo que esa joven decía. Comenzaba a imaginarlo todo, a conectarlo todo.

—Jeremy y Alexander se hicieron amigos. Jer de verdad confiaba en él. Pero las intenciones de Alexander al juntarse con Jer, ahora lo sé, eran llegar hasta Annabelle y después ir formando las piezas de una trampa —la muchacha vio el desconcierto en los ojos azules de Peter—. Cuando Jeremy le presentó su hermana a su amigo, mi prima estaba buscando un trabajo, y Alexander se enteró. Casualmente, Alexander se acercó a mí y me dijo que él sabía dónde mi prima podía conseguir trabajo, y que él podría ayudarle, pero le daba vergüenza decírselo directamente. Me propuso que yo fuera la intermediara. Al saber dónde podría trabajar mi prima con ayuda de él, acepté y no le dije nada a Ann. Ahora me arrepiento.

La mirada de Peter era serena, tratando de asimilar aquella información. Una luz se iba volviendo cada vez más grande en su letargo oscuro de mentiras.

—Alexander fue el que solicitó el trabajo aquí. No sé cómo hizo para que aceptaran sin que tú lo supieras, y al parecer tú te diste cuenta mucho después... Cuando le llegó la oportunidad de trabajo a mi prima, realmente se sorprendió y se emocionó muchísimo. Yo la animé a que aceptara, le dije que no podía desaprovechar una suerte así. Y ella lo hizo. Yo pensé que era algo bueno para ella, no tenía idea de los planes de Alexander. No sé qué vio en Ann para utilizarla de ese modo tan vil.

Marie mantenía una sonrisa en el rostro al notar la ansiedad del hombre. Peter permanecía con los músculos tensos, la quijada apretada, asimilando todo aquello. Había visto a Miranda.

—Annabelle solo sabía que Alexander era amigo de su hermano, no tenía idea de que fuera tu hermano, por eso a veces iba a la casa, y cuando salían él y Jer la invitaban. Eso se ve en las fotografías, me dijo mi prima. Pero espera, eso no es todo. Alexander le dijo a mi prima que era tu hermano, pero le rogó que no te dijera nada. Le inventó toda una historia para que ella creyera en él. ¿Sabes qué le dijo? Que tenía problemas contigo, que tú lo odiabas y que él quería reconciliarse contigo. Que tras la muerte de sus padres, tú le habías culpado, y por eso se habían separado. Alexander fingió ser el desdichado, el hombre que rogaba recuperar a su hermano. Y le pidió un pequeño favor a mi prima, que con el corazón tan noble que tiene, no se negó.

Marie avanzó un paso hacia él, ahora con la mirada envenenada, furiosa con él.

—Alexander le iba a entregar una carta a mi prima para ti. Pues él no

podía entregártela directamente porque lo odiabas y no querías verlo. Y como tú nunca le contaste nada a mi prima sobre el problema con tu hermano, ella le creyó. Le llamó diciéndole que la esperaba en un café, mi prima fue inmediatamente y Alexander le dio un sobre, que ella pensaba era la carta dirigida hacia ti, pero, qué sorpresa cuando ella iba saliendo del café y te vio... Tú le quitaste el sobre y, vaya, no era la carta... Alexander fue ingenioso. Logró hacerte caer en su trampa, y tú, sin más, culpaste a mi prima, sin detenerte a averiguarlo.

Peter tenía los ojos brillosos, temblaba de rabia, contra Alexander, contra él mismo.

—Y si aún no me crees, puedes buscar a tu hermano y preguntarle tú mismo. Pero tienes que saber algo Peter... Que yo te diga la verdad de las cosas no cambia nada. Para mi prima eres la última persona que quiere ver, sobre todo ahora, que está recuperando su felicidad con alguien más. Ann todavía no sabe nada de esto. Y no se lo dije porque, viendo la confianza que le tienes, a ella no le hubieras creído. —Y sin darle tiempo a hablar, la muchacha se dio la vuelta y se marchó con un golpe seco al cerrar la puerta.

Peter cerró los ojos y sintió cómo se le escapaba todo. Los recuerdos volvieron a su memoria, la mirada desgarrada de Annabelle cuando él la culpaba, las lágrimas que ella derramaba, la sonrisa de Alexander. ¡Maldita sea!



Estaba anocheciendo, por lo que regresaron a la casa de la joven. Ann lo invitó a pasar, ya que todavía no quería que se fuera. Además, afuera había comenzado a llover. Se entretuvieron en la cocina tratando de hacer una ensalada para los dos. Annabelle estaba cortando el queso y él la lechuga, cuando pegó un grito. Asustada, Ann volteó a verlo. Parker se había lastimado la mano con el filo del cuchillo. Esbozó una mueca, a ella ya le había sucedido lo mismo un par de veces. Los cuchillos que compraba su madre eran peligrosos, definitivamente. La sangre resbalaba por su mano.

—¡Lávate la mano! —sugirió.

Parker, haciéndole caso, fue al fregadero y puso su mano en el agua. Apretaba los dientes por el dolor.

—Qué estúpido soy —se burló de sí mismo.

—Ve al baño de arriba, hay alcohol y toallas para secarte —le ordenó.

Parker subió rápidamente las escaleras. Mientras tanto, Annabelle siguió rebanando el queso, y entonces sonó el timbre. Miró hacia la puerta de la entrada. No esperaba a nadie y dudaba que fuera su prima o su madre. Confundida avanzó hacia la puerta, sin sospechar quién fuera.

Con desconfianza fue a abrir la puerta y se encontró con unos ojos azules hipnóticos. Soltó el aire de golpe. Peter estaba a un paso de ella con el cabello mojado y las gotas resbalándole por el rostro perfecto. Después de despejarse por el *shock* de verlo, sintió las chispas saltar entre ellos.

El muy maldito se veía terriblemente atractivo como siempre. Sin decir una palabra, él la empujó para entrar atrayéndola a su cuerpo. Después de salir de su trance, la muchacha pudo encontrar las palabras y se alejó de él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con los ojos desorbitados. Él parecía ansioso y desesperado.

—Te necesito, Annabelle, carajo, te necesito mucho. —Volvió a acercarse, pero ella se alejó. No podía permitirle ese comportamiento con ella cuando él la detestaba. No podía estar jugando.

—¿Qué haces, Peter? No te entiendo, vete de aquí —dijo con un nudo en la garganta, reprimiendo las lágrimas que querían desbordarse.

Sus ojos azules brillaban.

—No, Annabelle, eso no es lo que quiero decir... Ya sé que tú no...

—¿Qué haces aquí?! —bramó Parker mientras bajaba corriendo las escaleras. La joven volteó hacia él asustada. Lo último que quería era que pelearan en su casa.

—Eso te pregunto a ti. ¿Qué haces con ella?! —gritó Peter dando un paso hacia Parker con los puños apretados, sintiendo espasmos de furia por verlo con la mujer que amaba, que era suya. Ann reaccionó rápido y se interpuso entre ellos que cada vez se acercaban más, como si ella no existiera.

—¿Qué cojones los tuyos de venir! ¿Cómo te atreves? ¡Después de todo lo que le has hecho! —espetó Parker como un loco.

Peter alzó el puño para golpearlo, pero Annabelle lo tomó del cuello de la camisa y lo detuvo.

—¡Basta, Peter! ¡Por favor! —interrumpió atrayendo su atención. Peter la miraba con furia y dolor. Con miedo, miedo de perderla para siempre.

—¿Estás con él, verdad? ¡Por eso lo defiendes! —gritó fuera de sí. Miraba con odio puro a Parker. Parecía que si ella no estuviera, sería capaz hasta de matarlo. Un escalofrío recorrió la espalda de la chica.

—¡Cálmate ya! ¡No puedes venir así a mi casa!

Sus pupilas azules se posaron en las suyas, parecía que el color azul de sus ojos estaba congelándose conforme la miraba, volviéndose frío, duro.

—Tú eres mía —masculló apretando los puños. Eso hizo enfadarla más de lo que ya estaba. No podía creer lo que estaba diciendo después de todo lo que le había culpado.

—Lo mejor es que te vayas —escupió.

Su vista iba de ella a Parker. Parecía desconcertado y dolido, e increíblemente arrepentido, porque él la había perdido por su propia culpa, no podía esperar que ella lo perdonara y siguiera amándolo. No tenía derecho.

Está recuperando su felicidad con alguien más. Recordó las palabras de la prima de Annabelle.

Sin embargo, aun al verlo de aquella manera, la culpa nunca llegó a la muchacha. Él debía seguir pensando en ella como una traidora, capaz de lo peor, por lo que su comportamiento estaba siendo absurdo.

—¿Te quedarás con él? —preguntó con la voz rota. Ann lo miró fríamente, con todo el esfuerzo de su corazón; no podía actuar como si la amara, no jugaría con ella.

—No sé qué otra cosa esperabas. —Al decir esas palabras vio que sus ojos azules se cristalizaron. Le sorprendía que él sintiera pena a pesar de todo lo que pensaba de ella. Tal vez al menos le llegó a tomar un poco de cariño después de todo.

—Entonces... espero que él te haga feliz, Annabelle —susurró, antes de darse la vuelta y atravesar la puerta y salir de la casa en medio de la incesante lluvia.

Cuando lo perdió de vista sintió cómo una parte de ella se rompía de un solo golpe. Comenzaba a creer que tal vez él sí la quería, y por ello actuaba de esa manera, aunque eso no cambiaba nada, seguía pensando en ella como la traidora. Él se merecía lo que le pasaba. ¿Por qué no se sentía bien? Lo único que pudo hacer fue buscar los brazos de Parker para consolarse. Él acariciaba su cabello con demasiada ternura.

—Yo estoy aquí para protegerte, Ann.

Pasó sus brazos por su cuello y enterró su rostro en su pecho asintiendo. Había demasiados sentimientos revueltos en su interior. De un momento a otro, Parker alzó su mentón con una de sus manos mientras la miraba fijamente a los

ojos. Sabía lo que planeaba hacer, estaban demasiado juntos. Pero no, eso no podía ser...

—Te quiero, Ann, te quiero de verdad —susurró Parker a la vez que acercaba su rostro al de ella. La muchacha no sabía qué hacer, aún no había tomado una decisión; sin embargo, él no dejó esperar mucho tiempo. Sin más, sintió la presión de sus labios sobre los suyos, se quedó estática, pero le correspondió.

No sabía por qué lo hacía, solo intentaba aceptar tantito del amor que Parker le ofrecía. Eso sería lo correcto. Lo justo por todo lo que Parker había hecho por ella.

Una de sus manos se enredó en el cabello de su nuca y otra en la parte baja de su cintura, acercándola más a él. Ann sabía que eso cambiaría las cosas entre ellos; su cabeza intentaba tomar ese camino, que era el más seguro y cierto que ahora tenía. Sin embargo, mientras lo besaba, la joven sentía que estaba traicionándose a sí misma. Y también se le escapó una lágrima cuando, finalmente, Parker separó sus labios esbozando una sonrisa.

CAPÍTULO 25

Sentimientos horribles

Alexander le dio otra calada a su cigarrillo. El humo hizo figuras por encima de su cabeza.

—Justo como lo quería, se enamoró de esa chiquilla...

—Sí, pero no comprendo... ¿Para qué hiciste todo eso? ¿Solo querías volver a romperle el corazón con esa trampa? —cuestionó Edgar, con cierto agrado, mientras fumaba un cigarrillo. Esa muchacha le había agradado, tal vez solo para acostarse con ella, y en cierta manera le ardía que no hubiera cedido.

—No solo romperle el corazón, Edgar. Necesitaba que volviera a amar a alguien más que a su propia vida, es la única manera de recuperar todo lo que he perdido.

Edgar sonrió a medias.

—Pues, has tenido suerte, primo. Tu hermano es muy débil e hizo todo lo que nunca debió hacer, amarla...

—Lo conozco muy bien, Edgar. En cuanto la vi, supe que debía ser ella, se parece tanto... —rio.

—Y bueno... ¿Cuál es el siguiente paso?

Alexander suspiró.

—La ama demasiado todavía, no importa lo que pasó —se detuvo para tomar otra calada—. Y... el siguiente paso es quitarle a su muñequita. Dejará todo por la vida de ella.

—¿Y si no lo hace? ¿Cómo te asegurarás de que te dará la empresa después de entregarle a la niña?

Alexander sacudió la cabeza levemente.

—No me conoces lo suficiente todavía. No se la devolveré hasta que cambie el propietario de la empresa de mi padre. Le daré algunos días para hacerlo, si no, la mataré. Todo volverá a ser mío, como debió haber sido

siempre. Solo tengo que hacer que vaya a rescatarla para que entienda que no estoy jugando.

—La verdad es que tus medidas son bastantes drásticas, y crueles... Pero, bueno, todo será por mi recompensa, diste tu palabra.

Alexander se inclinó hacia su primo que lo miraba con determinación.

—Siempre cumplo mi palabra, primo. Tal como cumpliré con todo lo que he dicho.



Era tarde, más de las tres. Parker y Annabelle estaban en el cuarto cuidando de Jeremy —después de pasar el mediodía en la tienda del muchacho—, y ella no dejaba de cruzar y descruzar las piernas. Con el beso de ayer sentía que algo había cambiado entre ellos, y no sabría decir si se sentía bien con eso. Sí, lo había besado, pero eso no significaba que quisiera algo más con él, tal vez... había sido el momento, y no pensó con claridad.

Estaba siendo egoísta con su amigo, sabía que no podía actuar de esa manera. Lo quería con ella, pero no como él deseaba. Estaba segura de que él se cansaría y terminaría abandonándola, y entonces sería su culpa. Ahora se arrepentía de haberlo hecho, pero en parte fue culpa de las miles de emociones que Peter provocó en ella; por cierto, aún no comprendía por qué había llegado a su casa de esa manera. ¿Por qué quería seguir viéndola? ¿Acaso no la detestaba?

Dejó de pensar tanto y clavó la mirada en Jeremy. Lo miraba con nostalgia. La verdad es que ya estaba comenzando a perder las esperanzas de que alguna vez despertara.

Le habían dicho que los estados de coma podían durar meses o incluso años. No quería ni imaginarlo. Su hermano llevaba meses en coma y todavía no daba señales de que despertaría.

Ella mantenía su cabeza en el hombro de Parker, mientras pensaba en todo eso. Parker suspiró. La joven levantó la cara. En sus ojos verdes había un brillo que no podía descifrar, pero intuyó que algo escondía.

—¿Quieres dar un paseo por el parque? —preguntó Parker. Las comisuras de su boca se curvaron levemente. La joven frunció los labios pensativa, pero terminó aceptando.

Al cuidado de Jeremy dejaron a una enfermera que aceptó con mucha amabilidad el encargo. Salieron del hospital caminando, ya que el parque quedaba solo a unas cuantas cuadras.

Parker le iba haciendo una que otra broma mientras caminaban. Después de unos cinco minutos llegaron al parque y se compraron unas galletas de chocolate.

—¿Te has sentido bien? —preguntó el muchacho de pronto, sacando otro tema—. Quiero decir, con tu embarazo... —explicó algo incómodo. La joven sonrió asintiendo con la cabeza. Se pasó la mano por su vientre, todavía plano.

—Al parecer sí, creo que lo normal —se encogió de hombros. Todavía no podía creer que estuvieran hablando sobre él, su hijo; hablar de él lo hacía más real. Aún se le hacía muy extraño pensar en ella como madre. Además de que sentía miedo. Quería evitarlo a toda costa, pero lo sentía. Sobre todo con lo que pasaría después de que su hijo naciera. ¿A quién vería como su padre? Sabía que tener un hijo era una gran responsabilidad, en su caso sería el doble. Quería alejar todas esas preguntas que surgían en su interior; las respuestas llegarían en su momento.

—Bien. Pero si llegas a sentir que algo va mal debes consultarlo con un doctor, por favor... —la miró con preocupación—. No quiero que te pase nada.

La joven sonrió.

—Gracias por preocuparte.

—Como te había dicho, yo puedo ayudarte en todo lo que necesites —sonrió. Le gustaba que se preocupara por ella, pero no quería que sintiera una responsabilidad que no era de él.

—Gracias, Parker, pero no te sientas obligado, nada es tu responsabilidad.

Parker tomó su mentón con la mano y mantuvo su mirada verde en la de ella. El joven tenía unos ojos muy bonitos. Entonces ella trató de sentir algo. Quería corresponder a lo que le ofrecía, lo cual era mucho más de lo que merecía. Sería mucho más fácil todo si estuviera enamorada de él.

—Lo hago porque te quiero, Annabelle —dijo con tal sinceridad que la hizo sonreír. La chica se removió en su asiento, la culpa de no poder sentir lo mismo por él la estaba consumiendo. *¿Por qué no podía elegir de quién enamorarse?*

Iba a pararse de nuevo cuando Parker la sostuvo del brazo para retenerla. La miraba fijamente sin desviar la vista, un nudo comenzó a crecer en su garganta. Su mirada verde había cambiado, parecía estar exponiendo su propia alma. La muchacha solo descubrió amor y bondad.

—Parker...

—Tengo que decirte algo muy importante, Ann, que creo que ya sabes. Sé que tal vez no lo tomarás bien, pero ya no puedo guardarlo durante más tiempo, es algo que me mata por dentro... —dijo con la voz ahogada.

Su corazón empezó a latir más rápido. Parker entrelazó sus manos con las suyas. Ann ya era consciente de lo que le diría, y su interior empezó a desmoronarse porque sabía cuál sería su respuesta. Entonces comprendió que, al besarlo, le había dado una esperanza. Y ahora estaba enojada consigo misma, no debió hacerlo, y la única manera de remendar ese error era hablándole con la verdad.

—Estoy enamorado de ti, Annabelle. Has estado en mis pensamientos desde que te conocí en Hawái, y encontrarte ha sido lo mejor que me ha pasado... —soltó de golpe. Su corazón parecía querer salirse de su pecho.

Apartó la mirada, por pena y dolor. Una tristeza enorme la embargó.

—No puedes, Parker... —susurró mirando el suelo—. Enamorarte de mí es un error... —volvió a levantar la mirada.

—¿Por qué, Ann? —preguntó—. No sería tan difícil, no quiero que sientas algo por mí ahora... Yo solo quiero... una oportunidad para demostrarte lo importante que eres para mí —rogó.

Ella le tomó la mano con fuerza dispuesta a hablarle con toda sinceridad, no quería que se arriesgara por algo que después se arrepentiría. Parker había sido su salvavidas desde el primer instante en que lo conoció, su amigo, y uno especial, pero nunca podría sentir por él nada más allá que un cariño sincero de amistad.

—No, no puedes —susurró desesperada, controlando el impulso de llorar por la impotencia que le recorría las venas.

—¿Es por él? Yo sé que lo quieres, Ann, pero... —sus ojos verdes brillaron—. Yo quiero ayudarte a que lo olvides, a que ya no duela...

—Parker... No te mereces eso.

—Escucha, Ann, te quiero con todo mi ser, y quiero cuidar de ti. No te exijo que me quieras ahora. Con que me des una oportunidad para demostrarte todo lo que eres para mí... es suficiente.

Annabelle cerró los ojos y tomó una gran bocanada de aire antes de volver a abrirlos. Quería decirle que sí, quería sujetarse a él. Pero no se engañaría a sí misma, y tampoco quería herirlo. Realmente, ahora se odiaba. ¿Por qué su corazón no podía palpar por otra mirada? ¿Por qué no se podía elegir en el

amor? El amor era como un ladrón, que llegaba a la casa de tus sentimientos y los robaba para nunca devolvértelos.

Quería a un hombre que no la amaba, que la había herido, y no quería a alguien que estaba dispuesto a entregarlo todo por ella. Era tan jodido.

—Parker... Yo jamás podré quererte como te mereces, y tú quieres a alguien que se entregue por completo al mismo sentimiento. Yo jamás dejaré de quererle, por mucho que pase el tiempo... —él hizo ademán de interrumpirla, mas le puso un dedo sobre sus labios—. Y tú eres tan bueno..., que lo menos que mereces es un amor completo.

—Ann... Me duele que me digas esto, pero la esperanza sigue dentro de mí..., y lucharé por ti. Hasta que puedas recuperar la capacidad de volver a querer... —dijo con una sonrisa temblorosa, esperanzado en que aún no todo estaba perdido para él.

Ella negó con la cabeza intentado no llorar.

—Yo no lo creo, Parker, y tú... no mereces esperar algo que nunca va a llegar... —sus palabras transmitían el dolor que la quemaba por dentro, por la cruda realidad. Estaba segura de que podría llegar a querer a Parker, por supuesto, ya lo hacía de cierta forma, pero nunca de la manera como él desearía. No le parecía justo, era cruel.

Sus ojos verdes perdieron el brillo, pero una sonrisa en sus labios intentó ocultar su decepción.

—No sabes cuánto lamento haber llegado tarde a ti... Pero no importa, Ann, yo estaré aquí, solo para ti, siempre y cuando me necesites y así tú lo quieras. No lo dudes...

Y eso era lo peor. Ella lo necesitaba ahora más que nunca, sin él, si perdiera el interés en estar con ella, volvería al pozo sin salida donde se encontraba. Realmente, Parker era el único que había estado para ella, incondicionalmente, en esos meses tan difíciles. Parker había sido mucho más que un salvavidas.

Era un ser muy egoísta. No tenía ninguna oportunidad con ella, pero tampoco lo quería lejos. ¿Desde cuándo se había convertido en eso? Si ya le había dejado en claro que no había oportunidad, lo más seguro es que él intentara alejarse. No era más que una persona con sentimientos horribles.

—Parker... Lo siento mucho, soy horrible por hacerte esto, pero... —una lágrima rodó por su mejilla—. No quiero que te alejes de mí —susurró con la voz rota.

El brillo en sus ojos volvió al escuchar esas palabras. Y una sonrisa apareció en su bonito rostro.

—Nunca me alejaría, si tú no lo quieres. Sería lo último que hiciera... — confesó acariciando su mejilla y enjugando otra lágrima que había escapado de sus ojos.

Se levantaron y comenzaron a caminar de regreso, aunque ella necesitaba un abrazo de verdad. Entonces lo abrazó por instinto, enterró la cabeza en su hombro, él la rodeó con sus fuertes brazos y acarició con su mano su cabello.

—No te dejaré sola, puedes confiar en eso.

Annabelle no supo por cuánto tiempo estuvieron abrazados, pero se sentía mucho mejor. A pesar de todo, él había decidido seguir a su lado sin importarle que no le correspondiera. No lo merecía.

Al seguir caminando ya no le tomaba la mano a Parker, ya que pensaba que significaría otra cosa para él. Así que su amigo solo se limitaba a pasar su brazo por encima de sus hombros.

Muy dentro de ella tenía miedo de que la dejara sola. Sabía que Parker había prometido que se mantendría cerca de ella, siempre que lo necesitara, pero tal vez cambiaría de opinión al ver la realidad, al ver que los meses pasaban sin ningún cambio,

sin ninguna esperanza viva de que Peter quedara enterrado en el tiempo. Y él se cansaría. Ante ese panorama tan agrio, lo único que le quedaba era disfrutar a su amigo el tiempo que lo tuviera tan cerca de ella.

Caminaban sumergidos en una tranquilidad refrescante, cuando de pronto Parker se desplomó a su lado y cayó de bruces al suelo. Todo pasó muy rápido y repentinamente. Entonces sintió los brazos de alguien apretándola con fuerza por el pecho. Intentó gritar, pero una mano silenció su grito ahogado.

Su corazón latía fuerte en su pecho cuando un olor extraño comenzó a llenar su cerebro y todo se volvió negro.



Simon le había invitado unas copas en su casa, junto a Michael, un amigo cercano. Había aceptado ya que no soportaba el dolor que lo consumía y, sobre todo, la furia. Le había hablado a Alexander y el maldito se había burlado de él, de haber caído en su asquerosa mentira. Al saber toda la verdad —y tal vez dentro de él ya la sabía—, un odio hacia él mismo se hacía cada vez más grande. Recordaba su mirada indiferente y sus palabras que lo partieron por dentro. Era lógico que ahora lo odiara, que quisiera olvidarlo y

seguir su vida con alguien más. Le había hecho mucho daño totalmente innmercido. Y el único culpable era él.

A pesar de todo, no tenía intenciones de desistir, se pondría de rodillas, haría cualquier cosa por conseguir su perdón. Así fuera lo más difícil que hiciera en su vida, lo intentaría, el amor de ella lo valía todo. Su temor más grande era una vida sin ella.

Una tristeza llenaba todo su interior, merecía todo eso. Sufrir, por haberle provocado dolor al único ser que le importaba. Así que comprendería si después de todo ella no lo perdonaba y le pedía que se marchara.

—Así que él está tomando ventaja... —murmuró Simon al escuchar lo que había pasado con Annabelle.

—No sé cómo podrá perdonarme... —bufó Peter pasándose las manos por la cabeza con ansiedad.

—Te recomiendo que vayas a buscarla, y ahora haz que te escuche, no puedes dejar pasar más tiempo —le aconsejó su amigo mientras se levantaba para servirse más licor. Peter se levantó a la par y tomó sus cosas.

—No lo haré —dijo despidiéndose de él.

Tomó su *jeep* y, pisando el acelerador a fondo, se dirigió al hospital, donde seguramente la encontraría. Esperaba no equivocarse.

Bajó del coche y se dirigió hacia la entrada; iba acomodando el cuello de su camisa, por lo que no estaba mirando al frente. Alguien chocó contra él, por lo que casi perdió el equilibrio. Levantó la vista y se encontró con quien menos quería. Ese idiota que estaba con Annabelle. El chico parecía agitado.

—Annabelle... —dijo controlando su respiración. El nombre de ella lo puso en alerta.

—¿Qué? —preguntó confundido. Él logró recuperar el aliento.

—¡Veníamos caminando y alguien me pegó! —gritó diciendo las palabras demasiado rápido—. Cuando pude levantarme ella ya no estaba —dijo completamente alterado. Todo lo había dicho muy rápido, por lo que le tomó unos segundos comprenderlo. La sangre se congeló en sus venas. No, no.

—¿De qué estás hablando?! ¿Qué pasó con ella? —lo sujetó por los hombros. Este apartó sus manos con una sacudida.

—No sé qué fue lo que pasó, me pegaron en la cabeza, pero alguien se llevó a Ann —dijo desesperado pasando la mano por su cabello corto.

Su corazón dejó de latir por un segundo. No podía ser. La angustia de no saber qué estaba pasando le estaba consumiendo. Su celular de repente

empezó a sonar dentro de su bolsillo, lo que daba más dramatismo a la situación que estaban viviendo. Rápidamente lo sacó y contestó con un presentimiento horrible en el pecho. Si era él, era capaz de...

Entonces escuchó una voz muy familiar que reconoció al instante.

—Tengo una mala noticia para ti, hermano —dijo Alexander.

CAPÍTULO 26

Culpa

La risa de Alexander resonaba contra su oído. Le hervía la sangre de la furia. Veía todo rojo. Ese desgraciado había llegado muy lejos con sus ambiciones.

—¡Si le tocas un pelo juro que no vivirás por mucho tiempo! —gritó corriendo hacia su auto. Subió tan rápido que no se había dado cuenta de que el muchacho subió también con él.

—Eso veremos. Necesito arreglar unos asuntos contigo. Te espero en la bodega, no traigas a nadie, mucho menos a la policía, si no la quieres muerta —dijo el desgraciado.

La bodega oscura era un lugar que frecuentaba cuando era adolescente, un antiguo almacén de refrescos abandonado hacía tiempo.

—Estás muerto —rugió encendiendo el coche y saliendo del estacionamiento.

—Te espero, Peter, no llegues tarde, porque tengo que decirte todo lo que tienes que hacer si no quieres que mate a tu noviecita —sentenció Alexander y colgó. Había demasiado tráfico por lo que el *jeep* no podía avanzar con facilidad. Peter golpeó el volante con el puño, gruñendo de desesperación.

-Dime qué te dijo, maldita sea —gruñó su acompañante, y entonces se dio cuenta de que estaba a su lado. Lo fulminó con la mirada, pero ahora no era momento de discutir, más bien debían actuar en equipo. Debía salvarla, era consciente de lo que Alexander era capaz de hacer solo por conseguir sus objetivos.

Cuando el tráfico se disolvió un poco, pisó con fuerza el acelerador esquivando los estorbosos coches que se interponían en su camino. Ni siquiera podía imaginar qué podrían estar haciéndole, pero de una cosa sí estaba seguro. Alexander muy pronto dejaría de habitar el planeta. Nadie tocaba su más preciado tesoro y ahora que estaba tratando de recuperarla mucho menos.

Rogando al cielo porque se encontrara bien apresuró aún más la marcha

del coche. Los autos pasaban como un borrón al lado suyo. Finalmente, pudo distinguir la gran bodega abandonada que estaba casi a oscuras; únicamente por una rendija se colaba la luz del exterior. Por suerte, se conocía casi de memoria el lugar, por lo que la tenue luz no sería un gran problema. Ese sitio era al que Alexander obligaba a ir a Peter para encontrarse con sus amigos y consumir sustancias prohibidas. Eran recuerdos que nunca sacaba a relucir en su memoria.

Dejó el coche a una cierta distancia de la entrada de la bodega. Se giró hacia el muchacho que tenía una mano en la puerta para salir.

—Espera —lo detuvo—. Tú entrarás por la puerta de atrás. Yo entraré por el frente para que piense que vengo solo. Haré lo que tengo que hacer, y me llevaré a Annabelle, si no sale como espero, haz todo lo posible por ayudar —explicó con la mandíbula apretada. Parker asintió claramente tenso y se escabulló hacia donde le indicó.

Tenía que admitir que por esa ocasión él le estaba sirviendo de gran ayuda; después de todo, Annabelle era capaz de conquistar a todo mundo, y no lo culpaba. Salió del auto sintiendo que podía matar a quien fuera, si algo llegase a ocurrirle a ella.



Sentía todas las esperanzas muertas. Ella había intentado en vano llamar a Parker, mas, en cuanto se dieron cuenta, muy rápido, destruyeron su celular. Sus muñecas dolían por la fuerza de las cuerdas con las que le habían atado. Los tobillos de sus pies estaban en la misma situación. No sabía cómo había terminado ahí, sin embargo, en cuanto volvió a ser consciente, pudo reconocer las voces de esos malditos. Alexander y Edgar.

Ya se había cansado de gritar y protestar porque la dejaran libre, por lo que permanecía callada, llorando en silencio. Su único temor real era cómo se encontraría su bebé. Le habían golpeado en la cara y le habían dado una patada en una de las costillas, que empezaba a dolerle como un demonio. Solo deseaba que el bebé estuviera bien, que no le pasara nada... Estaba viviendo una pesadilla y le dolía todo. No entendía qué mal tan grande había cometido para merecer aquello.

Un poco más tarde, había escuchado con atención la llamada de Alexander a Peter, quien al parecer vendría a salvarla. No sabía cuál era la razón de esa decisión de él, si se suponía que creía que ella era cómplice de Alexander. ¿O ya se había enterado de la verdad?

Fuera lo que fuera, rezaba por dentro porque no se le ocurriera ir por ella. No sabía qué haría si algo malo le llegara a pasar a él. Sin embargo, pasaban los minutos y ninguna señal se vislumbraba entre aquellas penumbras.

Cuando estaba comenzando a convencerse de que Peter no iba a llegar, una parte de ella se sintió feliz y otra un poco decepcionada. Pero al alzar la vista de nuevo se encontró con unos ojos azules inyectados en furia. Nunca lo había visto destilando tanto odio, lucía casi escalofriante. Su vista se nubló por las lágrimas que comenzaron a descender por sus mejillas, sintió un alivio repentino con el simple hecho de mirarlo a los ojos.

Una sonrisa se iluminó en sus labios en cuanto sus ojos conectaron con los suyos, sin embargo, después el cuerpo de Alexander le impidió ver el rostro de Peter. Ahora el pánico la consumía. Alexander era capaz de cualquier cosa, su odio iba más allá de lo racional. Aborrecía por completo a su hermano y era capaz de matarlo, estaba segura. Un escalofrío recorrió su espalda.

—Pet... —intentó pronunciar, mas su voz quedó atorada en su garganta. Peter avanzó un metro hacia su hermano aunque todavía seguía a una distancia considerable.

—Suéltala, Alexander, si no quieres que te estrangule con mis propias manos —gruñó Peter a su hermano. Este no hizo ningún movimiento. Edgar seguía al lado de la joven con una pistola en la mano. Cuando Peter se dio cuenta de la presencia de Edgar, sintió todavía más rabia.

—No se trata solo de tu muñequita, tenemos que arreglar cuentas pendientes —espetó Alexander.

El miedo que sentía la joven era inmenso. Volvió a tener un poco de vista hacia Peter y pudo darse cuenta de que estaba tratando de controlarse. Su expresión fría lo delataba. Era consciente de que aún no sabía por completo la historia detrás de su odio, por lo que no comprendía tanto sus palabras.

—¿Cuentas pendientes? No tenemos nada de qué hablar, así que dame a Annabelle o te juro que...

—¿Crees que te tengo miedo? En cualquier momento puedo acabar con su miserable vida si no haces lo que digo —sonrió Alexander. Al momento la joven sintió la punta de la pistola presionando su cabeza. Un escalofrío la recorrió. Edgar no alejaba la pistola de ella ni un centímetro, incluso temía respirar.

Peter intentó avanzar, pero se detuvo cuando Edgar presionó con más fuerza la pistola en la sien de la muchacha. Cerró los ojos intentando imaginar

que era una horrible pesadilla, pero por desgracia no era así.

—¿Qué más quieres? ¿No te basta todo lo que has hecho? —preguntó Peter fríamente.

Alexander se cruzó de brazos. Se parecían un poco físicamente, pero por dentro eran totalmente diferentes, no había comparación.

—Haces lo que digo o ella muere, así de simple. Es más, si lo hiciera estaríamos a mano —escupió Alexander y volteó a verla por un segundo. El cuerpo de la muchacha se congeló cuando sus ojos se encontraron con los de él.

Peter parecía estar cada vez más ansioso y Ann podía ver que no atacaba todavía a Alexander por miedo a que la hirieran.

—Maldita sea. Primero dile a ese bastardo que quite la puta pistola de su cabeza —gruñó Peter refiriéndose a Edgar. Este volteó a ver a Alexander, que asintió. Por fin quitó el arma de su cabeza. Annabelle se relajó un poco, mas todavía seguía con los pelos de punta.

—Quiero que me devuelvas la empresa, mi padre no tenía ninguna intención de que su hijo menor la manejase, ¿lo recuerdas? —dijo Alexander. Peter no reflejó sorpresa en su rostro, era obvio que lo esperaba.

—No pienso ceder hasta que Annabelle salga de aquí por sus propios pies. Déjenla ir primero y después hablamos —se defendió Peter con un hilo de voz. Alexander sonrió. Jamás se la devolvería con vida antes de que él cambiara la empresa a nombre suyo. Alexander retrocedió un poco y le susurró algo a Edgar que solo la joven fue capaz de oír.

—Sácala de aquí contigo por la puerta de atrás. No dejes que se escape —ordenó Alexander sin quitarle la mirada a Peter.

Edgar le quitó las cuerdas que le habían dejado unas marcas en las manos y los pies. La levantó bruscamente de los brazos y empezó a empujarla para que caminara.

—¡No te atrevas!, que salga sola —habló furioso Peter. Lo miró por encima del hombro, él ya había avanzado mucho hacia ellos. Alexander sacó la pistola de su chaleco y apuntó a Peter para que no se acercara más. Su corazón se detuvo un segundo por la escena.

—Un paso más y disparo —amenazó Alexander sin dejar de apuntarle con la pistola. Las lágrimas surcaban el rostro de Annabelle al contemplar aquello. ¿Por qué no simplemente Peter se iba y salvaba su vida?

Antes de que pudiera suceder algo más se escucharon los motores de unas

camionetas que acababan de llegar. Peter se alteró. ¿Quién había llamado a la policía? Todo sucedió muy rápido.

—¡Dije que no traieras a nadie! —gritó Alexander enfurecido, consternado por la furia. A punto de apretar el gatillo de la pistola con intención de herir a Peter, alguien lo empujó por la espalda haciendo que el tiro se desviara y no llegara a tocar el cuerpo de Peter. Entonces Annabelle pudo reconocer a Parker. ¿Cómo había llegado ahí? Tenía el rostro desfigurado de la rabia, del odio por esos dos hombres que querían matarla.

Peter, aprovechando la distracción de Alexander, lo atacó; sin embargo, su hermano reaccionó sujetando la pistola con fuerza, pero Peter logró darle un golpe que provocó que el arma saliera volando lejos de ellos.

—¡Ve por Annabelle! —gritó Peter al tiempo que luchaba con su hermano. Edgar la tomó con fuerza y empezó a correr hacia la salida, huyendo aún con la pistola en su poder. Parker se dio cuenta y comenzó a correr hacia ellos para rescatar a su amiga. Sin embargo, antes de que se diera cuenta de algo más, Edgar apuntó a Parker y se escuchó el sonido seco del disparo, uno y otro.

Parker cayó al suelo detrás de ellos.

Todo se detuvo, era como en las películas, como si todo se volviera lento. Su vista estaba fija en el cuerpo de Parker tirado en el piso, con dos balazos de Edgar.

—¡No! —gritó Annabelle con la voz desgarrada y tratando de liberarse de Edgar. Solo pudo sentir cómo unos brazos después la apartaban de él; suponía que había llegado la ayuda de las autoridades, demasiado tarde. Parker no se levantaba. Trató de correr hacia él, pero unos brazos no se lo permitían. Su vista se volvió borrosa por las lágrimas, vio cómo varios hombres rodeaban el cuerpo de Parker y trataban de ayudarlo, de salvarle la vida. La oscuridad de la bodega estaba ahora manchada con la sangre inocente.

El grito de Peter llamándole por su nombre fue lo último que escuchó antes de perder la conciencia.



La policía, que había llegado por una llamada de Parker, había logrado controlar la situación, Alexander y Edgar habían sido arrestados y los paramédicos habían llegado de inmediato para atender a Parker.

Peter todavía no podía creer todo lo que estaba sucediendo. Ya había llegado al hospital y Annabelle estaba siendo atendida. Su madre pareció

volverse loca cuando miró el rostro de su hija en una camilla.

No se pudo quedar por mucho tiempo en el hospital para estar con ella, ya que tenía que hablar con las autoridades que habían llegado para recoger el cuerpo de... Parker. Los paramédicos no pudieron salvarle la vida y se sentía intensamente detestable por ello. Ahora era consciente de cuánto él significaba para Annabelle y, sin duda, darle la noticia... no quería ni imaginarlo...

Él había estado con ella cuando él se comportaba como un imbécil, después de todo. Y no encontraría jamás la forma de agradecerle por ello. Por cuidarla todo ese tiempo..., además, sin su ayuda —desvió la bala que iba directa a él— no hubiera salido tan victorioso de aquella bodega. Alexander y el otro bastardo ya estaban tras las rejas y esperaba que así fuese por mucho tiempo, la sentencia era bastante larga cuando se trataba de un asesinato y de secuestro. Después de dar sus declaraciones, avisó a la familia de Parker —gracias al teléfono que traía en sus pantalones— que, por supuesto, quedó devastada. Esa noche sería el funeral, y asistiría la madre de Annabelle; sin embargo, Ann no podría asistir, puesto que aún se recuperaba en el hospital.

Así que en ese momento estaba sentado al lado de la camilla de Annabelle; su madre también estaba acompañándolo.

Alejandra había sospechado lo que había pasado entre su hija y ese muchacho —al dejar de verlo tan repentinamente por el hospital—, sin embargo, Annabelle había evadido todas sus preguntas al respecto. Y ahora veía a ese hombre mirando con adoración y dolor a su hija, estaba segura de que desconocía —todavía— mucho de ellos. La mujer se sentía un poco culpable. Por estar tan pendiente de su hijo Jeremy, había descuidado a su hija.

Annabelle todavía no se despertaba. Su madre y Peter estaban esperando que ella reaccionara. Y a él le partía el corazón que ella no pudiese —al no estar en condiciones— despedirse de Parker, porque estaba más que seguro de que entre ellos había una conexión que tal vez él no alcanzaría nunca a comprender.

Ahora que veía su suave y angelical rostro no podía creer cómo había sido tan estúpido como para alejarse de Annabelle, pensar horriblemente de un ser como ella. Ahora comprendía que había tanto dolor en su corazón que había sido capaz de perder lo único que lo mantenía vivo.

Una lágrima solitaria se escapó de sus ojos, la atrapó con la mano rápidamente, odiaba llorar, aún lo odiaba. Sentía temor por cómo reaccionaría ella después de contarle de la muerte de Parker. Él había sido alguien

importante —su soporte— para ella, lo sabía por completo. Y ahora sufría por ella, por el dolor que sentiría al enterarse.

El doctor entró a la habitación. Alejandra y él se levantaron dispuestos a escucharlo. Afortunadamente, les comunicó el buen estado de la muchacha, aunque debía pasar pocos días en el hospital; sin embargo, una palabra que pronunció el doctor los dejó congelados.

—Doctor —susurró Alejandra con la voz ahogada—. ¿Dijo bebé? —preguntó. El médico los miraba sorprendido.

—¿No lo sabían? —preguntó alzando las cejas. Alejandra solo negó con la cabeza sin poder hablar, y él volteó a ver a Annabelle, que continuaba dormida. No podía creerlo. Ella estaba embarazada, estaba esperando un hijo. Y no podía ser más que suyo...

No tenía duda. Ahora todo encajaba a la perfección. Y no se podía sentir más culpable. Había sido un hijo de puta con ella, con los dos... *¿Por qué todo lo hacía mal?*

Lágrimas nublaban su visión, no podía salir de su asombro. El doctor salió en silencio dándoles su espacio. La madre de Annabelle rompió a llorar y corrió a abrazar a su hija.

—Mi niña... —sollozó—. ¿Por qué no me lo habías dicho?... —se quejaba entre sollozos. Entonces ella levantó la mirada hacia Peter.

—El bebé... —susurró.

—Es... Es mío —completó él tragando saliva sin poder creerlo todavía. La madre suspiró largo y su mirada se volvió oscura.

—Tú la dejaste. No supe cuál fue su problema, pero sí me di cuenta, sobre todo, del dolor de mi hija —dijo con dolor y rabia. El muchacho sintió punzadas en el pecho, todo era su culpa, sus decisiones solo habían traído desgracias. Igual... a la primera vez. ¿Por qué destruía todo lo que amaba?

Él negó con la cabeza ante una pregunta que ella formuló.

—Sería lo último que haga —susurró acercándose a Annabelle. Le acarició la mejilla y le dio un beso en la frente—. Nunca más me alejaré de Ann, si es que ella lo desea... —juró acariciando su suave cabello. Un miedo comenzaba a invadirlo. ¿Sería capaz de perdonarlo?

—Ella sufrió mucho —dijo su madre. Peter se dio cuenta de que sus ojos eran idénticos a los de Annabelle.

—Lo sé —musitó lleno de culpabilidad—. Solo espero que pueda perdonarme...

Annabelle tenía más de dos meses de embarazo, aparte del estado en que se encontraba su hermano, vivió semanas muy duras durante las cuales debió darle todo su apoyo y su amor, y, sin embargo, no lo hizo. Se sentía tan nefasto por todo. La madre de Annabelle se retiró para ir a acompañar a la familia de Parker, ella también lo había conocido bien, al igual que su hija. Pero él no lo hizo. No podía ir. La culpa le llenaba en cada rincón de su cuerpo; por conocerlo ella estaba en esa situación... Pero no podía cambiar el destino.



Peter Brown estaba sentado en la banqueta de la acera, con las gotas —moderadas— de lluvia mojándolo. En ese instante debían estar velando el cuerpo del muchacho, y no podía evitar sentirse responsable —indirecto— de su muerte. Estaba casi convencido de que Annabelle no lo perdonaría al enterarse de la muerte de Parker. Lágrimas surcaban sus mejillas. Había matado a Miranda, ahora mataría de dolor a Annabelle.

Pasaban los minutos —los más largos— pesados para su alma, ya era más de medianoche, mas la imagen tortuosa de ella, el cuerpo sin vida del joven y un bebé que no conocía no salían de su cabeza. A pesar de toda la culpa, pudo darse cuenta de que se sentía feliz por ese ser que crecía dentro de ella y que era suyo, llevaba su sangre, increíblemente. Era lo único bueno que había hecho, la única luz que vislumbraba en medio de tanta desgracia provocada.

Recostó su cabeza en sus rodillas. Pensaba y pensaba... Y se daba cuenta de que era un poco egoísta, porque a pesar del dolor que había provocado en Annabelle, daba gracias al cielo por haberla conocido... Y aunque no le diera gracia, Alexander había sido el causante de que ella llegara a su vida, su intención con ello era destruirlo, pero había causado todo lo contrario, por medio de su odio —sin darse cuenta— le había dado la felicidad.

Ella había iluminado su mundo, y él oscurecido el suyo. Sin embargo, ahí estaba, no se iría a ninguna parte. Siempre y cuando ella lo quisiera cerca, y si no fuera así, lucharía hasta donde llegaran sus fuerzas. Ese amor valía la vida.

Porque ella era su presente y su futuro, desde el primer segundo.

CAPÍTULO 27

Mitades imperfectas

Ya había amanecido cuando Peter despertó acurrucado en el sofá —en la habitación de la joven—, en algún momento de la noche había entrado al hospital. Sentía el cuerpo muy cansado y le ardían los ojos. Casi no había podido dormir pensando en todo lo que había ignorado durante esos meses, todo lo que ella había sufrido.

Annabelle todavía no despertaba, pero no tardaría. La verdad es que no sabía si quedarse hasta que abriera los ojos o irse, tal vez le afectaría su presencia. Y le dolería mucho decirle que el muchacho —su mejor amigo— había fallecido. Tragó saliva. Ese día era su entierro. Y el sabor amargo en su estómago no se iba; sentirse responsable de una muerte era una mierda. Ya lo había sentido —hacía años— y ahora lo oprimía con fuerza. Tal vez era el castigo por lo que había causado en el pasado, por haber roto su promesa, por volver a ser tan débil y enamorarse otra vez.

Tal vez era cierto que él solo sabía destruir. Tal vez se merecía eso.

La puerta se abrió y entró la madre de la chica. No estaba mucho mejor que él, también se le marcaban mucho las ojeras. Le lanzó una mirada y avanzó hacia su hija. De pronto pareció que Annabelle se estaba moviendo, estaba a punto de despertar. Su madre volteó a verlo con cautela.

—Será mejor que no estés aquí —susurró. Peter salió del cuarto, comprendía a su madre. Se moría de ganas de hablar con Annabelle para aclarar todo, sin embargo, tenía que esperar. Aunque a la vez era un alivio para él no enfrentarse todavía a ella, porque tenía miedo de que no lo perdonara. ¿Tan siquiera querría verlo?

Pero no podía ser un cobarde y rendirse, por una vez en su vida tenía que hacer las cosas bien. Esta vez tenía que demostrarle todo el amor que sentía por ella, tenía que recuperarla, a ella y a su hijo.

Se sentó en una silla fuera del cuarto. Entrelazó sus manos y las pasó por detrás de su nuca. En comparación con el cuarto, afuera había más ruido. Los

enfermos —en silla de ruedas, camillas o cualquier otro artefacto— pasaban de vez en cuando acompañados de sus enfermeras.

—¿Ya te has enterado? —preguntó una voz a su lado. Levantó el rostro y se encontró con la prima de Annabelle, Marie. Sintió vergüenza ante ella, por dudar de lo que le había dicho, pero a la vez estaba agradecido con esa joven.

Asintió con la cabeza.

—Te debo una disculpa. —La miró a los ojos—. Y... gracias por haberlo hecho, por defender a tu prima de mi error.

Marie apretó los labios. La joven podía notar que en verdad ese hombre estaba muy mal por su prima, y sentía un poco de lástima y compasión, pues en ese instante no se veía como la persona que el mundo conocía.

—Hice lo que tenía que hacer. Aunque creo que has querido entender demasiado tarde —susurró Marie mirando hacia la puerta cerrada del cuarto.

—Ojalá todavía no sea demasiado tarde... —su voz se quebró. Miró a esa joven rogando por su sinceridad.

—¿Tú crees... que a pesar de todo lo que ha pasado pueda perdonarme? —sus ojos azules estaban tristes. Marie suspiró. Conocía a su prima, era muy buena con todos, aunque nunca podía afirmar cuál sería su reacción, pues expresaba al instante todo lo que sentía, sin pensarlo.

Recordó aquella vez cuando eran adolescentes.

David era el chico por el que suspiraban las dos primas de quince años. Marie deseaba ser su compañera de baile, aunque sabía que Annabelle —ella lo había conocido primero— también deseaba lo mismo. Y aquella vez fue la primera pelea entre ellas.

Annabelle, impulsada por sus emociones y viendo a su prima como clara rival, no se había contenido y le había pedido que él fuera su pareja de baile. A lo que David había aceptado sin chistar.

Aquella misma tarde —unas horas más tarde—, sin que Annabelle lo supiera, su prima había ido a casa de David a pedirle lo mismo. Se había puesto un bonito vestido y le había llevado como obsequio un rico perfume. David había terminado encandilado por completo con la prima. Y la fiesta se acercaba, sin que Annabelle supiera de la traición de David y Marie.

—Y al final me perdonó.

Peter frunció el ceño.

—¿Qué dices?

Marie sacudió la cabeza, despejando su mente.

—Nada, solo recordaba algo... Mi prima no es buena guardando rencor, es su naturaleza, pero nunca había sufrido algo tan grave... como esto. —Lo miró seriamente.

—No sé qué locuras puedo hacer para que me perdone, pero creo que cualquier cosa.

Marie negó sonriendo un poco. Tenía que admitir que no se parecía al antipático que había conocido en la empresa, esa versión de sí mismo le gustaba más, y ya estaba entendiendo por qué su prima se había enamorado.

—La amas, ¿cierto? —le preguntó—. Eso no se puede fingir, y veo que te importa mucho, lo noto a kilómetros. Tal vez no te vaya tan mal.

El corazón de Peter se aceleró un poco.

Era el latido de la esperanza.

—Ella se ha convertido en parte de mi alma.

Marie lo examinó para saber si era sincero, y descubrió que así era. La joven estaba esperando a que su prima despertase para apoyarla, sabía cuán especial había sido Parker para Annabelle.

—Ella lo quería, aunque fue poco tiempo, Parker se convirtió en su soporte, su compañero, su mejor amigo. Será muy doloroso para ella... Y aunque no sé cuál será su reacción, lo mejor será que estés con ella, no importa lo que diga.

Peter bajó la mirada.

—No sé si pueda perdonarme cuando le diga que la muerte de su amigo fue por mi culpa.

Marie frunció el ceño.

—Mi tía me dijo que la secuestraron y Parker y tú intentaron salvarla. ¿Cómo puede ser tu culpa?

Peter levantó la mirada.

—No tuve que dejar que me acompañara, era mi problema, no el suyo.

—Por supuesto que él también quería salvar a su amiga —dijo Marie sin entender.

—Y el problema entre mi hermano y yo solo me incumbía a mí, sabía que era peligroso y ni siquiera hice el intento para que no me acompañara. Aunque... Si no hubiera ido probablemente yo hubiera muerto... Desvió la bala que iba directo hacia mí.

Marie aguardó unos segundos.

—Tal vez por eso mismo él tuvo que ir, el destino no se equivoca... Parker

fue para ustedes como un ángel, si lo piensas bien, en realidad él los ha salvado, salvó a mi prima de su dolor y a ti de la muerte. ¡Lo menos que merece él por su sacrificio es que ustedes sean felices!

Peter cerró los ojos. Tenía que dejar de culparse, ya cargaba demasiada culpa sobre sus hombros, si no, el remordimiento acabaría con él.

—Tengo que ir. ¿Te quedarás con ella?

El muchacho se levantó. Marie asintió con una media sonrisa.

—Yo estaré con ella... Haz lo que tengas que hacer, mi prima y yo probablemente iremos después, si es que ella puede.

—Gracias... —tragó saliva—. Y por favor, dile que estuve aquí, y que... Estaré en el cementerio.



Marie se levantó en cuanto el joven desapareció por el pasillo. El odio que le tenía se había disuelto, había sido error suyo, sí, pero percibía que el pasado doloroso —lo delataba en su mirada— había tenido mucho que ver con cómo había actuado con su prima. Esperaba que Annabelle y él al final fueran felices, ya habían sufrido bastante en la vida.

Su tía salió del cuarto y caminó hacia ella.

—Ella ya despertó, está muy bien, afortunadamente no le hicieron demasiado daño... Ya sabe de Parker... —su voz estaba quebrada—. Habla con ella, Marie.

Después se alejó con paso lento. La muchacha suspiró y entró al cuarto. Cerró detrás de ella y dirigió su mirada a su prima. Annabelle estaba en la camilla, semisentada, con las manos unidas y con los párpados casi cerrados, había humedad en sus mejillas.

—Hola, Ann.

Su prima levantó la mirada y soltó un quejido casi imperceptible, que provenía de su corazón roto. Marie avanzó rápido y abrazó a su prima. La joven lloró sin hablar, sosteniéndose en los brazos de Marie. Así pasaron varios minutos, y Marie solo se limitó a acariciar su espalda.

—Lo siento, lo siento mucho... —susurraba Marie bajito. Annabelle tomó una bocanada de aire y se despegó de su prima.

—No puedo... —se secó las lágrimas—. No puedo creer que él... esté muerto.

Marie se mantenía en silencio, no sabía cómo consolarla.

—Él te salvó, Ann... Ya no puedes hacer nada, solo sentirte enormemente agradecida con él.

—Y culpable, Marie —la joven tembló—. Si yo no hubiera sido tan egoísta por retenerlo en mi vida y lo hubiera alejado, él no estaría muerto... Y yo...

—¡Ann! Basta, no digas eso. Parker entró en tu vida por una razón, y las cosas suceden por algo, siempre. Peter también se siente culpable de su muerte.

La joven levantó la mirada confundida.

—¿Hablaste con él? ¿Peter está aquí?

Marie frunció los labios.

—Sí, desde que llegaste él ha estado aquí, pero... se fue hace un momento, al... cementerio. Creo que en este momento lo están sepultando... Además, para que lo sepas, yo le conté toda la verdad, sabe de tu inocencia. No debí ocultártelo, pero fue Alexander el que me convenció para que te avisara de ese trabajo y tú lo aceptaras, nadie tenía idea de sus intenciones.

Annabelle sintió presión en el pecho, un dolor que le ahogaba la garganta. Apenas recordaba todo lo que había sucedido, Edgar y Alexander atándola, a Peter haciendo lo posible para que la dejaran libre, su inmensa furia, su desconcierto por verlo ahí después de todo lo pasado, a su amigo gritando su nombre, su amigo herido por dos balas. Tenía muchas dudas que Peter tenía que responder, pero ahora esa incertidumbre estaba opacada por el dolor de la muerte de su mejor amigo.

—Tengo que ir.

Marie la detuvo.

—Pero no te han dicho si ya puedes irte —le dijo su prima. Annabelle negó decidida. Se sentía un poco débil debido a todo lo que había presenciado, el terror que había vivido, pero podía soportarlo, las dolencias físicas que tenía no eran nada comparadas con las dolencias del corazón.

—Por favor, Marie, debo ir. No voy a esperar más tiempo... —susurró con la voz temblorosa—. Por favor.

Marie dudó, pero después asintió.

—Está bien, pero me ganaré una buena regañada —habló resignada—. Voy a traerte ropa limpia.

Annabelle asintió con la mirada perdida en la ventana del cuarto.

—Marie... —la llamó antes de que su prima saliera del cuarto—. ¿Él te

dijo algo? ¿Ya no piensa lo mismo sobre mí?

La joven pudo saber a quién se refería.

—Ya se dio cuenta de su error, Ann. Supo la verdad hace varios días... Pero creo que algo que le sucedió en el pasado tuvo mucho que ver cuando creyó eso de ti... —la joven ladeó la cabeza—. Y la verdad es que lo vi muy mal... Tiene miedo de que no lo perdones —dijo antes de salir del cuarto.

Annabelle suspiró. Ya hablaría con él, ella sabía más que nadie que Peter escondía muchas cosas que ella ignoraba. Pero ahora los ojos verdes de su amigo ocupaban toda su visión. Dios, la realidad parecía una pesadilla, algo incierto. La crudeza de su muerte había llegado sin ningún aviso, tan de repente, tan injusta. Una lágrima rodó por su mejilla. Le debía la vida a Parker, él había sido mucho más que su amigo, había sido su ángel, ahora en realidad lo era.

Al final Parker había cumplido sus palabras, hizo cualquier cosa por ella, y aunque ya no estaría físicamente, había dejado una huella permanente en su corazón que nada borraría. Tenía tantas cosas que decirle y que no había podido por tener la ingenua seguridad de que habría un día más, un mañana. Y ahora ya no existía un mañana, su tiempo había terminado. Jamás volvería a vivir esperando el siguiente día para hacer y decir todo, se prometió.

La puerta se abrió y entró su madre. Ella lucía cansada y ansiosa; se puso mal, no quería ver así a su madre.

—Ve a descansar...

—¿Te sientes mejor? —su madre se acercó—. ¿Necesitas algo?

—Quisiera retroceder el tiempo, mamá —la joven susurró con la voz estrangulada—. Parker no debió morir.

—Hija, debes aceptarlo —su madre acarició su mejilla—. Sé que te duele muchísimo su muerte, pero debes continuar, aprender a vivir con su recuerdo.

—Jamás me dejará de doler, esto ha marcado mi vida para siempre.

—Algún día ya no sentirás dolor, y lo recordarás con alegría, lo sé. Además, Parker se merece ser recordado así: era un maravilloso ser humano.

—Ojalá... Sé que le hubiera encantado conocer a mi hijo —murmuró la muchacha entre suspiros entrecortados. Su madre sonrió, ya sabía que sería abuela pronto. No estaba enterada con detalles sobre lo que había pasado entre su hija y el padre de su nieto, pero sabía que Annabelle se lo contaría absolutamente todo cuando estuviera más tranquila.

—Tu hijo va a ser ahora la luz que ilumine tu vida, hija. Sé que tu hermano

se pondría muy feliz con la noticia, siempre quiso ser tío.

—Jeremy lo conocerá, sé que él volverá conmigo. Lo extraño tanto... Pero a diferencia de Parker, él sí tiene posibilidades de regresar...

—Saca todo lo que sientas, mi cielo, esto ha sido un golpe muy duro para ti —la abrazó—. Sé que somos valientes y afrontaremos todo.

Annabelle asintió intentando sentir algo de paz, pero la opresión en su pecho seguía latiendo.

—Dame esas hojas y una pluma, por favor.

La mujer hizo caso a su hija, tomó las hojas del buró y sacó un lapicero de su bata para dárselo.

—Escribir te desahogará un poco —susurró su madre, recordando lo que había hecho cuando su esposo murió.

—Ve con Jeremy, mamá, estoy bien —mintió la muchacha. Estaba de cualquier manera, menos bien. Pero quería estar sola, no tenía muchas ganas de hablar. La mujer comprendió el mensaje y, sin decir nada más, salió del cuarto.

Annabelle se incorporó en la camilla hasta quedar sentada, tomó una revista que estaba al lado sobre un mueble para tener soporte al escribir. Miraba la hoja en blanco, intentando pensar que sus palabras llegarían a Parker de alguna manera; necesitaba hacerlo, cerrar un ciclo y guardar el recuerdo y el cariño por su amigo en su corazón, para siempre.

—Oh, Parker... —susurró con las imágenes de su amigo herido, en el suelo manchado de sangre—. Ya nunca volveré a verte...

Sentía los ojos escocerse, los apretó fuerte. Su mano temblaba, al igual que su interior. Le parecía que la vida había sido muy injusta con Parker, pero ya no podía hacer nada, solo resignarse a su muerte, aunque esta se convirtiera en una espina permanente en su vida. La joven garabateó el nombre de su amigo y comenzó a escribir todo lo que sentía. Escribió por primera vez para su amigo, y también por última vez, después quemaría la carta y las palabras llegarían hasta él.

Cuando la joven terminó, dobló la hoja y se limpió las mejillas, había sellado con esa carta parte de su corazón. Al momento, su prima entró al cuarto con ropa y una bolsa en las manos.

—¿Estás lista? —le preguntó mirándola a los ojos—. Espero no convertirme en cómplice de tu muerte.

—Tranquila, no pasará nada; ven, ayúdame.

Marie avanzó para quitarle todos los aparatos que la ataban a la camilla. Después le ayudó con la bata de hospital y, con precaución, a vestirse. Annabelle estiró el cuello, que estaba un poco agarrotado, tenía dolencias en el pecho y levemente en las costillas, pero debía soportar todo.

—Vamos, no hay que perder tiempo —susurró Marie antes de que las dos salieran del cuarto sin que nadie sospechara.



Las personas estaban vestidas de negro, no eran muchas, no pasaban de aproximadamente quince, entre ellos, los padres de Parker.

Las flores blancas —frescas pero tristes— ya reposaban en la tierra sobre su sepulcro.

El cielo estaba nublado, con las nubes cargadas de agua a punto de rebosar, acordes con el ambiente que se respiraba en el cementerio. Peter lo veía todo desde la distancia, tenía la mirada fija en la lápida del muchacho. Era consciente de que él lo había salvado, y se sentía agradecido, ya no culpable; por él tenía la oportunidad de volver a ser feliz con la chica que amaba. Cerró los ojos y dentro de sí le pidió perdón, también le dio las gracias.

Pasando el tiempo, las personas fueron despidiéndose hasta abandonar la tumba. Sus padres fueron los últimos en irse. La mujer lloraba quedito abrazándose a su esposo, y con el paraguas —había empezado a chispear— se retiraron del lugar donde reposaría para siempre su hijo.

Peter suspiró y caminó hacia la lápida de Parker. Metió la mano dentro de su saco negro y sacó la rosa blanca que tenía guardada. La depositó en medio de todas las rosas, donde estaba grabado su nombre. Parker Williams.

Se incorporó sintiendo las gotas de lluvia mojar su cabello y su ropa un poco, pero eso no era importante. Avanzó pocos metros hasta llegar a otra lápida. Habían pasado meses desde la última vez que había ido, y no estaba seguro de si seguiría doliendo el remordimiento. La sorpresa fue que no, ya no sentía la gran angustia que experimentaba cada vez que leía su nombre. Sintió una especie de... tranquilidad, incluso era agradable. Comprendió que ahora podía recordarla con la conciencia tranquila, lleno de paz.

Miranda Sullivan

—Solo... Es extraño, por aquí no hay muchos como tú, si es que dices la verdad —subió la mirada y sus ojos cafés lo traspasaron.

Recuerdos comenzaron a llenar su mente.

—Esto es lo mejor que he sentido en mucho tiempo —admitió mirándolo.

—¿Por qué, Miranda? Te quiero, joder... Siento que eres mi vida y me estás alejando sin decirme el porqué.

Con las yemas de los dedos recorrió el contorno de sus letras grabadas en esa piedra para siempre. El recuerdo de ella pasó por su mente y ya no dolía como antes, ahora sentía algo de nostalgia y paz... Se sentía liberado, más que nada. Ya podía amar, seguir adelante, ser feliz, sin que el recuerdo de Miranda se lo reprochara. Era libre, por fin.

Y comprendió que Annabelle lo había liberado, al volver a encontrar el amor en ella, se había quitado su propia condena. Tal vez Alexander había provocado que se conocieran para acabar con él, pero había logrado el efecto contrario. Quizás la vida ahora le había dado la oportunidad de ser feliz, no la desaprovecharía, ya no.

El muchacho se volteó y entonces vio a Annabelle de pie junto a la lápida de su amigo. Peter se sorprendió al verla, debería estar todavía en recuperación; pero entendía que si había querido ir era porque se sentía físicamente capaz. Y sabía que ella era así, muy buena, no dejaría a su amigo solo. Annabelle se había percatado de su presencia desde que había bajado del auto de Marie.

Peter caminó hacia ella con lentitud pero con determinación, hasta quedar a un paso de la muchacha. Él esperó recibir todo tipo de palabras, reclamos o algún tipo de ofensa, se las merecía por el daño que le había hecho al caer en un engaño.

Annabelle levantó la mirada para ver a Peter, y al mirarlo supo que él sabía toda la verdad, leyó también el miedo y temor a ser rechazado. La miraba con súplica, con arrepentimiento, y a ella se le encogió el corazón. Una sensación de seguridad, de sentirse en casa de nuevo le recorrió el cuerpo, cada célula viva de su cuerpo.

—Lo sé todo —susurró él. No tuvo que explicarle a qué se refería—. Y... Tienes todo el derecho de odiarme, pero tienes que saber que eso no importa, yo seguiré amándote...

—No puedo odiarte —negó la joven conteniendo el agua de sus ojos—. Eso sería una blasfemia, aun se me fuera toda la cordura, no podría odiarte.

—Te hice tanto daño —aceptó Peter con la voz rota—. Y aunque no puedas odiarme, dudo que seas capaz de perdonarme, murió tu amigo... —bajó la mirada con vergüenza—. Lo siento, Annabelle —susurró Peter

mirándola a los ojos, que ya estaban crispados de lágrimas—. Conocerme solo ha oscurecido tu vida, te hice daño injustamente, y eso ni yo mismo puedo perdonármelo.

Annabelle negó.

—No te juzgues tan duro; también fuiste víctima de un engaño. Además, por ti he conocido el amor verdadero y pude tener al mejor amigo posible —logró decir la joven mirando la lápida con añoranza, y con terrible nostalgia del presente, de lo que le deparaba el futuro.

—No voy a justificar mi error con mi sufrimiento del pasado —masculló él—. Por eso no me importa si es que tengo que voltear el mundo o entrar al mismo infierno para que me perdones; te lo ruego, Ann, perdóname —lloró.

Ann tembló, sentía alegría, seguridad, un poco de enfado con él, conmoción, entonces recordó las palabras de su prima. En realidad la muerte de Parker había borrado cualquier resentimiento que tuviera hacia Peter; su sacrificio de alguna manera los había salvado, había sido para algo, quizás para que ellos tuvieran un futuro, y el amor triunfara esa vez. La muerte de Parker no había sido en vano. Él la había salvado a ella y también a él y, con eso, les había dado un gran regalo: vida para amarse.

—Te amo, Peter. Si yo no fuera capaz de perdonarte, ¿qué clase de amor sería el que te tendría? —le preguntó con lágrimas en las mejillas. Peter alzó la mano para limpiarlas.

—Eres demasiado buena, no te merezco en absoluto, no los merezco —respondió el joven abriendo los brazos para abrazarla, lo hizo con cuidado de no lastimarla, pues sabía lo que habían sufrido ella y el bebé. Ese abrazo fue el acto final del reencuentro del amor entre los dos, con él quedaban saldados todos los errores y las distancias que habían creado durante ese tiempo.

—Lo sé, mi amor, sé del bebé... Y estoy inmensamente agradecido con tu amigo por haberlos cuidado cuando yo no lo hice...

La joven soltó un sollozo. Era extraño, sentía la tristeza y el dolor de perder a su amigo, pero también se sentía rebosante de paz, de tranquilidad, de que, por fin, todo había terminado.

—Pero... ¿por qué desconfiaste tanto de mí? ¿Qué te hizo tanto daño? —preguntó la muchacha deshaciendo el abrazo.

Peter desvió la mirada inconscientemente hacia la lápida que estaba a unos metros de ellos. Era momento de contarle su pasado, su verdad, de abrir su corazón por completo. Peter la jaló de la mano suavemente para llevarla hacia

la tumba de Miranda Sullivan. El joven soltó un suspiro y comenzó a hablar, dejando expuesto su corazón ante todos los recuerdos del pasado.

—Ya te conté que crecía con mis abuelos, en Colorado, cuando mis padres murieron. Alexander desde pequeño estuvo en un internado, por lo que nunca estuvimos juntos. Así lo decidió mi padre y hasta la fecha sigo preguntándome si las cosas hubieran sido diferentes entre Alexander y yo si no lo hubiera hecho —susurró Peter a la nada, sumergido en sus pensamientos. Probablemente si Alexander hubiera crecido junto a él, junto a sus padres o abuelos, no se habría convertido en el hombre que era. Tal vez el haber estado siempre solo había sido la causa, y eso era culpa de sus padres, no pudo evitar pensarlo. Tal vez hasta habrían sido buenos hermanos, se hubieran querido, se hubieran conocido y convivido.

En ese momento Peter sintió lástima —y dolor— por su hermano, por primera vez. Al imaginarse cómo había sido la vida entera de Alexander, llena de soledad desde que era un crío, obligado a estar en un internado de alta exigencia —y quién sabe cuántas cosas más—. Pues nadie nace con maldad, es el mundo, el entorno, lo que provoca el infierno de las personas.

Él creció ahí dentro y se convirtió en una persona sin valores, sin escrúpulos, y no se pudo revertir. Nunca lo había pensado así y, por lo mismo, al comprender finalmente aquello, fuera del odio hacia Alexander, se llenó de un sentimiento reconfortante, uno que le quitaba peso a su vida, a su felicidad: perdonó a su hermano. El rencor ya no existió en ese momento, a pesar de todo lo pasado. E inevitablemente una sonrisa marcó sus labios.

Annabelle se había quedado en silencio, sin interrumpir los adentros del muchacho, y por la mirada que este tenía, supo que había aclarado sus sentimientos. Peter parpadeó y sacudió levemente la cabeza, sintiéndose nuevo, mejor.

Suspiró y volvió a hablar. La lluvia era solo una cortina chispeante, por lo que no tuvieron problema en apartarse de ahí.

—Cuando cumplí veinte años fui a vivir con mi hermano, justo cuando Alexander salió del internado, y los dos nos instalamos en la casa de mis padres, pues ese era nuestra herencia. El problema fue que Alexander y yo éramos como dos desconocidos, claro. Sin embargo, él se encargaba de la empresa que le dejó mi padre y yo trabajaba en una tienda —comenzó a decir mientras regresaba al pasado—. Alexander había salido del internado y yo quería independizarme de mis abuelos, no hubo otra opción. El trato entre

Alexander y yo nunca fue bueno, no crecimos juntos, nosotros éramos unos desconocidos.

Annabelle intentaba imaginarse todo lo que le narraba. Estaba descubriendo el pasado de Peter, finalmente, estaba conociendo cada rinconcito de su alma.

—Un día conocí a Miranda en un bar, me gustó al instante y me empeñé en perseguirla —dijo mirando el horizonte—. Ella era una mujer un poco más grande que yo, muy misteriosa; sabía que escondía secretos y yo quería saberlo todo. Además de que me enamoré de ella.

Annabelle apretó los labios, no le gustó saber que Peter había tenido un antiguo amor, y al parecer muy fuerte.

—Comenzamos a salir, todo iba bien, aunque ella siempre me mantuvo secretos y yo lo acepté solo por estar con ella —dijo Peter sintiéndose aquel chico desesperado de antes—. Mi hermano comenzó a gastar el dinero y se metió en deudas muy grandes, pero yo no le daba importancia. Un escabroso día tuve una discusión con ella, yo ya no podía soportar una relación con misterios, mentiras, dudas, y terminamos; también me enteré de que Alexander quería huir y dejar en mis manos todas las deudas de la empresa, yo había entrado ese día furioso a la casa... —susurró con la mirada perdida, hablar de ello siempre le afectaría. Annabelle se mantenía expectante, estudiando la mirada ausente de Peter que no veía hacia ningún punto fijo.

—Encontré a Alexander manteniendo relaciones sexuales con Miranda...

Annabelle soltó el aire atónita.

—Salí furioso, me sentí traicionado, engañado, burlado, y solo le grité las palabras más horribles que pudiera concebir; a Alexander lo odié en ese momento... Él sabía que estaba con ella... Pero... —bajó la mirada—. En medio de mi escándalo y furia, ella me dijo el secreto que me había estado ocultando, ella se vendía a los hombres porque un desgraciado la mantenía amenazada, a ella y a sus hermanos, pero yo no la escuché, no quise hacerlo. Miranda salió corriendo y llorando de la casa, desesperada atravesó la calle y murió... atropellada, yo no logré alcanzarla... —sus ojos se cristalizaron. Era imposible recordar todo eso sin sentir alguna emoción. Los escabrosos temores, culpas y tormentos temblaron dentro de él, pero no lograron salir de nuevo.

—Murió por mi culpa, si tan solo la hubiera escuchado o la hubiera detenido... al final ella no había tenido elección con su vida y, aunque me

amaba, no pudo evitar estar con Alexander... Él solo estuvo con ella para fastidiarme, y no solo eso, dejó la empresa en mis manos totalmente desprotegida, con grandes deudas... Me di cuenta de que él sería capaz de hacer cualquier cosa para perjudicarme... Después pasaron los años... A veces me llamaba para advertirme que recuperaría la empresa y que me anduviera con cuidado, que me haría sufrir; yo viví ignorándolo, sin importarme nada.

Annabelle se mantenía con los brazos cruzados. De pronto sintió frío y tembló. Una parte de ella comprendía el sufrimiento y la culpa con la que había cargado Peter por muchos años, y otra parte recóndita estaba celosa por aquella mujer sin rostro, por ese antiguo amor que siempre formaría parte de la historia de él. No podía evitarlo.

—Por eso mantenía mucho cuidado con todo, sabía que en cualquier momento él podría hacer algo, aunque yo trataba de seguir sin preocuparme por ello. Yo vivía sin vivir. Sentirme culpable de la muerte de Miranda no me permitió querer de verdad; me ordenaba no sentir, porque no lo merecía... Y luego llegaste tú, me enamoré de ti, debilité mis barreras y, cuando apareció Alexander, todo encajó con su venganza. El que él hubiera enviado tu solicitud de trabajo, verte junto a él saliendo de la cafetería, esas fotos... por eso dudé, por eso creí sin más en sus palabras, no me detuve a pensar las cosas, pensar en ti... —ahora su voz era un debilitado murmullo.

Peter tomó a Annabelle de los hombros con sutileza.

—Perdóname, Ann, por hacerte tanto daño con mis actos; no tendrías que haber pasado por todo esto... por mi culpa. No lo merecías.

La muchacha negó con la cabeza y esbozó una sonrisa temblorosa:

—Lo que siento por ti es tan grande que soy incapaz de no perdonarte —se acercó para que él la rodeara con sus brazos—. Pero lo hemos superado, y esto es una prueba más —alzó el mentón para mirarlo a los ojos azules como el océano— de que tú y yo tenemos que estar juntos, siempre.

Peter sonrió mientras la estrechaba en sus brazos.

Jamás imaginó sentirse feliz y sonriendo con una mujer justo al lado de la lápida de Miranda Sullivan. Comprendió que su pasado siempre formaría parte de él, de su vida, pero ahora ya no interferiría y, mucho menos, le volvería a lastimar.

Ahora solo podría ser feliz con Annabelle, y llenar de alegría sus días y lo que la vida le permitiera.



Los días siguientes habían pasado agrídulces para Annabelle, entre la seguridad de saber que estaba con el hombre que amaba y la nostalgia y el vacío que había dejado la muerte de su mejor amigo. Todo estaba perfectamente con la salud de ella y del bebé —en sus casi cuatro meses de embarazo—, pero todavía no quería saber su sexo, quería que fuera una sorpresa. Ya la habían dado de alta por completo —después de la regañada que sufrió por parte de su madre— y se dirigían a ese lugar donde descansaba y descansaría Parker por siempre. Aquel día el cielo estaba despejado.

Después de conocer el pasado de Peter, la muchacha lo comprendía más; lo amaba aún más luego de saber los años de soledad que había vivido, era la pieza que faltaba para entenderlo por completo. Y ahora, mientras miraba por la ventana del *jeep*, también se daba cuenta de las inmensas diferencias entre ellos en todos los aspectos, y que desde el principio se habían notado: el rango social, la posición económica, el entorno familiar, la soledad y la unión, el dolor y la plenitud, la culpa y la libertad, las cosas lógicas decían que no encajaban, que no eran compatibles; pero lo habían hecho contra todo pronóstico. Annabelle sonrió al pensar que eran *mitades imperfectas*, que no necesitaban ser perfectas para completarlos.

Annabelle sabía que ahora debía sentirse inmensamente feliz porque había recuperado su verdadero amor, y podía comenzar de nuevo; mas algo faltaba en su vida, su hermano, y alguien que se había convertido en tan poco tiempo parte de ella. *Parker...*

Simplemente, no se sentía tan completa, justo cuando estaba por salir a la superficie algo la detenía en el último momento. No era consciente de cuán importante fue Parker para ella hasta ese momento, de verdad lo quería como a un mejor amigo, como a un hermano. Parker había sanado casi su dolor cuando lo necesitó, mas ahora él mismo se lo provocaba. Tenía una herida abierta en su corazón que tal vez jamás cerraría por completo. Después de todo, la partida de una persona importante en la vida siempre dejaría una cicatriz en el alma. Oh, y cómo extrañaba a su querido hermano, la ausencia de Jeremy en su vida era un vacío que nada podía llenar. Pero no importaba, tenía quien la sujetara, la apoyara, la cuidara y la amara. Podía con ello, siempre y cuando él estuviera en su vida.

Al salir de recuperación no le sorprendió la fiesta de bienvenida sorpresa que le habían preparado. Pasó un rato muy agradable con su familia, la hizo

sentir un poquito mejor, a pesar de que faltaban dos personas muy importantes en su vida. Cuando todo había terminado, le pidió a Peter que la llevara al cementerio. Necesitaba decirle adiós a su mejor amigo, y que las palabras de esa carta llegasen hasta él.

En el camino, Peter de vez en cuando tomaba su mano dejando solo una en el volante. En sus ojos azules podía ver la felicidad que él sentía, una que era el reflejo de la suya, aunque ahora apocada por la herida del duelo.

La joven llevaba la carta que le había escrito y una rosa blanca entre las manos, mientras caminaban hacia la lápida del amigo, que seguía con las rosas frescas, casi representando la vida de Parker: libre, fresca y bella. Sentía como si le apretaran el corazón al leer el nombre de su amigo en aquella fría piedra. Jamás lograría agradecerle por completo todo lo que había hecho por ella. Él había salvado su vida y, por él, ella ahora tenía lo que más amaba en el mundo.

Se sentaron en el pasto y ella depositó una rosa al lado de su lápida. Peter se sentó a su lado sin decir nada. Suspiró y sacó la carta de su bolsa, la leyó en silencio por última vez, deseando que cada palabra llegara a los oídos de su mejor amigo.

Parker Williams:

Te escribo esta carta con la intención de que estas palabras puedan llegar allá donde te encuentres, y donde permanecerás por siempre. No sabes el dolor que me provoca tu muerte; en este momento las lágrimas mojan mis mejillas y mis labios, mi pecho se aprieta y mi mano tiembla al escribir... Pero tengo que hacerlo, tú lo mereces, al menos una despedida.

Te fuiste sin decir adiós, cuando desperté ya no estabas. No puedes imaginarte el calvario donde me encuentro, con tu muerte has dejado una herida abierta para siempre dentro de mi corazón, pero de alguna manera me alegra. Porque jamás me permitirá olvidarte, te recordaré siempre, Parker, es lo mínimo que yo puedo hacer por todo lo que me diste.

Has dejado tu huella dentro de mí, amigo, una huella que nunca se borrará. No sabes cuánto daría por volver a verte de nuevo, por poder platicar contigo tan solo un minuto y agradecerte por lo fiel que fuiste conmigo. Este dolor me está matando amigo, es algo que ya había experimentado con mi padre, pero es igual de amargo, penoso y doloroso, y que ahora estoy sufriendo otra vez. Sé que en realidad soy débil, y la muerte, fuerte y cruel.

¿Sabes? Creo que nunca te dije en persona cuánto significas para mí, cuánto te llegué a querer en poco tiempo... Y por eso me arrepiento, debí habértelo dicho. Pero jamás lo hacemos, aun sabiendo que no somos dueños de la vida. Una de las mejores cosas que me ha pasado ha sido conocerte; desde que te conocí en Hawái actuaste como un verdadero salvavidas. Ahora mismo las lágrimas me impiden seguir escribiendo bien, pero no importa.

No solo fuiste mi mejor amigo, Parker. Fuiste exactamente como un ángel que me ayudó a levantarme cuando creí que nunca lo haría. Fuiste el que me impulsó de nuevo las ganas de seguir adelante, de no rendirme, y te lo agradezco con el alma. No sé que hubiera sido de mí si tú nunca hubieras estado conmigo, te debo mucho más que una vida.

Sé que lo que escribo no es en vano, sé que me escucharás, estés donde estés. Y sé que estarás conmigo, solo que con una diferencia, ahora serás como mi ángel de la guarda que cuidará de mí, como siempre lo hiciste.

Esta no es una despedida, Parker, porque siempre vivirás en mi mente y en mi corazón, fuiste una persona genial, envidiable. Nunca me cansaré de darte las gracias... Me salvaste la cordura, fuiste mi héroe. Tal vez no sea la mejor en describir lo que siento y combinar palabras para formar frases preciosas. Pero mi más grande sentir es que tú estarás para siempre en mi corazón, por medio de tu recuerdo.

Seguiré extrañándote todos los días; mientras tanto, descansa en paz.

Nunca te olvidaré, siempre serás una luz que ilumine cada día de mi vida.

La chica que siempre te recordará.

Annabelle.

Miró a Peter con los ojos llorosos y le tendió la carta.

—Espero que puedas escuchar mis palabras... —susurró la muchacha acariciando su lápida con las letras grabadas. Peter encendió la carta y rápidamente el fuego la consumió mientras el humo se elevaba hacia el cielo, hasta que se consumió toda y desapareció para ir a *otro* lugar. Fijó la mirada en las nubes y por un momento sintió una brisa fresca que acarició suavemente sus mejillas. Involuntariamente sonrió.

—Sé feliz —dijo nítidamente la voz de Parker en su oído.

Rápidamente volteó a ver a Peter que parecía no haber escuchado nada, su corazón latía desbocado en su pecho.

—¿Dijiste algo? —preguntó. Él frunció el ceño y negó con la cabeza sin entender.

—No, ¿por qué? —preguntó extrañado. ¿Habían sido imaginaciones tuyas? Estaba segura de que no había sido así, lo había oído de verdad, era su voz, aunque esta era más especial, provocaba una sensación indescriptible.

—Nada. —Annabelle se encogió de hombros. Volvió a mirar al cielo y sonrió dándole las gracias a su amigo porque se hubiera despedido de ella de esa manera.

Gracias por salvarnos y haber formado parte de mi vida. Parker, nunca te olvidaré, pensó antes de ponerse de pie.

Annabelle esbozó una última sonrisa dirigida a Parker y después tomó la mano del hombre de su vida, que jamás volvería a alejarse de ella.

Con un sentimiento especial en su corazón, salió del cementerio hasta alejarse por completo, y así fue dejando atrás el último recuerdo de su mejor amigo.

CAPÍTULO 28

Completo

Dos años después.

—Estás hermosa Ann, como siempre. Si no fuera porque tenemos que irnos ahorita mismo, te quitaría el vestido... —susurró Peter en su oído haciéndole cosquillas. Lo miró con diversión.

—Eres un perverso, vámonos antes de que caiga en tu juego —murmuró sonrojada y entró al auto. Debía ser una tontería que todavía se acalorara cuando le decía cosas como esas, pero, bueno, le encantaba que fuera así.

Peter manejó con rapidez por las calles de la ciudad. Entraron a su casa, pero con la diferencia de que parecía que recorrían un camino de flores, que el vehículo siguió hasta llegar a una hermosa palapa —en medio del jardín— donde en el centro había una mesa puesta con platillo, vasos y dos sillas decoradas, cubiertas de una tela de color rojo. También colgaban del techo de la palapa hermosas luces que resplandecían en la oscuridad de la noche.

Bajaron y se acercaron a ella. Annabelle respiró un aroma impresionante, parecía que la habían perfumado con la fragancia más suave del mundo. Era la palapa más bonita y romántica que había visto. Había champán sobre la mesa y diferentes tipos de vinos.

Entonces Peter la miró con una exquisita devoción. Volteó a verlo con lágrimas en los ojos. Sentía la extraña sensación de que su corazón se había agrandado, por tanto, amor que sentía. Nada podía ser más perfecto.

Él clavó una rodilla en el suelo y tomó con delicadeza su mano —blanca y temblorosa— y sacó una cajita de terciopelo. Entonces Peter la abrió y en ella había un hermoso anillo, cubierto de zafiros y, en el centro, un pequeño diamante. Las lágrimas comenzaron a nublar su vista volviéndola borrosa.

—¿Quieres ser mi esposa, Annabelle Jones? Prometo amarte, cuidarte y protegerte cada día de mi vida, hasta el día en que muera —rogó Peter con

la voz ahogada. Se dio cuenta de que él también estaba llorando.

—Sí, sí quiero ser tu esposa... —aceptó con la emoción más grande que había experimentado alguna vez. Él se levantó y la abrazó con fuerza, antes de fundirse en un apasionado beso ante la mirada de la luna.

Finalmente, estaban viviendo en el paraíso que siempre habían soñado.

La joven se restregó los ojos. Aquel momento había sido tan maravilloso que se había quedado guardado en su memoria y en sus sueños.

Había pasado tan rápido el tiempo. Por mucho dolor y felicidad que había sentido durante ese tiempo las manecillas del reloj nunca se detenían. El tiempo pasaba sin marcha atrás.

Todo había vuelto a la normalidad, casi todo era tranquilidad para ella, excepto por la preocupación y la tristeza que sentía por su hermano. Hacía ya más de dos años que estaba en coma y todavía no despertaba. Lo extrañaba muchísimo, pero no se iba la esperanza de que pudiera levantarse algún día. Y Parker, cuánto lo extrañaba, siempre lo recordaba, aunque ahora, en lugar de hacerlo con dolor, esbozaba una sonrisa. Él merecía ser recordado con felicidad.

Su madre ya no trabajaba tanto en el hospital a causa de su nieto, pues ahora se había convertido en la abuela más consentidora del mundo. Sí, su hijo ya había nacido, apenas tenía un año y medio y era el niño más hermoso del mundo, no lo decía porque fuera su madre, sino porque lo era. Sus preciosos ojos azules cautivaron su corazón desde el primer día y su escaso cabello castaño era más suave que la seda. Además, parecía haber heredado su carácter, según su madre.

Era la mayor bendición que le había dado la vida. Su hijo y Peter eran su razón de existir, ellos eran los soles de cada día. Parker era el nombre de su hijo, en honor de su mejor amigo fallecido. Estaba muy orgullosa de su decisión, era lo correcto, porque, después de todo, Parker la había salvado y también lo había salvado a él. Sabía que a Parker le iba a hacer feliz donde fuera que estuviera.

Sus pies descalzos tocaban el frío piso mientras buscaba por el cuarto de Parker sus pantuflas. Cuando al fin las encontró, suspiró por la increíble suavidad que sentía al contacto con sus pies. El pequeño Parker dormía plácidamente en su cuna, se acercó y le acarició la cabecita. Nunca se cansaría de mirarlo; cuando lo veía con atención se le encogía el corazón de tanto amor

que sentía por él. Podía decir que era el mayor amor de su vida, más que ningún otro. Ahora entendía el sentimiento de una madre por sus hijos.

Le sonrió y se acercó estirando su cuerpo para darle un suave beso en la mejilla. Su cabello castaño le caía sobre la frente, y con cariño se lo apartó de la carita.

Peter todavía no llegaba, había ido por cosas que necesitaba el niño, y ya estaba por entrar la noche. Por lo que regresó al cuarto de ellos y se dispuso a ver las fotografías de su boda. Tomó el gran álbum de fotos y se fue a sentar en la mullida cama. Lo abrió recordando momentos maravillosos con cada fotografía.

Todo estaba siendo demasiado perfecto como para creérselo. No dejaban de sudarle las manos por los nervios. En pocos minutos comenzaría el recorrido, donde al final la esperaba Peter, para entregarle su vida por completo.

La poca familia de su madre había hecho el esfuerzo por ir hasta la ciudad, Peter había traído a unos cuantos amigos suyos incluyendo a su mejor amigo Simon, y a sus abuelos de Colorado, que conoció esa vez. Su prima Marie había llegado con su prometido y con una gran sorpresa, con la mejor amiga de la secundaria de Annabelle. Cuando la vio, no podía reconocerla, estaba totalmente distinta; además, habían pasado demasiados años de no verse.

Toda la gente que quería estaba ahí, acompañándolos. Aunque tenía que admitir que sentía ese vacío en el corazón al no ver a su hermano y a Parker entre los rostros que la felicitaban.

Trató de no pensar en nada más y solo concentrarse en caminar firme y no tropezarse con su propio vestido. Su madre le sujetó el brazo con los ojos llorosos y entonces comenzó a sonar una melodía en el piano que parecía ser creada por los mismos ángeles.

La gente se levantó cuando comenzaron a caminar hacia el altar. Le inundaba tal felicidad que estaba luchando por contener las gruesas lágrimas. Su amiga y su prima —que sostenían en brazos a Parker— tenían los ojos brillosos cuando ella posó su mirada en ellas sonriéndoles con nerviosismo. Entonces levantó más la vista y pudo encontrarse con una mirada azul tan profunda que contuvo el aire en sus pulmones. La misma mirada que, incluso con el paso del tiempo, no cambiaba el efecto en ella.

Se sintió la chica que tomaba su café tranquilamente y la desconcertaba un desconocido.

Él estaba increíble, impecable. Ese traje blanco le quedaba de ensueño, pero no solo era eso. Nunca le había visto así, sus ojos mostraban tanta felicidad que sobrecogía el corazón. Al contrario de ella, a él ya se le habían escapado varias lágrimas conforme se acercaba. La miraba con adoración, con verdadera devoción.

Su abuelo estaba al lado de él. Le sonrió tímidamente y entonces por fin su madre la entregó completamente a Peter. Ahora sus manos estaban unidas, y sus corazones estaban más conectados que nunca en aquel instante.

Parecía más un sueño que una simple realidad, eso solo podía ser sacado de un cuento de hadas. El sacerdote repitió las palabras que los unirían para siempre. Apenas fue consciente cuando Peter dijo: Yo, Peter Brown, te quiero a ti, Annabelle Jones, como esposa. Prometo serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, en la pobreza y en la riqueza, hasta que mi corazón deje de latir.

No pudo contener las lágrimas y la joven solo fue capaz de recitar la mitad de lo que él había dicho. El sacerdote los declaró marido y mujer y entonces se lanzó a sus brazos para unir sus labios con los de él.

Apenas escuchaban los aplausos de la gente, ya que se habían transportado a su propia burbuja de amor. Ann empezó a marearse por falta de aire y él mismo tuvo que terminar el beso soltando suavemente el agarre de su esposa.

No podía ver esas fotografías y no llorar. Cuando terminó, se levantó para dejar el álbum en su lugar, pero un mareo hizo que casi resbalara, por suerte se agarró del buró. Entonces le vino a la cabeza lo que había estado sospechando desde hacía tres semanas, las manos comenzaron a sudarle de nuevo.

Si recordaba, Peter y ella no se habían protegido en ninguna ocasión y había sido a propósito. Se daba cuenta de que en realidad los dos querían un miembro más en la familia. Caminó hacia su bolso, de donde sacó la prueba de embarazo que había comprado la semana anterior.

Fue a ver de nuevo a Parker —que seguía durmiendo profundamente— antes de entrar al baño. Siguió todas las indicaciones

que venían en la cajita y solo estaba esperando el resultado. Estaba con los ojos cerrados, sintiendo una oleada de emociones antes de atreverse a

abrirlos. Si se ponía verde indicaba que era positivo, y si rojo, era lo contrario.

Entonces tomó aire y abrió los ojos de golpe. Ahogó un grito cuando vio el color verde, su corazón latía desenfrenado y una calidez inundó su pecho. En vez de sentirse preocupada o ansiosa, se sentía enormemente feliz. Dos lágrimas recorrieron sus mejillas mientras acariciaba su vientre, todavía plano. Salió del baño aún en trance por lo que acaba de descubrir.

Tenía que tener más cuidado al caminar, ya que toda su mente estaba pensando en esa personita ya tan querida y a la vez desconocida para ella. Fue hasta el espejo de cuerpo completo y se quedó mirándose el vientre. Una sonrisa iluminaba sus labios, las yemas de sus dedos recorrían su piel con suavidad. Cerró los ojos imaginando todo lo que estaba por delante.

No había escuchado ningún ruido, ni siquiera unos pasos, cuando sintió unas manos recorriendo su cintura y pegándola a su cuerpo por detrás. Ese perfume era inconfundible. Se volteó hacia él todavía con la emoción grabada en el rostro.

Él abrió los ojos con sorpresa.

—¿Pasa algo, cariño? —preguntó con su voz aterciopelada mientras la sujetaba por la cintura muy cerca de su cuerpo. Era vergonzoso, pero todavía su cercanía la ponía nerviosa.

—Peter... —lo miró a los ojos—. Vamos a tener otro bebé.

Se quedó paralizado, asimilando la noticia. Cuando la joven pensaba que él no iba a pronunciar palabra, estampó sus labios contra los suyos.

—Gracias, gracias, gracias, mi amor. No sabes lo feliz que me haces —susurraba entre sus labios; podía respirar su aliento embriagador. Sonrió y él correspondió a su sonrisa de felicidad.

—¿Hoy te enteraste? —preguntó mientras se acercaban a la cama. Se posicionó arriba de ella, teniendo cuidado de que la joven no tuviera que soportar ni un gramo de su peso.

—Apenas acabo de hacerme la prueba —sonrió pasando sus manos por el cabello del muchacho. Podía sentir esa electricidad entre ellos, que parecía nunca disiparse. Tenía unas ganas enormes de hacer el amor con él y podía ver que Peter también, nunca se saciaría de su cuerpo perfecto.

—Me encanta la noticia, pero ahora tengo pensado una sola cosa... —ronroneó e hizo más urgente y apasionado el beso. Al tocarse, fue como si

prendieran fuego y, después, cada una de sus terminaciones nerviosas cobró vida, logrando una sinfonía perfecta entre los dos.



Ese era un día especial, era el cumpleaños de su hermano. Parker, Peter y ella habían llegado al hospital donde también los esperaba su madre. Peter llevaba en brazos a su hijo que jugaba con su cabello, mientras una de sus manos se mantenía entrelazada con la de su esposa.

Pasaron al interior del cuarto donde ya estaba su madre y una muchacha conocida. Era Andrea Powell. La chica que aún seguía enamorada de Jeremy y que, por supuesto, no podía dejar de asistir el día de su cumpleaños. Ann la saludó con amabilidad y le dio las gracias por estar ahí con él.

El pequeño Parker, ya de casi dos años, le había hecho un lindo dibujo a su tío donde aparecían Jeremy y él sobre unas nubes, aunque apenas eran unos garabatos. Se rieron cuando vieron sus dibujos, el pequeño ya sabía caminar, por lo que avanzó hacia la camilla de Jeremy. Como no podía alcanzarle se volteó a ver a su madre.

—Ma —señaló con su dedo hacia Jeremy. La joven se rio entre dientes y se acercó para cargarlo y que así pudiera depositar su dibujo sobre el pecho de su hermano. Parker atrapaba todas las miradas, y, cómo no, si era un pequeño angelito.

Parker se parecía mucho físicamente a Peter, pero en cuanto a carácter, era muy similar a Annabelle. Su marido todo el tiempo le decía que le encantaba que Parker fuera como ella, tan noble, inocente y humilde... según él. Todos estaban distraídos platicando entre ellos cuando la voz de Parker los sorprendió.

—¡Jemy! —chilló el pequeño desde los brazos de Peter. Todos dirigieron la mirada hacia Jeremy que, efectivamente, tenía los ojos abiertos de par en par.

Annabelle no podía moverse, estaba en estado de *shock*. Cuando su madre corrió hacia él para abrazarlo, fue cuando pudo reaccionar. Abrazó con cuidado a su hermano junto a su madre que no podía contener los sollozos al igual que ella. No podía creer que estuviera pasando de verdad, no podía creer que estuviera mirando de nuevo sus cálidos ojos café.

—¿Qué...? —preguntó Jeremy arrastrando las palabras. Sentía su cuerpo increíblemente rígido, le costaba toneladas moverse. Todos tenían los ojos llorosos y él parecía muy nervioso e incómodo.

—¿No te acuerdas de nada? —preguntó ella con la voz temblorosa. Jeremy posó sus ojos en su hermana, al igual que en su madre y en Andrea, después desvió su vista hacia Peter y el niño, frunciendo el ceño.

—Nada... —susurró con esfuerzo—. Siento... como piedra... mi cuerpo. ¿Qué... es lo que... pasa?

Ann tomó una gran bocanada de aire y lo soltó de golpe.

—Estuviste en coma por casi tres años, Jeremy —susurró con tranquilidad. Peter tomó su mano dándole fortaleza. Jeremy abrió los ojos como platos, en su mirada había incredulidad.

—¿Me... están jugando... una... broma? —preguntó casi con humor. Al ver que nadie contestaba, siguió—. Esto... no es gracioso... —empezó a decir preocupado. Annabelle negó con la cabeza y volvió a abrazarlo.

—Sí, Jeremy, tuviste un accidente en la moto que, lamentablemente, te dejó en coma todo este tiempo... Aún no puedo creer que estés despierto —murmuró contra su hombro. Jeremy tembló bajo su contacto. Lo entendía, debía ser muy difícil para él.

—¿Qué... día es... hoy? —preguntó todavía tratando de asimilar la realidad. Se alejó de él y solo tomó su mano.

—Hoy es 20 de julio del 2017... —dijo. Los ojos llorosos y desorbitados de su hermano le partían el corazón.

—¿Qué? No... ¡No es... cierto! —gritó queriendo bajar de la camilla, pero poco esfuerzo podía hacer. Su cuerpo debía estar pasando factura por su inmovilidad, y le costaría volver a moverse con facilidad. Después de todo, había estado casi tres años quieto como una estatua. La joven se acercó a él y lo tomó de los hombros.

—Sé que es difícil de asimilar, Jer..., pero no se pudo hacer nada... —dijo con la voz quebrada. Dos lágrimas cayeron de sus ojos y resbalaron por la mejilla de su hermano.

Jeremy miró fijamente a Andrea que se mantenía parada junto a su madre.

—Andrea... ¿Es... cierto? —preguntó él. Andrea lo miró y luego asintió levemente. Jeremy se quedó callado, sin moverse.

—Jer... —susurró.

—Déjame... Ahora no... quiero hablar... con nadie... —espetó Jeremy con la mirada vacía. Aunque Ann se sentía enormemente feliz porque él había despertado, debía comprenderle. Todos salieron, a excepción de su madre, que se quedó con el doctor y su hermano.

Estaba feliz y triste a la vez. Para su hermano estaba siendo muy difícil, imaginó cómo reaccionaría ella si le hubiera pasado lo mismo... Sintió escalofríos.

Peter se sentó a su lado con Parker sobre sus piernas. La joven reclinó la cabeza en su hombro y él le besó la frente.

—Se pondrá bien, Ann... —la animó Peter—. Solo dale un poco de tiempo.

—Confío en que lo entienda y no la pase tan mal... —respondió. Parker le estiró los brazos a su madre. Lo atrajo hacia ella, él acomodó su cabecita en su pecho y descansó su mano en su cuello. Sonrió mirando cómo entraba al sueño.

—Tu hijo es un dormilón —sonrió Peter acariciando la mejilla del niño. Annabelle se había dado cuenta de que cada vez que Peter miraba a Parker sus ojos tomaban un brillo especial. Ser padre incluso lo volvió más sexi. Soltó un suspiro. Debía detener sus pensamientos.

—Casi tiene dos años, Peter —se rio entre dientes—. Es normal.
Se acercó a su oído.

—Eso es bueno, así me deja disfrutar más de ti por las noches... —masculló jugueteón. Bajó la mirada con las mejillas sonrosadas. Suponía que nunca lograría resistirse a él. Mordió el lóbulo de su oreja antes de tomar su cara para besarla. Cuando sus labios hacían contacto se encendía la electricidad que había entre ellos, incluso solo con la primera caricia. Moría por abalanzarse sobre él, mas se resistió, ya que tenía en brazos a su hijo dormido.

Se separaron y juntaron sus frentes.

—Me pregunto qué es lo que tiene tu piel para hacerme reaccionar así... —dijo Peter recuperando la respiración, casi preocupado. La joven esbozó una sonrisa torcida.

—No lo sé, señor Brown. Pero me alegra mucho.

Después de unos minutos, volvieron a entrar al cuarto, ya que su madre así se los había pedido.

—Jeremy está reaccionando muy bien —informó su madre—. Pero tendrá que estar aquí seguidamente para sus terapias.

Jeremy mantenía desconfianza y nerviosismo en su rostro. Era chistoso porque a cualquier persona le preguntaba la fecha y se quedaba asombrado.

Jeremy se quedó mirando a Parker y a su hermana —confundido— desde la camilla, mientras Peter hacía algunas llamadas en la esquina de la habitación.

—Ann... ¿Me vas... a decir quién... es ese... chiquillo? —preguntó su hermano mirando a Parker, que seguía dormido en sus brazos. Annabelle sonrió.

—Digamos que soy una señora casada...

Sus ojos se abrieron como platos y miró hacia Peter con asombro. Lo señaló con la mirada.

—¿En verdad ya te casaste? —preguntó alzando las cejas.

—Sí, pero llegar hasta la boda no fue tan fácil —suspiró.

—Y ese chiquillo es tu hijo —se quedó mirando a Parker—. Eso quiere decir que es mi sobrino...

Asintió con la cabeza mientras le colocaba en los brazos a Parker con cuidado, pues no quería lastimarlo. El pequeño abrió sus ojos azules confundido, pero en cuanto vio sobre quién estaba, todo sueño desapareció de su angelical rostro.

—Tengo mucho que contarte, Jeremy.



Peter salió del cuarto de su hijo, que ya se había quedado dormido después de tararearle una canción. No podría describir cuánto amaba a Parker, era un amor que le salía de lo más profundo del alma. Aunque aún su nombre le hacía ponerse un poco celoso, estaba feliz porque se llamara como el mejor amigo de la mujer que amaba con locura; después de todo, se lo debía.

Contemplantlo mientras dormía le hacía sentir increíblemente feliz. Pensar que de él se había formado esa personita le ponía la piel de gallina, y, por si eso fuera posible, amaba todavía más a Annabelle, por haberle dado ese maravilloso regalo y el que llegaría.

Ahora se sentía completo, al igual que ella, sentía que no faltaba nada en sus vidas. Con Annabelle y sus hijos lo tenía todo. Caminó hacia su cuarto pensando en lo pronto que estaba por llegar su segundo aniversario de matrimonio. Sabía adónde iba a llevarla, pero eso iba a ser sorpresa, estaba seguro de que le iba a encantar.

Cuando abrió la puerta, Annabelle estaba de pie mirando la luna llena a través de la ventana de la habitación. Solo tenía una pijama de seda que la hacía ver como una verdadera diosa. Todavía se le cortaba la respiración cada vez que contemplaba su belleza.

Caminó despacio hacia ella, rodeó su cintura con sus brazos y descansó su barbilla sobre uno de sus suaves hombros. Contempló la luna al igual que ella.

—Es hermosa... —murmuró Ann.

—Que me perdone, pero no se compara con tu belleza —susurró acercándola más a él. Al hacerlo, sintió un pedazo de papel en las manos de ella. Ya sabía que le encantaba escribir y sobre todo la poesía, y sintió curiosidad por lo que había escrito ahí.

—¿Qué es? —masculló cerca de su oído. Ann sonrió y se lo dio para que lo leyera. Lo había escrito pensando en la relación de los dos, en cómo englobarlos. Peter lo tomó, aún rodeándola con los brazos y leyó: *Tú eres esa piedra fría, dura y tan difícil de roer. Pero que en un segundo es capaz de derretirse a causa de mis caricias. Descúbrete, desnúdate y déjame amarte. Sin más.*

Peter sonrió estupefacto.

—Por supuesto que me derrito a causa de tus caricias —confesó en tono bajo—. Gracias por amarme, Ann.

Ella soltó un sollozo y se volvió hacia el muchacho. Él enjugó con sus dedos una lágrima que había escapado de sus ojos avellana.

—¿Por qué lloras? —preguntó, sabiendo que eran lágrimas de dicha y no de tristeza.

—Porque tengo una bella vida a tu lado. Gracias, Peter —masculló abrazándolo—. Gracias por dejarme ser parte de ti.

—Yo tengo que dar las gracias —dijo el muchacho—. Me has dado el tesoro máspreciado de todos, tú —susurró, para después besar sus labios y su alma, de una belleza incomparable para él.

Así siguieron disfrutando uno del otro esa pequeña parte de todo su amor. Y esta vez, ya no habría interrupción.

EPÍLOGO

Estás en mí

Annabelle formó una sonrisa con sus labios. Sentía el brazo cálido de su increíble esposo rodeándole la cintura. Suspiró su aroma y se acomodó más cerca de él. Era un caso total, nunca terminaría de saciarse de la droga Peter Brown.

—Hasta que despiertas, bella durmiente —susurró en su oído. Ella abrió los ojos como platos y se volvió hacia él. Ya estaba vestido enfundado en una camisa y con el cabello, negro y brillante, húmedo. Frunció el ceño a la vez que buscaba mirar el exterior por la ventana. Se había quedado hasta tarde cuidando a Rebeca, era lo que recordaba.

—No puede ser —dijo tratando de levantarse. Se veía claramente que era poco más del mediodía. Volteó a mirar a su esposo que mantenía una sonrisa en los labios perfectos—. ¿Jer ya se fue con los niños?

—Ya estarán de regreso, yo creo. Esa bebé está haciendo de las suyas —se burló mientras la tomaba por la cintura. Ann soltó una risita entre dientes. Rebeca era su hermosa nena de dos años que tenía el nombre de la madre de Peter. Su cabello oscuro, igual que el de su padre, y sus ojos eran café, muy parecidos a los de su hermano; en realidad, tenía mucha similitud con Jeremy, lo cual sorprendía a todos.

—Ya, al menos, tengo una excusa. No quiero que pienses que soy una floja —bromeó pasando las manos por su nuca y atrayéndolo a ella. Sintió sus labios suaves acariciar los suyos lentamente para después tomarla con más decisión. Suspiró embriagada cuando se separó, su corazón se aceleró en su pecho.

—Nunca quiero dejar de provocar esto en ti —farfulló Peter mordisqueando el lóbulo de su oreja. Rio de nerviosismo.

—Te amo, Peter, mucho más que tú —comenzó a decir, pero él la miró fijamente y alzó una de sus cejas oscuras. Su mirada azul brilló.

—Eso no lo puedes saber, aunque... Estoy seguro de que mi amor por ti no

se compara —musitó cargándola como en una representación de Disney. Ann soltó una carcajada.

—Sí, lo sé, pero yo soy siempre la que te dice *te amo* primero —replicó mirándolo triunfante. Peter volteó los ojos a la vez que la depositaba en la cama nuevamente, mientras se mantenía él mismo en vilo con apoyo de sus brazos.

—Y yo soy siempre el primero que está dispuesto a hacer el amor —murmuró con una sonrisa traviesa. Ann se dio cuenta, por cómo se dilataron sus pupilas, de que planeaba arrancarle el camisón de un tirón.

—Mmm... No sé si darte la razón —susurró ella antes de que besara sus labios de nuevo. Peter se quitó la camisa y se acomodó en la cama con ella sobre su pecho. Ann admiró su cuerpo perfecto y recorrió con sus dedos el pecho duro y suave que siempre la haría suspirar.

—Aún recuerdo la vez que acordamos aquel juego. Fue tan raro y excitante, ¿sabes? —musitó Ann perdiéndose años atrás. Alzó la mirada y pudo visualizar su mandíbula bien delineada y sus labios fuertes y suaves formando una sonrisa.

—A decir verdad, fue un impulso que no pude controlar; a pesar de que sabía que tú serías mucho más que un juego, me engañé a mí mismo. Bueno... —se rascó la mejilla incómodo. Annabelle sabía que no le gustaba hablar de su vida pasada y, sobre todo, del hombre en el que se había convertido después de lo que sufrió con Miranda. Ella ya sabía lo que él había visto en ella de su antiguo amor, pero en realidad eso ya no era relevante—. Casi siempre dejaba pasar un tiempo, creo que demasiado, para... Ya sabes. Con ninguna otra había hecho lo que hice contigo tan pronto, literalmente no dejé pasar ni un día. Es que... Tú... tenías algo más. Y ahora sé que, en realidad, no es que te parecieras bastante a ella... —se rio entre dientes.

—¿Y qué diferencia me viste? Bueno, no es como si fuera demasiado bella como...

Sintió los dedos sobre sus labios que le impedían seguir hablando. Hacía tiempo Peter le había mostrado una fotografía de Miranda, ella misma se lo había pedido, y definitivamente había sido un golpe bajo. Ella era bellísima. Supo enseguida que se había puesto melancólica y terriblemente celosa, pues de alguna manera ella ocuparía siempre un lugar en su corazón. Últimamente sus sentimientos eran extremos.

—Realmente, yo no lo veo así, ya no existe nadie más que tú en mi alma.

Tú eres la más bella de todas, nadie se compara contigo, Ann. Si no... no estaría así de desvivido por ti. Recuerda que... estás en mí, en cada aspecto de mi vida.

Apretó con fuerza su brazo en torno a su cadera y escondió el rostro en su cuello.

—Aun así no puedo dejar de pensar en...

—Ann, cuántas veces te lo tengo que repetir. Nadie, incluso ella, ahora lo sé, ha provocado ni la centésima parte de lo que tú me afectas con solo una caricia.

Enrojeció de placer y de pronto los celos se esfumaron.

—¿De verdad?

—¿Quieres probar? —preguntó él con tono travieso. Ann asintió y se incorporó a horcajadas sobre él. Inmediatamente sintió su excitación sobre sus muslos. Dios, ese hombre iba a acabar con ella.

—¿Aún no llegará Jeremy, verdad? —preguntó indecisa de dar rienda suelta a la pasión que le carcomía las entrañas. Peter apretó los labios y de pronto miró hacia la puerta, que estaba a las espaldas de su esposa.

—¡Papi! Yo también quiero jugar —se escuchó la voz de Parker, su hijo.

Su rostro tomó mil colores y se incorporó rápidamente en el borde de la cama. Por suerte no estaba con el camisón hecho jirones, si así hubiera sido, excavaría un hoyo profundo debajo del piso.

Su hermano soltó una carcajada.

—Parker, te dije que tus papás estaban ocupados.

Annabelle se levantó y le dio un beso en la mejilla al niño, al tiempo que lo levantaba en brazos.

—Lo siento, no pude detener a este pequeño monstruo. Y Rebeca está con Andrea algo desesperada por verte.

—¿Vamos a jugar? —preguntó Parker juntando sus manitas. Ann se rio entre dientes y lo depositó en el piso. Parker ya tenía cinco años y era un niño muy hiperactivo, siempre corría de un lado a otro sin parar.

—Vamos a jugar campeón.

Peter tomó la mano de su hijo, que asintió entusiasmado.

—Felicidades, Jeremy —dijo Peter dándole una palmada en el hombro a su cuñado antes de salir del cuarto con Parker.

Annabelle frunció el ceño y miró confundida a Jeremy.

—¿Felicidades?

Su hermano exhibió una hermosa sonrisa.

—Me voy a casar, Ann. Andrea ha aceptado ser mi esposa —confesó con orgullo y emoción. Lo miró sin saber qué decir; Dios, todo estaba siendo tan perfecto. No se dio cuenta de que estaba lagrimeando hasta que su hermano se acercó y limpió su mejilla.

—¿Tan mala fue la noticia que te he hecho llorar? —preguntó Jeremy con sus ojos oscuros resplandecientes de la emoción. Negó con la cabeza y lo abrazó. Él aspiró el aroma de su cabello. Amaba a su hermano.

—Es que soy muy feliz. No puedo creer todo esto —confesó Annabelle separándose de él. Jeremy sonrió con burla.

—Creeré que estás embarazada si sigues así de dramática, ¿eh? —se rio. Ann le dio un golpe en el pecho.

—Parker me dijo lo mismo ayer —murmuró a la vez que se ponía unos tenis cómodos. Su cabello castaño ya estaba casi por su cintura, tal vez se lo recortaría un poco otro día.

—¿Sabes? No conocí a tu amigo, pero me hubiera gustado hacerlo. Cuando hablas de él, veo en tu mirada que fue un gran hombre —admitió su hermano recargándose en el marco de la puerta. Dejó de peinar su cabello y bajó la mirada. Aún al pensar en Parker se ponía un poco melancólica, pero al menos ya lo hacía con una sonrisa.

—De verdad que lo era, él me salvó, Jer. Por él tengo lo que más amo, mi familia —dijo recordando a su mejor amigo. Jeremy sonrió y se pasó una mano por el cabello castaño.

—Bueno, vamos. No quiero que te pongas a llorar de nuevo. —se rio entre dientes—. Andrea me está esperando y, por cierto, también vendrá Marie con su familia.

Los domingos los pasaban todos juntos; era realmente genial convivir, Parker y Susan, la niña de su prima, un año menor que su hijo, eran dos primos inseparables. Además, Peter y el esposo de Marie, Jace, se habían hecho muy buenos amigos, al igual que con Jeremy.

—Bien, solo déjame cambiarme. Aún no puedo creer que haya despertado a estas horas —musitó avergonzada entrando al cuarto de baño. Se dio una ducha rápida y se vistió con unos pantalones cortos y una blusa holgada. Dejó su cabello suelto.

Cuando bajó todos estaban en la sala, a excepción de su esposo y los tres niños, que jugaban en el patio, el cual se podía ver por los grandes ventanales.

Saludó a su prima y a Andrea, y felicitó a la última por su compromiso.

Antes de comenzar a platicar con ellas, se apartó un poco y se recargó en la ventana. Era un maravilloso día, Peter cargaba en brazos a Rebeca, mientras Parker y Susan trataban de alcanzarla dando saltitos y riendo desde el pasto. Un sentimiento cálido y asombroso se extendió por su pecho y entonces supo que todo había valido la pena.

Por ellos, y por su propia felicidad.

FIN

CANDELA MUZZICATO

ÉL ES MI
BOXEADOR

PRIMERA PARTE

Nova Casa Editorial

Él es mi boxeador

Muzzicato, Candela

9788417142513

538 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Él. Arrogante. Gruñón. Presumido. Desvergonzado. Orgullosa. Posesivo. Idiota son algunas de las muchas cosas que Damon “la Furia” Woodgate es. Desde que lo vi supe que una palabra lo describiría muy bien aparte de todas las demás: problemas. Es misterioso, con un aire de superioridad que te dan ganas de matarlo. Es bipolar muy a menudo y creo que ni él se da cuenta de ello. La gente le teme, pero yo no. Solo tengo curiosidad de saber qué fue lo que le pasó para llegar a ser así como es. Nadie le habla, lo evitan y le esquivan la mirada cuando pasa, alejándose del lugar en el que él está. No creo que una persona cambie muy rápido de divertido a serio, en tan solo unos segundos. Pero él sí.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Karla Levy

Siete meses

Esta no es una historia de amor...
es una historia del corazón.

Nova Casa Editorial

Siete meses

Levy, Karla

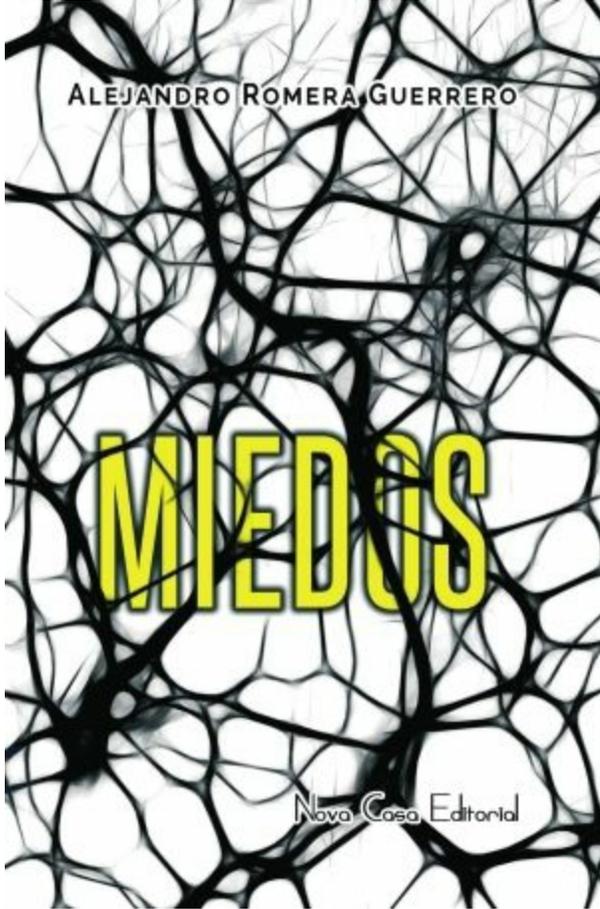
9788416942824

344 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Alguna vez te has enamorado, de manera tal, que sientes que el aire no es suficiente para llenarte los pulmones de suspiros? ¿Así tanto, pero tanto, que parece que todo es posible? Yo también. En el Mundial de fútbol del 2006, viajando por las pintorescas ciudades de Alemania, me enamoré de un francés. Con solo mirarlo a los ojos, las piernas dejaban de responderme. ¿Alguna vez te han roto el corazón en tantos pedacitos que no sabes si podrás volver a sentir? A mí también. Este es el primer libro de la serie “Meses”, donde Alex nos cuenta, entre múltiples viajes por Europa, un antes y un después que voltearán su vida de cabeza. Más que una historia de amor, esto que tienes en tus manos es una historia del corazón. Una novela basada en una historia real en la que no todo es verdad, pero tampoco es mentira.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



ALEJANDRO ROMERA GUERRERO

MIEDOS

Nova Casa Editorial

Miedos

Romera Guerrero, Alejandro

9788416942701

176 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Aún crees en monstruos bajo la cama? ¿Te aterroriza la oscuridad? ¿Hasta dónde estarías dispuesto a llegar para no caer en el olvido? ¿Qué harías si te hubiese tocado crecer en la Ruanda de 1994? ¿Y si la desidia se hubiese apoderado de tu vida? ¿Tienes miedo a estar solo? ¿O a sentirte solo? Miedos no es un libro de terror. Estos veintisiete relatos no pretenden que nos escondamos asustados bajo la almohada, sino más bien que nos enfrentemos cara a cara con muchos de los miedos que tenemos a diario. Nos encontramos ante unas páginas que, además de hacernos sentir un escalofrío en cada historia, nos incitan a reflexionar de un modo original y diferente sobre nuestro comportamiento frente a los temores que nos acechan. “Miedos es una potente medicina contra la incompreensión, la intolerancia, la crueldad, el egoísmo, la enemistad, la carencia de escrúpulos, los remordimientos, la indecisión o la cobardía. En cada historia de este libro hay un mundo dentro y otro fuera, porque el escritor se interna en los espacios íntimos del cerebro humano y los proyecta sobre unos personajes que respiran cotidianidad.” Fragmento del prólogo, por José Guadalajara.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

MANUEL REVILLA PEÑARANDA

Valores y Reinos

Parte I



Nova Casa Editorial

Valores y reinos

Revilla, Manuel

9788416942374

526 Páginas

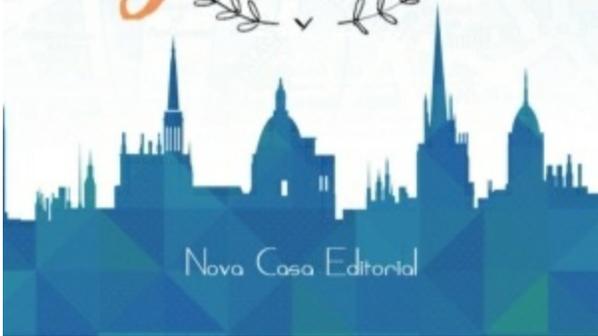
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando la pequeña villa de Thelín es atacada por los dragones una noche, nada hacía pensar a la familia del campesino Hiparco las consecuencias que ello tendría. Alertados ante la llamada del conde para auxiliar la villa, él y su hijo mayor Roque caen en una emboscada organizada por los orcos. Sin poder entender qué está pasando, todos los jóvenes de la villa son obligados a unirse a ese despiadado grupo de guerreros que, a órdenes del rey humano Khron, está forzando a todos los condes de su reino a entregarle jóvenes humanos para ser usados como mano de obra en la capital, después de que una extraña locura acabase con buena parte de sus ciudadanos. Nada más comenzar su camino, Roque, Reo, Bénim, Bertrán y Esteban, los cinco hijos de Hiparco, descubrirán el misterio que envuelve el ataque de los dragones, sin llegar a vislumbrar la repercusión que este hecho tendrá en otros reinos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

NOËLLE STEPHANIE

LOS
TRILLIZOS
Bradley



Nova Casa Editorial

Los trillizos Bradley

Stephanie, Noëlle

9788416942282

376 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando Naly decide apuntarse al programa de familias de acogida en la universidad, lo último que espera es que el desorden ocupe su nueva vivienda. Los Bradley son de lo más peculiar. Con unos padres empresarios que pasan sus días de viaje, los tres hermanos idénticos han tirado la casa por la ventana. No solo por su edad, sino también por su personalidad; Hal, Edward y Welsey, son de lo más opuestos. Mientras Hal es totalmente coqueto, estúpido, mujeriego y engreído; su hermano Edward es la persona más misteriosa, callada y malhumorada que Naly ha podido conocer. Pero, en toda familia hay uno bueno: Welsey, el mayor de los trillizos es simpático, confidencial y buen amigo. El chico perfecto, ¿no? No obstante, su aspecto hace pensar que se acaba de escapar de una película de los años cuarenta. Naly, lejos de la oportunidad de irse, solo puede optar por solucionar la relación. ¿Podrá ayudar a los hermanos a solucionar sus diferencias? Y, si no es así, ¿se dejará arrastrar? Una historia de amor en la que todas las direcciones parecerán igual de correctas. La perfecta descripción de la lucha de un amor dividido en tres partes. Porque, ¿qué hay mejor que vivir con un chico guapo? Vivir con tres.

[Cómpralo y empieza a leer](#)